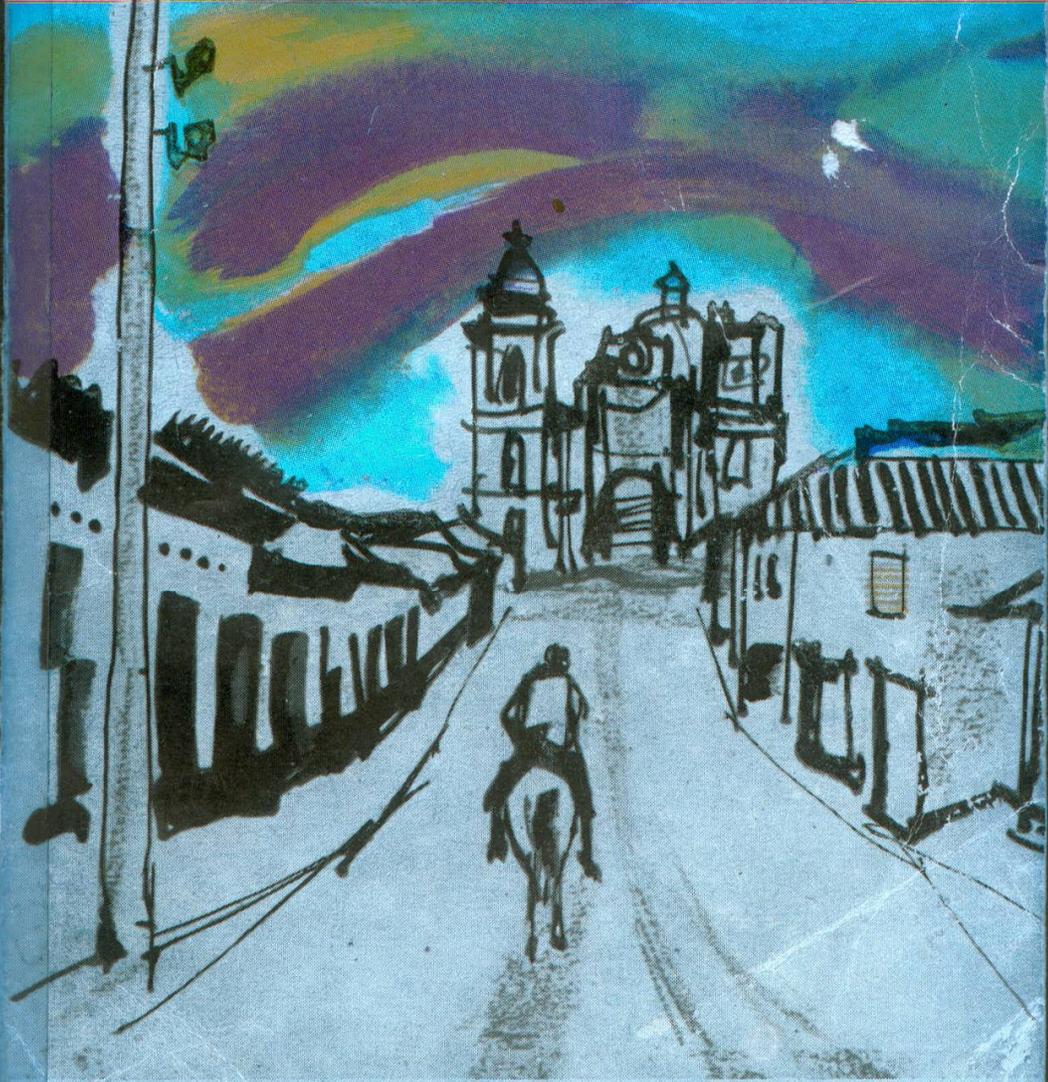


EDICIONES
1967
Peuser
DE BOLSILLO

GRAHAM GREENE

caminos sin ley



LIBROS CENTENARIO

TULO DE LA OBRA ORIGINAL EN INGLES

GRAHAM GREENE
THE LAWLESS ROADS

ILUSTRO LA TAPA:
GUIDO BRUVERIS

CAMINOS SIN LEY

Traducción de
J. R. WILCOCK

LIBROS CENTENARIO

3° EDICION

1° EDICIÓN EN "LIBROS CENTENARIO"

IMPRESO EN ARGENTINA

© 1962 by PEUSER, Buenos Aires, Argentina

Queda hecho el depósito que marca la ley 11723

NOTA PARA LA TERCERA EDICION INGLESA

Once años han pasado desde que este libro fue escrito, y ahora podría parecer que insisto demasiado en una situación religiosa que en cualquier momento puede desaparecer, a expensas de otros aspectos más permanentes de la vida mejicana. Mi excusa es simplemente que me encargaron la tarea de escribir un libro sobre la situación religiosa, y no sobre el folklore o la arquitectura o la pintura de Rivera.

Por si interesa a alguien, en las páginas del Capítulo “frontera” página 64 y subsiguientes se encuentra el germen de mi novela *El Poder y la Gloria*.

1950

¿Qué provocó ese cambio?

Las torres y las colinas No están donde debieran estar,

Y sin temor los caminos sin ley

Corren equivocados por toda la región.

EDWIN MUIREL

El hombre es como la tierra, sus cabellos como la hierba, Sus venas son los ríos, su corazón la piedra.

Recreos del ingenio (1640)

Si uno considera el mundo en su longitud y en su latitud, su variada historia, las diversas razas del hombre, sus orígenes, sus fortunas, su mutua alineación, sus conflictos; y luego sus costumbres, hábitos, gobiernos, formas de culto; sus empresas, sus impulsos sin motivo, sus éxitos aislados y sus necesidades, la impotente conclusión de los hechos inmemoriales, la ciega evolución de lo que llega a ser un gran poder o una gran verdad, el progreso de las cosas, que parecen surgidas de elementos irracionales, y no se dirigen hacia ninguna causa final, la grandeza y la pequeñez del hombre, el largo alcance de sus intenciones, su breve duración, la cortina que oculta su futuro, las decepciones de la vida, la derrota del bien, el éxito del mal, del dolor físico, de la angustia mental, la prevalencia y la intensidad del pecado, la difusión de las idolatrías, las corrupciones, la escuálida desesperanza de la irreligión, las condiciones de la raza entera, tan terribles y sin embargo tan exactamente descritas por las palabras del Apóstol: "sin esperanza, y sin Dios en el mundo"; todo esto constituye una visión que marea y anonada, e inflige a la mente la sensación de un profundo misterio, que se encuentra absolutamente más allá de toda solución humana.

¿Qué puede alegarse ante esta circunstancia que aflige el corazón y desconcierta la mente? Sólo puedo contestar que, o no existe un Creador, o esta sociedad viviente de los hombres ha sido descartada de su presencia... si hay un Dios, puesto que hay un Dios, la raza humana está implicada en alguna terrible calamidad original.

CARDENAL NEWMAN

PROLOGO

1. LOS ANARQUISTAS

Yo tendría, supongo, trece años. Si no, ¿por qué otro motivo habría de estar allí, secretamente, en la oscura cancha de croquet? Podía oír detrás de mí los movimientos del conejo, que masticaba su hierba en la conejera; un inmenso edificio de ventanas pequeñas, parecido al Keble College, limitaba la cancha. Era la escuela; desde el otro lado de la misma, a través del patio central, surgía una música apenas audible; era la noche del sábado, la orquesta de la escuela tocaba algo de Mendelssohn. Yo estaba solo, melancólicamente feliz en la oscuridad.

Dos países colindaban aquí. Desde la cancha de croquet, desde los groselleros, desde el invernáculo y desde la cancha de tenis siempre se divisaban, dominantes, los grandes edificios cuadrados y victorianos de vivos ladrillos rojos: miraban con condescendencia, como rascacielos, ese pequeño paisaje campestre y verde, donde creían los frutales y los conejos masticaban. Había que pisar con cuidado: la frontera quedaba muy cerca del sendero de pedregullo. Desde la ventana del dormitorio de mi madre, donde ésta había dado a luz a sus primeros hijos al son de la charla escolar y de la campana disciplinaria, se veía directamente el patio cuadrangular de la escuela, con el salón y la capilla y las aulas. Si uno abría una puerta de bayeta verde en un corredor junto al estudio de mi padre, entraba en otro corredor, engañosamente similar, pero no obstante ya pisaba tierra extranjera. Había un leve olor a iodo, que emanaba del cuarto de la celadora, olor a toallas húmedas de los vestuarios, olor a tinta en todas partes. Uno cerraba nuevamente la puerta, y el mundo de este lado olía de otro nodo: a libros y a frutas y a agua de colonia.

Uno era habitante de ambos países; en las tardes, del sábado y del domingo, de un lado de la puerta de bayeta; el resto de la semana, del otro lado. ¿Qué otra cosa podría ser la vida en una frontera, sino inquieta? Uno se siente atraído por distintos vínculos de odio y de amor. Porque el odio es un vínculo muy poderoso: exigí sumisión. En el país de los rascacielos, de las escalera de piedra y de las campanas rajadas que repicaban

primera hora de la mañana, uno tenía conciencia del miedo y del odio, de una especie de falta de ley; allí podían practicarse sin mayor reflexión crueldades aterradoras uno conocía por primera vez seres adultos y adolescente que evidenciaban las genuinas características del mal. Allí estaban Collifax, que aplicaba tormentos con los compases; el señor Cranden, con sus tres lúgubres barbillas, su manto polvoriento, y una especie de sensualidad demoníaca; desde esas cimas, el mal declinaba hasta Parloz, con su pupitre lleno de diminutas fotografías artísticas. El infierno los rodeaba desde la infancia.

Allí reinaban el horror y la fascinación. De vez en cuando, uno se escapaba subrepticamente, por una sola hora; sin ser advertido por los guardianes, uno se que daba del otro lado de la frontera, del lado prohibido y volvía la mirada hacia allá; lo correcto era estar escuchando a Mendelssohn, y en cambio uno oía el conejo que pacía inquietamente cerca de los arcos de croquet. Era una hora de alivio, y también de plegaria. Uno tenía conciencia de Dios con intensidad; el tiempo se tenía, suspendido; la música se demoraba en el aire; cualquier cosa podía ocurrir, antes de que se hiciera necesario volver con los otros, del otro lado de la

frontera, No había ninguna inevitabilidad, en ninguna parte la fe era casi tan grande como para mover montañas los grandes edificios se balanceaban en Ala oscuridad.

Y así se le venía a uno la fe; sin forma, sin dogma una presencia sobre una cancha de croquet, algo asociado con la violencia, la crueldad, el mal del otro lado. Uno empezaba a creer en el cielo porque uno creía en el infierno, pero durante mucho tiempo sólo podía imaginarse el infierno con cierta intimidad; los tabiques de pinotea de los dormitorios, donde nunca estaban todos quietos al mismo tiempo; las letrinas sin cerrojo. "Allí, a causa de la gran cantidad de condenados, los prisioneros están amontonados en su horrible prisión "; los paseos en pareja por las carreteras suburbanas; ninguna solicitud en ninguna parte, en ningún momento. La Iglesia anglicana no podía proporcionar los mismos símbolos íntimos para el cielo; sólo una gran águila de bronce, un coral de entrada en el órgano, "Señor, despídenos con tu bendición", la tranquila cancha de croquet donde uno no tenía nada que hacer, el conejo y la música distante.

Estos eran los símbolos primarios; la vida, más tarde, los alteraba; en una ciudad del interior, el viaje en tranvía, el invierno, frente al hotel gótico, el supercinematógrafo, la oficina del periódico, llena de hollín, la única prostituta profesional que pasaba a nuestro lado, tratando de mantener activa su circulación debajo de su piel azul y empolvada; uno empezaba lenta, dolorosa, desganaadamente, a poblar el cielo. La Madre de Dios remplazaba al águila de bronce; uno empezaba a tener una confusa idea de los increíbles misterios del amor que recorrían un mundo arrasado; el curé d'Ars, que admitía en su mente toda la impureza de una provincia; Péguy, que desafiaba a Dios por defender la causa de los condenados. Lo que quedaba era algo que uno asociaba con la desdicha, la violencia, el mal, "todos los tormentos y las agonías", como escribía Rilke, "surgidos de los patíbulos, las cámaras de tortura, los manicomios, los anfiteatros de cirugía, debajo de los arcos de los puentes durante el otoño pasado..."

Los arcos de los puentes; pienso en un gran puente de metal, junto a la estación de ferrocarril de mi infancia; una sensación de polvo arenoso, y la larga reverberación de las chapas, mientras los trenes pasaban por encima de la cabeza, y las niñeras empujaban a sus criaturas frente al castillo en ruinas, los canteros de berro, hacia el parque, frente a la entrada privada y clausurada que el lord del lugar no había utilizado durante toda una generación. Era un lugar sin ley; ya en esa época lo sentía, oscuramente; en realidad, nadie era responsable de nadie. Sólo unas pocas paredes quedaban del castillo que Chaucer había ayudado a construir; la casa del lord había sido vendida a unos políticos. Recuerdo las pequeñas, las hundidas casitas de caridad junto al canal, y un hombre que entraba corriendo furiosamente en una de ellas; yo estaba con mi niñera; parecía enojado por algo: iba a degollarse con un cuchillo, si conseguía deshacerse de sus vecinos, "sin esperanza, y sin Dios en el mundo".

Hace un tiempo volví a ese lugar; era un domingo por la noche, y las campanas repicaban; algunos grupitos de jóvenes se movían sin resolución junto a las luces del tránsito, mientras las criaditas irlandesas salían subrepticamente sobre las puertas traseras en la primera hora del atardecer. Eran católicas, pero se mostraban impertinentes con el sacerdote si se encontraban con él en la calle principal, lejos de la pequeña iglesia católica, demasiado nueva, situada en una de esas calles de casitas de ladrillos rojos, en la ladera del valle. De noche no se podía retenerlas. Volvían al amanecer, con el lechero, en el coche de algún desconocido. Los jóvenes de cabello perfumado y engominado las esperaban junto a las luces del tránsito, y las saludaban con descuidada grosería. Había tantos peces en el mar la experiencia sexual les había llegado demasiado temprano y demasiado fácilmente.

Habían encontrado en las vías del ferrocarril a un muchacho de veinte años y a una

chica de quince, descabezados. Se habían acostado juntos, con el cuello en la vía. Ella iba a tener familia; por segunda vez. Había tenido su primer hijo a los trece años, y aunque en el curso de la investigación no se mencionó este detalle, entre catorce muchachos no habían podido establecer cuál era el padre. El juez sugirió' que nada justificaba en este caso un veredicto de "insania". Se habría justificado si el sufrimiento y la desesperación hubieran sido intensos; pero en este caso, dijo, "la única indicación es que la muchacha tal vez esperaba familia. Al parecer, el motivo de su decisión fue más bien la falta de coraje".

Un jurado preguntó:

— ¿Pusieron alguna dificultad el padre y la madre de la joven al enterarse de que iba a tener otra criatura?

No, le hablamos con calma — respondió el padre.

— ¿Tuvo algún efecto sobre ella? — preguntó otro jurado.

Sí, bajó la cabeza y se echó a llorar — contestó el padre.

Caminé hasta mi antigua casa, por la oscura y mísera calle principal, entre los agentes de propiedades, los dos cinematógrafos, los cafés; todavía existían algunas señales casi borradas de la antigua ciudad mercantil: en la iglesia, el casco de un cruzado. Pensé que la gente es hecha por el lugar; yo llamaba a esto mi "ciudad natal", y el sentimiento me conmovía en ese crepúsculo invernal, pero no tenía verdadero fundamento. El humo ondulaba en el cielo detrás del Café Tudor, y anunciaba que el tren de las 8.52 había llegado. Uno podía vivir en un lugar como ése; algo adonde se vuelve para dormir y comer con el 6.50 o el 7.25; alguna vez, allí había vivido gente que moría con los pies cruzados, para demostrar que habían estado en una cruzada, pero ahora. Desde la ventana del fotógrafo, me miraban fijamente unas caras amarillentas, a través del vitral romboidal elizabetano; un vitral genuino, pero uno no podía creerlo, por culpa del Café Tudor en la vereda de enfrente. vi. una cara conocida, en una foto de casamiento, pero había sido sacada unos diez años antes; el chaleco tenía algo démodé. Con un tren por hora a la ciudad, no había mayor motivo para hacerse fotografiar allí; excepto, por supuesto, en el caso de un pasaporte que requiere prisa. Bueno, al mes siguiente, tal vez Méjico... ¿y por qué Méjico? ¿Realmente esperaba encontrar allá lo que no había encontrado aquí? "Cómo, si éste es el infierno, y no estoy fuera de él", contestaba Mefistófeles a Fausto.

En el diario de la tarde, una mujer declaraba a la policía: "Bajé la escalera. ¡Tenía una sensación tan rara! Vi el cuchillo del pan. Lo afilé, y pensé que de tener fuerzas podía clavárselo de una sola vez. Subí. Mi marido estaba acostado de espaldas. Corrí las cobijas, y aferrando el cuchillo con ambas manos me fijé bien para clavárselo en el lugar más conveniente. No sé qué fue, pero me pareció que alguien me golpeaba las manos con una maza. El cuchillo entró como si el cuerpo estuviera podrido. Se sentó en la cama y aulló: ¡Ji, ji, ji!" Me pareció que alguien... uno pensaba en ese silencioso compañero, en el Everest, al que Smythe ofrecía de comer, y en esa caminata por el Antártico, al borde del desfallecimiento, cuando los compañeros de Shackleton creían constantemente que los acompañaba una persona más.

En el puesto de venta de diarios vendían un juego denominado "monopolio", que se jugaba con un cartón impreso, dados y fichitas. Era muy popular en el pueblo; se organizaban fiestas para jugar al monopolio. Las reglas decían: "El fin de acumular propiedades consiste en cobrar alquiler a los contrincantes que se encuentran detenidos en el lugar. Las rentas se aumentan considerablemente mediante la erección de casas y hoteles... Los jugadores que caen en un lugar desocupado pueden pedir un préstamo al banco; si no, la propiedad será vendida

al mejor postor... Los jugadores pueden ir a parar a la cárcel."

En una mísera tiendita había números usados de London Life, con artículos sobre tacones altos y corsés y el cabello largo. Y allí estaban los grandes edificios: la capilla, la sala municipal. Habían edificado algunos nuevos. De este lado de la frontera siempre están construyendo; uno se va y vuelve y siempre hay algo nuevo; London Life, y el Café Tudor, y las criaditas irlandesas, que preparan sus citas amorosas. En la ladera de la colina, escenario de los paseos dominicales, las hayas parecían incendiadas por el otoño; algunos cajones para residuos, colocados por el National Trust, daban una nota de pulcritud; y en la posada la radio tocaba sin cesar. Era imposible huir de ella; con la copa una versión dramatizada de la batalla de Mons, y con el asado un servicio religioso metodista. Cuatro mancos comían juntos, arreglando sus sillas de manera que sus brazos no chocaran.

Por la mañana, la neblina espesa cubría los Chilterns. Las tablas que anunciaban lotes muy convenientes para la edificación, goteaban en la hierba, y los esqueletos de las rastras yacían insepultos entre los rastros. Con esa visibilidad reducida a un radio de cincuenta varas, uno no tenía idea del mundo, de las existencias simultáneas; cada cosa parecía contenida en sí misma, como una imagen de significado íntimo, que representaba otra cosa: la soledad de Metroland. La puerta de la Posada del Arado tocaba unas campanillas cuando uno la abría; se oía el chasquido de las bolas de marfil, y un parroquiano de pie decía: "Eso es lo que hacen en la Corona, de Margate"; el corazón de Inglaterra acallaba con bagatelas sus latidos en ese extremo este del país. En un jardincito frente a la casa, una joven estaba arrodillada en la humedad, con una expresión servil y secreta, aserrando las ramas de un arbusto; la sierra gemía en la madera húmeda, y la voz irritada de una mujer llamaba: "¡Judy, Judy!", y un perro ladraba en el criadero de gallinas del otro lado de la carretera. Un cigarrillo se consumía en cenizas, aunque no se veía a nadie en las cercanías, junto a una puertita roja cerrada con la inscripción "Ker Even".

El criadero de terriers Cairn ocupaba el alto de la colina. Los perros no pueden estar nunca tranquilos; algunas mujeres masculinas, con grandes peines de acero, pasaban a grandes zancadas, con vestidos de paño, frente a las casillas. Un aviso decía "Mazawattee Tea". Se alquilaban bungalows. Entre los bosques de hayas una casa recién terminada se ofrecía en venta. Había sido construida con dignidad, como para que durara, como si representara algo, aunque sólo fuera el orgullo de la propiedad. Pero sólo habían vivido en ella un mes; unos alambres la separaban precariamente de los bosques y el prado. El dueño se había casado en diciembre y se había divorciado en agosto; habían visto por una sola vez cada estación — exceptuando el otoño — y ninguno de los dos quería seguir viviendo en la casa. Un peón barría las hojas de haya de los senderos, una batalla inútil con los bosques, y se lamentaba por la inutilidad y la pérdida de tiempo de todo el asunto.

—Cuatro manos de pintura en cada habitación... Iba a hacerles un estanque en ese bajo de allá; un mes más, y habría terminado la huerta.

Unos cuantos acres de tierra, una residencia deseable mientras dure el matrimonio, una tierra que no suscita ni servicios ni amor; ninguna responsabilidad por el niño futuro. "El fin de acumular propiedades..."

2. LA FE

En julio de 1926 el padre Miguel Pro desembarcó en Veracruz. Tenía veinticinco años de edad y era jesuita. Volvía a su país de un seminario extranjero, como Champion había vuelto de Douai a Inglaterra. Sabemos cómo estaba vestido cuando un año y medio después salió al

patio de la cárcel para ser fusilado, y posiblemente llevara el mismo disfraz cuando desembarcó (el equivalente del jubón y las calzas de Campion): un traje oscuro común, cuello blando, corbata, un cardigan de colores vivos. La mayor parte de los curas visten de civil con, una especie de inquietud, pero Pro era buen actor.

Necesitaba serlo. Dos meses después de su desembarco el presidente Calles daba comienzo a la más feroz persecución religiosa conocida en país alguno desde la época de Elizabeth. Cerraron las iglesias; hubo que decir la misa en secreto, en casas particulares; administrar los sacramentos era un delito serio. No obstante, Pro administraba la comunión a unas trescientas personas por día; las confesiones tenían lugar en la oscuridad de las casas en construcción, los retiros en los garajes. Pro eludió una y otra vez a los pesquisas. En cierta ocasión los encontró en la entrada de una casa donde debía decir misa; se hizo pasar por un oficial de policía, mostrando una medalla imaginaria, y, diciendo: "Aquí ocurre algo raro"; entró en la casa y volvió a salir con su casulla bajo el brazo. Seguido por los detectives cuando salía de una casa católica, y con media cuadra solamente de ventaja, desapareció totalmente al dar vuelta en la esquina; lo único que encontraron fue un joven con su novia. Las cárceles estaban llenas, los sacerdotes eran fusilados, y sin embargo en tres primeros viernes sucesivos, Pro administró el sacramento a novecientas, mil trescientas y mil quinientas personas.

Por supuesto, al fin lo apresaron (lo habían apresado una vez, pero como no lo reconocieron, lo dejaron escapar). Esta vez no cometieron ningún error, o mejor dicho el mayor error de todos. Alguien había arrojado una bomba al coche de Obregón en el parque de Chapultepec, desde otro coche. Revelaciones posteriores sugieren la complicidad del gobierno. Todos los agresores huyeron, excepto el chófer, que murió de un tiro. Un joven indígena que pasaba por allí, llamado Tirado, huyó al oír la explosión, y fue arrestado. Lo torturaron sin resultado; persistió en declararse inocente. La policía se lanzó sobre sus enemigos más temibles: Pro y sus dos hermanos, Humberto y Roberto, y Luis Segovia Vilchis, joven ingeniero y líder católico. No había pruebas contra ellos; no fueron juzgados por los tribunales ordinarios. El embajador norteamericano decidió que le convenía no intervenir, y al día siguiente partió con el presidente y con Will Rogers, el humorista, en una gira en ómnibus; un embajador sudamericano intervino, y consiguió una postergación de la sentencia, demasiado tardía para todos, excepto Roberto. Pro fue fotografiado por el fotógrafo oficial mientras rogaba por sus enemigos junto a la muralla, cuando recibía el tiro de gracia; las fotografías fueron enviadas a la prensa — para demostrar la firmeza del gobierno —, pero unas cuantas semanas después llegó a ser un delito su posesión, porque habían tenido un efecto no previsto por Calles.

Porque Méjico seguía siendo católico; sólo la clase gobernante — políticos y pistoleros — era anticatólica. Era una guerra — lo reconocían — por el alma del indio, una guerra en la que podían utilizar el ejército, formado esencialmente por indios, atraídos por la paga de un dólar diario. (También los individuos que componían el ejército eran católicos, pero es bastante fácil conseguir que un soldado ignorante no se entere de lo que está haciendo.) Cuando llegué a Méjico, hacía algunos años que Calles se había ido, exilado por su rival Cárdenas. Las leyes antirreligiosas todavía regían, excepto en un estado, San Luis Potosí, pero la presión de la población católica comenzaba a hacerse sentir. En la mayoría de los estados se permitía la reapertura de los templos — ahora propiedad del gobierno —, exceptuando las centenas de iglesias que habían sido convertidas en cinematógrafos, oficinas de periódicos, garajes. Los gobiernos de los estados permitían cierto porcentaje de sacerdotes, en relación con la magnitud de la población, que seguían desempeñando su ministerio. Esta relación era pocas veces más favorable que el uno por mil, pero la ley, especialmente en el Distrito Federal

de la Ciudad de Méjico, se cumplía con rigor muy relativo. Pero en otros estados la persecución subsistía. En Veracruz las iglesias siguieron cerradas hasta que a principios de 1937, en Orizaba, los campesinos se sublevaron porque habían matado a una criatura. En Tabasco, estado tropical de ríos, pantanos y bananeros, se decía que el dictador local, Garrido Canabal, no había dejado una sola iglesia sin destruir, antes de huir a Costa Rica; no había un solo cura en todo el estado. En Chiapas no había iglesias donde decir misa, el obispo estaba exilado, y pocas noticias llegaban de esa región montañosa y mal conocida donde sólo corre una línea de ferrocarril, a lo largo de la costa, hasta Guatemala. En ninguna parte se permitían que los curas abrieran escuelas. Los programas educacionales eran dictados en todas partes por el gobierno, de acuerdo con polvorientas directivas racionalistas; un materialismo del siglo diecinueve, que recordaba a Herbert Spencer y la "Thinkers Library", las chaquetas de alpaca y las librerías de Ludgate Hill

3

Los conejos se movían entre los arcos de croquet, y un reloj dio la hora; Dios estaba presente, y podía intervenir antes de que la música cesara. Los grandes edificios de ladrillo se erguían contra el cielo en el otro extremo del jardín, como esos hoteles de los Estados Unidos que uno contempla desde Méjico, reclinado entre las estrellas sobre el puente internacional.

CAPITULO I

LA FRONTERA

Del otro lado del río

La frontera significa algo más que una aduana, un oficial encargado de los pasaportes, un hombre con un arma. Del otro lado, todo será distinto; una vez que nos han sellado el pasaporte, la vida no volverá nunca a ser exactamente igual, y uno se encuentra sin saber hablar entre los agentes de cambio. El hombre que busca paisajes imagina extraños bosques y montañas inauditas; el romántico cree que del otro lado de la frontera las mujeres serán más hermosas y más complacientes que las de su país; el desdichado se imagina por lo menos un infierno distinto; el viajero suicida espera la muerte que no encuentra nunca. La atmósfera de la frontera... es como volver a empezar; se parece un poco a una buena confesión: uno se encuentra en equilibrio durante algunos felices momentos entre pecado y pecado. Cuando alguien muere en la frontera, se le supone una "muerte feliz".

Las tiendas de los agentes de cambio de Laredo formaban toda una calle, que descendía hacia el puente internacional; luego volví a encontrarla del otro lado, en Méjico, exactamente igual pero un poco más miserable. ¿Qué decide que un turista escoja a un agente de cambio y no a otro? A lo largo de toda la calle, se veían los mismos precios, escritos con tiza, hasta llegar al río lento y pardo: "3.50 pesos por un dólar; 3.50 pesos por un dólar". Tal vez se fijaran en las caras; pero las caras eran también todas iguales, caras de mestizo.

Yo me había imaginado un flujo continuo de coches de turistas, que pasaban de los Estados Unidos, de este lado, a Méjico, del otro lado; pero no había ni uno. La vida parecía amontonarse como se amontonan las latas viejas y los zapatos contra un rompeolas; uno formaba parte de la resaca. Un individuo de San Antonio me había dicho que con toda seguridad encontraría lugar en un coche, y un agente de cambio, instalado cerca del puente, me dijo que así era; que él sabía con certeza que había un mejicano que volvía de San Antonio ("en un hermoso coche alemán"), que me llevaría consigo hasta la ciudad de Méjico por unos pocos dólares. Yo esperé y esperé, y por supuesto, no apareció nunca; no creo ni siquiera que existiera, aunque no puedo imaginarme por qué podían desear que me quedara de este lado del río. Conmigo no ganaban un céntimo.

Cada media hora me acercaba a la orilla del río y miraba hacia Méjico; parecía absolutamente igual al lugar donde yo estaba: veía las tiendas de los cambistas en la calle empinada, a través del calor y de una especie de masa de gente junto a la entrada del puente: la resaca que también se amontonaba de aquel lado del rompeolas. Yo suponía que también allá dirían: "Hay un norteamericano que va de Monterrey a Nueva York en un hermoso coche alemán. Lo llevará por unos pocos dólares"; y que otras personas esperaban como yo del otro lado, contemplando a través del Río Grande las agencias de cambio y pensando: "Eso es los Estados Unidos", mientras esperaban a un viajero que no existía en absoluto. Era como mirarse en un espejo.

Del otro lado — uno pensaba — estaban Chichen Itzá y Mitla y Palenque, los enormes sepulcros de la historia, el Méjico de los arqueólogos; los sarapes y los sombreros anchos y la plata Spratling de Taxco, para deleitar a los turistas; para el historiador, las reliquias de Cortés y

de los Conquistadores; para el crítico de arte, los frescos de Rivera y de Orozco; y para el financiero los yacimientos petrolíferos de Tampico, las minas de plata de Pachuca, los cafetales de Chiapas, y los bananeros de Tabasco. Para el cura, la cárcel, y para el político, un tiro. Todos decían que con un dólar se podían comprar muchas cosas. Volví a la plaza y compré un diario. Era mi día de mala suerte. Ese día los estudiantes secundarios oficiaban de directores y reporteros aficionados; el diario estaba lleno de charlatanería local y de murmuraciones escolares. ¿Jóvenes y muchachas impacientes, revolucionarias? Ni rastros. Los lugares comunes de la madurez son a menudo los grandes descubrimientos de la juventud. Ginebra... democracia... frentes populares... la amenaza del fascismo. Era como estar en el Albert Hall. En cuanto a Méjico, había aquí tantas noticias sobre ese país como en los diarios de Nueva York. En Nueva York mencionaban escaramuzas del otro lado de la frontera, frente a Brownsville: un individuo llamado el general Rodríguez había organizado a los granjeros descontentos, que perdían sus tierras, cedidas a los indios por las leyes agrarias, y formado con ellos una agrupación fascista llamada los "camisas doradas". Los diarios de Nueva York habían enviado reporteros especiales; uno de éstos había tomado un taxi de Brownsville a Matamoros, y al volver había informado que no se veían luchas pero sí mucho descontento. Uno se imaginaba esa cara seria y basta, observando con atención el descontento sobre la árida llanura, a través de un vidrio. Alguien me dijo en Nueva York que el general Rodríguez tenía cuarenta mil hombres adiestrados junto a la frontera de Texas; que si me perdía al general Rodríguez, me perdía todo.

En Méjico uno se acostumbra a la decepción: una ciudad parece hermosa al anochecer y luego a la luz del día surge la corrupción, las calles se pierden en el desierto, los mozos de mulas no aparecen, los grandes personajes se vuelven curiosamente mudos en nuestra presencia, y cuando uno llega a las gigantescas ruinas, ya está demasiado cansado para verlas. Lo mismo me ocurrió con Rodríguez. Todo quedó en la nada.

La noche antes yo había estado en San Antonio. Queda en Texas, y Texas ya parecía medio Méjico... y medio Will Rogers. En el tren de Nueva Orleans, un tejano que viajaba en mi vagón hablaba incesantemente, con la misma voz de Will Rogers, ese hablar arrastrado y comercial, esa prudencia afable de las pequeñas ciudades. Durante toda la noche manaron los proverbios, llenos de falsa amabilidad y de verdad superficial: una filosofía tipo Metro-Goldwin. Y un nativo de Nuevo Méjico, con una camisa exótica cubierta de pintitas y una cara de mestizo que inspiraba desconfianza, le contestaba; ninguno de los dos hacía ningún caso del otro; toda la noche conversaron sobre una tangente, ayudados por sus respectivos frascos de bolsillo.

Las llanuras pardas y convexas se extendían a ambos lados del tren; el petróleo ardía en el horizonte como las llamas de una pirámide de sacrificios; el Nuevo Mundo y el Viejo Mundo conversaban en el vagón. En realidad, eso es lo único que se saca de los viajes: conversación. Hay tanto cansancio y tanta decepción en un viaje que la gente se ve obligada a sincerarse; en los trenes, junto al fuego, en la cubierta de los barcos, y en los patios con palmeras de los hoteles, cuando llueve. De algún modo tienen que pasar el tiempo, y sólo pueden pasarlo consigo mismo. Como los personajes de Chéjov, no tienen reservas; uno se entera de sus secretos más íntimos. Uno recibe la impresión de un mundo poblado de excéntricos, de profesiones raras, de estupideces casi increíbles; y para compensarlas, de asombrosas resistencias.

Biografía

Mientras el tejano charlaba del otro lado del vagón, mi vecino miraba fijamente por la

ventana. Tenía una cara sensitiva y enfermiza, un aire de melancolía indestructible. Parecía un victoriano en dudas religiosas, algo así como Clough, pero no tenía patillas en las mejillas y sus manos eran manos prácticas, no las manos bonitas e inútiles del escritor o del teólogo. Dijo que acababa de hacer un viaje de ocho mil millas; dando toda la vuelta a los Estados Unidos en tren, en un inmenso círculo. Un tramo más, y volvería a su casa, situada en alguna parte a cien millas de San Francisco. Eran sus primeras vacaciones después de tres años, pero no veía la hora de llegar otra vez a su casa.

Hablaba con gentileza, con dificultad, mirando fija y melancólicamente la llanura de Texas. Al parecer, casi no había hablado con nadie durante los últimos tres años. Vivía solo, y su trabajo le impedía ver gente. Ahora volvía, y lo esperaban tres años más de soledad. Me pregunté qué podía ser ese trabajo que lo convertía en un ermitaño a cien millas de San Francisco.

—Porque hay que estar atento día y noche — decía —. Uno no puede confiar en un empleado. Esas aves son tan sensibles que se ponen nerviosas y se enferman si sienten algún desconocido cerca.

Resultó que criaba pavos, y vivía solo con sus mil cien pavos. Estos moraban en los campos, y él en una casita rodante, durmiendo donde se les ocurriera dormir a las aves, siguiéndolas a los barquinazos hasta que se recogían al anochecer. Tenía un arma bajo la almohada, y sus perros le advertían si había algún ladrón o un perro salvaje en las cercanías. A veces tenía que despertarse cuatro veces en una sola noche, y nunca sabía con qué se encontraría, con un vagabundo armado o simplemente un perro agazapado. Durante uno o dos años, al principio, durmió bastante mal. Bueno, dentro de tres años más tal vez hubiera ahorrado suficiente dinero para dedicarse a una ocupación que le permitiera gozar de la vida, ver gente, casarse (no podía pretender que una muchacha viviera en una casita rodante, sola con él y mil cien pavos).

— ¿Qué clase de ocupación?

Sus ojos tristes, de mirada interior, se apartaron un instante de la oscura llanura y del petróleo inflamado. —Criar gallinas. Son estacionarias.

San Antonio

De día, San Antonio es más mejicano que norteamericano; no muy genuinamente mejicano (es demasiado limpio para eso), más bien un Méjico de tarjeta postal. El sermón fue dicho en español, en la catedral católica, mientras los ventiladores eléctricos giraban sobre estatuas que representaban con pálidos colores y poses de yeso los más nobles y frágiles sentimientos. En cuanto a la congregación, parecía salida de esos álbumes de la primera época victoriana: las mantillas negras y las caritas vivaces y afiladas parecían copiadas del Libro de la Belleza, de Lady Blessington. El río San Antonio serpentea ingeniosamente por la ciudad, como un adorno de una tarjeta de San Valentín (¿forma un corazón?), con pequeñas cataratas y márgenes cubiertas de helechos. Tal como uno lo lee en un álbum de recuerdos:

Más dulce para mí que todo su perfume la flor pura e impoluta de la casta camelia...

Uno tiene de día, en San Antonio, la sensación de que el mundo ha quedado deliciosamente excluido. El pecado original, bajo el hechizo de la elegancia, ha perdido su significado. Yo pensaba, demorándome en un puente sobre el riachuelo domado, ¿dónde están las señales de esa "terrible calamidad original", que Newman percibía en todas partes? Esta — durante el día — era la perfecta torre de marfil. El horror y la belleza de la vida humana

estaban ausentes, los dos. Era una sensación pasajera, porque la torre de marfil posee su horror propio: el egoísmo aterrador de la exclusión.

Acción Católica

Pero bastaba abrir un diario para huir de ese vacío o tomar un ómnibus hasta las míseras casuchas del barrio mejicano, donde viven los obreros del pecán, que abren las nueces a mano por unos cuantos céntimos diarios. En ninguna parte de Méjico vi una pobreza tan extremada. En Méjico, fuera de las grandes ciudades; el nivel de vida es asombrosamente bajo; pero aquí el nivel parecía más bajo aún, al lado mismo del nivel de vida norteamericano: las casillas del barrio mejicano eran como una burla del Plaza Hotel que ascendía amarillento hacia los cielos. Hay ciento cuarenta y siete empresas descascadoras de pecán, discretamente ocultas de San Antonio, y en los años buenos descascaran diez millones de kilos de nuez, lo que constituye una industria considerable. Poco antes habían bajado los jornales, en un céntimo por libra, de modo que un obrero del pecán sólo podía ganar por día de treinta céntimos a un dólar y medio, en el mejor de los casos. Con la ayuda de un cura mejicano, el padre López, los obreros del pecán organizaron una huelga; más tarde el padre López se retiró de la huelga, cuando los comunistas decidieron sumarse a ella.

Esta huelga fue el primer ejemplo que encontré de verdadera Acción Católica en una cuestión social; una verdadera tentativa, dirigida por el anciano arzobispo, enérgico y medio ciego, de llevar a la práctica las encíclicas papales que condenaron el capitalismo casi tan vigorosamente como el comunismo. Pero el Vaticano se adelantó varios años a los obispos y a los fieles; durante años, el Papa tuvo que soportar una especie de resistencia pasiva de la Iglesia (él mismo se refirió a los patronos católicos que en cierto lugar consiguieron impedir la lectura de la encíclica *Quadragesimo Anno* en las iglesias). Tal vez España haya despertado la conciencia social, pero uno no puede esperar la aparición de una técnica perfecta en un instante. Había algo un poco patético en la Acción Católica de San Antonio. El padre López había sido desplazado mediante una maniobra, y ahora la Iglesia trataba de negociar un acuerdo entre los obreros y los patronos, con la dudosa proposición de que los patronos mostraran sus libros a los representantes de los obreros, y que si dichos libros no justificaban una reducción, se volviera a la paga de antes. Hubo un mitin en el Parque Mejicano, una extensión seca y mísera de tierra pisoteada, con uno o dos columpios, una plataforma para la banda y algunos bancos. Una orquesta de jóvenes católicas tocaba melodías pacíficas y alegres, luego hablaron el anciano arzobispo y el padre López. Había unos doscientos obreros presentes, y unas pocas damas norteamericanas, con aire de enérgicas visitadoras sociales. El micrófono funcionaba mal, de modo que no se podía oír mucho; hacía un calor excesivo, y las jóvenes norteamericanas parecían pálidas y débiles y tímidas entre las caras oscuras, sensuales y aplomadas de las mestizas, que conocían instintivamente, uno lo sentía, toda la belleza y el horror de la carne.

La intención era buena, por supuesto, pero el acto resultó deplorable. Yo lo comparaba mentalmente con el orador de barricada y la Bandera Roja y una multitud que canta la Internacional. El catolicismo, pensaba yo, tenía que redescubrir la técnica de la revolución; aquí, entre esas pálidas violinistas, no se la practicaba. Y esas mujeres prósperas y entrometidas que formaban grupitos separados de los obreros por unos cuantos pies de tierra polvorienta y un abismo espiritual; eran almas buenas, estoy seguro, pero un poco demasiado ansiosas en su afán de que el obispo fuera bien recibido y no se fatigara excesivamente; me preguntaba cómo habrían reaccionado ante las palabras de Santiago (citadas por Pío XI en una de sus últimas

encíclicas) : "Idos ahora, hombres ricos; llorad y gemid por las desdichas que os acaecerán. Vuestras riquezas están corrompidas, y vuestras ropas apolilladas. Vuestro oro y vuestra plata son cancerosos; y su orín será un testimonio contra vosotros, y comerá vuestras carnes como un fuego... "Esas son las palabras de la revolución; no la vaga promesa de que los libros mayores serán inspeccionados (¿cómo podría confiar en un libro mayor un obrero mejicano que vive con treinta y cinco céntimos por día?).

Exposición de fenómenos

Esa noche fui a una exposición de fenómenos en un localcito cercano al barrio obrero. Norteamérica se encuentra atrincherada alrededor de la plaza, y lentamente se disipa en Broadways de miniatura, luces de rascacielos en el terso cielo del sur, hacia el extremo primitivo de la ciudad: casillas de madera y exposiciones obscenas y burdeles en Matamoros Street, donde hay asaltos todas las noches, que el diario local anuncia en una columna especial a fin de semana; ese tipo de ciudad donde uno imagina a esos hombres de otra época que volvían con una bolsa de oro para pasar unos días bien movidos y alegres.

No hacía falta una bolsa de oro para entrar en la exposición de fenómenos; en ese localcito sofocante le ciaban a uno por diez céntimos más de lo que hubiera deseado. Yo era el único visitante; tenía la sensación de que hacía mucho tiempo que no iba nadie; realmente, no podía competir con Matamoros Street; los resecos fenómenos expuestos estaban cubiertos de polvo. Había una oveja siamesa — ocho patas que se abrían como tentáculos de pulpo —, y terneros con cabezas llamadas humanas (como las de los retardados), y perros creados al revés, que volvían los globos vidriosos de sus ojos hacia patas que nacían de alguna parte próxima a la columna vertebral, y "un niño-rana nacido de una dama de Oklahoma".

Pero el atractivo principal de la exposición eran dos pistoleros muertos, Dutch Kaplan y Oklahoma Jim, su guardaespaldas, yacentes en dos ataúdes abiertos, momificados. Jim estaba vestido con un traje negro mohoso, con un botón de la bragueta desabrochado, y la chaqueta abierta para mostrar la comba hueca y parda del pecho; su antiguo jefe estaba desnudo, salvo un paño negro que le cubría las caderas. El dueño de la exposición lo levantó, para mostrar las partes pudendas, secas, polvorientas, peludas. Me mostró las dos cicatrices de la ingle, por donde el embalsamador había retirado todo lo corrompible; las tocó con el dedo (una terrible parodia de Santo Tomás), y me urgió a imitarlo: traía suerte tocar el cuerpo de un criminal. Puso un dedo en el orificio de bala por donde habían salido los sesos, y le tocó el pelo sucio. Le pregunté dónde había conseguido esos cadáveres. Esta pregunta lo irritó. "La Liga de Prevención del Crimen", dijo, y cambió de tema, conduciéndome hasta una cortina al final del local. Por diez céntimos más, me dijo, podía mostrarme ejemplos de aborto, "muy instructivos", y un cartel me desafió: "¿Puede usted soportarlo?" No hice la prueba; me bastaba con el niño-rana.

En realidad, no es ningún consuelo pensar que todas esas cosas son probablemente ingeniosas falsificaciones (un individuo con una colita era una reliquia en la exposición de Barnum); subsiste el hecho de que hayan sido creadas por el hombre para satisfacer cierta aterradoramente necesaria necesidad humana de fealdad.

Salí; unos metros más allá, siguiendo la calle iluminada, Norteamérica se perdía en la oscuridad: por terrenos incultos, entre las tabernas mal iluminadas, los obreros mejicanos convergían pulsando guitarras, abriéndose paso a través de los montículos de tierra suburbanos. Entré en un salón de variedades, y vi bailarines que parecían caballos de guerrilleros galopando por una llanura; una mujer golpeaba el suelo con el pie y cantaba, y un crucifijo

dorado oscilaba pendido de su cuello. Por todas partes, avisos de la película de la próxima semana: "Quién es la Eterna Mártir".

("Cuyo triste rostro en la cruz sólo ve esto Después de una pasión de mil años.")

Laredo

Al día siguiente conseguí lugar en un coche que iba a Laredo. Doc Williams lo conducía, con un cigarro sin encender a un costado de la boca, a través de la llanura, que ondulaba como una marea atlántica hacia la frontera, entre las "dagas españolas" que florecían al costado del camino. Un hombre mal vestido, con una tos persistente, iba sentado en el asiento trasero; venía de Detroit, sin equipaje, y su hermana agonizaba en Laredo.

Tosía y tosía -y se preguntaba si su hermana resistiría hasta su llegada.

—Bueno, en ese sentido usted no puede hacer nada — dijo Doc Williams, mascando la punta de su cigarro.

Le pregunté a Doc Williams si sabía algo de Rodríguez. No lo conocía, pero tal vez si le preguntaba a alguien en Laredo...

— ¿A quién?

— ¡Oh, a cualquiera!

Y así llegué a la frontera, y empecé mis inútiles paseos, para pasar el tiempo mientras esperaba el coche; subía a la plaza, bajaba al río, echaba una ojeada a Méjico, volvía a la oficina del agente. La tercera vez empecé a comprender que no había ningún coche. Entré y dije:

—Bueno, ¿todavía no llegó?

El mismo individuo que me había contestado en los casos anteriores, me contestó:

¿Qué cosa?

El coche — le dije.

— ¿Qué coche? — me preguntó.

Entonces sospeché que el automóvil en cuestión no existía.

Un mestizo que en ese momento estaba bromeando con el agente me preguntó:

— ¿Usted es el caballero que anda buscando a Rodríguez?

Doc Williams se lo había dicho a alguien, que a su vez se lo había dicho a otro....

El agente me dijo:

—Este caballero es un amigo de Rodríguez.

Pero no era lo que nosotros llamaríamos un amigo. Dijo que era inútil verlo a Rodríguez, que no me serviría de nada; Rodríguez, era un ignorante; de todos modos, no estaba en Laredo, se había ido a El Paso. Le dije que mi intención había sido siempre cruzar la frontera por El Paso, que tal vez allí pudiera conseguir un automóvil. No lo encontrará, dijo el hombre; se fue a Brownsville. Entonces, en Brownsville... ¡Oh, probablemente ya estaría en Los Ángeles!

—Pero ¿qué eran esos rumores de lucha en Matamoros? — le dije.

No había ninguna lucha, contestó. Simplemente, había una explosión en alguna parte —

en una fábrica —y la gente se creía que era una rebelión. Si quería, podía ver al hermano de Rodríguez — tenía una casa en Laredo —, pero no debía mencionarlo a él: no quería mezclarse en cuestiones de política, alguien podía pensar que estaba espiando, y crearle inconvenientes. La policía y los agentes mejicanos vigilaban al hermano de Rodríguez.

Llamó al más feo de todos los cambistas, del otro lado de la calle. "El le dirá", me explicó, "si el hermano de Rodríguez está en la ciudad".

—Oh, sí — dijo el cambista, frunciendo el ceño con desagrado, estaba en la ciudad. Había llegado la noche antes.

Dije que tal vez no deseara verme.

—Oh, si — dijo el primer individuo —; le gustaría mucho verme si yo prometía escribir algún articulito sobre su hermano. Así vivía su hermano, haciendo que los estúpidos periodistas norteamericanos escribieran sobre él. Luego mandaba ejemplares de los diarios a los terratenientes, hasta el sur de Méjico — en Yucatán y Chiapas —, y entonces éstos creían que Rodríguez estaba haciendo algo por ellos, y le mandaban dinero.

Cada vez entraba más gente, y escuchaba; me pareció que pronto todo Laredo sabría que había un inglés que quería ver al hermano de Rodríguez. Pensé que quizá fuera mejor cambiar de idea e irme un rato a contemplar a Méjico. Si esta bola de nieve seguía creciendo, podría terminar por impedirme definitivamente cruzar el puente. Dije que no quería ver ni a Rodríguez ni a su hermano, que todo había sido un error, y salí a dar otro paseo.

Fui a un cinematógrafo (donde vi a William Powell y a Annabella en La Baronesa y El Mayordomo; no valía nada. Luego fui al bar de Pete, y tomé una Coca-Cola con coñac. Pete era griego, y hacía treinta y siete años que estaba en Norteamérica, pero no sabía bastante inglés como para demostrarlo. Alemania era un hermoso país, dijo: Norteamérica, no valía nada; Grecia no estaba tan mal. Sus opiniones me intrigaban, hasta que comprendí que juzgaba a cada país de acuerdo con sus leyes alcohólicas; supongo que si uno trabaja en el ramo, da lo mismo juzgarlos por eso que por cualquier otra cosa. Nosotros los escritores solemos juzgar a un país por la libertad de prensa, y los políticos por la libertad de palabra; realmente, es lo mismo.

Luego volví a bajar a la orilla del río, y contemplé un poco a Méjico; del otro lado del Río Grande empezaban a encenderse las luces; parecía absurdo seguir esperando de este lado; el lado de la exposición de fenómenos y del diario publicado por los estudiantes secundarios y del suplemento cómico en colores: el señor Gump, con su horrible mandíbula hundida y la nariz sobresaliente, que se pelea con la señora Gump semana tras semana, año tras año; Moon Mullins y Kitty Higgins; Tarzán, eternamente joven, valiente y exitoso; Dick Tracy, el de Investigaciones, siempre siguiendo la pista.

Volví a la agencia y alquilé un taxímetro; el agente ya no quiso seguir simulando que un hermoso coche alemán estaba por llegar de San Antonio. Pasamos lentamente entre los cambistas hasta la entrada del puente; deposité quinientos pesos en la aduana, y luego salimos del otro lado, ascendiendo entre las agencias de cambio. Esta era Méjico, aquello los Estados Unidos. La única diferencia era la suciedad y la oscuridad; en Méjico no había tantas luces. El pueblo se llamaba Nuevo Laredo, para distinguirse del Laredo de Texas, pero como ocurre a menudo, el hijo parecía más viejo que el padre, más al tanto del lado mísero de la vida. Las calles eran oscuras y desiguales, la placita sofocante de vegetación; toda la vida del lugar transcurría detrás de las puertas giratorias de las cantinas y de los salones de billar. En 1 piso de mi habitación había una gran cucaracha muerta, y un olor rancio que provenía del W.C. El

trueno, llegaba retumbando de Texas, y la lluvia salpicaba y socavaba y enmantecaba las calles sin pavimentar. Traté de conciliar el sueño leyendo Barchester Towers ("St. Ewold no es una opulenta canonjía; da una renta de trescientas a cuatrocientas libras por año, en el mejor de los casos, y generalmente pertenece a algún clérigo relacionado con el coro de la catedral..."), pero no podía concentrarme. El mundo está hecho de una sola pieza, por supuesto; en todas partes se dedica a' la misma lucha subterránea, colocado como un diminuto estado neutral, con el cual nadie cumple jamás sus tratados, entre las dos eternidades del dolor y de... sólo Dios sabe qué es lo opuesto del dolor, no nosotros. Es una Bélgica donde luchan igualmente amigos y enemigos. No hay paz en ninguna parte donde haya vida humana, pero de todos modos, pensé, hay sectores tranquilos y otros más activos. Rusia, España, Méjico; en esos lugares, nadie fraterniza con nadie en la mañana de Navidad. El horror puede ser el mismo, es una parte intrínseca de la vida humana en cualquier parte; nos ataca en el Strand o en los trópicos; por donde se reúnen las águilas, no es insólito encontrar también al Hijo del Hombre. Hace tantos años que empezó en Inglaterra la guerra entre la fe y la anarquía; vivimos en una desagradable indiferencia. Aquí estaban las tumbas de Pro, Tabasco, con todas sus iglesias destruidas, y Chiapas, donde la misa era un delito. Los avisos de aguas gaseosas y de remedios bordean la moderna carretera que conduce al frente, y los turistas van y vienen, con los automóviles llenos de sarapes y de sombreros mejicanos, y con la imaginación excitada por la leyenda de un Méjico feliz y pintoresco.

"El señor Arabin se avenía a ser miembro de la High Church", leía yo bajo la bombita desnuda, sobre la cama dura de hierro, "mientras pudiera serlo de acuerdo con sus propios principios, y seguir un camino notablemente distinto del que seguían todos los que compartían su religión". La amable ironía de Trollope, ese ambiente de desayunos en casa del Archidiácono, de plegarias en el comedor, y en alguna parte, muy lejos, más allá de las torres de Barchester, una duda general. Una voz ebria cantaba en español, y la lluvia caía sobre la monótona llanura de Nuevo León; pensé en el padre Pro, que llegaba al país disfrazado; el traje mal cortado, la corbata rayada, y los zapatos chocolate; luego, las misas secretas, las confesiones en las esquinas, las cacerías de la policía y las atrevidas evasiones; las largas épocas de lluvias, y luego la sequía, y luego nuevamente las lluvias, y cuando cesaban, el arresto y la muerte, sin afeitar, exclamando "Viva Cristo Rey" en el patio de la cárcel. Decían que habían matado a Campion por traidor, no por su religión, y lo mismo dijeron de Pro en 1927. La guerra no cambia de carácter en unos pocos siglos; se mueve tan lentamente como la evolución durante mil años: se necesitan más de diez siglos para cambiar un músculo; y Pro habla con la psicología de Thomas de Canterbury, que también estaba enamorado de la buena muerte. "Las víctimas son muchas; el número de mártires aumenta cada día. ¡Oh, si por lo menos me tocara un número ganador!"

La lluvia caía, y las luces se apagaban en los Estados Unidos, y el señor Arabin se entregaba a sus tentativas de amor en el jardín florido.

CAPITULO II

EL ESTADO REBELDE

Un buen anciano

No había nada que hacer durante toda la mañana, salvo esperar al hombre de San Antonio, con la seguridad de que no aparecería. El barro de las callejuelas llegaba al tobillo, y no había nadie con quien hablar. Era una ciudad pequeña, y en todas direcciones excepto una se hundía rápidamente en la llanura barrosa. Esa dirección era la del puente; yo me encontraba ahora en una especie de espejo, volviendo la mirada hacia los Estados Unidos. El elevado Hotel Hamilton se erguía nítido sobre Laredo; me senté en la plaza mejicana, y mientras lo miraba me hice lustrar los zapatos. La mañana parecía una réplica del día anterior, pero al revés; el paseo hasta la orilla del río, y de vuelta a la plaza; el diario matutino. Varias personas habían sido muertas a tiros por un jefe de policía en una riña. Esta era la noticia habitual de todo diario mejicano; no pasaba un día sin que alguien fuera asesinado en alguna parte; al final del diario había una página en inglés para los turistas. Esta no incluía nunca los tiroteos, y los turistas, por lo que pude ver, no leían nunca las páginas en español. Vivían en un mundo distinto, vivían en unas pocas pulgadas cuadradas de territorio estadounidense; con Life, y Time, y el café en "Sanborn's, Méjico no les hacía mella.

El almuerzo era horrible, como lo que se come en sueños, insípido de una manera positiva, hasta el punto de que la misma ausencia de sabor resultaba repugnante. Toda la comida mejicana es así; si no tiene salsas picantes, no tiene nada, simplemente una multitud de platos colocados simultáneamente en la mesa, de modo que cinco se enfrían mientras uno come el sexto; trozos de carne anónima, un plato de frijoles, peces de los cuales hace mucho que se ha extraído todo sabor marino, arroz mezclado con algo que parece larvas de insectos (tal vez lo sea), una ensalada (peligrosa, nos advirtieron siempre, y durante mucho tiempo uno hace caso de la advertencia), un montoncito de piel y huesos que llaman pollo; el desfile de platos que se enfrían prosigue incesantemente hasta el borde de la mesa. Después de un tiempo el paladar pierde todo sentido discriminatorio; el hambre gana; uno llega, vagamente, hasta a desear el almuerzo. Supongo que después de vivir bastante tiempo en Méjico uno empieza a escribir como la señorita Frances Toor: "La cocina mejicana seduce tanto la vista como el paladar". (Es una masa de rojos y amarillos espantosos, de verde y de pardo, como el bordado artístico y ese tipo de almohadones populares entre las damas venidas a menos de las casas de té de los Cotswold.) "El sentido artístico vive hasta en la más humilde cocinera."

Por la tarde tomé el tren a Monterrey; no podía seguir esperando ese automóvil. La melancólica llanura parecía de plomo bajo las nubes lluviosas; mulas, en un desierto de matorrales espinosos; cabañas de barro y algunas fábricas, y luego absolutamente nada, hasta que las montañas grises se amontonaban lentamente en torno de la vía, pequeños brotes de roca como veleros en el horizonte.

Había otro turista en el tren, un anciano de Wisconsin, comisario de policía en alguna oscura población; estaba armado con un bastón y muchísimas cartas de recomendación, cartas del senador de su estado, de un cónsul mejicano, de Dios sabe quién. No hablaba nada de español, y era terriblemente inquisitivo en cuestiones sin importancia; anotaba todo con letra diminuta en una diminuta libreta. Pensaba dar una conferencia cuando volviera. No tenía la menor vacilación en dirigirse a cualquiera (terminó por dirigirse a mí) : un oficial mejicano

viajaba con su joven esposa, y de inmediato la acosó porque sabía un poco de inglés; durante esa larga tarde, introdujo animación en las vidas de varias mejicanas que viajaban solas. Nadie podía tomarlo a mal: era tan rosado y tan viejo y tenía tantas cartas de presentación. Y un escudo de la policía debajo de la solapa. Se sentó frente a mí y empezó a conversar. Era viudo, y ésta era la primera vez que salía de los Estados Unidos. Había sacado un boleto de ida y vuelta a la ciudad de Méjico, y proyectado viajes laterales, aquí y allá; era muy astuto con su dinero, y muy inocente; sabía exactamente qué quería y qué no quería ver; todos sus hoteles eran administrados por norteamericanos.

—Veo que el jefe de policía mató a varias personas en tal lugar — le dije.

Una cortina de seguridad le cubrió la cara. Dijo que pensaba comer en "Sanborn's". Aunque suponía que en algunos lugares tendría que comer comida extraña.

—No hay problemas — dijo — si uno no come pescado. O carne. O verduras.

— ¿Y qué queda?

—Bueno, siempre quedan los cereales — dijo.

Del otro lado de la ventana, la oscuridad descendía; el sendero que subía hasta una capillita blanca y lejana, como un caparazón de caracol, y la lluvia que caía. Era un buen hombre, y embarazoso, como una criatura. Se paseaba lentamente por el compartimiento, con su bastón, insertándose entre marido y mujer, entre novio y novia, diciendo: "¿Qué es eso? ¿Qué es eso?", ante las cosas más triviales. El desierto reseco y espinoso; los cactus que se erguían como alfileres, con un aire de desorden, y la noche que se espesaba. Los senderos partían hacia la oscuridad, brillantes de agua, nadie sabía hacia dónde.

Y de pronto — no puedo recordar cómo fue — la cara anciana, benévola y rosada, reveló el infinito vacío que cubría. Uno habría supuesto que una persona de su edad, de Wisconsin, un comisario honorario de policía, con un escudo policial, creería en Dios; de algún modo, de una manera vaga, deísta. Me lo imaginaba diciendo que uno podía adorar también a Dios en su casa. Como en una iglesia; ya lo había fichado, y había hecho de él un personaje; y me había equivocado totalmente. No creía en absoluto en Dios; era como descubrir de pronto una inteligencia cruel en una criatura. Porque uno puede respetar a un ateo, como no se puede respetar a un deísta; si uno acepta la existencia de un Dios, la razón se encarga de lo demás; pero no aceptar absolutamente nada, eso requiere cierta obstinación, cierta valentía. Tres años antes casi se había muerto; los médicos lo habían desahuciado; sus hijos se habían reunido en torno de su lecho patriarcal. Lo recordaba todo muy claramente; se había dado cuenta de lo que eso significaba, pero se había sentido tranquilo, en paz; no había tenido miedo: simplemente entraba en la nada. Y luego no se había muerto, y aquí estaba, del otro lado de la frontera: su primer viaje fuera de los Estados Unidos. Tenía un recorte en el bolsillo, de un diario de su Main Street: "Nuestro respetable conciudadano... de viaje por Méjico", y todo el tiempo, detrás de ese color rosado y de esa benevolencia, la nada eterna que se habría paso hacia el cerebro.

Monterrey

Llegar a Monterrey era como regresar instantáneamente a Texas, del otro lado de la frontera; una de esas pesadillas en que uno no llega nunca a su destino; y mi tiempo era poco y mi destino Tabasco y Chiapas, muy lejos, al sur. El hotel era norteamericano, las habitaciones eran norteamericanas, la comida y las voces eran todas norteamericanas; uno se sentía menos extranjero que en San Antonio. Era una ciudad de lujo, preparada para recibir a los

norteamericanos que se dirigen a la ciudad de Méjico; yo no podía comprender por qué el anciano sentía tanta extrañeza cuando nos sentamos en el limpio e iluminado restaurante para comer comida norteamericana; y sin embargo decía:

—Es extraño, muy extraño; supongo que con el tiempo me acostumbraré.

Le hice beber una tequila, bebida alcohólica extraída del agave, una especie de ginebra bastante inferior. Se volvió un poco más reminiscente, un poco _atrevido.

—Una vez turbé a una joven en una tienda, pidiéndole pecans. Lo tomó bastante bien.

Esta pequeña grosería resultaba tan inesperada en su lengua como lo había sido su firme declaración de incredulidad. Y todo el tiempo uno tenía conciencia de la bondad, una bondad infantil que fluía de él, esa especie de bondad que en el recuerdo arranca lágrimas a los ojos, como ciertas cosas naturales que uno recuerda de hace mucho tiempo; el olor de un campo arado en invierno, una cerca que asciende hacia un horizonte de ortigas.

Salió con precaución, bastón en mano, hasta la entrada del hotel. La tequila bullía como la audacia en sus venas. Le dije:

¿Qué le parece que vayamos a ver si hay algún cabaret por aquí?

Titubeó largo rato; luego dijo:

—Creo que esperaré hasta llegar a la capital. Protestó ansiosamente cuando le dije que me iba a dar una vuelta.

Tenga mucho cuidado. No se pierda.

Miraba fijamente las calles mojadas y bien iluminadas de Monterrey, como si formaran parte del oscuro desierto que acabábamos de atravesar.

Caminé hasta una especie de Tottenham Court Road, con cantinas y espantosos muebles modernos de imitación en las vidrieras, una estatua recargada e impresionante — el indio Juárez desafiando a Europa, que tan lamentablemente había conquistado a una cuadra de distancia —, y luego, sumamente hermosa en la oscuridad, vista a través del follaje de una plaza, desde una blanca recova lunar, la catedral, campanarios que ascendían en oscuras fajas metálicas hacia el cielo enorme, silencio y hojas que goteaban.

A la mañana siguiente me despertó un clamor de vítores; soñaba un sueño tonto, lleno de triunfo y de felicidad. Había ocurrido una insurrección religiosa en masa, ante los ojos de Stalin. "Permitió que abrieran las iglesias. Ahora no puede contenernos." "Desde este momento mismo", decía él, "están condenados". Recuerdo que yo tomaba parte en una procesión alrededor de una pequeña habitación; el dictador en el medio, muy obstinado e indefenso y en brosse; y cantábamos "Oh Dios, nuestro apoyo en otros tiempos", pero no podía recordar la segunda estrofa. Cuando nos volvíamos para irnos, vi a un pequeño sabio laureado, producto de la escuela nocturna y de una devoradora sensación de exclusión, que sonreía en un rincón y nos burlamos de él alegremente, marchando en torno de la habitación. Y entonces me desperté al clamor de lo que debió causar todos esos cantos de mi sueño; eran las cinco y media y la multitud vitoreaba y vitoreaba. Parecían estar en la estación, aplaudiendo a un héroe o a un político; tal vez había llegado el Presidente. Me levanté de la cama y miré por la ventana; vi oscuridad en el cielo, y las estrellas todavía brillantes; las luces encendidas en la ciudad chata, y la aurora como un humo estratificado sobre los techos. Los vivos se oían en todas partes, extendiéndose hasta las difusas montañas; no eran vivos, sino los gallos que cantaban en varias millas a la redonda, una extraña rapsodia bíblica al amanecer.

Asistí a la misa de ocho en la catedral. Casi todos los fieles eran mujeres; probablemente los hombres habían empezado a trabajar varias horas antes. Un nave toda blanca y dorada, con pálidas estatuas refinadas, nada españolas, y tres muchachas que recorrían las estaciones del Vía crucis, riendo y charlando de agonía en agonía. Recordé lo que el presidente Cárdenas había dicho en un discurso público en Oaxaca: "Estoy cansado de cerrar iglesias y encontrarlas llenas. Ahora voy a abrirlas y a educar al pueblo, y dentro de diez años las encontrará vacías." Las muchachas seguían el camino del Calvario, entre risitas, y me pregunté si Cárdenas habría hecho una profecía verdadera. El cura, muy anciano, se arrodillaba ante el altar y se levantaba y alzaba a Dios en sus manos; a la larga, ¿qué importaba, de todos modos? Dios no dejaba de existir cuando los hombres perdían su fe en Él; siempre había catacumbas, donde el rito secreto se conservaba vivo hasta que pasaran los malos tiempos; durante la persecución de Calles, Dios se había escondido en los aparatos de radio, detrás de los estantes de las bibliotecas. Había entrado en las cárceles en el bolsillo de una criaturita; lo habían consumido en las salas y en los garajes. Tenía de su parte a la Eternidad.

Durante el almuerzo el anciano policía habló de sus intestinos. Dijo:

—Cuando le pedí que me esperara creí que sólo tenía que hacer una cosa, pero descubrí que tenía que hacer las dos. Son los cereales. Resultan excelentes para los intestinos.

Prosiguió alegremente con el tema; era como oír hablar a su perro, y luego, ante sus copos de trigo seco, bondadoso e infantil e inocente, alzó la vista y dijo:

—Temí que usted se perdiera anoche. Esperaba que me golpeará la puerta al volver.

La depresión se disipaba con el día. Norteamérica, allí después de todo, cesaba en la puerta de los hoteles; en la Avenida Hidalgo una gran iglesia desnuda y deteriorada bullía suave y continuamente con las plegarias de la gente que hacía el Vía crucis. En esta devoción no había ninguna ignorancia; hasta las viejas campesinas llevaban consigo sus libros de misa y sabían cómo contemplar la agonía. Aquí, sentía uno, estaba la verdadera religión; el tráfico continuó de la devoción. Llegaban y se desplazaban junto a los muros, y se iban, y otros llegaban. Eran como equipos de obreros construyendo un camino al Calvario.

Sobre una colina detrás de la ciudad estaba el Palacio Episcopal, en ruinas, delicadamente coloreado de oliva y de vejez. Lo rodeaban las estribaciones de la Sierra Madre, la hierba que moría contra los cerros pétreos y dentados, nítida hilera tras hilera. Este palacio, como una mezquita de piedra monumental, fue construido a fines del siglo dieciocho, cuando la arquitectura religiosa moría en Inglaterra y las capillas Baptistas surgían en todas partes, con su vacua dignidad, rodeando la mesa desnuda y la nave sin cruz y la pila de inmersión total. No obstante, este palacio en ruinas y su capilla

Eran tan hermosos como cualquier construcción de la Edad Media; no creo que lo fuera a consecuencia de las marcas de las balas, los agujeros hechos en la pared por las ametralladoras de Pancho Villa. ¿Habrán calumniado a la Iglesia mejicana, pensé, cuando creó obras de arte en una época tan tardía como ésta? No siento simpatía por los que se quejan de la riqueza y de la belleza de una iglesia en una región pobre. Por un peso más por semana, realmente, no vale la pena privar a los pobres del descanso y de la quietud que pueden encontrar en esta catedral. Nunca oí a nadie que se quejara de los supercinematógrafos, de la necesidad de gastar el dinero en consuelos; y sin embargo no hay democracia en los cinematógrafos: uno paga más, y le dan más; pero en una iglesia la democracia es absoluta. El rico y el pobre se arrodillan uno al lado del otro para comulgar; el rico debe esperar su turno en el confesionario.

No recordaba que era Miércoles de Ceniza, hasta que volví a la iglesia y encontré una larga cola aglomerada a lo largo de la nave lateral para recibir las cenizas. ("Recuerda, hombre, que eres polvo, y al polvo volverás.") Ahora había tantos chicos y jóvenes como ancianos, porque la labor cotidiana ya había terminado. Por lo menos doscientos cincuenta personas estarían esperando en la cola; tardé un cuarto de hora en llegar hasta el sacerdote, y ya la cola se había renovado casi completamente y la lenta marea de penitencia no daba señales de disminuir. Esa tarde, miles de personas deben de haber recibido las cenizas. Volvían a salir, como testigos, para fluir por la ciudad crepuscular con la pesada cruz gris sobre la frente; algunos años antes, habrían ido a parar a la cárcel por ese delito; empecé a pensar que después de todo Cárdenas se había equivocado. Ese es el peligro de las giras rápidas, uno calcula erróneamente, basándose en tres muchachas jocosas y una sola misa, y calumnia la devoción de miles.

Durante la comida, el anciano policía no podía dejar de reírse, pensando en lo ocurrido: yo había caminado millas y millas por la ciudad, y él la había recorrido entera en una hora, en un ómnibus, por cinco centésimos de dólar.

—Pero si me gusta caminar — insistía yo, inútilmente.

—Cuando vuelva a mi pueblo les contaré la historia de mi amigo inglés — decía — que caminó todo el día para ahorrarse cinco céntimos de dólar.

Por la noche encontré una placita perfumada con flores y follajes, una fuente silenciosa, y comedidas parejas en cada banco; pensé en las parejas echadas con desagradable ardor en la hierba de Hyde Park, o en los bancos, ejecutando actos más desagradables aún bajo la protección de los sobretodos. Era como si esta gente no necesitara de la lujuria, sus nervios eran más tranquilos, el lecho matrimonial era la meta aceptada. No sentían la necesidad de demostrar su virilidad urgiendo el acto de las sombras antes de tiempo. El temor había sido eliminado; cada uno sabía lo que quería el otro. El no pensaba: "¿Qué esperará que haga ahora?", ni ella: "¿Hasta dónde debo permitirle avanzar?" Eran felices, juntos en la oscuridad, unidos por las reglas de un juego que ambos conocían; ningún temor, nada de nervios exasperados; lo que quedaba, era el sentimiento y la más púdica sensualidad; la mano en la mano, un brazo en torno de la espalda, los más débiles contactos. Y nuevamente, aunque sin saberlo, adoptaba el punto de vista del turista; seducido por una ciudad próspera de la carretera principal, seducido por mi propio buen humor, estaba dispuesto a considerar a Méjico como un país de tranquilidad y suavidad y devoción.

San Luis Potosí

Los cactus formaban grupos, como personas con tocados de plumas que se reunían y se inclinaban para susurrarse intimidades; ermitaños que se habían congregado en el desolado desierto pétreo con algún propósito urgente, y que no se volvían para ver pasar el tren. Las carreteras eran como las líneas de un mapa; uno las veía ondular, delgadas, hasta una distancia inmensa, y morir en las márgenes de la llanura entre las rocas y los cactus. Los cactus no tenían ninguna belleza; parecían simples signos taquigráficos que significaban "esterilidad" y "sequía"; uno sentía que eran menos el producto que la causa de esta aridez, que habían absorbido toda el agua que había en la tierra y la atesoraban como la atesoran los camellos en sus vientres verdes, viejos, tubulares. A veces florecían en la punta, como la punta encendida de un cigarro, pero ni aun así eran más hermosos; un rosado enfermizo, como el glacé de una torta barata, ese tipo de torta azucarada que uno deja en el plato. Sólo el ocaso difundía una especie de hechizo humanizador sobre esta rocosa desolación de cactus; un oro débil, una compasión

subjetiva como si por un momento uno mirara el mundo con los ojos anatómicos y piadosos de un dios. "El no juzga como juzgan los jueces, sino como el sol que cae sobre una criatura indefensa."

Monótonamente, entre los cactus y las piedras, Nuevo León expiró y empezó el estado de San Luis Potosí. En estos momentos en que escribo se desarrolla una guerra de guerrillas entre esas mismas colinas; anteayer los rebeldes hicieron explotar un tren y el líder insurgente, el general Saturnino Cedillo, es perseguido de baluarte en baluarte por las montañas, y la censura impone silencio (¿qué habrá sido de nuestros amigos?). Hace apenas unos meses que estuve allí, y ya todo esto pertenece a un lejano pasado: ya pertenece a la historia ¹-

En esos días (principios de marzo de 1938), San Luis Potosí era un pequeño reducto capitalista dentro de un Méjico socialista, regido menos por el gobernador que por el general indígena Cedillo, desde su estancia entre las sierras, en Las Palomas. Hacía ya un año que se hablaba de rebelión en Méjico, con Cedillo como posible líder; era uno de los viejos soldados indios de Carranza, el hombre que había sofocado la insurrección católica en Jalisco once años antes. También Cedillo era católico de nacimiento, pero no practicaba su religión; se murmuraba que tenía una hermana muy devota, pero la verdadera razón de que las leyes antirreligiosas no se respetaran en San Luis Potosí era la que el líder expuso ante un reportero norteamericano: "Tal vez yo no crea en todo ese asunto de la religión, pero los pobres la desean, y me encargaré de que les den lo que desean". Por algún motivo, quizá porque no hay buenos hoteles, los turistas no se bajaban del tren en San Luis, o si lo hacían, con pasar una noche en un hotel mejicano tenían de sobra: la mísera habitación, la simbólica cucaracha muerta, y el olor a orines. Como mi anciano amigo, tomaban el primer tren de la mañana para la capital. Su voz senil, que hablaba al amanecer por el teléfono particular, suscitaba una emoción exagerada: la bondad y la simplicidad son cosas muy escasas; hablaba con cierta preocupación y ansiedad porque yo me quedaba y él seguía solo; traté de consolarlo.

—En la capital encontrará seguramente a alguien de Wisconsin — le dije, y colgué lúgubrememente.

— Tenía ante mí bastantes días, más de los necesarios, aunque San Luis es una hermosa ciudad: calles estrechas, con balcones, e iglesias rosadas sobre un azul montañoso; una ciudad industrial, pero la industria está escondida en un suburbio; una ciudad desdichada, pero al principio uno no se da cuenta. Uno sólo advierte, cuando va a acostarse, que su grifo no funciona. Más tarde se entera de que el agua no alcanza para todos; toda la administración municipal es un desastre, y depende del general, que vive en su estancia en las colinas; la ciudad carece literalmente de agua, destinada a regar "sus campos". Es inútil escribir todo esto en tiempo pasado: en Méjico siempre hay otros generales. Allí todo se repite, hasta los sacrificios humanos de los aztecas; la vejez de Méjico cae sobre el espíritu como una nube.

Y entonces uno entra en la catedral, para oír misa; los campesinos se arrodillan con su pantalones de algodón, y se quedan con los brazos extendidos, minuto tras minuto, en la actitud de la crucifixión; una anciana se acerca laboriosamente de rodillas al altar, por el piso de piedra; otra yace totalmente extendida, con la frente sobre las losas. Acaban de poner fin a un largo día de trabajo, pero la mortificación continúa. Esta es la atmósfera de los estigmas de Cristo, y uno de pronto advierte que tal vez ésta es la población del cielo; estas casa

A una historia muy lejana, porque poco después de haber sido escrito esto, el general Cedillo fue fusilado por las tropas del gobierno en las montañas de su propio estado.

envejecidas, dolientes e ignorantes son la bondad humana. Pasan cinco minutos, y los brazos del anciano, ya cansados de la labor en los campos, siguen extendidos; una joven se adelanta dolorosamente por la nave, de rodillas, con una criatura en brazos, y detrás de ella, en la misma posición, su hermana; una lenta y triste procesión hacia el pie de la cruz. Uno podría decir que para éstos, la vida ya era bastante mortificación, pero como verdaderos santos, buscan la única felicidad de sus vidas, y consiguen expresarse un poco más de dolor.

Afuera está el mercado; un lugar bastante lúgubre al anochecer, mucho más mísero que todo lo que vi en la selva del oeste africano. Algunas patatas, algunos frijoles; alfarería y canastas, de colores y formas feamente convencionales (no hay turistas a quienes atraer; la artesanía genuinamente nativa presenta un carácter semejante a la artesanía estilo Chelsea-Cotswold); horribles juguetitos y chucherías, pistolas de segunda mano entre las verduras, la muerte por unos céntimos. El polvo oprimía la garganta; las cantinas estaban llenas y sucias; un ebrio se apoyaba en un taco de billar. En un pequeño espacio despejado, un joven payaso hacía sus pruebas, con la cara pintada y el pelo largo de indio. Vestía un harapiento camisón gris. Tal vez tuviera quince años; se afanaba ante su extraño laboratorio surrealista: un par de megáfonos, una botella de alcohol, una tabla llena de clavos, y su braserito; las duras plantas de sus pies a prueba de clavos y de fuego; mortificación por dinero, los estigmas de la kermesse. Tenía una pequeña banda de ayudantes sonrientes, ninguno de ellos mayor de catorce años.

Un poco más allá, el frente del Templo del Carmen, del siglo diecisiete, repleto de imágenes y flores esculpidas por los indios. Cuando uno mira de cerca los rostros individuales, son simplemente los viejos profetas barbudos europeos, con expresiones orondas y una Biblia apretada sobre el pecho, pero cuando uno se aleja de la fachada de terracota, el efecto es más indígena que cristiano; una especie de turbulento materialismo, que burbujea groseramente hacia el cielo.

Los políticos se pasan el día en el balcón de las oficinas del gobierno. Después de recorrer Méjico, siempre asociaré a los balcones con los políticos; hombres regordetes, de barbilla azul, con sombrero de fieltro y pistolas en la cadera. Desde el balcón oficial, miran todo el día hacia abajo, en todas partes, y no tienen nada que hacer, excepto mirar fijamente, con la expresión de quien mantiene fija la mirada en algo bueno.

Almuerzo dominical

Una escocesa ofrecía la hospitalidad dominical, en el piso superior de su almacén; hacía muchos años que vivía allí, desde el día en que perdió su estancia en una de las revoluciones. Independiente, franca, protestante, era una columna de sentido común entre esos salvajes y variables fanatismos. Ponía a todo el mundo en su lugar, incluyendo a Codillo; ácida, valiente, con la pequeña y franca grosería de una callejuela escocesa. Desde la tienda ascendía por la escalera un olor a buen café; su hija volvía de un partido de tenis en el American Club. Pero había una silla vacía, que sólo fue ocupada al finalizar el almuerzo.

El recién llegado, C., era de sangre inglesa, pero nacido en Méjico, tenía acento español-norteamericano. Delgado, morocho y reluciente, era un poco excesivamente cortés, tenía un aire de refinamiento suburbano; ese tipo de personas que uno elude en una reunión. Empezó a explicar por qué había llegado tarde; había tenido que dar un largo rodeo con su automóvil, al volver de la capital. Un amigo le había advertido que los caminos en las proximidades de Querétaro no eran muy seguros, a causa de los revolucionarios (expresión mejicana de cortesía para designar a los bandidos). El otro día, su amigo había perdido todo su dinero y sus ropas. Escogía las palabras con pedantería, cuidando la conversación. Así eran las charlas de

sobremesa en Méjico.

Con el café, surgió un poco de amargura. Su padre había sido un hombre rico, con propiedades en Morelos, y había enviado a su hijo a estudiar en Europa; luego le habían confiscado las tierras, y había mandado llamar a su hijo antes de fallecer. El hijo trabajaba ahora 'en una compañía minera, y recordaba con cruda nostalgia los tiempos de Díaz. (En todas partes de Méjico se encuentran esos dueños de hotel, esas damas ancianas, esos profesionales que recuerdan con nostalgia a Díaz, cuya única falta fue tal vez olvidarse de los pobres, que a su vez se olvidaron de él.) Odiaba a Méjico con un odio pequeño y refinado de víbora, pero su experiencia minera no le servía de nada en ningún otro país; era un prisionero.

Y luego, detrás de la pedantería y de la amargura se abrió algo, una puerta que daba Dios sabe a qué valentías y resignaciones. "Hay que tomarlo como viene", decía con su amargura de reptil. En 1927 los rebeldes lo habían secuestrado, y lo habían guardado como rehén, con un joven norteamericano de la misma mina. Hacía días que se esperaba algo semejante, pero el norteamericano no creía en los bandidos; era algo demasiado cinematográfico, no era verdadero. C. solía asustar al joven, gritándole que venían los bandidos; la primera vez el norteamericano le creyó, pero después no. Y por fin llegaron realmente. Lo supo algunos minutos antes, cuando se acercaban, y trató de sacar de la cama al norteamericano. "Déjame en paz", le dijo el joven; "ya no puedes asustarme"; y de pronto invadieron la habitación. Buscaban dinero, y no había. Empujaron a sus prisioneros contra la pared.

—Creí que iban a disparar. Tendría que haber visto la cara de ese norteamericano. Yo me reía. No podía hacer otra cosa...

Le creí. Ya había perdido demasiado para que pudiera importarle; en Méjico uno encuentra a tantas personas así, extranjeros y españoles que ya perdieron todo, excepto la desesperación, y la desesperación tiene su propio sentido del humor, así como su propia valentía. Tal vez la risa los salvara; debe de ser difícil fusilar a un hombre que se ríe: para matar hay que sentirse importante. Por eso la banda toca en la riña de gallos, y la gente se pone sombreros anchos y pantalones de charro. Los bandidos se los llevaron a las montañas, y exigieron un rescate de veinte mil dólares norteamericanos. Durante cuatro días no les dieron ni agua ni alimentos, arrastrándolos de un lugar a otro, atados a las colas de los caballos, golpeándolos... Luego, la compañía pagó catorce mil dólares, y los soltaron, a veinticinco millas de su casa, entre los matorrales.

— ¿Qué rebeldes eran?

—Los Cristeros — contestó.

Eran los católicos que se habían levantado contra Calles. Es muy típico de Méjico, quizá de toda la raza humana: la violencia a favor de un ideal, y luego el ideal se olvida y la violencia continúa.

Riña de gallos

El domingo por la tarde había un rodeo en la pista de toros, pero los bolsillos de San Luis no contenían bastante dinero para permitir una concurrencia numerosa. Los asientos de honor, decorados, estaban vacíos. Uno tenía la sensación de que todas las actividades de San Luis eran desganadas; un ojo siempre estaba fijo en el camino a Las Palomas (y ese ojo informaba de muchas cosas: un almuerzo ofrecido al gobernador de Texas un norteamericano acalorado y polvoriento, que se llevaba consigo una cantidad de dinero; hasta el pobre agente principal de Rodríguez, anciano y perseguido); todo ocurría bajo la sombra de la futura

rebelión.

Dos gallos ya estaban preparados para reñir. Los hombres, con enormes sombreros bordados y pantalones ajustados de charro, observaban detrás de la cerca; tenían caras regordetas, amables, de cantantes de ópera; parecían salidos de una comedia musical de Hollywood, con John Boles como estrella. Palpaban los gallos como -comprando gallinas en el mercado, hundiendo los dedos entre las plumas; luego entró una procesión de jinetes, detrás de una banda de violinistas que vestían sarapes de colores vivos. Tocaban con suavidad; cantaban una canción melancólica que hablaba de flores, formando un grupito; parecían conversar entre sí, como si estuvieran solos. Dos de los charros sacaron de unos hermosos estuches de cuero rojo una espuelitas brillantes, y las ataron en las patas de los gallos, con hilo escarlata, muy lenta, muy cuidadosamente. Todos estos cantos y esta procesión eran simplemente un prelude de la escaramuza en la arena, dolor en miniatura, muerte en muy pequeña escala.

Pero la muerte impone ciertos ritos. Los hombres crean reglas, y esperan de ese modo domesticar a la muerte: no hay que bombardear ciudades abiertas, el desafiado elige las armas... Trazaron tres líneas en la arena; la muerte era como el tenis. Los gallos cantaron, y una banda de instrumentos de cobre prorrumpió estrepitosamente en los asientos de piedra, y la arena voló por la pista; hacía frío en el viento, en la sombra, entre las colinas. Y de pronto uno se sentía impaciente ante toda esta mojiganga, todo este énfasis falso agregado a lo que sólo es una función natural; morimos, como defecamos; ¿por qué ponerse sombreros enormes y pantalones ajustados y hacer tocar a una banda? Creo que ese día empecé a odiar a los mejicanos. Apretaron los picos de los gallos, uno contra el otro, y la banda prosiguió con su estrépito; luego colocaron los gallos en

53

Las líneas exteriores, y de pronto la banda se calló. Pero los gallos no riñeron; la muerte no quería representar. Se dieron mutuamente la espalda; las espuelas los obligaban a moverse de una manera extraña, como sobre pértigos; se quedaron inmóviles e indiferentes, mirando en torno, mientras la multitud gritaba y se burlaba como ante un par de toreros cobardes o torpes.

Nuevamente juntaron sus picos metálicos, como si el contacto pudiera engendrar una chispa eléctrica, y esta vez salió bien. Los soltaron peleando en el aire; en un minuto terminó todo; no cabía dudas de cuál era el vencedor: un gran gallo verde, que se lanzaba sobre el otro y lo derribaba en la arena con el peso de las plumas. El plumaje se abría como un plumero, el ave más delgada cayó y se aplastó, y luego siguió un cruel picoteo en los ojos. Fue cuestión de segundos; luego alzaron el gallo vencido y lo sostuvieron cabeza abajo, hasta que la sangre corrió por el piso, fluyendo en un chorrito negro, como el chorro de un embudo. Los chicos se paraban sobre los asientos de piedra, y contemplaban todo con alegría. La tarde era muy fría, empezó a caer un poco de lluvia, y el rodeo era muy torpe; hombres que trataban de cazar caballos con los lazos, y fracasaban; después de la muerte, no valía la pena quedarse para el resto: el estrépito de la música y la torpeza de la exhibición. Fuera de la pista estaban los cuarteles — soldados que marchaban subiendo y bajando, subiendo y bajando—, la iglesia de la Virgen de Guadalupe, la cárcel, un tranvía que iba al centro, y un tambor que redoblaba.

Entré en el templo del Carmen, cuando caía la noche, para la bendición. Para un forastero como yo, era como entrar en su casa; un lenguaje que yo comprendía, "Ora pro nobis". La Virgen se sostenía sobre una extraordinaria nube de plata, como un repollo, con el Niño en brazos, sobre el altar; a lo largo de todas las paredes había horriblas estatuas, con

vestiduras raídas y purpúreas, dentro de unos ataúdes de vidrio; y sin embargo era como mi casa. Uno sabía qué pasaba. Los viejos entraban descalzos, con sus pantalones de algodón, laboriosamente, fatigados por el trabajo, y otra vez pensé: ¿cómo negarles el vistoso esplendor de los dorados, del incienso, de la imagen distante e inmaculada sobre la nube? Encendieron las bujías, y de pronto se iluminaron unas bombitas eléctricas en torno de la cabeza de la Virgen. Aunque todo esto no fuera cierto, y no hubiera Dios, indudablemente la vida era con esa enorme promesa sobrenatural más feliz que con el mísero logro social, la pequeña pensión y los muebles hechos a máquina. Cuando salí, había grupitos de indios sentados en la acera, comiendo su cena; llevaban consigo su casa, como una tienda, para ubicarla en cualquier parte.

Visita a las catacumbas

Yo quería ver al general Saturnino Cedillo; la ciudad le debía tanta felicidad y tanta desdicha. No se podía beber bastante agua, pero se podía enseñar a las criaturas que Cristo había venido al mundo. La Acción Católica era poderosa en San Luis, pero ni siquiera aquí podía desarrollar sus actividades muy abiertamente; había un representante del gobierno en la ciudad, y durante seis meses se impidió el acceso a las escuelas al sacerdote que las organizaba. Mientras yo esperaba en San Luis para ver a Cadillo — horas de espera en la oficina gubernamental, para comunicarme con el teléfono privado de Las Palomas, largas entrevistas con un oficial, interminables declaraciones de que no iba en busca de dinero, que no diría a nadie en Méjico que había visto al general, y al fin el consentimiento, de mala gana, para cinco días después —, este cura me informó sobre algunas de sus actividades: revolución, bajo la forma del Sermón de la Montaña, traición, como una clase de economía doméstica. En el extremo de un largo corredor estrecho y rosado, pasando junto a una jaula de pájaros y algunos melones, una puerta; imposible prever desde la calle el vasto espacio que hay detrás de esa puerta; el patio rodeado por cuartitos donde se dan clases a las niñas, clases de cocina, de costura, y una de apologética para niñas de la escuela secundaria; la puerta principal da a una gran sala, del tamaño de una iglesia, sostenida por cuatro antiguas columnas macizas. Aquí se da la clase semanal de religión a las niñas pobres, criadas, etcétera. El cura les hablaba amablemente, con muchas bromas; estaban en las catacumbas, aprendiendo las peligrosas lecciones de modestia y de amor. El sacerdote era un intelectual, doctorado en filosofía en Europa, pero la guerra facilita la comprensión entre mentes muy distintas; parecía un oficial querido que recorre su compañía en las trincheras. Fuera, en alguna parte de la ciudad, estaba el representante del gobierno; violaban la Constitución; podían confiscar el edificio entero. Hablaba muy tranquilamente, calmadamente, sin alzar nunca la voz; daba una sensación de gran seguridad y de gran amor. Uno pensaba en los políticos de barbilla azulada en los balcones, los dirigentes del estado, con la mirada puesta en la primera oportunidad, las pistolas en la cadera, sin ningún sentido de responsabilidad hacia nadie ni hacia nada. Estas muchachas volverían a su esclavitud diaria, pero tenían un dirigente en quien podían confiar, no estaban solas. Fuimos a una escuela de obreros; una gran habitación, con cursos clasificados según la edad, desde niños hasta adultos. Los padres estudiaban en la misma habitación que sus hijos, aprendían a leer y a escribir, aritmética elemental y sociología, la enseñanza de las encíclicas contra el capitalismo y el comunismo. Los maestros eran mujeres con licencia oficial; su catolicismo era un secreto.

Afuera la más completa irresponsabilidad, olas de irresponsabilidad que inundaban el campo, caminos sin ley, las señales volcadas, el desierto que presionaba por entrar. No era meramente cuestión de que en Las Palomas el general Cedillo regara sus propias tierras y descuidara el estado, protegiendo la religión simplemente porque sus campesinos tenían fe, aunque él no la tenía, su catolicismo era un secreto.

Con un ojo en la cosecha y un ojo en las mujeres, mientras se formaban en torno de él docenas de oscuras leyendas en San Luis; un protector que ningún católico quería, un capitalista en quien ningún otro capitalista habría confiado. No era meramente un general indígena en un oscuro estado de un país atrasado; era todo un mundo. Recordé el juego llamado "monopolio" que estarían jugando en mi país con fichas y con dados, la muchacha de quince años en la vía del tren, un mundo donde los políticos se asoman al balcón, donde se vende la tierra para construir propiedades y las casitas crecen en la arcilla herida con garajes como tumbas.

El filósofo

El cura y yo subimos la escalera de un mísero edificio cerca del mercado, para visitar al anciano alemán profesor de idiomas, que me acompañaría a Las Palomas por si necesitaba un intérprete; algunos años antes había vivido con el general, tratando de enseñarle inglés y alemán, pero siempre había demasiada gente que esperaba con sus pedidos, más de sesenta por día, y nunca se presentaba la oportunidad de dedicar un momento de tranquilidad a los verbos irregulares. Golpeamos la puerta durante largo rato, hasta que por fin un joven envuelto en una bata sucia y desaliñada, tuerto y picado de viruelas, nos abrió con desconfianza. El departamento era polvoriento y mal ventilado; algunos libros yacían por el suelo, y horribles cuadros de pensión colgaban torcidos de los muros; había un pizarrón y algunas tazas rotas de té. Parecía un refugio temporario de gitanos. El viejo profesor tenía cabellos blancos, ralos y finos, bigotes largos y también blancos, y manos huesudas y apergaminadas. Su aspecto indicaba una melancólica buena educación; estaba muy limpio y muy gastado; como un jarrón anticuado en medio de los bártulos amontonados en el fondo de un remate.

Consiguió insistir en que era un filósofo, mientras discutía suavemente la cantidad de pesos que le pagaría. —El movimiento es vida — decía —, y la vida es movimiento.

En alguna parte, el muchacho picado de viruelas se movía inquietamente, como Polonio detrás del tapiz.

—En cuanto a comida — decía el anciano —, mis necesidades son muy modestas; el general sabe lo que me gusta. Un poco de verdura, un vaso de agua.

Los globos de los ojos eran levemente amarillos; parecía un alemán de antes del Imperio; uno podía imaginárselo como director de orquesta en algún pequeño principado, todo de felpa y dorados y cortesía. Me pregunté qué extraño capricho de la Providencia lo había anclado allí; un profesor de idiomas en una ciudad minera mejicana.

Esa noche hubo una tormenta de truenos; se cortó la luz en toda la ciudad, tuve que volver al hotel en la oscuridad, lentamente, guiándome por la luz de los relámpagos; las calles estaban vacías, y llovía. ¿Había que dar vuelta a la izquierda o a la derecha? Era como quedarse olvidado en un laberinto, cuando el boletero ya se fue a su casa; yo pensaba en el bondadoso anciano norteamericano, con el vacío detrás de su piel tersa y sonrosada, en el criador de pavos que había vuelto a su casa, sin nadie con quien conversar y un revólver bajo la almohada; todos existían solos en sus pequeños laberintos personales, y el boletero se había ido.

Un día en casa del General

Era un viaje de cuatro horas en automóvil, desde San Luis hasta las sierras pardas y pétreas. Los cactus se apiñaban a lo largo del camino, inclinándose hacia nosotros,

volviéndose, toda una población que se extendía hilera tras hilera hacia las montañas, hasta perderse de vista, esperando que alguien pasara. Pasó a nuestro lado un coche lleno de hinchados pistoleros, a los saltos, levantando el polvo de la pésima carretera, pero luego su automóvil se descompuso y los pasamos. También ellos iban hacia Las Palomas; creo que el camino no iba a ninguna otra parte, simplemente expiraba cuatro horas después en el patio del general.

El viejo alemán hablaba incesantemente, aferrando un paraguas que tenía entre las rodillas. Sus padres habían muerto cuando él era muy joven; se había ido de Alemania y emigrado a Méjico. ¿Por qué Méjico?

—Cuando uno es un filósofo — me replicó —, cualquier lugar da lo mismo. ¿Por qué no Méjico?

Había vivido durante décadas en San Luis; allí estaba cuando encarcelaron a Madero, allí estaba cuando Villa y Carranza luchaban contra Huerta. Los hombres que habían sido sus alumnos se volvían generales y luego cadáveres; había épocas en que uno no salía de su casa durante días (un mes más, o dos, aunque nadie podía predecirlo todavía, y empezaban nuevamente los tiros). Luego, hacía ya algunos años, había empezado a perder la vista; era un fastidio, porque vivía solo.

— ¡Un fastidio! —exclamé—. Es espantoso.

—Oh, no, no — contestó — no para un filósofo.

Saltábamos furiosamente sobre el asiento trasero del coche, elevándonos en el aire frío de las sierras. Los médicos lo habían desahuciado. Bueno, había reflexionado, de todos modos no creía en los médicos, empezó a ejercitar los ojos y a aplicarse compresas cada tantas horas, con toallas frías y calientes. La vista empezó a aclarársele, descubrió que podía ver a unos cuantos metros de distancia, hasta el otro lado de la calle; ahora veía tan bien como siempre, y me dirigió una larga mirada de halcón, con sus globos oculares amarillentos, para convencerme. Bump, bump, bump, trepando hacia la nube.

—No importa — decía —, hace bien. El movimiento. Esa es reí filosofía. El movimiento es vida y la vida es movimiento.

De pronto apareció una barrera que cerraba el camino; una choza, algunos hombres que escudriñaban el interior del coche. El chófer dijo: "Las Palomas", y el negociante mejicano que estaba sentado a mi lado y que oficiaba como una especie de garante mío dijo: "El general Cedillo". Nos hicieron ademán de seguir. Era una frontera privada establecida por el general a una hora y media de su estancia. El camino cesó por fin de ascender; surgió por encima de la abrupta cresta de las sierras, y se curvó hacia abajo — tan empinado y angosto que se veía que unos cuantos hombres podían contener en él a todo un regimiento —, hacia una vasta hondonada chata, con algunas pocas muestras de cultivo, diminutas erosiones de la llanura, algunos árboles en miniatura, uno o dos techos. Me habían dicho que Las Palomas propiamente dicha estaba escondida, y era verdad; sólo cuando uno llegaba a la llanura y el camino daba un rodeo alrededor de una estribación rocosa de las sierras, aparecía ante los ojos, a unas pocas cuadras de distancia. Pero la idea de que era fácil defender esta estancia resultó una romántica suposición surgida de la ignorancia: pocas horas después de iniciada la rebelión del general Cedillo, las tropas federales se apoderaron de la estancia. La habían elegido porque era un lugar de donde resultaba fácil escapar hacia las sierras abruptas, hospitalarias y complejas.

Avanzamos lentamente, a los barquinazos, entre algunos campos cultivados, hacia unos

edificios blancos dispersos en un patio polvoriento. Un hombre armado abrió el portón, y un joven indio muy morocho con breeches de montar, un casco de corcho kaki y una cara agradable y llena de cicatrices bajó de una galería para saludarnos. La galería estaba llena de políticos, que esperaban la aparición del general, con pistolas en la cadera, cartucheras y portarrevólveres hermosamente repujados, una muerte decorativa (creo que existe una ley que sólo permite la portación de armas a los empleados del gobierno, pero esta ley no regía en San Luis Potosí, así como tampoco regía en el sur). Nos sentamos en unas sillas de mimbre, y el anciano filósofo empezó a conversar. Era mediodía. Habló durante horas. El joven indio, que era el mayordomo, y diputado en el congreso del estado, nos ofreció camas, pero nos quedamos allí sentados. A cierta distancia, en la ladera de la sierra, estaba la nueva casa del general, un bungalow como éste, pero más brillante, más pulido. En el patio, un pequeño remolino doméstico levantaba una columna de polvo; hacía muchísimo calor, y los políticos seguían allí, pacientemente esperando, mientras pasaban las horas, esperando conseguir algo: dinero, un cargo, una promesa; un individuo venía nada menos que de Yucatán. Un muchacho ciego de nacimiento, llamado Tomás, con ojos rasgados y diminutas pupilas opacas, subió a la galería y se abrió paso tanteando de rostro en rostro, riéndose de su propia ceguera.

Alguien dijo: "Se apagó la luz". "¿Y a mí qué me importa?", dije.

Era el telefonista.

De pronto todos se quedaron tiesos, como si hubieran oído algún himno nacional, y apareció el general, en el patio polvoriento; era el único que no llevaba armas; exceptuando su cara de indio, su aspecto era el de un estanciero cualquiera, con un traje viejo y de buen género, una camisa tosca sin corbata, un viejo sombrero de fieltro echado hacia atrás, que descubría la frente húmeda de toro, y un diente de oro, como una falla de carácter. Pasó de hombre en hombre, abrazándolos a todos ceremoniosamente; un abrazo más largo que los otros para el anciano profesor alemán. Yo había preparado algunas preguntas formales para explicar mi visita, ese tipo de preguntas estúpidas que se supone formulan los periodistas, sobre fascismo y comercio exterior y las elecciones dentro de dos años. Entramos como tropas detrás de él en otra habitación, y allí le leyeron las preguntas;

Aparecía intrigado, desconcertado, un poco enojado; dijo que las contestaría debidamente por escrito, más tarde después de comer; encontraríamos la comida preparada para nosotros en su casa.

El mayordomo nos condujo al bungalow nuevo, y bebimos whisky en la horrible sala, mientras las criadas, bonitas y núbiles y levemente insolentes, servían la comida. Había muebles art nouveau, que podían haber sido comprados en Tottenham Court Road, y pieles de caimán, adquiridas por unos pesos en Tabasco, y estatuitas y mesitas y una estampa en colores de Napoleón, enmarcada y en el suelo. Parecía la casa de un soltero sin gusto personal, que en un gesto convencional hubiera tratado de crear un ambiente hogareño. Se sentía lo patético de lo intermedio, del hombre sin instrucción que se mantiene entre los instruidos. En la pared había un retrato en colores de Cedillo cuando joven; su cara inocente de indio, bajo un sombrero de anchas alas; estaba montado a caballo, rifle en mano, un guerrillero de alguna antigua revolución. No parecía un futuro general; mucho menos un futuro ministro. El portarrevólver del mayordomo crujía en la fea mecedora, y la joven criada nos miraba fijamente, con una especie de impertinencia sexual, allende las mesitas dispersas. Se decía que Cedillo era peligroso; también eso resultaba patético entre las estatuitas. Los hombres nunca traían a ese lugar a sus mujeres o a sus hijas, y sin embargo muchas personas sentían una especie de afecto hacia él, ese afecto hacia un animal en cuya jaula uno entra con cautela. Hacía uno o dos años había estado muy enfermo; los políticos dejaron de visitarlo, empezaron a prepararse para

cambiar de líder; sólo venían algunos profesionales, movidos por una especie de compasión. Luego volvían a

San Luis, y difundían sus leyendas — cuántas eran verdaderas, es difícil decirlo— sobre esta o aquella mujer.

Una dama, en San Luis, me llevó aparte y me dijo:

—Si va a Las Palomas, tenga mucho cuidado, usted sabe a qué me refiero, no mire a ninguna mujer que él tenga en la casa, ni lo comente. Es un hombre muy celoso.

Y todo el tiempo, mientras estábamos allí sentados, los quinientos soldados esperaban en Las Cribas la orden de avanzar, mientras el hombre peligroso se paseaba por su estancia con sus pies grandes y chatos.

El mayordomo no almorzó; se quedó allí sentado, contemplándonos, empujándonos las fuentes con la oscura cortesía de su cara tajeada. Y el viejo profesor alemán comía como si no hubiera probado tanta comida durante mucho tiempo, totalmente absorto. Después pensé que nos entregarían las respuestas a mis preguntas, y que nos iríamos, pero entrevistar al general no era asunto tan simple. Volvimos al bungalow viejo; el general había desaparecido, y el mismo gentío esperaba en la galería. El mayordomo nos condujo a los tres hasta un pequeño dormitorio mal ventilado, y se fue; no había nada que hacer, nada que leer, salvo un único panfleto sobre el comunismo publicado en la capital; parecía que el general hacía todo lo que podía por llegar a comprender algo de política.

Eran casi las cinco cuando el general reapareció, emergiendo de un galpón donde se albergaba la planta de energía eléctrica. Pero no quería contestar ninguna pregunta; todavía no, había tiempo para todo; luego me darían sus respuestas por escrito; ahora veríamos la estancia, y de inmediato salimos a los saltos a recorrer las huellas de los campos abiertos, a las luz dorada del ocaso; detrás, a una distancia discreta, nos seguía otro coche, con el mayordomo y su revólver. El sol se deslizó detrás de las montañas, lanzando sus pálidos rayos como una antorcha hacia el cielo, y un verdor muy imperceptible asomó la cabeza sobre los áridos campos. El general iba sentado en el asiento delantero; su ancha espalda y sus hombros curvos me recordaban a Tommy Brock en el libro de Beatrice Potter: "iba y venía torpemente a la luz de la luna, desenterrando cosas". De vez en cuando nos bajábamos y mirábamos algún campo, algún sembrado, algún canal de riego. La noche cayó repentinamente, y volvimos a los barquinazos hacia el patio, por las huellas duras y oscuras. En alguna parte latía el motor a nafta; y algunas luces — no muchas — brillaban normalmente, y una fundición resonaba sin cesar bajo las sierras en penumbra. Los campesinos se dirigían hacia la cocina, pasaban criadas llevando platos de lata, el humo subía, y el polvo del día se depositaba. De tanto en tanto llegaba un automóvil, bajaban más hombres con sus pistolas y se apiñaban ruidosamente en la galería. El muchacho ciego iba y venía, riéndose a carcajadas, tocando una barbilla mal afeitada y una cartuchera, diciendo "Juan, es Juan". Si el general no tenía tiempo para atenderlos, se quedarían a pasar la noche y a comer su comida (en cinco días habían matado dos bueyes), y lo verían por la mañana. En cierto modo, todo esto era bastante conmovedor y simple, y a pesar de las pistolas, idílico. Los campesinos se quedaban sentados en silencio junto a la pared de la cocina, con sus ponchos subidos hasta la boca. El general no les pagaba, pero les daba comida, ropa y techo, y la mitad de todo lo que la estancia producía, y dinero también si se lo pedían y si lo tenía. Hasta compartían las cincuenta butacas que había comprado para su pequeño cinematógrafo privado. Y en cambio le daban trabajo y afecto. No era una relación progresista, era feudal; podría objetarse que era unilateral y que él tenía todo: los muebles art nouveau, las estatuillas, los cueros de caimán, y la estampa en dos colores de Napoleón; pero por lo menos

poseían mucho más que sus connacionales de los otros estados, que en el mejor de los casos vivían del sueldo mínimo de treinta y cinco centavos de dólar por día, sin que a nadie le importara si vivían o si morían, con toda la responsabilidad de la independencia.

El general dijo que no podría contestar mis preguntas esa noche. Me convenía más quedarme a dormir en la estancia, y luego a mediodía podría verme, y yo llegaría a San Luis antes de la noche ... No podía darme ese lujo; había alquilado un coche y un chófer. Le dije que en ese caso tendría que irme; quería estar en la capital al día siguiente. El general se hinchó; sus cuellos y sus mejillas se distendieron como goma. Por las caras del profesor alemán y del negociante, comprendí que había cometido una barbaridad. De pronto el general cedió, mandó llamar a su secretario, y nos condujo hacia una habitación apartada de la galería donde esperaban

Los políticos.

La puerta se cerró con el viento, y nos quedamos en la oscuridad: al parecer, la luz eléctrica se había cortado. La oscuridad bullía con el resentimiento del general. Gruñía, jadeante, junto a mi hombre, y el negociante decía: "No, señor", "sí, señor", con inmensa obsecuencia. Algo rasqueteaba metálicamente el piso: era el paraguas del anciano filósofo. Por fin a alguien se le ocurrió probar un enchufe, y la luz se encendió obediente, una bombita desnuda que daba sobre un espejo rajado, algunas sillas duras, una mesa de billar en miniatura, con el paño raído. El profesor empezó a leer mis preguntas, y el general dictaba sus respuestas al secretario. Todo esto lo enfurecía: era evidente que de ningún modo pensaba de acuerdo con nuestras convenciones.

Sí, decía, él creía en la tolerancia religiosa ("Soy respetuoso de todas las creencias"), y en San Luis había concedido la tolerancia a su gente. Sí. También aprobaba las nuevas escuelas socialistas que Cárdenas construía por todo Méjico, siempre que enseñaran a los niños las cosas prácticas de la vida; pero había algunos maestros que introducían el sectarismo en sus escuelas y servían "mezquinos intereses políticos". Trataba constantemente de no comprometerse; no creo que pudiera olvidar las tropas federales que esperaban en Las Tribas, los que lo vigilaban y los que lo escuchaban. La política agraria del presidente; la desmembración de los grandes latifundios, la tierra para los indios, hasta con esto estaba de acuerdo, pesadamente diplomático en medio de sus oscuras hectáreas; pero...

Cuando llegaba a los "peros", sudaba y ponía los ojos en blanco. Se sentía "en la picota". Le preguntaban cosas que nadie se atrevía a preguntarle en San Luis; su actitud ante la gran organización de sindicatos C.R.O. M., si pensaba presentar su candidatura en la próxima elección presidencial; y el obsequioso capitalista escuchaba atentamente lo que contestaba. Se hinchaba indignado, como una rana, y sudaba; la hospitalidad lo mantenía inquietamente subyugado. Es verdad que era católico (de otro modo yo no habría obtenido permiso para visitarlo, porque no recibía a los periodistas extranjeros), pero sabía que los católicos lo consideraban con dudosa gratitud. Ninguno de ellos, en realidad, deseaba cambiar ni siquiera las duras leyes de Cárdenas por su Corrompida administración.

De manera que los "peros" seguían acumulándose. Aprobaba en principio las leyes agrarias, pero desaprobaba a los individuos que las aplicaban desastrosamente, "para servir mezquinos intereses políticos". En cuanto al fascismo y el comunismo, no creía en ninguno de los dos; preconizaba el gobierno parlamentario "si era posible". (Empleaba la palabra democracia, pero se veía que era porque así se lo habían enseñado. Es la palabra que siempre aparece cuando uno habla de política.)

Allí sentado, debajo de la bombita desnuda, junto a la mesa de billar, yo no podía realmente seguir creyendo en los veinte mil soldados disciplinados que según se decía estaban preparados a obedecer su llamado. Por supuesto, uno no confía en la palabra de un general o de un político, pero había algo genuino en su rabia de rana hinchada, su desesperado desconcierto cuando le pregunté acerca de los oficiales alemanes. Balbucebaba, volvía los ojos con una desesperada pregunta hacia el anciano profesor... ¿qué no inventarían sus enemigos? Estaba perdido en un dédalo de amigos y enemigos de rostros similares. Así lo veo; el joven guerrillero indio, con su cara redonda e inocente, que poco a poco madura,.. Mientras la amargura de los años de política enrancia su inocencia. Sus amigos lo extorsionaban, y él tenía que extorsionar al estado, y luego venía la sequía y el sistema de irrigación era demasiado anticuado y el gobernador no tenía bastante dinero para encarar el asunto; y los sindicatos se quejaban al presidente, el presidente que no estaría en esos momentos en Chapultepec sin su ayuda, sin el apoyo de las tropas que le habían permitido deportar a Calles. Tenía que conseguir dinero del estado — para sus amigos, para la estancia —, y de los capitalistas. Y los capitalistas exigían "cosas" a cambio del dinero, cosas como la supresión de la agitación obrera, y así la política se metía en todo. Creo que se sentía inclinado a odiar a ese hombre que venía a fastidiarlo con preguntas sobre fascismo y comunismo. Se hinchaba y sudaba y decía "democracia". Se había sentido más feliz cuando se ponía el sol, saltando en un coche viejo sobre los campos pedregosos, mostrando sus sembrados y su canal.

Dos meses después ya no serían suyos; creo que ya sentía la paulatina presión de la rebelión. Méjico empezaba a hervir. Una semana antes, la Suprema Corte mejicana había apoyado la decisión de la Oficina Federal del Trabajo, contra las compañías petroleras extranjeras. Diez días después, el presidente Cárdenas firmaría. El decreto expropiándolas; ya empezaba a funcionar la maquinaria de la propaganda que haría fluir la marea del patriotismo y ofrecería al presidente la oportunidad de saldar cuentas con Cedillo. Si lo hubieran dejado solo, supongo, Cedillo habría seguido titubeando. Tal vez le gustara sentirse el centro de la intriga; pero era una cosa muy distinta sacrificar su estancia y refugiarse en las montañas a su edad. Pero la tuerca se apretaba cada vez más; esa misma noche, llegarían algunos oficiales de San Luis para decirle que el comandante militar de la ciudad, amigo suyo, había sido sustituido, y que tropas nuevas, no contaminadas, entraban en el estado. Una quincena más tarde sería nombrado comandante militar de Michoacán, el propio estado de Cárdenas, donde estaría a salvo y saludablemente separado de sus amigos por todo el estado de Guanajuato. Adujo que estaba enfermo, y se quedó en Las Palomas, pero para esa época la marea crecía con vigor, y Cárdenas pudo hacer su repentina y dramática aparición en San Luis, sin apoyo militar; arengó al pueblo en el bastión del enemigo, acusó a Cedillo de preparar una rebelión, y exigió el desarme del paisanaje. La guerra había comenzado, en el momento conveniente para el gobierno; se lanzaron bombas, hubo escaramuzas en las sierras, Las Palomas fue ocupada, y Cedillo perseguido de refugio en refugio. Sus partidarios fueron encarcelados, hasta en el lejano sur, como en Las Casas, en el estado de Chiapas; cerca de Puebla fusilaron a un general; la rebelión había terminado y el bandolerismo comenzaba; los trenes dinamitados, la inútil crueldad.

Aunque el general ya había contestado la última pregunta, no nos permitieron irnos todavía. Había que pasar a máquina las respuestas y copiarlas. Por lo tanto, varias largas horas más de tedio en la galería, con los pistoleros, un raído gerente norteamericano, de barbilla mal afeitada y barriguita redonda, un joven periodista mejicano, perfumado, que dijo que le habían avisado que no le convenía ir a Las Palomas — la rebelión comenzaba ese mismo día —, y el ciego Tomás que se movía a tientas. A las diez nos llevaron nuevamente al bungalow nuevo y nos dieron de comer. En el patio ardían algunas fogatas, y varias mujeres con ollas revolvían

las brasas; las llamas vacilaban como viboritas, y la noche cubría todo. En alguna parte, muy lejos, una tormenta de truenos se arrastraba pesadamente sobre las sierras (una semana antes el rayo había matado a dos peones), como un cargamento descargado en una plataforma de ferrocarril. Dos mujeres pintadas y llamativas, de hermosas piernas, estaban sentadas en la sala, esperando al general para irse a la cama; nuevamente el mayordomo nos vio comer, con su revólver que crujía mientras nos pasaba la ensalada; nuevamente pasó la criada, apenas impertinente con su tenue sonrisa sugestiva. Era como una escena de una obra teatral demasiado pretenciosa; el negociante y el bandido, el anciano filósofo (que tragaba los alimentos como si tuviera que prepararse para una larga caminata por el desierto, sin pozos ni provisiones), el mundo de la carne que se movía subrepticamente en torno, y el cielo que crepitaba sobre nosotros, afuera.

Conseguimos irnos a eso de las once; el profesor tenía que presentar un pedido, y esto nos demoró una media hora más. De pronto apareció como padre de familia, con un hijo desocupado y otro hijo que había muerto algunas semanas antes de Veracruz, de una infección: era médico. El general dictó unas cuantas palabras que asegurarían a su hijo un empleo en las oficinas del gobierno en San Luis; hasta que estallara la rebelión, supongo, provocando algunas muertes violentas y mucha diversión y entretenimiento a los pistoleros profesionales, y derribando aquí y allá alguna pequeña vida, oscura y privada, como la del hijo del profesor.

Luego emprendimos viaje, hacia la tormenta. El blanco portón de la estancia se abrió ante nosotros, un hombre agitó cordialmente un rifle a la luz de los faros, trepamos a las sierras. La tormenta nos esperaba como una amenaza que obstruye el porvenir, del otro lado del destacamento aduanero privado, por donde pasamos a las dos de la mañana. El negociante y el chófer cantaban juntos en el asiento delantero, y el anciano filósofo dormía inquietamente, aferrando su paraguas, mientras su hermosa cara aristocrática, con su sedoso cabello blanco, oscilaba subiendo y bajando sobre la tapicería desgarrada, iluminada por los relámpagos. Los cactus se levantaban de un salto como centinelas en las laderas de la montaña, contra la luz verde palpitante, y a ambos lados del paso cada relámpago se demoraba unos segundos haciendo vibrar el suelo. Fuera de esa violenta iluminación, era imposible ver nada; íbamos a ciegas, de izquierda a derecha, esquivando los cactus por unas pocas pulgadas, acercándonos cada vez más a las lanzas de fuego. Era como una barrera que teníamos que pasar; los fuegos eléctricos estallaban como cohetes sobre el camino, a una milla de distancia. Y de pronto los eludimos, giramos en otra dirección, los despistamos. La tormenta se desvaneció ruidosamente hacia un costado, y en alguna parte, delante de nosotros, parpadeó una luz entre las sierras. El viejo profesor dormía, el negociante cabeceaba, un gallo prematuro lanzó una tentativa de canto, y luego volvió a dormirse; una ciudad muerta apareció como una placa de linterna mágica ante los faros. La tormenta no había inspirado temor; inspiraba una sensación de bienestar. El rayo y los dioses siempre asociados; terrible, majestuoso, premeditado, imparcial en la elección de la víctima, es como una crítica de la violencia humana, de las pequeñas cartucheras repujadas, la absurda prepotencia de los asesinos. Uno pensaba en Oklahoma Jim y en Dutch Kaplan; la piel reseca y las costillas protuberantes; creían ser los gallos del gallinero, y ahora eran exhibidos en un galpón. Todos ellos, hasta el general, se habían convertido en figuras cómicas bajo la enorme tormenta.

Hacia la capital

Sólo las grandes siluetas decorativas de propaganda de los magüeyes interrumpían el monótono paisaje de montañas y llanuras apergaminadas. Este paisaje, supongo, era hermoso

en algún sentido, pero yo me sentía de acuerdo con Cobbett, cuyos Paseos Rurales había estado leyendo antes de mirar por la ventanilla. Cobbett juzgaba a un paisaje en base a su valor para los seres humanos; no como los románticos, en base a su pintoresquismo. Los románticos habrían gozado con el paisaje mejicano, denominándolo "sublime" e "imponente"; olfateaban a Dios en las regiones más áridas, como si Él fuera un poeta escapista, a quien hay que observar con tacto a través de unos anteojos de larga vista, mientras medita junto a una catarata o en la cumbre de Helvellyn; como si Dios, decepcionado de su creación final, hubiera regresado a una de sus obras anteriores. Preferían el tipo de naturaleza que rechaza el hombre.

Pero a mí la naturaleza me abrumba cuando es inutilizada o inutilizable; sólo puedo elogiar por obligación la belleza de la selva africana o de la costa de Cornualles. "Los abedules empiezan a brotar. No creo haber visto nunca el trigo con tan buen aspecto, considerándolo en conjunto, como este año. En la tierra dura no veo señales de gusanos o de babosas. Las raíces parecen muy sanas. La cebada no ha crecido mucho todavía, lo que me parece perfectamente natural." Esto sí puedo comprenderlo; aquí no hay juicios subjetivos, y el recuerdo puede envolver las palabras concretas, abedules, trigo, • cebada, en el halo de sentimiento que prefiera. Me preguntaba con qué términos habría descrito un Cobbett mejicano esta tierra estéril, extraña y pintoresca. "Una extensión de tierra tan infame como las peores del mundo... el suelo es una mezcla de piedra y de arena... durante todo el viaje observé que el magüey es la única planta que puede prosperar aquí." Y luego, cuando el tren penetra en Huichapán, qué exclamaciones habrían brotado contra "los más ruines sicarios del poder", que bajo una pretensión de libertad han dejado tantas cadenas. Y sin embargo, aunque esta es la línea de turismo entre Laredo y la capital, no he visto en ninguna parte, en los libros de turismo norteamericanos, beatíficamente optimistas, la menor referencia a la miseria de la estación de Huichapán.

Toda la extensión del largo andén estaba consagrado a los mendigos; no esas amables indias que venden tortillas y patas de pollo, frutas secadas al sol polvoriento y extraños trozos de carne, que pasan en cada estación junto al tren; ni siquiera ese tipo de mendigos resignados que de costumbre están sentados en el pórtico de las iglesias, esperando paciente y abstraídamente una limosna, sino esos mendigos avariciosos, que gimen y se pelean y se burlan con impaciencia, criaturas y ancianos y mujeres, que se abren paso luchando a lo largo del tren, empujándose entre sí hacia un costado, alzando el muñón de una mano, una muleta, una nariz leprosa, o en el caso de las criaturas, una mano simplemente huesuda y desnutrida. Un paralítico de cierta edad se desplaza por el andén con la ayuda de las manos; un metro de alto, con cara barbuda de bandolero y piecitos rosados de niño, doblados al revés. Alguien le arrojó una moneda; una criatura de seis o siete años le saltó sobre las espaldas y después de una obscena y horrorosa lucha se la arrebató. El hombre no se quejó, y siguió arrastrándose junto al tren; aquí, los seres humanos obedecían la ley de la selva. Cada uno se defendía como podía, con uñas y dientes. Se acercaban al tren por ambos lados de la vía, como sucios animales de un zoológico abandonado. Recordé que una vez, en un parque de diversiones de las afueras de Londres, paseando por una vasta extensión de césped hermosamente arbolada, al lado de un local donde un órgano tocaba ante miles de espectadores, había encontrado un zoológico escondido bajo unos cuantos tinglados — entrada seis peniques —, donde no había absolutamente nadie, salvo un hombre con un rastrillo y un balde. No había mucho que ver; un mono se rascaba en un rincón oscuro, y un tigre daba vueltas y vueltas en una jaula apenas uno o dos pies más largo que él; todo sumido en una semipenumbra, apiñado, y a lo lejos se oía el órgano. Uno no agotará nunca esos pequeños depósitos de la crueldad humana. Subsisten escondidos, como el petróleo protegido de las incursiones aéreas, en alguna callejuela lateral de Tottenham Court Road, en algún parque de Londres, en Huichapán; allí

están, para que uno pueda proveerse de ellos, si se presenta la necesidad.

Y luego, la capital. Los soldados se entrenaban... para avanzar sobre San Luis Potosí. Hacían muy poco ruido; hombres bajos, que marchaban en pelotones, de mal humor. Fuera, la ciudad estaba muy oscura, aunque todavía no eran las diez; las calles que rodeaban la estación, muy pobres, como en París, pero el hotel era muy nuevo, demasiado nuevo. El cuarto era todo celuloide rojo y negro; había mucho olor a pintura, y la escupidera tenía todavía una tarjetita con el precio: un peso veinticinco.

Salí y me alejé por la calle Cinco de Mayo, reluciente porque acababa de llover; seguí por la Avenida Juárez, que olía a dulces; el rascacielos blanco de una compañía de seguros, el Palacio de las Artes, blanco y digno, con su cúpula, los grandes árboles domesticados de la Alameda, un parque que según se dice data de la época de Moctezuma, lujosas joyerías y tiendas de antigüedades ... era difícil imaginar que Huichapán quedaba apenas a unas horas de distancia, y que a doce horas de viaje esperaban los pistoleros en la galería de Cedillo, mientras el relámpago hería las montañas. Nada relacionaba esta capital europea con la estanzuela salvaje y los indios de las sierras. Perteneían a continentes distintos; ¿en qué podían ayudarse mutuamente? Esto era como Luxemburgo, una ciudad de lujo. Los taxímetros pasaban por la gran avenida, hermosa y amplia del Paseo de la Reforma, y una R verde y fosforescente brillaba sobre el roof garden del mejor hotel, sobre balcones y grandes salones vidriados que resplandecían con su iluminación anaranjada de neón; alas doradas de la estatua de la Independencia; el último monarca azteca, de bronce oscuro, brillaba como los laureles con la lluvia reciente. Había poca gente, en su mayoría norteamericanos, pero en las puertas de las tiendas de la Avenida Juárez, para resguardarse del viento, se acurrucaban los niñitos indígenas, sin hogar, envueltos en frazadas, cantando lentos y melancólicos cantos tradicionales; pero supongo que eso se encuentra en toda gran capital: los intocables junto a las fortificaciones de París, y las viejas que se pudren de noche en los pórticos de Regent Street.

CAPITULO III

NOTAS SOBRE LA CIUDAD DE MEJICO

Anatomía

¿Cómo describir un ciudad? Aun para sus habitantes es tarea imposible; uno sólo puede presentar un esquema simplificado, escogiendo aquí una casa, allá un parque, como símbolos del conjunto. Si yo tuviera que describir Londres a un forastero, podría escoger Trafalgar Square y Piccadilly Circus, el Strand y Fleet Street, la hosca desolación de Queen Victoria Street y Tottenham Court Road, barrios como Chelsea y Clapham y Highate que luchan por lograr una existencia individual, Great Portland Street, con sus coches de segunda mano y esos individuos impersonales y cordiales que llevan la corbata de su colegio, Paddington, con sus hoteles viciosos ... ¿y cuánto quedaría sin describir, la plaza de Bloomsbury con sus vicios baratos y sus hindúes nostálgicos y su lluviosa melancolía, los muelles ... ?

La forma de casi todas las ciudades puede esquematizarse mediante una cruz; no así la ciudad de Méjico, alargada y asimétrica sobre su meseta montañosa. Emerge como una vía de ferrocarril de un túnel; las oscuras callejuelas al oeste del Zócalo, la gran plaza donde la catedral navega como un viejo y errante galeón español cerca del Palacio Nacional. Detrás, en el túnel, el barrio universitario — calles altas y pétreas como las de la Rive Gauche de París — se pierde entre tranvías y tiendas míseras en distritos de mala fama y mercados callejeros. En el túnel uno advierte que la ciudad de Méjico es más antigua y menos centroeuropea que lo que parece a primera vista; un cachorro de caimán atado a un balde de agua; una familia entera de indios que almuerza en la acera; rodeada por una reja, entre las farmacias y los tranvías, cerca de la catedral, una parte del templo azteca que destruyó Cortés. Y siempre, en todas partes, metidas entre las tiendas, escondidas detrás de los nuevos hoteles norteamericanos, están las viejas iglesias barrocas y los conventos, algunas todavía abiertas, algunas transformadas de la manera más extraña: el Cine Mundial, antes Convento de Jesús María; la Biblioteca Nacional, antes iglesia de los Belemitas; un depósito que antes era un colegio católico; una tienda, un garaje, un diario que todavía conserva las antiguas fachadas. Entre el 11 de noviembre de 1931 y el 28 de abril de 1936, el gobierno cerró cuatrocientas ochenta iglesias católicas, escuelas, orfanatos, hospitales, o las dedicó a otros fines. El Colegio Preparatorio Nacional era antes un colegio jesuita, construido en el siglo diecisiete.

Al salir del Zócalo, nuestro tren imaginario surge a la luz del sol. Las calles Cinco de Mayo y Francisco Madero, arterias de tiendas elegantes, corren paralelamente, con sus lujosos negocios tipo Mayfair; las mejores tiendas de antigüedades, con salones de té norteamericanos, "Sanborn's", hasta desembocar en el Palacio de las Artes y la Alameda. Metida más adentro está la calle de los comerciantes — Tacuba —, donde uno puede comprar ropa barata si no le importan mucho las apariencias. Después del Palacio de las Artes estas calles paralelas reciben nombres distintos, al pasar junto a los árboles y las fuentes del parque de Moctezuma; la Avenida Juárez, llena de tiendas para turistas y bares lácteos y puestitos-confiterías, y la Avenida Hidalgo, donde fabrican horribles coronas fúnebres, de diez pies de alto y seis de ancho, con flores blancas y lilas. Luego la Avenida Hidalgo sigue hacia donde nadie se molesta en ir, y la Avenida Juárez termina en el gran Arco de la República, que enmarca un gran aviso de la Cerveza Moctezuma sobre un rascacielos, y el Hotel Regis, donde van los rotarios norteamericanos, y el edificio donde se sortea la lotería. Tomamos hacia el sudoeste, por el Paseo de la Reforma, la gran avenida que construyó Maximiliano, que va desde la ciudad hasta

los portones de Chapultepec, pasando junto a Colón y a Cuatemoc y el vidriado Café Colón, parecido al Crystal Palace, donde el presidente Huerta, el que mató a Madero y huyó de Carranza, solía emborracharse (cuando ya no podía moverse, apagaban las luces y la gente que pasaba decía: "El presidente se va a la cama"; no quedaba bien que vieran cómo arrastraban al presidente de Méjico hasta su coche), pasando por el Hotel Reforma y la Estatua de la Independencia, toda de vaga aspiración y costosas alas doradas, hasta los leones del portón. Y a cada lado se abren las nuevas calles elegantes, con casas rosadas y celestes y enredaderas en flor, donde viven los diplomáticos, y adonde llega intenso el olor a dulces de la Avenida Juárez.

Planes

Comencé a planear el viaje que intentaba hacer. Decidí que sería necesario bajar hasta Veracruz y buscar algún barco de carga que me llevara hasta Frontera, en Tabasco. En dicho estado no hay ferrocarriles, y, por lo que pude averiguar, tampoco caminos; hay que viajar por el río hasta Villa hermosa, la capital, y luego también por un río se llega de algún modo a Montecristo, en el otro extremo del estado. Allí, al parecer, podía conseguir caballos hasta las ruinas de Palenque, en Chiapas — que constituían mi excusa para visitar ese estado —, y luego, si podía (esas cosas siempre parecen tan simples en los mapas) podía llegar a caballo hasta el ferrocarril, al sur de Chiapas, pasando por San Cristóbal de Las Casas.

Hacía falta aparentemente alguna excusa como la de Palenque; los empleados del gobierno mejicano parecían no tener la conciencia muy tranquila en lo que se refería a Tabasco y Chiapas. Son los dos únicos estados que quedan donde los católicos sólo pueden recibir secretamente los Sacramentos de su religión, y si yo hubiera demostrado algún interés especial en política o religión, habría sido muy fácil aplicarme el treinta y tres. A muchísimos extranjeros se lo han aplicado durante los últimos años ²]

Nadie parecía saber bien cuál era la situación imperante en Tabasco y en Chiapas, estados más aislados que el mismo Yucatán, ya que Yucatán tiene el movimiento turístico de Mérida y Chichen Itzá, y en cambio no hay nada que atraiga al turista en Tabasco o en Chiapas, exceptuando Palenque. Los escasos visitantes de Palenque, quizá por un orgullo egoísta, aseguran que sus ruinas son comparables a las de Chichen Itzá; sin embargo, muy poca gente, exceptuando a los arqueólogos — y a los turistas suficientemente ricos para pagar un aeroplano especial —, se atreven a hacer frente a las pequeñas dificultades del viaje. Al parecer, no había ningún sacerdote en todo Tabasco, y en Nueva York me dijeron que creían que no quedaba en pie una sola iglesia, ni siquiera la catedral.

Cambié de hotel — era demasiado nuevo — y pasé a uno más polvoriento, más ruidoso, más nacional, aunque ostentaba un nombre anglosajón. Aquí obtuve una habitación con ducha y tres comidas por día, por 5.50 pesos, más o menos siete chelines. El almuerzo consistía en seis platos, con cocktail y café. La música provenía de la calle; una sucesión de tocadores de

² Aplicar el treinta y tres consiste en ejercer el derecho concedido por la cláusula 33 de la Constitución, de deportar a todo extranjero considerado indeseable, sin darle explicaciones, con veinticuatro horas de preaviso. El proceso puede ser bastante oneroso para la víctima, ya que tiene que pagar los gastos de una escolta hasta la frontera. Oí hablar de una norteamericana que se encontró atada a un par de guardias durante varias semanas. La escoltaron — en primera, por supuesto — hasta Juárez o Nuevo Laredo, y luego descubrieron algún error en sus documentos que les permitió seguir pegados a ella en un hotel mejicano, cobrándole todo lo que bebían, hasta que la mujer se quedó sin dinero, y le permitieron cruzar la frontera.

marimba pasaban el platillo; la marimba, suave, sentimental, con su tintineo agradable de caja de música. Durante toda la comida entraban mendigos (¿por qué no?, es un momento estratégico), y personas que vendían música popular, hasta rosarios; y por supuesto, billetes de lotería. Era imposible desprenderse de los vendedores de billetes de lotería, aun en el atrio de la catedral. Siempre asociaré a la ciudad de Méjico con el olor repugnante a dulces y con los vendedores de billetes de lotería. La lotería es lo más parecido a la esperanza en el cielo; todas las semanas hay sorteos, con primeros premios de veinticinco mil, cincuenta mil y a veces cien mil pesos.

Cinematógrafo

La primera noche fui a ver a Liliom, de Fritz Lang, una película inocente y más bien conmovedora, sobre la crueldad en la tierra y el arrepentimiento en el cielo. El público era más interesante que la película; aceptaban el sentimentalismo tal como lo habría aceptado cualquier público, pero cuando los dos mensajeros de Dios —vestidos con trajes negros, siniestros, raídos y clericales — aparecieron junto al cadáver y se llevaron al cielo el alma de Liliom, arrastrando las piernas como muñecas rellenas por el firmamento, la gente silbó y protestó. Muchos se levantaron y salieron; no querían tener nada que ver con el infierno y el cielo; sólo después, cuando descubrieron que el cielo era tratado con frivolidad y en tono de farsa, volvieron a acomodarse en sus asientos. Cuando salí las calles estaban a oscuras, las cantinas vacías, y el aire a siete mil pies de altura parecía frío, enrarecido y sin vida. Sólo había algunos indios sentados en los bancos de piedra, unidos en un torpe e inocente abrazo; los dedos que cubrían la boca, o una ancha mano regordeta que colgaba sobre el hombro; pantalones de algodón, y chales, y ningún sentido de la pasión.

Todos se sienten niños

Cuando volvía del banco, oí unas explosiones en la avenida Francisco Madero. La multitud obstruía el extremo de la calle Gante. Hubo otra explosión, y la multitud corrió; corrí con ellos, hasta el interior de una mercería. Un grupo de jóvenes pasó corriendo, arrojando agua con baldes en la acera y dentro de las tiendas. Era la apertura de la universidad, y esto la "broma" tradicional: ponen anilina en el agua, y si la ropa recibe alguna salpicadura, queda arruinada. Luego aparece la policía, pero nunca consigue detenerlos; luego la brigada de bomberos, y así termina la "broma". A nadie le importa, todo el mundo lo considera una broma de muy buen gusto, todos se sienten niños. Es esta puerilidad, esta inmadurez, lo que más pone nervioso en Méjico. Los adultos no pueden encontrarse en las calles, sin empezar a boxear como escolares. Hay que ser una criatura para entrar en el reino de los cielos, así dicen, pero éstos ya pasaron de la infancia, y permanecen para siempre en una cruel y anárquica adolescencia.

Los hijos de las monjas

Estaba sentado en el vestíbulo de mi hotel, esperando el almuerzo, cuando un norteamericano se plantó firmemente a mi lado. Era un hombre maduro, de expresión firme y vacua, como si hubiera tomado un curso de personalidad por correspondencia.

— ¿Usted es nuevo aquí? —dijo.

—Sí.

—Entonces le diré una o dos cosas útiles.

Sacó del bolsillo un montón de papeles; sobres viejos. llenos de cálculos garabateados.

—Le diré lo que le conviene ver. Y no tiene que dejar que lo estafen, tampoco. Son muy mentirosos en las agencias. Si uno sabe, puede visitar esto con poca plata.

—No pienso quedarme mucho — le dije, con la mirada puesta en el restaurante.

—Por eso mismo — dijo —. Puedo serle útil. ¿Para qué sirve la experiencia si no se la comparte? Por suerte, usted empezó bien. Este hotel es barato.

— ¿Ya almorzó?

Me puso una mano regordeta y pesada sobre la rodilla, y allí la dejó.

Usted querrá ver Cuernavaca, Taxco, Puebla; en las agencias le cobran una barbaridad, pero yo estuve averiguando y uno puede ir a cualquier lugar de esos por un dólar, en ómnibus. Le daré las direcciones.

—No creo que tenga tiempo — dije.

—Hay algo que no tiene que perderse — dijo —: el convento escondido de Puebla. Pero no crea que va a encontrar todo lo que dicen. Los hijos de las monjas.

— ¿Los hijos de las monjas?

Es un asco —dijo. Propaganda, siempre propaganda. Fui a una agencia de San Antonio, en Texas. Me dijeron: "¿Usted es masón?" Les dije que sí. Me dijeron: "Tenemos justamente lo que le interesa. El convento escondido de Puebla. Allí se encontrará con un masón. Le mostrará todo, todo. Los huesos de los hijos de las monjas."

Hizo una pausa y agregó con furia contenida:

¡No había ni un hueso de hijos de monjas! Es pura propaganda, propaganda.

Frescos

Fui a ver los frescos de Orozco y de Rivera en el Colegio Preparatorio Nacional y en el Ministerio de Educación, situado en el barrio de la universidad. Los frescos del Colegio Preparatorio son casi todos de Orozco. Rivera sólo contribuye con una pintura mural, de típica grandilocuencia, toda de brazos extendidos y rostros nobles, vestiduras blancas y aureolas. Se llama "Creación"; está llena de símbolos literarios: el Árbol de la Vida, Dionisio, el Hombre, la Mujer, la Música, la Comedia, la Danza, la Tragedia, la Ciencia, la Temperancia, la Fortaleza, Adapta los símbolos cristianos a una vaga idea política, y en su nuevo ambiente se vuelven insoportablemente sentimentales, mucho más sentimentales que el arte convencional. Esa virgen celeste con las siete espadas, aunque inadecuadamente, representa no obstante una idea exacta; pero el Hijo de la "Creación", de Rivera, ¿qué es sino el Progreso, la Dignidad Humana, grandes y vacíos conceptos victorianos que la vida niega a cada instante? Este es siempre el método de Rivera: tratar de sacar lo que se pueda de ambos mundos. Es el Leighton o el Watts de la Revolución.

Orozco — por más inválida que uno considere su ideología — se conoce a sí mismo y conoce su mundo; muy pocas veces las grandes abstracciones — Maternidad — flamean sus drapeados sentimentales en los muros de este pintor. Sus temas son "La Trinchera", "Soldaderas", "El Indio", "El Misionario", "San Francisco", "El Padre Eterno", ridiculizado con una barba blanca lanuda y un piquito de pájaro, el relámpago, y ojos malhumorados. El monje franciscano que aprieta con sus brazos inmensos al indio muerto de hambre, en un

abrazo mortal, esas mujeres pacientes y sin esperanzas que se arrastran detrás de sus soldados hacia un futuro de tierra siena, esos sí representan emociones de piedad y odio que uno puede respetar.

En el Ministerio de Educación, Rivera se da el gusto. A veces, muy pocas, su moraleja está donde debería estar, implícita; "La maestra rural", un grupito de indios sentados en un círculo sobre la tierra calcinada, mientras la mujer les lee un libro y el guerrillero está montado en su caballo, con el rifle preparado, y los hombres aran un campo diminuto junto a las montañas; "Inspección al salir de la mina", el obrero vestido de blanco, sobre una plancha que atraviesa el abismo, con la cabeza inclinada y los brazos extendidos, mientras los oficiales lo registran en busca de la plata robada. Pero aún aquí se vislumbra el símbolo robado: la cruz, la agonía.

Tal vez no tengamos derecho de criticarlo; el cristianismo también adaptó los días festivos y los lugares santos de las religiones más antiguas. En la ciudad de Méjico, la catedral fue construida en el lugar del gran templo azteca, y tal vez sólo experimentemos la inquietud de los antiguos sacerdotes aztecas, cuando nos alejamos impacientemente de esas pinturas murales de maestras rurales vestidas de blanco con rostros piadosamente apostólicos y dedos alzados para bendecir: "Dejad que los niños vengan a mí." Quizá sólo traten de facilitarnos las cosas, para que no añoremos nuestra religión en los nuevos días uniformados del totalitarismo.

"Dejad que los niños"

Una estrecha callejuela en la zona nueva de la ciudad. Cuando pregunté por el padre Q., me cerraron la puerta en la cara. Tal vez me había equivocado de casa. Un muchacho acababa de salir; observaba con cauteloso interés. Le tendí mi carta de recomendación, que llevaba el sello de una organización católica de Nueva York, y cuando la vio me sonrió alentadoramente y tocó el timbre. Abrieron la puerta, esta vez un joven. Llevaba cuello duro y una corbatita de colores vivos; sus ropas parecían en cierto modo ajenas. Era el padre Q.

Mientras subíamos las escaleras, me dijo que era una imprudencia mía haberle dirigido una carta con el título de Reverendo. Aunque ahora pasaban por una temporada de calma, en cualquier momento el gobierno podía reanudar los allanamientos y las confiscaciones.

La casita bullía de actividad alrededor de nosotros; jovencitas que escribían a máquina, hombres que esperaban una conferencia: la Acción Católica en acción.

Estaba muy ocupado; para esa hora había una conferencia anunciada, y una hora después debía tomar el tren, para ir a alguna parte. Un ambiente de decisión y eficacia que no existía en San Antonio. Sin embargo, no podía decirme nada sobre Tabasco o Chiapas. El se encargaba especialmente de asuntos de educación. La batalla se desarrollaba ahora en ese terreno. Me habló de la ley que prohíbe la educación religiosa en las escuelas,

pero no prohíbe la enseñanza antirreligiosa; del decreto que convierte automáticamente toda casa donde se hayan reunido más de nueve personas con fines de religión en propiedad del estado. En esos momentos, la policía de la capital se mostraba indiferente: de todos modos, la Iglesia trataba de mantener todas las escuelas que podía dentro de casas medio ruinosas, que no despertaran la codicia de los políticos.

Aun las escuelas extranjeras — inglesas y norteamericanas — tenían que obedecer los decretos del gobierno en lo que se refería a enseñanza religiosa, y aceptar el programa oficial. Ninguna escuela podía utilizar maestros sin licencia oficial, y por lo tanto las escuelas privadas tenían que elegir a sus profesores de una lista proporcionada por el Secretario de Educación.

Naturalmente — siempre dentro de lo posible — el Ministerio trataba de que sólo un color político estuviera representado en esa lista. Los maestros, una vez nombrados, formaban de costumbre un sindicato, y dirigían la escuela sin importárseles del dueño. La tradición sexual obra a veces insólitamente, y hubo un caso, en una escuela particular, donde los nueve maestros eran mujeres, en que eligieron al portero como miembro del sindicato y su sexo lo convirtió en dirigente del mismo y automáticamente en director de la escuela. Por supuesto, todavía existían escuelas en la capital con personal católico, pero eran secretas.

La educación en Méjico es fascista, o totalitaria, como queráis llamarla. No es democrática³. Este es un fragmento del artículo tercero de la Constitución:

"La educación impartida por el Estado será socialista, y además de excluir toda doctrina religiosa, combatirá el fanatismo y los prejuicios organizando la instrucción y sus actividades de una manera que permita en la juventud la creación de un concepto exacto y racional del universo y de la vida social."

Resulta un poco patético ese confuso idealismo que habla de "un concepto exacto y racional del universo"; uno piensa en personas como Samuel Butler, horriblemente invalidadas por su infancia; y en las áridas llanuras de Sonora o Michoacán, tierra natal de Calles y de Cárdenas, la infancia sin duda invalidada, al estilo mejicano, con el disparo de pistola y el juez venal y la riña de gallos y el desinterés de todos por la vida de los demás. ¿Quién puede reprocharle a esas personas que trataran de ejercer alguna responsabilidad? El Estado. Es en la segunda mitad de la misma cláusula donde aparece el totalitarismo, la rebelión de la irresponsabilidad exagerada. "Sólo el Estado — la Federación, los estados, las Municipalidades — impartirán la educación primaria, secundaria y normal. Se concederá autorización a los particulares que deseen impartir educación en cualquiera de los mencionados planes, de acuerdo, en toda circunstancia, con las normas siguientes:

"1. — La enseñanza y las actividades de los institutos privados se ajustarán sin excepción a lo indicado en el párrafo inicial, y estarán a cargo de personas que, en la opinión del Estado, posean la preparación profesional necesaria y una moralidad e ideología adecuadas a este precepto y conforme con él."

Luego sigue una disposición de que ningún sacerdote ni nadie relacionado con ninguna sociedad religiosa podrá enseñar o ayudar financieramente a las escuelas.

"2. — La formación de los planes, programas, y métodos de enseñanza dependerá en todos los casos del Estado."

¡El Estado... siempre el Estado! Cuántos idealismos han contribuido a la construcción de ese tirano Uno piensa en los fabianos y en el señor Shaw con su traje Jaeger; y de pronto el conjunto cobra vida y Pro recibe el tiro de gracia en el patiecito sucio y ya nadie es capaz de enunciar la pretensión: "El Estado soy yo". El Estado no es ninguno de nosotros; las frases como

"que no haya impuestos sin representación" no tienen sentido, porque todos pagamos impuestos y nadie está representado. Tal vez la única corporación en el mundo contemporáneo que se opone consistentemente — y a veces exitosamente — al Estado totalitario es la Iglesia Católica. En Alemania, los motociclistas distribuían de noche,

³ Todavía existe la tendencia a defender al gobierno mejicano dentro de las organizaciones obreras. Pero Méjico no sigue ninguna línea ideológica definida, como puede verse en los acuerdos petroleros con Italia y Alemania.

secretamente, la encíclica papal; en Italia el Osservatore Romano publicaba lo que ningún diario italiano se atrevía a publicar: protestas por el bombardeo de Guernica y los ataques a las ciudades abiertas; y en Méjico, en una callejuela, la mecanógrafa sigue tranquilamente con su trabajo, y el joven sacerdote, incómodo en su traje laico, ríe con verdadera y descuidada alegría de su propio arresto, algunos años antes. "Fué la época más feliz de nuestra vida", decía.

Estudiaba en el seminario secreto instalado en el mismo corazón de la ciudad, casi al lado del Palacio Nacional. Calles era todavía presidente. De pronto, una mañana, rodearon la casa: doscientos soldados con rifles; como si hubiera sido una fortaleza secreta, abarrotada de municiones. Cincuenta sabuesos de civil llenaron de pronto los corredores, apiñaron a los estudiantes en una habitación, mientras buscaban emblemas religiosos o panfletos de traición. No encontraron nada, salvo lo que el mismo Calles, en un momento de entusiasmo extraordinario, había distribuido a la prensa: las fotografías de la ejecución del padre Pro. Hubo que basar la acusación de traición en esas fotografías. Los seminaristas fueron metidos en la cárcel, y el seminario confiscado. Después de unos días los pusieron en libertad; Calles ya había aprendido que no se gana nada haciendo mártires. "Fue la época más feliz", decía el padre Q., riendo, al recordar la camaradería de los calabozos, la esperanza y la exultación, a la luz de la muerte.

Y la labor prosigue. Un colegio preparatorio para muchachas empezó en el momento de las peores persecuciones a instruir líderes entre los laicos, que sólo sumaban seis en 1926; actualmente ya hay cincuenta y seis mil personas preparadas en teología y dogma. La

Acción Católica envía gulas ya instruidos a trabajar junto a los del gobierno, que poseen licencia para llevar a los turistas a ver los "lugares interesantes" en los alrededores de la capital, y hacer al mismo tiempo propaganda contra la Iglesia; ahora también empieza a oírse la voz de la iglesia, entre los rotarios y las enérgicas visitadoras sociales y los pintores aficionados y los comerciantes dispuestos a pasar un buen rato donde el dólar vale tanto; en sus vagabundeos por los viejos monasterios y las iglesias destruidas, con su kodak y sus banquitos y cuadernos de dibujo, encuentran aquí y allá alguna voz católica. Y eso, supongo, también es traición. Porque el Estado da a la palabra traición una interpretación muy peculiar, y nunca castiga a nadie por su religión. Es la técnica que el Estado totalitario siempre empleó: tanto la época de Isabel en Inglaterra, cuanto en Méjico, en Rusia o en Alemania hoy día, la respuesta de Campion sigue siendo la única válida: "Al condenarnos condenáis a todos vuestros antepasados, a todos los antiguos sacerdotes, obispos y reyes... Porque ¿qué hemos enseñado, aunque lo calificuéis con el odioso nombre de traición, sino lo que ellos mismos enseñaron uniformemente? Ser condenado al mismo tiempo que esas lumbreras — no sólo de Inglaterra sino del mundo — por sus degenerados descendientes es al mismo tiempo una alegría y una gloria para nosotros."

Diversión nocturna

"El Retiro" es el cabaret elegante del Méjico socialista, todo de oro y púrpura y globitos llenos de gas, y pollo a la rey. Una estrella de cinematógrafo en una mesa, y un famoso cantante y ricos en todas partes. Las parejas norteamericanas se deslizaban calmosamente por la diminuta pista de baile, mientras la música gemía; las mujeres con cabellos exquisitos y suave indiferencia, y los maduros comerciantes norteamericanos, como escolares demasiado crecidos, cien años más jóvenes que sus mujeres. Luego empezaron los números de cabaret; una bailarina mejicana, con grandes muslos atrevidos; y las norteamericanas perdieron un poco de su remota superioridad. Se veían vencidas en el juego sexual; alguien que no era ni hermosa ni remota llamaba la atención de sus hombres. Se volvieron vivaces, hablaban un poco

estridentemente y se empolvaban la cara, y de pronto parecían muy jóvenes y sin experiencia y desconfiadas, mientras los anchos muslos se agitaban. Pero les llegó el turno cuando cantó el famoso tenor. Los norteamericanos encendieron sus pipas y hablaron mientras duró el canto, y luego aplaudieron cordialmente, para demostrar que a ellos no les importaba, y las mujeres cerraron sus polveras, y escucharon, ávidamente. No escuchaban la poesía, o la música (las palabras melosas sobre rosas y amor, la dulce y vaga melodía nostálgica), sino el vasto orgasmo emotivo de la garganta. _ Pidieron una canción favorita, y la voz rica, opulenta y poderosa siguió gimiendo; interminablemente, una noche entera de amor. Esto no era arte popular, ni arte intelectual; era, supongo, arte capitalista. Y también esto era el Méjico socialista.

Luego el "Waikiki", en un plano más bajo, tanto social cuanto moralmente. Algunos policías armados vigilaban junto al vestuario (más tarde, esa misma noche, el local fue allanado, en busca de Pérez, el traficante de drogas). Hermosos instrumentos sexuales, con pequeñas cruces de oro, reposaban ociosos en los divanes; un hombre había perdido totalmente el conocimiento, junto a una botella azul de agua mineral. Pequeños grupos íntimos luchaban oscuramente con breteles, y luego se levantaban y se dirigían a un hotel cercano, en la misma cuadra. Mi amigo suponía que yo debía de sentirme solo, e insistía en buscarme una muchacha norteamericana; había una sola en el local, y se llamaba Sally. Le dije que no la quería, pero era obvio que la joven tenía para él (era mejicano) todo el esplendor de lo extranjero.

—Es muy simpática — dijo —. Es refinada..., e interesante. Le gustará conversar con ella. Usted es escritor. Le contará su vida.

—No quiero que me cuente su vida — le dije.

Era muy fácil adivinarla, sin recurrir a las preguntas, mirando en torno: los divanes de terciopelo rojo y las botellas azules de agua mineral y el mejicano inconsciente. Pero mi amigo había conseguido una muchacha y quería que yo tuviera una norteamericana, alguien con quien pudiera hablar sin dificultad. Preguntaba constantemente a todo el mundo: "¿Dónde está Sally?", y por fin la encontraron; por lo tanto, se nos acercó abriéndose paso refinadamente por la pista de baile, pastosa, bien educada y un poco asustada, y muy mal vestida. Contestaba: "Sí, señor", "no, señor", "sí, señor", a todo lo que yo le decía. Su convencionalismo, su obediencia, su terrible refinamiento eran increíbles.

—Es bonita, ¿no? —dijo mi amigo mejicano.

Tuve que mirar esa cara infinitamente fea y pastosa, con toda la vacuidad de los drugstores y de las películas baratas, y decir:

—Sí, excelente.

—Y la mía, también es buena, ¿eh? Tóquela aquí — pellizcándole el muslo —. Si por lo menos no tuviera todos esos dientes de oro — (era dentista) —. Abre la boca — le dijo —. ¿Por qué tienes tantos dientes de oro?

—Me gustan — dijo ella.

Tóquela aquí — insistió —. Déle. Está muy bien, ¿eh? Realmente, lo estaba; un hermoso y excelente instrumento de placer. —Vamos — prosiguió —, dígame a Sally que le cuente su vida. Usted es escritor. Tendrá muchas ganas de oírla.

¿Le gusta el país? — le pregunté embarazado.

Parecía una conversación de salón. —Sí, señor.

— ¿Más que los Estados Unidos?

No, señor.

Es muy interesante — dijo el mejicano —. No como la mía. Esta sólo sirve para una cosa ¿eh?

La mujer le mostró los dientes de oro en una sonrisa y le pidió otra copa. Cada vez que traían una copa, deslizaban una moneda de cinco centavos debajo de los platos de las muchachas. El dentista empezó a hablar de Huerta y de Madero; ya me había hablado de ellos durante la comida.

Era hijo de un rico terrateniente del sur, pero su familia había perdido todo en la revolución. En la época de la contrarrevolución de Huerta era cadete del ejército. Estaba en el Palacio Nacional cuando los hombres de Huerta lo invadieron; habían fusilado a Madero en el Palacio, delante de él, o por lo menos así afirmaba. Toda esa historia de que se habían llevado a Madero en un coche a la cárcel, y que lo habían matado por el camino, era una mentira; él había estado presente, había visto. Pero por supuesto, del mismo modo lo habían visto otros... habían visto que lo mataban en la calle. En Méjico, el historiador se pierde entre los testigos.

Media docena de muchachas con trajes de baño amarillos alzaron las piernas durante unos instantes, y luego desaparecieron.

— ¿No hay más números que ése? — pregunté a Sally.

—No, señor — contestó, siempre sentada con pastosa rectitud, y las manos cruzadas en su regazo provinciano.

— ¿Tiene muchas amigas entre las muchachas de la casa?

—No, señor.

— ¿Qué la trajo hasta aquí? —le pregunté.

Al parecer, se había casado con un mejicano y había venido a Méjico con él; era ciudadana mejicana.

¿Y luego la dejó?

—Sí, señor.

—Es un muchacho muy interesante — dijo el mejicano —. Pregúntele y verá.

Mordió la oreja de su compañera, y ésta se acurrucó contra él; cabello castaño y ojos oscuros, una silueta digna de ser pegada en la pared. El hombre empezó a contar cuentos sobre Cárdenas. El presidente visitaba el Yucatán, donde acababan de repartir las plantaciones de henequén entre los indios. Lo llevaron a ver a Chichen Itzá. "Señor presidente, no hay en todo el mundo ruinas como éstas." Pero Cárdenas se volvió con impaciencia y se alejó diciendo: "No son nada al lado de las que dejaré yo." Siempre se encuentran en los Estados totalitarios esas bromas subterráneas, ese buen humor amargo e impotente.

— ¿Le gustan los españoles? — pregunté a Sally.

Su rostro obtuso se iluminó de pronto con refinada furia.

—No — contestó —, son muy vulgares. Los mejicanos son caballeros, pero los españoles son vulgares. — ¿Y los indios?

—Oh, los indios son personas excelentes, señor.

La cuenta por las bebidas era enorme, considerando que estábamos en Méjico. Unos treinta chelines. Sólo me quedaron cinco pesos, y el dentista mejicano quería llevarse a su muchacha.

—Me costará solamente veinte pesos — me dijo —, pero además tengo que pagar el hotel, cinco pesos más. Sólo tengo veinte.

—No puedo prestarle nada.

— ¡Qué fastidio!

De todos modos, se la llevó consigo; el hombre seguía desmayado junto a la botella de agua mineral. Dijo que tal vez consiguiera cinco pesos prestados en alguna parte. Lo llevé hasta mi hotel en el taxímetro; eran las cuatro de la mañana. Los vi alejarse, fatigada-mente, por la Cinco de Mayo; la muchacha iba detrás, castaña y dócil, arrastrando su traje de fiesta por la luz gris del alba.

Soné que una mujer y yo habíamos cometido un crimen, y enterrado el cadáver, pero el olor subía hasta nosotros a través de la tierra: hasta el mundo entero parecía impregnado de olor a podrido.

Domingo

Oí misa en la inmensa catedral llena de vericuetos; grandes columnas doradas retorcidas, y oscuros cuadros de amor y agonía. Fuera de la catedral vendían tarjetas con pequeñas fotografías del padre Pro: sentado con su superior en Bélgica, con cara un poco hosca e inmadura, boca seria y ojos demasiado austeros; en una fotografía de la policía, con chaleco de lana y corbata barata a rayas, sin afeitarse, boca que ahora era sensitiva y firme, y no menos obstinada que antes; arrodillado, rezando, en el espantoso patiecito de ejecuciones detrás del departamento de policía; de pie, con los brazos abiertos y los ojos cerrados, entre los dos viejos maniqués utilizados para la práctica de tiro; acostado, con las piernas dobladas y los brazos todavía en cruz, al recibir el tiro de gracia; en la morgue, con los párpados semicerrados, la boca abierta, obstinada, mostrando los grandes dientes óseos, y la cara sin expresión, como una máscara abandonada, que cualquiera podría colocarse. Con las fotografías viene impresa una plegaria, que según dicen a menudo es oída. La gente conserva sus reliquias (la madre del dentista tenía un pañuelo embebido en su sangre); ya ha sido beatificado por la decisión popular.

El domingo, la Alameda parece una escena de una película de René Clair: las familias burguesas bajo los grandes árboles, y los fotógrafos, con extraños fondos pintados, anticuados, celestes y rosados, rosas y castillos y lagos y cisnes y absurdos aeroplanos, de la época quizá de los hermanos Wright, que vuelan pesadamente en la altura. En una librería religiosa, hay un Niño Jesús, con billetes de lotería esparcidos sobre los brazos extendidos. En el techo de San Fernando, los potentados son arrojados livianamente hacia el espacio cerúleo, con las altas botas hinchadas por el enorme torrente de aire, nubes lanzadas como pelotas de tenis por imágenes con alas, una sensación de libertad y de júbilo (suprimidas todas las ataduras de la gravedad) mientras ascendemos hacia el Hijo del Hombre, radiante sobre un globo azul.

Toda la gente que no va a las corridas de toros va a Chapultepec, y las calles de la ciudad quedan vacías. El parque de Chapultepec, así como la Alameda, data, según dicen, de la época de Moctezuma; viejos árboles inmensos — uno de ellos tiene doscientos pies de altura y cuarenta y cinco de circunferencia — donde cuelgan musgos tropicales; lagos con botecitos, grutas artificiales y fríos túneles rocosos donde no llega el sol, y en la abrupta cumbre, el

castillo desocupado, a cargo de algunos soldados bajos y descuidados, que se alejan entre los macizos de arbustos detrás de alguna muchacha, o se sientan sobre el parapeto junto a la oficina de guardia, leyendo una novela barata; el palacio de Maximiliano, con un frente vidriado como el del Crystal Palace agregado a la uniforme mampostería de ladrillos del siglo dieciocho, y abajo un monumento al heroísmo inútil; a los cadetes que cayeron, cuando la invasión estadounidense, defendiendo el castillo. El último cadete sobreviviente se envolvió el cuerpo en la bandera mejicana y saltó al precipicio; la misma vieja bandera que la gente lleva en la camisa y pinta en los odres para los turistas, el águila que devora la serpiente. Todos los monumentos de Méjico son homenajes a muertes violentas.

En el diario había dos asesinatos de senadores. Uno había sido baleado en Juárez, en la frontera norteamericana, y el otro la noche anterior, a tres minutos de mi hotel, en el otro extremo de la avenida Cinco de Mayo, en el Opera Bar. Lo acribillaron de balas después de una discusión; el asesino tomó un coche y huyó de la ciudad. Esas muertes sólo se distinguen de las demás que ocurren todos los días sólo por el rango senatorial. "Acribillado de balas" es la frase habitual.

Quizá sea la atmósfera de violencia, quizá sólo sea la altura, siete mil pies sobre el mar; pero después de unos días muy pocas personas se salvan de la depresión de la ciudad de Méjico.

Un grupito de peones descendía de la colina del Castillo de Chapultepec, con anchos sombreros mejicanos; llevaban pan en las alas de los mismos. Oh, a veces también es cómico, en cierto sentido, como la riña de gallos.

Ninguna vampiresa

Me encontré con el dentista y le pregunté cómo le había ido.

—Me gustó la muchacha — me dijo —. No era ninguna vampiresa. Se conformó con quince pesos.

El viejo amigo

Y de pronto me encontré con mi viejo y buen amigo de Wisconsin, que se paseaba no muy alegremente por la avenida Francisco Madero. Había comprado un bastón' nuevo; un espantoso objeto mejicano, escarlata, con emblemas pintados. No estaba muy contento salvo que se volvía a su país al día siguiente, y eso lo alegraba bastante. Volvimos hasta su hotel, saco de su valijita negra una botella de Canadian Club y me hizo beber una dosis, dentro del vaso de los dientes. Luego lo llevé en ómnibus hasta Chapultepec. Seguía abordando a todos los que encontraba con desconcertante franqueza; cuando quería preguntar por un ómnibus, tendía su bastón y golpeaba con él las polainas de los agentes que dirigían el tránsito. Luego fuimos al "St. Regis" y tomamos un cocktail Bacardi; nos achispamos un poco y hablamos de la deuda norteamericana y de la Inmaculada Concepción; él siempre había creído que equivalía al parto virginal.

—Yo me casé con una católica, y nunca me dijo que no fueran lo mismo.

La bebida lo volvía desconfiado. Insistió en que de todos modos los católicos de Wisconsin creían que las dos cosas querían decir lo mismo. Luego me dijo que aquí las iglesias estaban cubiertas de oro, "cuando la gente se muere de hambre". Y luego fuimos a "Sanborn's" y comimos panqueques y salchichas.

—Aquí uno puede estar seguro de lo que come — dijo —. Quiero presentarle — dirigiéndose a la muchacha que servía -- a mi amigo inglés, el señor Greene, de Londres. Ya le hablé de él. Me cuidó durante el viaje. Sé una broma muy graciosa de él: en Monterrey se pasó el día caminando, mientras yo recorría todo por cinco céntimos de dólar. Quiero que conozca — dirigiéndose a mí — a este amigo mío que me cuida y se encarga de que me sirvan la comida caliente.

Me presentó al portero negro.

— ¿Cómo sigue su pie, Joe? —le dijo.

Lo acompañé nuevamente hasta el "St. Regis" y nos dijimos que nos recordaríamos siempre. Empezó a decir: —Usted tendría que conocer a...

Y en ese momento lo arrastró una bulliciosa banda de rotarios de Houston, Texas, con tarjetas en la solapa, y sólo pude oír que decía "me cuidó". Cuando se fue me sentí solo, y no pude conciliar el sueño.

Gira Cook

Participé en una gira Cook al monasterio de San Agustín Acolman y las pirámides de Teotihuacán. El monasterio se encuentra debajo del nivel de lo que en una época fue un vasto lago; hubo que abandonarlo hace más de cien años. Lo fundaron doce sobrevivientes de un grupo de veinte frailes agustinos, que llegaron a Méjico a comienzos del siglo dieciséis, antes de que la ciudad de Méjico cayera en manos de Cortés. El monasterio fue construido primero, y todavía subsiste el balconcito donde se decía misa ante -los indios agrupados en la llanura. Luego, después de veinte años, en 1539, se dio fin a la gran iglesia, muy elevada, y uno se pregunta cómo es posible que doce frailes, elegidos al azar por la Providencia para que sobrevivieran, fueron capaces de proyectar un edificio de semejante belleza. Supongo que lo proyectaron basándose en lo que ya conocían, pero qué exacto — y amante — recuerdo debieron tener de los monasterios españoles. Ahora vemos estas iglesias como mejicanas, o coloniales; pero en esas primeras décadas pasadas en un continente que había sido descubierto menos de cincuenta años antes, en la abrumadora extrañeza de una tierra que parecía estar del otro lado del borde del mundo, no lo habrán visto como un estilo arquitectónico, sino como un trozo de su tierra. En los claustros quedan los restos del fresco más antiguo de Méjico; todavía se vislumbra el débil bosquejo de una representación del Infierno y del Juicio Final, que fue cubierto de cal cuando ya los indios habían aprendido la lección, la idea tosca y elemental del castigo, en forma de llamas y calderos y pinzas. Lo que hoy queda es

. la lección última, la más difícil de todas, la lección de amor, y de la misteriosa muerte del Creador en la Cruz, y el pequeño y tranquilo paisaje rural europeo, copiado por los indios, que perdura todavía tranquila y seguramente mientras el universo se acaba; con un sol y una luna en el cielo, al mismo tiempo.

En el vasto patio gris de Teotihuacán, rodeado por las plataformas de los pequeños templos piramidales, uno recibe la sensación de un continente que está del otro lado del borde del mundo; una chatedad, un vacío, por el que se asoman serpientes emplumadas y caras como máscaras de gases, sobre orificios que podrían ser las bocas de un cañón Lewis o de un lanzallamas. Los arqueólogos formulan teorías sobre lo aquí ocurrido, en base al número de escalones de cada pirámide; cómputos matemáticos que conducen a un sacrificio humano o a una lucha entre cultos rivales, más o menos como los israelitas británicos prevén el porvenir, en base a las medidas comparadas de las pirámides egipcias. Resulta fantástico y creíble. El sentido matemático parece haber enloquecido; todo es simétrico; es importante que la

pirámide del Sol tenga sesenta y seis metros de alto y cinco terrazas, y la Pirámide de la Luna cincuenta y cuatro metros de alto y... ya no recuerdo cuántas terrazas. La herejía aquí no era una aberración del sentimiento humano —como el maniqueísmo—, sino un error matemático. La muerte era tan importante como lo es resolver una ecuación. En el museo uno ve los cuchillitos negros y brillantes con que abrían el pecho de la víctima; parecen tan higiénicos como los instrumentos de los cirujanos. Sólo el Templo de Quetzalcoatl está decorado — con espantosas serpientes y máscaras de gases —, y ése era el dios blanco de los cultivos entre los toltecas, el dios más benévolo de todos, y fue vencido por esta pétreo disciplina matemática. Uno espera ver escrito Q.E.D. en el piso del gran patio; sumando las pirámides, multiplicando el número de terrazas por el número de escalones, y dividiendo por los metros cuadrados del área total, demostrando ... demostrando algo, algo tan inhumano como un problema de álgebra.

Una joven norteamericana, que acompañaba a dos damas de edad que se quejaban del calor, se trepó a la segunda terraza del Templo del Sol y se adosó —baja, pálida, regordeta y asustada — al elevado talud de piedra. Miraba atónita entre las pirámides los remolinos que se desplazaban por las montañas. Las ancianas, que allá abajo parecían insectos, se habían sentado en la hierba, apoyadas en la pirámide, y conversaban. La joven me dijo:

—Toda esta gente ha estado en todas partes, en Europa. Para mí, esto es simplemente maravilloso.

Demostraba una falta absoluta de subterfugios, era tan completamente simple que ni siquiera simulaba, su simplicidad producía la sensación de la bondad.

—Es la primera vez que salgo de mi casa — dijo.

Estaba allí sólo por casualidad; alguien se había enfermado y otra persona había necesitado una acompañante y así había ido a parar a esa tierra antigua y sangrienta, desde su pueblo natal, una pequeña población de cinco mil habitantes a cinco millas de Jackson, en

Tennessee; trabajaba en Jackson, pero no iba nunca ni siquiera a un cinematógrafo, porque tenía que volverse inmediatamente a su casa después del trabajo. Y de pronto, aquí estaba, escalando una pirámide en Méjico; jadeaba y miraba fijamente y se delataba cada vez que abría la boca, generosamente.

Obispo mejicano

Fui con el doctor C. a visitar al obispo de Chiapas. Me habían dicho que el gobierno lo consideraba como uno de los obispos mejicanos más astutos y peligrosos. Un mes o dos antes, había tratado de volver a su diócesis, pero lo metieron en un automóvil y se lo llevaron nuevamente hasta la frontera del estado. No sé bien qué esperaba encontrar; algún eclesiástico regordete, de barbilla azul, o mirada penetrante y boca cautelosa; pero con toda seguridad no esperaba encontrarme con este anciano simple y bondadoso, que vivía con la máxima simplicidad en un ambiente de piadosa fealdad.

Parecía un cura de aldea y demostró una especie de embarazo humilde y desconcertado cuando me arrodillé. El cuartito oscuro y lleno de cortinados estaba abarrotado de imágenes y grandes cuadros oscuros y pardos del amor de Dios. Dijo que oficialmente no se permitía la presencia de ningún sacerdote en Chiapas, aunque algunas de las iglesias habían sido ya abiertas para uso de la gente. Era difícil viajar en ese estado, excepto al sur, cerca del Pacífico, donde pasa el ferrocarril a Guatemala y hay algunas carreteras. Pero al norte sólo hay montañas y selvas e indios que no saben español y ni siquiera comprenden el dialecto de la aldea

vecina. Dudaba bastante que fuera posible encontrar un guía de Palenque a Las Casas.

San Cristóbal de Las Casas; hablaba de la ciudad con suave nostalgia, la antigua capital, antes de que el gobierno se trasladara a Tuxtla, en la llanura. Las Casas se encuentra a ocho mil pies y más de altura, en las montañas. Dijo que era "una ciudad muy católica"; había muchas iglesias, y una especialmente, Santo Domingo, se contaba entre las más hermosas de Méjico. Pero la mayoría de las iglesias de Chiapas no era como las que uno veía en las otras partes de Méjico. Chiapas siempre había sido un estado pobre y salvaje, y las iglesias eran muy simples.

Hablaba de todo eso con suavidad, como de un país extranjero, adonde no le permitirían nunca volver. Esto azuzó mi imaginación, y empecé a considerar a la ciudad de Las Casas, escondida en las montañas donde termina una senda de mulas, con una sola carretera muy mala que desciende hacia el sur, como la verdadera meta de mi viaje... y el punto de partida de mi viaje de regreso.

1997

El local se encontraba metido entre dos tiendas, no muy lejos de la Escuela Preparatoria Nacional. Recorrí un pequeño corredor oscuro y laberíntico, que en cada curva revelaba una celda brillantemente iluminada; una celda con un monje de caperuza que azota a una mujer desnuda, o la interroga a la luz de una antorcha, con un látigo en la mano. Los cuerpos de las mujeres habían sido modelados con tierna sensualidad; caderas rosadas y senos redondeados. Un indio bajo y su mujer nos precedían por el corredor; miraban fijamente, con vacuo interés; supongo que para ellos no era gran cosa; simplemente, una mujer azotada, nada más. ¿Por qué no? La perversidad del corredorcito mal ventilado no los tocaba; ni tampoco la propaganda. Eran inocentes

Arriba estaba Trotsky (que vivía en un suburbio de la capital, en la villa de Rivera, con un revólver sobre el escritorio; registraban a los reporteros en busca de armas, de noche iluminaban la casa con faros, y había una guardia de soldados federales; los diarios estaban llenos de noticias de un complot stalinista para asesinarlo). Estaba vestido con bombachas de golf, una corbatita rosada y una chaqueta Norfolk; un personaje de Shaw. En una vitrina se comparaban, dos manos de cera, la mano tosca del obrero y la cuidada del cura, pero ¿a cuál de las dos se parecía más la mano de Trotsky? Un indio de cera se inclinaba sobre un ataúd donde un obispo de cera yacía lujosamente, todo de oro y escarlata, y uno pensaba en el anciano y delgado obispo de Chiapas, con sus ropas negras y raídas, y en la camisa de pelo de Santo Tomás de Canterbury. Había una pequeña escena en una choza indígena; una mujer agonizante y su marido y una o dos criaturas en el suelo, y un plato de comida vacío. El cura los bendecía, y la leyenda decía: "Todo su capital son cincuenta centavos, y tienen que pagar un peso y medio por una misa"

El anticatolicismo a menudo va acompañado por un raro tipo de superstición inocente. La gente tiene que tener algún motivo para vivir, algo que no pertenezca a este estrecho mundo; ya sea la idea del progreso inevitable de la revolución proletaria o simplemente que un gato negro trae suerte si se cruza delante de uno; y aquí, en este pequeño museo de cera racionalista y anticlerical, aparecía una famosa gitana, con un niño en una cuna; el niño era el extranjero que según ella había profetizado dirigiría los destinos de Méjico en 1997, desde Londres, capital del mundo.

Guadalupe

Guadalupe — a un cuarto de hora de viaje en tranvía de la catedral, en un suburbio que

conserva su forma y su aspecto de aldea, como algunas zonas de Londres — es el santuario más importante de Méjico, centro de la devoción de toda una nación. No hay una ciudad de cierta importancia que no contenga una iglesia de Guadalupe con una reproducción de la famosa virgen.

La iglesia, simple y convencional, del siglo dieciocho, se encuentra en una placita, donde todos los días de semana funciona un mercado; helados y frutas, pastelitos dulces de trigo cocidos a la vista del público, y envueltos en papeles de colores, como crackers; el vidrio azul de Guadalupe, del color de las botellas de veneno, toscas chucherías. Junto a la capilla del Pozo, un manantial que según dicen fluyó debajo de los pies de la Virgen, hay montones de botellas de whisky vacías, para llevarse el agua medicinal, levemente salada. Dentro de la iglesia, el sarape milagroso pende sobre el altar; la Virgen india, de tez oscura, inclina la cabeza con una gracia y una amabilidad que ya no se encuentra en todo el Méjico mortal.

Apareció por primera vez en Amecameca, a cincuenta' millas de allí, pero nadie le hizo caso; luego, el 9 de diciembre de 1531, un campesino indio, Juan Diego, trepaba por la colina de Tepayac, a cuyo pie se encuentra ahora el santuario, cuando se le apareció la Virgen entre las rocas — de pronto se oyó música y surgió una luz—, lo llamó "hijo mío", y le dijo que llevara un mensaje al obispo Zumárraga: que construyera un santuario en ese lugar, para que ella pudiera cuidar y amar a los indios (Zumárraga es el obispo que, para desesperación eterna de los arqueólogos, quemó los manuscritos indígenas en la plaza de Tlaltolco, la ciudad adonde Diego se dirigía para recibir instrucción).

Convendría recordar lo revolucionaria que debe de haber parecido esta aparición. Hacía solamente diez años que la ciudad de Méjico se había rendido finalmente a Cortés, el país todavía no se había sometido, y es muy dudoso el recibimiento que el tipo habitual de aventurero español puede haber concedido a un indio que pretendía haber sido llamado "hijo mío" por la Madre de Dios. La leyenda, dicen ahora los políticos mejicanos, fue inventada por la Iglesia para esclavizar la mente indígena, pero si realmente hubiera sido inventada en esa época por la Iglesia, lo habría sido con un propósito muy distinto. Esta Virgen exigía una iglesia donde poder amar a sus indios y protegerlos del conquistador español. La leyenda infundió a los indios confianza en sí mismos; les dio un apoyo ante el conquistador; era una leyenda liberadora, no esclavizadora.

El obispo, por supuesto, no creyó en la palabra de Diego. Los curas y los obispos son humanos; comparten algunos de los prejuicios de su nación y de su época. "Hijo mío" era una expresión que debe de habersele atragantado al obispo, por más que en teoría creyera en su parentesco con los indios (así como la encíclica papal *Rerum Novarum* se le atragantó al obispo de San Luis Potosí, hasta el punto de esconderla en el sótano, donde la encontró un sacerdote después de la revolución de Carranza). El domingo, diez de diciembre (la leyenda está bien documentada en cuanto a fechas), la Virgen volvió a aparecerse ante Diego, en la colina de Tepayac, y éste le pidió que enviara algún mensajero más importante — le habrá implorado probablemente que enviara a un español —, en quien el Obispo tuviera más fe. Podía aparecerse ante el mismo Cortés, que estaba en condiciones de ordenar cualquier cosa.

Pero la sabiduría del hombre no es nada ante la sabiduría de Dios, y uno se pregunta cuál habría sido el porvenir de esa visión si hubiera visitado al conquistador en vez del conquistado. Indudablemente habrían construido un espléndido santuario, pero ¿habrían concurrido a él los indios? Uno casi puede asegurar que habría terminado por ser clausurado como todas las demás iglesias de Méjico, así como los asuntos de Estado y de política y de guerra habrían desplazado a la aparición en la mente del conquistador. Pero este santuario de Guadalupe, aun en el apogeo de la persecución, permaneció siempre abierto; ningún gobierno

se atrevió a despojar al indio de su Virgen, y esta circunstancia con. tributó por otra parte a arruinar la carrera del único hombre que osó jamás amenazarla. Cuando Garrido Canabal, el dictador de Tabasco, llegó a la capital, acompañado por sus Camisas Rojas, para recibir la cartera de Ministro de Agricultura en el gabinete de Cárdenas ordenó por su cuenta que destruyeran el santuario; como ya habían destruido las iglesias de Tabasco. La imagen fue vigilada día y noche, y más tarde Garrido tuvo que huir de Méjico y refugiarse en Costa Rica. La Virgen de Guadalupe, como Santa Juana en Francia, se había identificado no sólo con la fe sino también con el país; era un símbolo patriótico aun para los descreídos...

De modo que la Virgen mandó nuevamente al campesino indio a ver al obispo Zumárraga, y el obispo exigió — con cautela muy natural — una señal. Por tercera vez, Diego habló con la Virgen; ésta le dijo que, volviera al día siguiente, y que le daría la señal que el obispo exigía; pero al día siguiente el tío de Diego se enfermó gravemente y el indígena se olvidó; o es más probable que el hecho inmediato del pariente agonizante le pareciera más importante, más verdadero, que una visión que él mismo quizá descreía cuando oía hablar al obispo con la experiencia y la lentitud y el sano escepticismo de la autoridad eclesiástica. El martes doce tuvo que volver a Tlaltlolo, en busca de un cura para su tío agonizante; pero temiendo ese sendero pedregoso que asociaba con su visión, tomó otro camino, como si al cambiar de sendero pudiera huir de la divinidad inmanente y de su mensajera. Demostró poseer el mismo materialismo de los católicos escépticos de hoy, que dudan de la aparición porque esta Virgen era de tez oscura, creyendo al parecer que la raza es un atributo del espíritu, así como lo es de la carne.

Pero Diego no podía huir. La Virgen le cerró también este sendero, sin reproches. Ninguna aparición de la Madre de Dios ha sido jamás asociada con la idea de castigo. La Virgen le dijo que su tío ya estaba bien, y le indicó que fuera a la cumbre de la colina, a juntar rosas entre las rocas, para llevárselas al Obispo. El indio envolvió las rosas en su sarape, y cuando lo abrió para dárselas al Obispo, apareció estampada en la tela la imagen de la Virgen, tal como cuelga hoy sobre el altar.

Una anciana dama de origen español, la señora B., me llevó a ver el santuario de Guadalupe, escépticamente. De la sacristía me hizo pasar a la pequeña habitación donde cuelgan las pinturas votivas; pequeños cuadros primitivos, como pinturas de niños talentosos, explicados mediante frases breves de dudosa sintaxis, expresan el agradecimiento a la Virgen; una mujer en la cama, observando a su marido ebrio; hombrecitos de manos torpes, con pistolas, que se disparan tiros entre sí: "El trágico asesinato del señor Fulano". Luego ascendimos las empinadas escaleras en zigzag que suben a la colina de Tepayac, detrás del santuario, hasta la capilla edificada en el lugar donde apareció por primera vez la Virgen. En cada ángulo había un fotógrafo, con sus viejos aparatos encapuchados, sobre zancos, y sus antiguos telones: un vapor primitivo, un tren, un globo, aeroplanos improbables salidos de Julio Verne, y por supuesto, los lagos y los cisnes, los Danubios Azules y las rosas de ese nostálgico período. Había braseritos encendidos, y olor a pasteles durante todo el ascenso. Cerca de la capilla se encuentra el cementerio de los ricos, enormes sepulcros con escudos españoles de piedra cubierta de líquenes, que se acurrucan buscando protección junto al santuario de los campesinos. En la colina de Tepayac no hay tierra; hay que subirla a mano, y cada tumba es excavada en la roca sólida.

La anciana buscaba a sus antepasados entre avenidas de mausoleos, como esos barrios nuevos donde todas las casas son diferentes. Había perdido todo su dinero; vivía en una pequeña habitación, donde recibía a sus nietos cada miércoles, mientras la pava del té bullía junto a su cama; tenía un coraje y una vivacidad inmensos, y la voluntad de subsistir. Era

descendiente de un general que había luchado por Itúrbide y por la independencia, y luego había sido desterrado por el mismo Itúrbide, cuando éste se hizo coronar. Pero el general B. no podía quedarse fuera de su país; volvió de incógnito, y mudándose de pueblo en pueblo dejó en todas partes sus facciones entre los hijos de Méjico. Al morir, de acuerdo con su voluntad, su corazón fue a Guadalajara, donde había conocido a su mujer, y su brazo derecho a Lerma, donde había ganado su batalla, y el resto de su cuerpo a Guadalupe. Y la señora B. conservaba el penacho y el orgullo, pero su actitud aristocrática, carente de la posibilidad de acción, se había vuelto amarga, desafiante, inútil. Enemiga de Cárdenas, también era enemiga de Cedillo, cuyo padre había sido un campesino indígena que trabajaba en las estancias de su familia, en San Luis Potosí. Era demasiado orgullosa para elegir entre dos males; ejemplo típico de esos descendientes de españoles, que se han retirado simplemente a la penumbra de las pensiones y los hotelitos.

También era católica, pero con un aristocrático escepticismo. No quería creer en la visión de Diego, ni en la imagen milagrosa; era una fantasía popular. También allí se retiraba, como en la política. del manantial de la vida. Le bastaba saber que en España había habido una aparición semejante. Seguramente habría estado más dispuesta a aceptar la visión si ésta se hubiera aparecido ante el conquistador, y no ante el campesino; a la mente adulta, y no a la mente infantil.

Al día siguiente yo debía partir, hacia Orizaba y Veracruz, primera etapa de mi viaje a Tabasco y Chiapas. Después de un viaje, el mejicano católico vuelve a agradecer a la Virgen de Guadalupe su protección; arrodillándose nuevamente al pie de la colina, ante el sarape de Juan Diego, me prometí hacer lo mismo. La anciana se arrodilló, recitando el avemaría; no creía, pero entre los católicos hasta los escépticos son corteses.

CAPITULO IV

HACIA LA COSTA

Montaña abajo

Me alegré de irme de Méjico; esas tiendas llenas de chucherías para turistas, de filigranas de plata y odres y alfombras y pulgas muertas vestidas como personas dentro de unas nueces, toda la falsa elegancia y la falsa alegría, El Retiro y el Bar Cucaracha y el Palacio de las Artes, la Avenida Juárez con su olor a dulces, y todo el odio escondido. Cuánta razón tenía Lawrence cuando escribía: "Esta ciudad no se siente bien; se siente como un criminal que medita su próximo y mezquino crimen", y en otra parte, "Realmente me siento cínico en lo que se refiere a estos «patriotas» y «socialistas» de aquí. Es todo una confusión", subrayando las palabras como la reina Victoria. "Sabéis que el socialismo es un engaño. Vuelve estúpidas a las gentes, especialmente a los salvajes. Y el setenta por ciento de estas personas son verdaderos salvajes, más o menos como lo eran hace trescientos años. La población mejicana-española se reduce a pudrirse encima de la negra masa salvaje. Y el socialismo aquí es la farsa de las farsas, salvo que es una farsa muy peligrosa."

Peligroso lo era, sin duda, como un tren eléctrico enloquecido, echando chispas y golpeándose sobre el terraplén. En el diario, mientras esperaba que partiera el tren (un mendigo pasó por el pasillo, uno no se salva de ellos ni en un tren), leí que el presidente había firmado un decreto de expropiación de las compañías petroleras extranjeras. Inconscientemente, por supuesto, uno había sentido que algo se preparaba; pero ya hacía casi un año que se preparaba; nadie se esperaba este paso repentino y demente. O por lo menos parecía

demente durante esos primeros días, con el país estupefacto y aterrado por sus ahorros, mientras el peso bajaba vertiginosamente.

A mediados de diciembre el Tribunal Federal del Trabajo había publicado su decisión, después de la huelga petrolera del verano anterior. No hace falta repetir ahora todos los detalles; dos incisos apenas demostraban indiscutidamente que ninguna compañía podía aceptar esa decisión y continuar operando. Los días de trabajo se reducirían a doscientos veintitrés por año; los obreros dispondrían del derecho de ausentarse por tres días de trabajo en un número ilimitado de ocasiones, por cualquier motivo personal o familiar, y se les pagaría el jornal entero. No se necesita ningún conocimiento de contabilidad — basta conocer la naturaleza humana — para comprender que esta decisión era impracticable. El primero de marzo, el día que llegué a Monterrey, la Corte Suprema mantuvo la decisión del Tribunal de Trabajo, pero eso sólo parecía ser el comienzo del litigio habitual e interminable, destinado a llenar de dinero los bolsillos de los jueces, los abogados y los procuradores. Suspensiones temporarias, apelaciones, hasta ahora las compañías habían conseguido mantener las cosas en suspenso; ningún mejicano con quien yo hubiera hablado esperaba este decreto repentino; debe de haber sido un golpe muy duro para la profesión legal. Chiapas luego vería los resultados inmediatos; los servicios públicos suspendidos, los caminos y los embalses cerrados, y todo el mundo hablando de revolución.

Al salir, el tren pasó junto al santuario de Guadalupe. Era muy temprano, pero ya

estaban en pie los puestitos de tortillas, y la multitud se apiñaba junto al santuario. El tren siguió camino, por los míseros arrabales parisienses de la ciudad, y emergió en la vasta meseta abierta; haciendas blancas y rosadas, con sus fachadas ornadas y sus capillas rotas. En cada estación aparecían los vendedores ambulantes, con la mejor comida de Méjico: patas calientes de pollo frito, que se comían con los dedos, y tortillas que envolvían trozos oscuros y abundantes de carne anónima; las distintas estaciones tenían sus distintas trampas para turistas: en Apizaco, horribles bastoncitos y garrotes pintados, en Rinconada morteritos grises de piedra, para moler maíz, afeados con picos de pájaros azules y escarlatas. Los volcanes, Popocatepetl e Ixtacihuatl, se ocultaban entre las nubes, como siempre los habla visto desde la capital, y el Pico de Orizaba, la montaña más alta de Méjico, también estaba escondido. Dos niños subieron al tren en San Marco, con sus guitarras, y tocaron en medio del vagón, por unos centavos; voces dulces, falsas, y melancólicas, y grandes ojos oscuros de actor. Luego, bailando en torno del platillo, pasaron al "pullman". Cantidades de remolinos humeaban por la llanura parda, como las chimeneas de una ciudad fabril.

E inmediatamente después de Esperanza, a más de ocho mil pies de altura, la línea llega dramáticamente al borde de la meseta; aquí hace frío aun bajo el sol de mediodía, el aire es más enrarecido y deprimente todavía que en la ciudad de Méjico. Pero durante las sesenta y cuatro millas siguientes el tren desciende seis mil cuatrocientos pies; avanza en grandes lazos hacia el verano; las estaciones cambian ante nuestros ojos, el aire se vuelve más denso, y la euforia penetra en los flácidos pulmones, hasta que por fin uno empieza a creer que después de todo este es un país donde se vive feliz. Lejos, debajo de la inmensa y recta garganta boscosa, está Maltrata, como una ciudad vista desde un aeroplano, un juguetito alemán lavado por la distancia y el largo torrente de aire; pero se tarda más de una hora en llegar a ella, mientras el tren gira constantemente en torno de la misma montaña, hacia la llanura. Desde Boca del Monte, al borde de la meseta, hasta Alta Luz, sólo hay nueve millas de recorrido, y la altura sufre un cambio de más de mil pies; los oídos zumban, con semejante descenso, y en la pequeña estación uno se queda atónito al ver que todavía los pájaros vuelan por debajo de uno. El verano avanza: se venden frutillas y limones; por fin se llega al fondo del valle, en Maltrata, sólo para descubrir que es el comienzo de otro descenso, hasta Santa Rosa, donde los grandes tulipanes escarlatas están en flor, las rosas y las magnolias en pleno marzo, y los brillantes limones amarillos en las ramas; y después de Santa Rosa, Orizaba, y los diarios de Veracruz, que anuncian que el Banco de Méjico ha suspendido toda operación con divisas extranjeras, y que el país está tranquilo; frase siniestra.

Orizaba

A primera vista, uno habría dicho que Orizaba era una ciudad en elegante decadencia; en el patio del hotel, las palomas arrullaban y una fuente cantaba. Se oía el suave gemido de un órgano automático, y un norteamericano se paseaba sentimentalmente junto a las jaulas colgadas sobre el patio, en el primer piso, trinando con suavidad para sí. Parecía el paraíso de un escapista; nada nuevo ni peligroso, nada amargo: puentecitos sobre empinados arroyos torrenciales, y las montañas en torno y las nubes que bajaban; plazas escondidas con fuentes y tupidos y arcos rotos, como un poema de De la Mare, y la hierba que crecía; flores en los patios particulares, y poca gente en las calles, una sensación de abandono. "¿No hay nadie aquí? —dijo el Viajero."

Era la fiesta de San José, pero hasta las iglesias estaban vacías, salvo dos, llenas de niñitos cuyas débiles respuestas no llegaban muy lejos. En el mercado, flores, moscas, basuras y sueño. La larga cabellera blanca y pegoteada de una mujer fatigada caía sobre una mesa; un

joven dormía reclinado sobre un tabique de madera: pelo negro, cara de tuberculoso, y la silla echada hacia atrás. En la catedral, una mujer gemía, en una especie de inexpresable agonía física de dolor, y luego de desesperación; luego se calló, se sacudió las faldas, y se levantó: era la expresión convencional de una contrición convencional; un Cristo peón yacía azotado y sangrante con su vestidura escarlata, solo. Toda una calle de consultorios de dentista (es la profesión... más lucrativa en Méjico: dientes de oro en todas partes), con salitas de espera vacías y encaladas, y las puntas de los tornos sobre las ventanas. Los políticos estaban sentados en la balaustrada del balcón de la central del C.R.O.M., sin hacer nada. ¿Podía ocurrir algo alguna vez en este pueblo? ¿O simplemente seguiría enmoheciéndose un poco más el arco de Cupido, mientras las flores caían y las nubes descendían y alguien lanzaba alaridos convencionales en una iglesia abandonada, por algo que en realidad no le importaba a nadie, en el aire cálido, dulce, vacío?

La respuesta, por supuesto, es que ya había ocurrido algo, hacía apenas seis meses. Hasta ese momento no había iglesias abiertas en el estado de Veracruz; se decía misa secretamente, como en Chiapas, en las casas de los particulares. Pero un domingo, en Orizaba, los agentes de policía siguieron a una criatura que había ido a misa; la niña huyó corriendo; dispararon, y la mataron; uno de esos estallidos repentinos e inexplicables de brutalidad, habituales en Méjico. A los mejicanos les gustan los niños, pero alguna emanación de la maligna tierra azteca parece apoderarse de pronto del cerebro, como una ebriedad, y entonces sale a relucir la pistola. La consecuencia de esa muerte fue un estallido de fervor religioso en todo el estado de Veracruz; los campesinos entraron en las iglesias en la misma Veracruz, y cerraron las puertas con cerrojo e hicieron repicar las campanas; la policía no pudo hacer nada, y el gobernador cedió; las iglesias se abrieron. La indignación se agotó como un orgasmo; el sueño retornó a Orizaba.

Yo quería confesarme — probablemente sería mi última oportunidad antes de volver a la capital —, pero no era fácil encontrar a un sacerdote que comprendiera el inglés, y mi escaso español podía expresar más fácilmente las simples ideas de la política que las más complejas del pecado humano. La noche empezó a caer; los niños habían dejado completamente vacías las iglesias; los políticos del C.R.O.M. seguían tragando ociosamente

y observando desde su balcón; era su gran día, supongo, el día de la expropiación. Habría prebendas para todos, menos para los obreros. Ya había anunciado el presidente en su mensaje al pueblo que tendrían que apretarse el cinturón; aunque los salarios se mantendrían, dentro de lo posible, las vacaciones y los servicios de asistencia social — por cuyas ventajas habían persuadido siempre al obrero a luchar — serían reducidos; y se proyectaba un gran empréstito para pagar una indemnización a las compañías. ¿Qué esperanza podía caber al obrero de que las condiciones volvieran nuevamente al antiguo nivel capitalista antes de su muerte? ¡Oh, qué cansado se siente uno de esta lucha en beneficio de las generaciones futuras! Yo vagaba de iglesia en iglesia, buscando el socorro para mí mismo, no para un alma nonata.

Por fin llegué a la iglesia dedicada a San José. Los altoparlantes relinchaban música sentimental en las tiendas de radios, y al mismo tiempo las campanas de la iglesia repicaban. A lo largo de la acera, habían instalado una hilera de puestos, donde uno podía comprar rosarios y velas y pancitos de maíz; el acetileno vacilante alumbraba los endeble banderines de papel, que flotaban al viento frío de la montaña; dentro de la iglesia, unas cuantas mujeres rezaban ante una alfombra de flores. Era una festividad menor: poco dinero para gastar, y una enorme inanición que roía la fe. Aquí habían sabido levantarse en su gran momento, cuando la muerte de la criatura que todavía tenía en el paladar el leve sabor de la Hostia. Pero el gran momento había pasado; Orizaba era como Galilea entre la Crucifixión y la Resurrección; todo el entusiasmo se había agotado.

La noche del santo

Luego, de pronto, la noche se convirtió en una de esas noches que conspiran por infundir felicidad, en que durante un lato todo anda bien, en que durante unas horas uno experimenta la paz.

Mauriac, en su *Vie de Jésus*, habla del católico que tiene la- costumbre de cambiar frecuentemente de confesor, y que de pronto recibe de un sacerdote desconocido un consuelo inesperado. Del mismo modo, en Orizaba —de un hombre delgado, sin afeitado, empobrecido, que apenas sabía unas palabras de inglés —, uno recibía una sensación de paz y de paciencia y de bondad, que incluye, como la virtud romana, el coraje y la resistencia. Había vivido tantas cosas; ¿qué derecho tenía un católico inglés de sentir amargura u horror ante la naturaleza humana, cuando este cura mejicano no los sentía? Me preguntó adónde iba. Le dije:

—A Tabasco.

—Oh, un mal lugar — dijo suavemente, como cuando reprochaba un vicio común.

Esa noche, una multitud se reunió frente a la iglesia, bajo el aire cálido y fresco; junto a la acera ardían unos braseritos, y la campana sonaba en la torre, lanzando chispas en cada una de sus pesadas oscilaciones. Una rueda de fuegos artificiales giraba en el camino, y los cohetes subían silbando al cielo y estallaban en estrellas frívolas y triviales. La puerta de la iglesia estaba abierta; entre los hombros oscuros de la muchedumbre, se veía un José barbudo, rodeado de luz; el ruido de la campana y de los cohetes y de la multitud se desvanecía al cruzar la puerta de la iglesia, y adentro todo era calma y perfume de flores. Así, sentí yo, debía celebrarse el día de un santo; alegremente, con fuegos artificiales y tortillas, domésticamente.

La mañana siguiente

La felicidad no dura nunca mucho, y la mañana siguiente no fue tan buena. Durante la misa, uno añoraba las mortificaciones de la meseta mejicana; ésta era más parecida a una misa inglesa, tranquila, sin entusiasmo, familiar, hasta que uno volvía la cabeza y veía la cara de una criaturita de pelo negro que trataba de asomarse por debajo de un chal; pelo espeso y cráneo diminuto, como una cabeza reducida del Ecuador, con ojos grandes, negros, lucientes y sin alma. ¿Qué podía esperar dentro de treinta años? Ni siquiera Cárdenas podía procurarle la seguridad de sus treinta y cinco centavos por día, menos quizá que entrara en el ejército y se volviera... uno veía lo que se volvería en las barracas de Hidalgo.

Los clarines tocaban desordenadamente en la placita rosada y ruinosa, y los soldados indios, de baja estatura, se paseaban ociosamente junto al cuartel, con sucios uniformes. Una mujer de camión blanco arrastraba un balde a través de un mísero patio, y del otro lado de la plaza había una capillita en ruinas, de piedra rosada, donde los soldados no podían entrar (no se permite que ningún soldado oiga misa). Si hubieran entrado, sólo habrían visto un lúgubre Cristo tendido en un ataúd de vidrio debajo de una mortaja blanca de encajes con una horrible herida abierta debajo de un ojo; un hombre que había sido maltratado por hombres de su misma profesión. A veces, en esas iglesias mejicanas, la separación entre Dios y el Hombre parece demasiado completa; podría decirse que Dios está sobre el altar, pero en esas iglesias la luz del santuario está apagada. No está allí, por temor a la profanación. Lo que había sido el presbiterio, supongo, era ahora las oficinas del Tercer Sector Militar; encerraban la pequeña iglesia, como algo peligroso.

Junto al río, un depósito de basuras hedía bajo el cartel oficial que lo prohibía; los políticos haraganeaban en el balcón del C.R.O.M., y en todas partes había folletos que urgían a los obreros y campesinos de Orizaba a sostener al presidente en ese momento crítico de la

expropiación.

Hacia Veracruz

A partir de Orizaba, nuevamente, la línea del ferrocarril vuelve a bajar, y durante un rato el ánimo mejora; el hombre no fue hecho para vivir en las montañas

, y cuando se instala en ellas durante siglos, a más de siete mil pies sobre el nivel del mar, ¿qué puede esperarse sino algún trastorno? Primero el azteca, y luego el español, expandiendo los pulmones para acomodarse al aire enrarecido; la ternura humana marchitándose como una flor en un tubo de vacío. Descendíamos, caíamos hacia la llanura demasiado tropical. Sólo a mitad de camino entre ambas uno vislumbraba durante un instante la vida tal como debía ser.

Junto a las vías jugaban al fútbol; la mitad de los jugadores se reducían a descansar en la hierba; en unos puestitos vendían dulces y jugo de frutas, y un jinete observaba el juego, como una estatua, entre los postes del arco... En Fortín los floristas recorrían el tren gritando, "gardenias, gardenias". Por veinte centavos, o menos (aproximadamente dos peniques), uno podía comprar una caña hueca, de diez pulgadas de largo, llena de flores. El compartimiento se perfumó como un invernáculo; las flores colgaban de los portaequipajes. Las flores de tallos cortos iban metidas en una caña, como los rayos de una estrella, alrededor de un hibisco escarlata. Aquí uno pedía contar sus bendiciones: las hermosas iglesias barrocas, la fe en Dios, las fuentes y las flores ... era como la vida antes de que el camino se perdiera definitivamente, se hundiera en la llanura caliente y febril.

El momento pasó casi tan rápidamente como un sueño, que según dice la tradición sólo dura unos segundos; en Córdoba subió al tren un grupo de políticos. Como la campana rajada que resonaba por las escaleras de piedra de la escuela, marcaban otro día. Ataron un estandarte en el exterior del tren, asomándose por la ventana, gritando y tironeando sogas, mientras el tren se sumergía en las inmensas gargantas, hacia la llanura. Estaban borrachos; llevaban consigo, para entretenerse, a un muchacho ebrio, de cara delgada y salvaje, que aleteaba con las manos y cantaba como un gallo. Horribles orgasmos ascendían a su garganta; hacía aletear las manos, y se señalaba la lengua, bebía cantidades de cerveza caliente y estallaba en agudos gritos explicativos, señalando el techo, zumbando como un aeroplano. Afuera, toda la vegetación expiraba en una tierra negra y sin esperanza; en alguna parte, del otro lado de la llanura, un faro parpadeaba mientras el sol se ponía.

En Veracruz un changador gordo y homosexual trató de llevar mi valija, pícaramente. Me senté en la placita frente al Hotel Diligencias; los abanicos se movían y las muchachas daban vueltas y vueltas en el aire pesado, bajo el cielo profundo. Algunos comerciantes, con trajes de brin, descansaban desganadamente, sentados bajo la noche romántica. Los pequeños tranvías iluminados, abiertos a los lados, llegaban y se iban, como vagones en un tren de teatro; en alguna parte se oía música, y un nativo de Pennsylvania, de ojos ojerosos de insomnio, me prevenía contra La Habana, mirando fijamente hacia la lejanía, por encima de la plaza iluminada.

—Es horrible — decía —, las cosas que hacen. Ya estuve en París, y tengo bastante resistencia para ciertas cosas, pero estos cubanos... las cosas que le muestran.

Era como si hasta los más inocentes habitantes del mundo descubrieran por fin lo que era.

CAPITULO V

VIAJE EN LA OSCURIDAD

"Tan valiente..."

Yo no esperaba partir tan pronto. Pensaba quedarme un tiempo en Veracruz, para acostumbrarme al calor, y seguir leyendo a Trollope, y descansar. Es una ciudad alegre y bonita, con sus casitas y sus balcones, sus cajas de conchillas y sus marcos de conchillas y sus rosarios de conchillas, y las cantinas abiertas a la calle, para aprovechar la menor ráfaga de viento. Y la mísera Villa del Mar, unida por una línea de tranvías a la ciudad, con su enorme sala de baile de madera, sobre pilotes, y sus miserables casitas, que se extienden suciamente hacia las plateadas colinas de arena. Una niña rubia de dos años dormía fatigada en brazos de su niñera; lavada y frágil como una conchilla, con las orejitas ya perforadas para los aros, y una pulsera dorada en la muñeca diminuta y huesuda; esposada a la sofisticación desde su nacimiento, como la bondad que moría en el cálido puerto de mar.

Pero volvía a la ciudad, pasando frente al banco, donde se advertía el pánico de la gente, que hacía cola y se paraba en las ventanas y se apiñaba por llegar a la ventanilla, tratando de cambiar sus billetes por monedas de plata; todo a causa de la expropiación de los yacimientos de petróleo. Empujé las puertas giratorias, como las de una cantina, del viceconsulado, y allí estaba el cónsul, repasando sus billetes de lotería semanales, seriamente, como si se tratara de un juego de destreza. Con cierta inquietud, me enteré de que esa misma noche partía un barco para Tabasco. El cónsul era norteamericano; me consideraba un estúpido; no había visto nunca que un extranjero se animara a tomar uno de esos barcos.

—Usted no sabe a qué se arriesga — dijo.

— ¿Son muy chicos?

— ¿Chicos?

No encontraba palabras para describirlos. Luego dijo: —Yo no tomaría uno de esos barcos por mil dólares. — ¿No son seguros?

—No se hunden muy a menudo — dijo —, a menos que le toque una tormenta del norte.

Pero la estación de las tormentas ya pasó.

Nunca se puede estar seguro. De todos modos — dijo lúgubrememente —, le dan un seguro de vida de cinco mil pesos cuando saca el pasaje.

Y también al comprar el pasaje en la compañía de navegación, tuve la incómoda sensación de que me consideraban un imbécil... o un ignorante; parecían hablar de mí, entre ellos, con compasión y con burla, pero sobre todo con burla.

Esa tarde tomé un guía, un joven despierto y aliñado, como un oficial de peluquero, que me llevó de compras por la ciudad, y me mostró lo poco que había que ver: la pequeña iglesia baja que edificó Cortés, la más vieja de América, cerrada con barrotes y cerrojos y chamuscada por las llamas. Unos dos meses antes, una multitud había tratado de incendiarla; su motivo no era en realidad anticlerical ("no se metieron con el presbiterio"): simplemente, querían molestar al nuevo intendente, que no era veracruzano. Cuando tomamos el tranvía, el guía se

encontró con un amigo, un hombre corpulento, de mameluco, que se reía todo el tiempo. Nos bajamos del tranvía en la primera parada, nos sentamos en una cantina y tomamos cerveza.

Siempre es así — dijo el guía —, siempre se ríe.

Uno no podía decir nada que no alimentara esa enorme hoguera de hilaridad; rugía como una corriente de aire en una chimenea, chupándose las palabras como trocitos de papel.

—Creo... ¿Sabe?

No tenía tiempo para una frase completa. Era empleado de la aduana, dijo el guía y agregó:

—Yo también soy empleado de la aduana, para mi-novia.

El hombre mugió misteriosamente de risa en mi oído, con una mirada maliciosa y un eructo. Era como tratar de leer a Rabelais en el original. Su bulliciosa compañía derretía toda tirantez entre el guía y yo; ya éramos excelentes amigos. Lo había tomado por algunas horas; cuando el tiempo expiró, dijo que ya era demasiado tarde para encontrar otro cliente, y por lo tanto le daba lo mismo quedarse conmigo, como con un amigo. Había venido de Tabasco, algunos años antes, en el mismo barco en que yo debía viajar, el Ruiz Cano.

—Nada — dijo —, nada podrá hacerme subir nuevamente a ese barco. Usted no se imagina; es terrible.

—Tal vez — dije con nerviosidad— me conviniera esperar. Podía cambiar el pasaje por otro, en otro barco.

El hombre de la aduana lanzó una carcajada.

Los otros barcos — dijo el guía — son más chicos. El Ruiz Cano tiene la quilla chata. Es una ventaja. No se hunde fácilmente. Y además, le pagan cinco mil pesos si ocurre alguna desgracia.

— ¿A quién?

A su familia.

—Pero mi familia está en Inglaterra — le dije.

—Por supuesto — opinó —, habría que comprobar quiénes son. No sería nada fácil. Una buena parte del dinero se iría en honorarios de abogados. Quizá ni valiera la pena.

Y ni siquiera sabrían que debían cobrar ese dinero.

—Escuche — dijo —, mañana por la mañana iré a ver al cónsul y le diré que usted se fue, y que si pasa algo tiene que mandarle el dinero a su familia.

No me gustaba nada la seriedad con que hablaba de este asunto del seguro; era una conversación de cementerio. Después de todo, el barco no podía ser tan desastroso.

Lo era. Era peor, todavía. ,

Llegamos al puerto en un taxímetro, con mi única valija, saltando sobre los adoquines del muelle de Veracruz. Un trasatlántico inglés de unas diez mil toneladas estaba atracado en el puerto; había además algunos vapores costeros, y afuera, en el golfo, un barco de guerra gris.

—Allí está el Ruiz Cano — dijo el chófer.

Yo no lo veía en ninguna parte; ya habíamos pasado los barcos carboneros; bajé la

mirada y lo vi junto al muelle; Una balsa chata, con algunos metros de baranda rota, una chimenea vieja que casi se podía tocar con la mano desde la orilla, una campana que colgaba de una soga vieja, una lámpara a kerosene y un montón de pavos atados. De los pescantes colgaba torpemente un botecito medio podrido.

Yo me había imaginado algo más o menos del tamaño de los carboneros que se ven en el Támesis, cerca de Wapping. Pero ¡esto! No habría navegado ni por el Támesis en esa balsa. Cuarenta y dos horas o más sobre el Atlántico, sobre el Golfo de Méjico; nunca en mi vida sentí tanto miedo.

Trepamos por encima de la baranda, con la valija; un marinero nos condujo, bajando por una breve escalerita, al cuarto de máquinas, donde una vieja máquina grasienta parecía un elefante abandonado en su casita diminuta. Había dos camarotes al lado mismo de la máquina, dos celdas oscuras cerradas con candado, con seis estantes de madera en cada una. Dejé mi valija en uno de los estantes, y ascendí melancólicamente al muriente crepúsculo tropical. Tenía la sensación de que sólo ahora empezaba mi viaje; Laredo no era la frontera, y pensé con nostalgia en aquel primer hotel mejicano, y en el señor Arabin, y en el trueno que estallaba por encima del rascacielos, sobre los Estados Unidos.

—Vayamos a tomar algo — dije.

El barco no salía hasta las ocho.

Volvíamos al Diligencias y pedí algo de comer, un par de tequilas para cada uno, y cerveza. Una niñita pasó vendiendo billetes de lotería, y le compré uno, el primero que compraba en mi vida; un gesto ante el destino. Después de las tequilas empecé a sentirme mejor, a pensar grandilocuentemente en mi viaje como en una gran aventura. Y también mi amigo florecía; lamentaba no poder acompañarme. Le habría gustado demostrar, decía, que un mejicano era "tan valiente" como un inglés. Vendría como amigo, no como guía. No me cobraría nada. Pasearíamos a caballo por Chiapas, y tendríamos interesantes conversaciones.

— ¿Por qué no? —le dije.

—No tengo ropa.

—Podríamos tomar un taxímetro hasta su casa. —No tenemos tiempo.

—Entonces podríamos comprarla en Tabasco.

La segunda tequila hacía su efecto, violentamente; le brillaban los ojos.

—Muy bien — dijo —, ya está. Le demostraré que un mejicano es tan valiente... Iré con usted, así como estoy vestido.

Nos comprometimos con un brindis de cerveza, y nos dimos la mano un poco ebrios.

Un niñito que llevaba un perro se detuvo en la acera y nos miró. Mi amigo lo llamó; era su sobrino, a quien cuidaba mientras la madre estaba en la capital.

—Me voy esta noche a Tabasco — dijo — con este inglés. Así como estoy vestido. Para demostrar... ¿Puedes quedarte solo y portarte bien, mientras yo no estoy? Tres o cuatro semanas. ¿Tienes dinero?

El niñito batió las palmas, entusiasmado. Se leía en sus ojos de diez años la admiración ante el héroe. Echó los brazos al cuello de su tío, y abrazó furiosamente al atildado joven. Un par de ingleses, del trasatlántico inglés, sentados junto a una mesita próxima, los observaban con intensa desaprobación, sospechando Dios sabe qué iniquidades latinas. Compramos un

poco de jamón y entramos los tres en un taxímetro. El chófer no quiso dejar entrar el perro, de modo que éste corría detrás, pasando con toda tranquilidad frente al centinela en la entrada del puerto. Ya era bastante oscuro; en el trasatlántico se oía música, y no había ni una sola luz en la balsa, salvo una lámpara a kerosene en la proa. En el muelle había algunos grupitos de personas, alguien lloraba, y los pavos susurraban al frotarse. Mi amigo empezó a explicar a todos su decisión; lo rodearon admirativamente.

—Me voy esta noche a Tabasco. Así como estoy vestido. Sin ropa. Porque este inglés y yo somos amigos. Voy para demostrarle que un mejicano es tan valiente como un inglés.

Yo también me sentía conmovido por un inmenso orgullo, al pensar que en unas pocas horas había conjurado semejante amistad. El niño seguía allí, con su perro. Mi amigo lo instó para que dijera ahora si no podía arreglárselas solo. Un viejo sereno apareció junto al grupo de gente, y se ofreció para llevar los últimos mensajes. Luego trepamos a bordo, y el niño se fue a su casa con su perro, extasiado, lleno el corazón de la aventura de su tío.

De pronto nos encontramos solos en la oscuridad; hacía frío. Le dije que abajo tenía una tricota, que podría ponérsela. Nos sentamos en un banco y temblamos juntos. El agua lamía el barco, como una duda, y los pavos se movían. Luego subió a bordo el capitán, un hombre más bien joven, corpulento, en mangas de camisa, que se limitó a gruñir cuando mi amigo le espetó su saga:

—Sin ropa... así como estoy vestido... tan valiente...

El capitán entró en su diminuto puente de mando, se cambió los

y pantalones en la oscuridad. La tripulación subió a bordo, y los demás pasajeros: dos muchachas que viajaban con su hermano, una anciana, una familia que se envolvió en unas mantas y se echó sobre la cubierta, entre los pavos, obstruyéndola (era imposible saber cuántos eran; a la luz del día resultaron ser tres o cuatro criaturas, una de pecho, y un matrimonio). Las muchachas cantaban en voz baja, a popa, y el motor echó a andar; todo crujía y crepitaba, y nos alejamos unos dos pies del muelle.

Miré a mi amigo; una duda loca y repentina asomó a sus ojos, como una cara en una ventana. Le dije: — ¿Realmente tiene ganas de venir?

Murmuró algo sobre su sobrino; no podía dejarlo solo, y se trepó al barco salvavidas. Los viejos pescantes crujieron bajo su peso; estábamos a tres pies del muelle. Se agazapó y saltó, cayendo de rodillas. Me gritó: "Si por lo menos tuviera ropa"; ya eran demasiadas excusas, y nos saludamos vergonzosamente con la mano. Pero pronto volvió a animarse, y empezó a explicar a todos los que estaban en el muelle la necesidad de cuidar a su sobrino... A las sacudidas, nos alejamos, y por fin su voz se perdió en la distancia.

En la pequeña cubierta no había absolutamente ninguna luz, ni tampoco abajo, salvo la lámpara a kerosene de la proa. Los faros del trasatlántico inglés pasaban por encima de nosotros, sin tocarnos, y el capitán empezó a escribir su diario de navegación a la luz de una linterna eléctrica que un marino le sostenía. Después de una hora, se encendió una bombita frente a las celdas-dormitorios de abajo, sobre una pileta de lata, y empezó a soplar el viento. En medio de una oscuridad casi absoluta, penetramos en el Golfo.

El golfo

En el oscuro camarote no había separación de sexos; en la cucheta debajo de la mía una mujer se pasó las cuarenta y dos horas, sin moverse una sola vez, sin comer. A mi izquierda

había un joven maestro de escuela; su estante, cuando subió a la cubierta, quedó cubierto de panfletos; sobre la disputa del petróleo, sobre la Iglesia. Los prestaba a los marineros; uno se encontraba de pronto con un marinero acurrucado junto al bote salvavidas, absorto en el mensaje del presidente a su pueblo. Todo el tiempo, mientras las compañías apelaban ante la Corte Suprema y el Tribunal de Trabajo defendía su posición, las prensas de las imprentas habrán estado ocupadas en imprimir dicho mensaje; mucho antes de que la Corte Suprema se decidiera a favor de los obreros y que las compañías se negaran a aceptar las condiciones, mucho antes de que la expropiación fuera anunciada, el presidente tenía impreso su mensaje. Me siguió por todas partes; se lo leía hasta en las remotas tabernas de Chiapas.

El barco se balanceó horriblemente esa noche. Yo me preguntaba si el viento no vendría del norte, pero ya no me importaba mucho. Sólo antes de cruzar una frontera uno siente miedo. Ahora me quedaba allí tendido, completamente vestido, en mi estante de madera, con una vaga curiosidad y un vago asombro. Era demasiado extraño e inexplicable; estar balanceándome sobre una balsa mejicana en medio del Golfo. ¿Por qué? A mi derecha, la muchacha más joven estaba acostada de cara, con las piernas descubiertas hasta el muslo, a la luz polvorienta de la bombita de afuera. El maestro empezó a cortejarla suavemente, con un aire protector; le prestó un ejemplar del mensaje del presidente, y ella le prestó un librito barato de canciones populares; se las tarareaban mutuamente, en voz baja, en la noche aceitosa. Mis botas de montar, que no cabían en mi valija, rodaban en un solo paquete con jamón, el casco de corcho, y la linterna eléctrica.

Por la mañana subí a la cubierta. Las olas del Atlántico pasaban en procesión bajo un cielo frío y gris. El hermano de las muchachas estaba tendido, con abandono de enfermo, sobre una estera. Abrieron una mesa plegadiza, y a través de una escotilla de la cubierta subían el desayuno desde el cuarto de máquinas; un trozo de pan y un plato de fragmentos de algún pescado desconocido, cuyo ojos asomaban lúgubrementemente. Yo no podía ni mirarlo; velozmente, descendí hasta la única letrina: un horrible armario en el cuarto de máquinas, sin ventilación, sin agua, y la inmundicia de no sé cuántos días y viajes. Eso terminó de descomponerme el resto del día; me quedé toda la mañana tendido en mi estante, la tarde también, y sólo me esforcé en levantarme una vez más al caer la noche.

Y a la mañana siguiente todo era peor, en vez de ser mejor. El sol brillaba, y aspiraba todos los olores de la pequeña y antigua balsa. Dos veces me precipité hacia la letrina, y la segunda vez se me quedó la puerta en las manos, y se cayó sobre el piso del cuarto de máquinas. Luego, más entrada la mañana, llegamos a aguas más tranquilas, y volví a subir a cubierta; veinte pies de plataforma a cada lado de la chimenea, con dos bancos donde quizá cabían unas diez personas. El capitán estaba en la proa, con un mondadientes en el pelo, y en todas partes uno encontraba marineros que se remendaban los pantalones. Se vela la costa; una larga línea baja de árboles y de arena, como el oeste de África. Comí una galletita marina; al parecer, había motivos para celebrar el feliz arribo. La sed, sin embargo, era peor que el hambre, pero a bordo no había ni cerveza ni agua mineral; a la hora de comer preparaban una especie de café espantoso; fuera de eso, sólo había el agua dudosa de un filtro de lata colocado sobre el tacho, que se agotó totalmente a las doce horas de viaje.

Frontera

Llegamos a Frontera a las dos y quince, y unas horas después de la salida de Veracruz, con un calor aplastante. Sólo en Monrovia, creo, yo había conocido un calor semejante, pero Frontera, corno Monrovia, es un poco más fresca por la contigüidad del mar. Para saber qué calor puede hacer en el mundo, tenía que esperar hasta Villahermosa. Las aletas de los

tiburones se deslizaban como periscopios ante la entrada del río Grijalva, escenario del primer desembarco de los conquistadores en Méjico, antes de subir a Veracruz. El pueblo de Frontera quedaba escondido por una curva del río; tres o cuatro antenas emergían hacia el cielo deslumbrante, en medio de los bananeros y las chozas de palma; era como el África, vista en un espejo del otro lado del Atlántico. Algunas isletas de plantas flotantes llegaban lentamente del interior, y los cascos de algunos viejos barcos encallados sostenían las márgenes del río.

Y de pronto, al volver una curva del río, Frontera, la frontera. Así quedará en mi recuerdo, aunque las autoridades de Tabasco la hayan rebautizado Puerto Obregón; la Presidencia y un gran depósito y una callejuela calcinada, que se aleja entre casillas de madera: los peluqueros, y los inevitables dentistas, pero ni una sola cantina, porque el alcohol está prohibido en Tabasco. No se permite ninguna bebida intoxicante, salvo la cerveza, y ésta cuesta un peso por botella: precio ruinoso para Méjico. Los camalotes flotaban junto al pueblo; el río se abría junto a una isla verde, a media milla de la costa, y los gavilanes se acercaban en bandadas, con sus cabecitas de idiotas y sus alas serradas y polvorientas, a crujiir en torno de los obenques. Había preparativos de elección; en todas partes se veía el nombre de Bartlett, y una estrella roja. Los soldados, de pie, se albergaban en la sombra de la Presidencia, y contemplaban cómo nos acercábamos a la orilla del río.

Esto era Tabasco, el estado puritano, pantanoso, aislado, de Garrido Canabal. Garrido — así decían — había destruido todas las iglesias; había organizado una milicia de Camisas Rojas, y hasta les había hecho cruzar la frontera de Chiapas, persiguiendo iglesias y sacerdotes. Allanaban las casas de los particulares, en busca de emblemas religiosos, y la cárcel era el castigo para los que los poseían. Un joven que conocí en la capital — amigo de la familia de Garrido — estuvo tres días encarcelado por llevar una cruz bajo la camisa; el dictador era incorruptible. Un periodista que iba a sacar fotografías de Tabasco fue asesinado a balazos en el aeropuerto de la capital, antes de sentarse en su aeroplano. Todos los curas eran perseguidos y muertos, excepto uno que subsistió durante diez años en las selvas y los pantanos, aventurándose sólo de noche; sus pocas cartas, me dijeron, testimoniaban una horrible sensación de impotencia: vivir en peligro constante y sin embargo poder hacer tan poco, tanto horror no parecía valer la pena. Ahora Garrido está en Costa Rica, pero su política continúa... Los empleados de la aduana subieron a bordo; las fundas de sus revólveres crujían mientras subían por la baranda decrepita. Recordé una botella de coñac que tenía en la valija.

Su registro no era una simple formalidad. No sólo registraron la carga, sino también el camarote del capitán; uno los veía espiar debajo de la cucheta. Tantearon el interior del bote salvavidas, e insistieron en que abrieran el armarito donde guardaban los cuchillos y los platos. Luego llamaron a los pasajeros, para que bajaran a abrir sus equipajes; me permití olvidarme todo el español que sabía. La gente se acercaba y explicaba con los dedos. No pude resistir más, y bajé. Pero los de la aduana ya no daban más; el calor en el camarote era espantoso; todos estaban apiñados; me deslicé fuera, en silencio, y a nadie le importó nada. En el muelle, descargaban cerveza; era nuestra única carga: ciento cincuenta docenas de botellas, que sólo podían vender los agentes del gobierno. El puritanismo siempre rinde.

Me fui a dar un paseo por la costa; no había nada que ver, salvo una placita polvorienta, con puestos de jugo de frutas, y un busto de Obregón sobre una columna; una peluquería, y dos consultorios de dentista. Los gavilanes se acurrucaban en los techos. Era como un pueblo sitiado por basureros: tiburones en el río y gavilanes en las calles.

Tenía una carta de recomendación para el comerciante propietario del depósito del puerto, un anciano de barbita puntiaguda, que no sabía inglés. Le dije que quería ir de Palenque a Villahermosa. Trató de disuadirme; eran apenas unas cien millas, pero podía tardar

una semana. Ante todo, como no había caminos sino en un radio de pocas millas alrededor de la capital, tendría que volver a Frontera, luego esperar una balsa que iba por otro río hasta Montecristo, o Zapata, como se llama ahora. Allí conseguiría quizá caballos. Pero el viaje por río podía llevarme dos o tres días, y en condiciones... bueno, horribles. Después de todo, ya había soportado el Ruiz Cano. El Ruiz Cano, dijo el anciano, era un excelente barco... Volví al barco desanimado. Todavía descargaban cerveza; esa noche se quedarían anclados, porque todavía faltaban diez horas hasta Villahermosa, y necesitaban la luz del día para ascender el río.

Al anochecer empezaron los mosquitos; un zumbido uniforme y aterrador, como el de una máquina de coser. Había que dejarse comer en la cubierta (y probablemente contagiarse la malaria) o bajar al camarote, con ese calor insoportable. El único ojo de buey estaba cerrado, por temor a los ladrones; los mosquiteros parecían impedir el paso del poco aire que quedaba. Eran apenas las ocho. Me acosté desnudo bajo el mosquitero, y empecé a sudar; cada diez minutos, me secaba con una toalla. Me dormía y me despertaba y volvía a dormirme. Luego, en alguna parte, oí una voz que hablaba en inglés; un inglés hueco, supercivilizado no norteamericano. Me pareció oír la palabra "intérprete". Debe de haber sido un sueño y sin embargo todavía puedo recordar esa voz uniforme y culta, que hablaba y hablaba, y la sensación de piel empapada, el zumbido de los mosquitos, y mi reloj que marcaba las 10.32.

El río

Salí a dar un paseo con uno de los marineros, y bebimos unas naranjadas dulces y efervescentes, más bien desagradables, en un puesto del mercado; el marinero trató — casi sin esperanzas — de venderme su billetera usada de piel de cocodrilo por tres pesos, más o menos lo que se paga por un cocodrilo entero. Luego, a las nueve y media, nos alejamos por el monótono río, nada feo, estremeciéndonos y crujiendo hacia el interior. Siempre hay algo que entusiasma en ese avance desde el mar hacia el interior de un país desconocido. A lo largo del río, en todas partes, las orillas estaban cubiertas de bananeros y palmeras; a veces un afluente se apartaba barrosamente hacia Dios sabe dónde.

Se me acercó un marinero y me dijo que había otro gringo a bordo; estaba sentado en el banco, del otro lado de la chimenea. El barco ahora estaba lleno de pasajeros de Frontera, donde aquél había subido a bordo enfermo, sin afeitarse, con un sombrero negro, viejo y grisiento. No era un hermoso espectáculo, allí sentado, con su mujer mestiza y dos niños rubios y descoloridos, de párpados transparentes y grandes ojos de mejicano. No podía imaginarme que tendría que pasar — ¡oh! — varios días en su compañía.

Era dentista, norteamericano: Doc Winter. Hacía cinco años que no salía de Frontera, que no iba a Villahermosa. Pero su prolongada enfermedad se le había vuelto de pronto insoportable; había dicho: "Si no me voy, me muero." Había tratado de recorrer a pie las dos cuadras que lo separaban del barco, para sacar el pasaje, pero no había podido. Tuvo que mandar a su mujer, y bueno, se había arrastrado hasta ese banco, y suponía que no podría moverse de allí durante una o dos horas. En Villahermosa había un médico inglés — no hablaba mucho inglés y no había salido nunca de Méjico, pero era bien inglés —, el doctor Roberto Fitzpatrick; ese médico lo curaría. Era el estómago, pero lo que más necesitaba ahora era un cambio de aire, y su cara ancha y mal afeitada de norteamericano del oeste olfateó una brisa inexistente sobre el río caluroso e inmóvil.

menos tres dentistas. La gente prefería atenderse con él, más bien que con sus compatriotas, que los trataban como a perros. Por eso sus colegas lo odiaban. No hubieran

titubeado, dijo, en asesinarlo, si no les hubiera faltado el coraje. Cierta vez, un pistolero quiso matarlo; entró en su consultorio, y en vez de sentarse en el sillón, sacó un arma. Doc Winter era más joven en esos días; le dio un puntapié en el estómago, le hizo volar el arma, y lo derribó con un directo a la mandíbula. Gemía levemente al compás del tacatac del motor, y olfateaba ávidamente en busca de aire. Parecía el sólido cajón de algo que lleva una etiqueta de frágil.

¡Qué país!, exclamaba constantemente. ¡Dios, qué país! Tenía que hacer traer agujas japonesas para el torno desde la capital, porque eran más baratas, y no duraban nada; a veces se rompían al primer día de uso. ¡Cómo deseaba irse, pero qué pocas esperanzas tenía! Cada vez que juntaba un poco de dinero, estallaba una revolución. Y ahora el asunto del petróleo, y el peso que bajaba; había oído decir que en la capital se podían conseguir cinco pesos por un dólar. Oh, en un tiempo las cosas iban bien en Tabasco, en la época en que la gente todavía usaba muebles de caoba. En esos días había una cantidad de comerciantes norteamericanos, que se ocupaban de maderas. Por eso uno encontraba esos nombres como Bartlett entre los mejicanos. Habían llegado del sur de los Estados Unidos, después de la guerra civil, y se habían mezclado, olvidando su propio idioma y adoptando la ciudadanía mejicana. Pero ahora no quedaba más dinero en Tabasco; todo se pudría, simplemente, e iba a parar al río.

—Bueno — dije —, supongo que las cosas andarán mejor que en los tiempos de Garrido.

De ningún modo, dijo. En aquellos días había disciplina... Garrido era una buena persona, sólo que sus amigos se excedían.

—Caramba — dijo —, esa mujer, mi esposa, es su sobrina. Yo era el dentista de Garrido, en Villahermosa. Nunca se hacía ver por otro. ¿Le pagaba?

—No le mandé nunca la cuenta — contestó —. No era tan loco como para eso. Pero en cambio me protegía.

—Lo único malo de Garrido era que... había atacado a la Iglesia. Con eso nunca se gana nada — dijo —. Si no hubiera atacado a la Iglesia todavía estaría aquí.

—Pero parece que consiguió lo que quería — dije —: no hay curas, no hay iglesias...

—Oh — contestó ilógicamente —, aquí nadie se interesa por la religión. Hace demasiado calor.

Eso era indiscutible; el calor aumentaba no sólo a medida que el día avanzaba, sino a medida que el barco se introducía en tirabuzón hacia el interior del Tabasco.

—Frontera es un pueblo agradable y fresco — dijo el dentista —, no como Villahermosa.

A eso de las dos de la tarde encallamos: dimos marcha atrás furiosamente, giramos de un iodo a otro, lanzándonos directamente hacia la orilla, nos soltamos, y volvimos a encallamos en la arena, ya sin esperanzas. Era un día de suerte: elegimos el único lugar en todo el río donde hubiera otro barco para ayudarnos. No hacía veinte minutos que estábamos allí, cuando lo vimos aparecer haciendo el chef-chef por una curva del río, arrastrando una hilera de lanchones llenos de bananas. Allí inmóviles, en el banco de arena, el calor ya era intolerable, y les gritamos que nos dieran algunas bananas: sin darle importancia, como se tira maíz a las gallinas, nos arrojaron a bordo enormes cachos de banana — cien o más frutas en cada cacho —, como si fueran yerbajos. Luego nos ataron con una cadena y nos soltaron.

¡Camarada! — gritaba el capitán, alzando el puño.

Con el crepúsculo, ese crepúsculo rápido y temprano de los trópicos, aparecieron las luciérnagas; grandes globos de luz que se movían parpadeantes, como las lámparas de una ciudad, sobre los bananeros. A veces pasaba una canoa, impulsada por un indio con una pala; blanca, silenciosa y transparente como un insecto marino, y las lámparas a kerosene de proa y de popa daban a las hojas lanceoladas de la orilla un aspecto recortado

129

128

y teatral. El rugido de los mosquitos casi cubría el ruido de las máquinas; venían en oleadas desde las orillas, y se quemaban contra las lámparas. Yo me preguntaba nerviosamente qué ocurriría si encallábamos ahora, sin esperanzas de soltarnos hasta el día siguiente, con casi cincuenta pasajeros a bordo, y los mosquitos en pleno ataque. Y en ese momento, por supuesto, empezamos a encallar. Alguien iluminó con una linterna eléctrica al hombre de la proa que sondeaba la profundidad; el barco se movía hacia adelante y hacia atrás, giraba de un lado y de otro, unas cuantas pulgadas por vez. Desde el puentecito oscuro llegaban gritos que anunciaban los sondeos, "seis", "siete", y que luego descendían a "tres". Luego la luz eléctrica declinaba y moría, y había que colocar una bombita nueva. "Seis, siete, cuatro". Durante casi media hora seguimos allí, balanceándonos suavemente, antes de soltarnos.

De pronto, unas once horas después de la partida de Frontera, apareció sorpresivamente ante nosotros Villahermosa, al volver una curva del río. Durante doce horas sólo habíamos visto árboles de ambos lados; sólo habíamos avanzado hacia la oscuridad; y aquí con un efecto de melodrama, surgía una ciudad; luces que ardían hasta el borde del río, una gran corona de bombitas eléctricas, como un casino. Todos sintieron la sorpresa; era como llegar a Venecia en medio de la selva deshabitada; gritaron triunfantes: "El puerto, el puerto", y en medio del entusiasmo casi encallamos por tercera vez; la proa giró y se hundió en la orilla.

CAPITULO VI

EL ESTADO SIN DIOS

La capital de Garrido

Ese efecto de ciudad sofisticada y alegre en el corazón de un pantano no duró más que una noche; sólo duró el pantano. Nunca, hasta el día de mi partida, pude descubrir cuál era el edificio que había brillado como una corona en la noche; con toda seguridad no había ningún casino, y esas luces que yo había visto ya no fueron nunca más visibles.

Atracamos junto a una barranca empinada y barrota, coronada por un muro alto y oscuro; bajo la sombra de Villahermosa — la villa hermosa —, todas las luces habían desaparecido. En la oscuridad podíamos distinguir algunas caras cuando pasaban las luciérnagas. Una tabla de quince pies de largo servía de puente entre el río de barro y la barraca de barro, y alguien encendió una linterna eléctrica para guiarnos. Empecé a resbalar por la barranca, hasta que un hombre me aferró el brazo y me alzó. A la luz de una linterna vi a un policía, o a un soldado. Tomó mi valija y la agitó, para oír el tintineo de las bebidas de contrabando. Era como llegar al pie de un castillo medieval; la rampa de barro y los viejos muros amenazantes, y esa sensación de sospecha.

Uno llegaba a través de una hendidura del muro, por así decir, al único hotel posible, que se encontraba en una placita frente al muelle de atraque. Una dínamo eléctrica llenaba el vestíbulo, y el hotel en sí empezaba en el primer piso, en el rellano de una amplia escalera, - donde un ser palúdico y sin afeitar se balanceaba incesantemente en su sillón de mimbre, hablando a solas. Mi cuarto era un inmenso apartamento desnudo, de cielo raso muy alto, piso de baldosas y una cama colocada por ahí, en el medio. Había una ducha privada, lo que me costaba un peso más por día, y sólo más tarde descubrí que no funcionaba; ahora, después de la oscura celda del barco, esta habitación era un lujo.

En alguna parte tocaban música; descendía débilmente de la colina hacia la orilla del río, a través de la noche pegajosa. La seguí hasta la plaza. Me sentía entusiasmado, y momentáneamente feliz; el pueblo parecía hermoso. Bajo los árboles de la placita, los jóvenes y las jóvenes se paseaban, las mujeres en el círculo interior, los hombres en el exterior, en direcciones opuestas, lentamente. Un amigo conducía a un ciego, aliñadamente vestido de brin blanco, con un sombrero de paja. Era como una ceremonia religiosa que proseguía incesantemente, una repetición de ritual; en verdad, era lo más parecido a una ceremonia religiosa que se podía conseguir en Tabasco. Si hubiera paseado una cámara cinematográfica por el borde de la placita, en una toma panorámica, habría registrado toda la vida de la capital del estado; el consultorio de un dentista, con un sillón de torturas iluminado; la cárcel, una vieja casa de planta baja y columnas blancas, tal vez de la época de los conquistadores, donde había un soldado sentado en la puerta con un rifle, y unas cuantas caras oscuras asomadas a las rejas; una Academia Comercial, del tamaño de un almacén de aldea; el Secretariado; la Tesorería, un ornamentado edificio oficial con largos escalones que daban a la plaza; el Sindicato de Obreros y Campesinos; la Casa de los Agraristas; unas cuantas casas particulares, con altas ventanas sin celosías, defendidas por barras de hierro, a través de las cuales se veían viejas damas que se balanceaban en mecedoras victorianas, entre estatuitas y fotografías de familia. En esos momentos tenía lugar un baile público, de ajada elegancia provincial; uno podía ver las parejas que giraban inclinadas en los grandes espejos de cervecería, donde se leía "Cerveza

Moctezuma". A las nueve y media, rápidamente, las luces principales — los grupos de cuatro bolas, como globos, que había en cada esquina de la plaza, reunidos entre sí por antiestéticos cordones que colgaban en la altura — se apagaron. Y supongo que el baile terminó. Porque éste era el estado puritano, además de ser el estado sin Dios.

Volví al hotel y empecé a leer Dr. Thorne. "Hay un condado al oeste de Inglaterra no tan lleno de vida en verdad, ni tan ampliamente mentado como algunos de estos monumentales hermanos manufactureros del norte, pero que sin embargo es muy querido por todos aquellos que lo conocen bien. Sus verdes praderas, sus trigos ondulantes, caminos profundos, umbrosos y —debemos agregar— sucios, sus senderos y sus molinetes, sus iglesias rurales, ocres y bien construidas, sus avenidas de hayas... "Trollope es un buen escritor para ser leído en el extranjero; especialmente en un país tan distinto de todo lo que uno ha visto jamás, como éste. Permite que uno se mantenga en contacto con lo familiar. Un cascarudo entró zumbando y golpeándose por todo el cuarto, y apagué la luz; la luz se apagó sobre todo el Bassetshire, las cercas y las rectorías, y los prados se hundieron en la oscuridad, y mientras los cascarudos zumbaban y se golpeaban, uno sentía la agitación de estar en este estado donde el cura perseguido se había esforzado durante tantos años, escondido en los pantanos y en las selvas, sin tren donde partir ni pasaje para el futuro. Recordé al confesor que me había dicho en Orizaba: "Un mal lugar." Uno sentía que se acercaba al centro de algo, aunque sólo fuera el centro de la oscuridad y del abandono.

Un día en Villahermosa

Algo ocurrió con mi reloj durante la noche, de modo que presenté mi única carta de recomendación a las siete y media de la mañana, creyendo que eran las diez-y media. El hombre se había ido en avión, a visitar una hacienda, pero su mujer me recibió con perfecta cortesía, como si estuviera acostumbrada a recibir a los forasteros a esa hora. Hablamos de la Iglesia en Tabasco (era católica), sentados en un cuartito oscuro, adonde no llegaba el calor, con su madre. En Tabasco no quedaba un solo cura, dijo, ninguna iglesia en pie, excepto una a ocho leguas de allí, utilizada ahora como escuela. Antes había un cura del otro lado de la frontera de Tabasco, en Chiapas, pero los pobladores le habían dicho que se fuera, porque ya no podían seguir protegiéndolo.

— ¿Y cuando mueren? — le dije.

— ¡Oh! — contestó —, morimos como los perros.

No permitían ninguna ceremonia religiosa ante la tumba. Los viejos por supuesto, eran los que más lo sentían; unas semanas antes habían traído de contrabando al obispo de Campeche, en aeroplano, para dar los sacramentos a la abuela de mi interlocutora, que agonizaba. Todavía les quedaba algo de dinero... pero los pobres, ¿qué podían hacer?

Volví al hotel; calor y moscas, calor y moscas. Encontré allí al dentista, pero no a su familia.

Esa mujer, mi esposa, ya le dije, está en casa de unos parientes. Uno a veces tiene que estar solo, un rato.

Se había afeitado y parecía mejor.

Quizá mañana — continuó — vayamos a dar un paseo; hasta la plaza.

Del río llegaba incesantemente un olor rancio, como de fruta podrida, y una sed continua me torturaba; cada vez que pasaba por la plaza bebía algo, una de esas bebidas

gaseosas químicas, dulces y calientes. Al terminar el día ya me había tomado dos botellas de cerveza, cuatro botellas y media de diversas aguas minerales, y una botella de algo que decía ser sidra, además de tres grandes tazas de café. En cuanto a la comida, era indescriptible, lo peor de todo lo que comí o de todo lo que se podía comer en Méjico. El hotel no daba de comer, y sólo había un restaurante en el pueblo; moscas y manteles sucios y carne a punto de descomponerse en esa especie de horno húmedo, y un propietario con una especie de gorra de regatas. Y además era muy caro, para el nivel de vida mejicano: un chelín y medio por comida.

Fui a ver al jefe de policía, un individuo corpulento, rubio, cordial, de cabello rizado, con un traje de brin blanco demasiado estrecho, y una funda de pistola en la cadera obesa. Se echó a reír fuerte cuando vio mi pasaporte, pasándome un brazo sobre los hombros, con esa falsa camaradería mejicana.

—Excelente — me dijo—, excelente. Aquí estará como en su casa. ¿No sabe que casi todo el mundo en Villahermosa se llama Greene, o Graham?

—Entonces, ¿hay ingleses en el pueblo?

—No, no — dijo — los Greene son mejicanos. —Me gustaría conocer alguno.

—Vuelva esta tarde a las cuatro y se lo presentaré.

Al volver hacia la plaza me encontré nuevamente con el dentista; se había arrastrado unas cien varas, más o menos, y ahora estaba en una esquina. escupiendo.

—Visitando otra vez los lugares conocidos — dijo —. Bueno, bueno, ahora esa es la Compañía Sucreña de Bananas; antes era... y ese reloj, ese reloj hace... veinte años que está allí.

— ¿Todavía no vio al médico?

—Cada cosa a su tiempo — dijo —. No quiero precipitarme. Yo sé lo que anda mal. Una vez, hace treinta años, en New Orleans, bebí leche helada. Me hizo el mismo efecto. El inconveniente es que esta mañana tomé una purga. No debí hacerlo. Me ha cerrado con llave. ¿No vio a mi familia?

—No.

—Andan por ahí, buscándome — dijo —. Ya fueron al hotel. No les diga que estoy aquí.

Calor y moscas, calor y moscas. Sentí una espantosa debilidad al pensar en el viaje que tenía que hacer, y todas las cosas que tenía que comprar para hacerlo: una hamaca, un sarape, una pava, remedio contra las mordeduras de víbora. Me vendieron este último en una botella, el remedio contra las víboras del doctor Fulano o Mengano; tomar inmediatamente una cucharada de postre, y luego una cucharada cada media hora, hasta terminar la botella. Todos decían que era excelente, pero ¿qué pasa si a uno lo muerden dos veces? Mala suerte, supongo.

Luego fui a la compañía de aviación. No podía habituarme a la idea de ese largo viaje por dos ríos, hasta Montecristo.

Sólo dos clases de personas me gustaron en Méjico: los sacerdotes y los aviadores. Estos últimos eran algo nuevo en el país, con el orgullo que sentían por su historia, con su coraje, su ascetismo; abstemios y enemigos del tabaco, vivían juntos como en un cuartel en la única casa bien construida y limpia de Villahermosa; aviadores brillantes, aunque un poco menos que eficaces como mecánicos. No hacía diez minutos que estaba en la oficina, cuando ya me daban una conferencia sobre Cortés. Dije que quería conseguir un guía, si era posible, para ir de Palenque a Las Casas, la antigua capital de Chiapas antes de que los políticos la trasladaran a la

llanura, a Tuxtla. Un hermoso viaje, dijo el hombre, siempre que pueda hacerlo; así sabrá todo lo que padeció Cortés, con sus pesadas armaduras, en su marcha hacia Guatemala. Y cuando entró el gerente — un aviador norteamericano, en un tiempo piloto de Garrido, aunque ahora la ley mejicana le prohibía conducir aviones de pasajeros—, también él me habló de Cortés: el problema de dónde había desembarcado en Tabasco, y cuál era el antiguo lecho del Grijalva; había volado sobre él una y otra vez con esa idea. Nuevamente tuve que modificar mis planes. Podía ir en avión hasta Monte-cristo, en vez de hacer el largo viaje por el río, pero dijeron que allí no había ningún guía de confianza, ni tampoco en Palenque. Lo mejor sería volar hasta Salto de Agua, donde vivía un comerciante que me ayudaría primero a encontrar un guía hasta Palenque, y luego otro guía hasta Yajalón, una aldea en las montañas. En Yajalón había otro comerciante que ellos podían recomendarme, y éste me encontraría un guía hasta Las Casas; y mejor aún, allí vivía una señora noruega que hablaba inglés. A partir de Las Casas, las cosas eran más fáciles; había una especie de camino que iba hacia el sur, hasta Tuxtla, y en Tuxtla había un servicio regular de aviones a Oaxaca o la ciudad de Méjico. Pero acababa de perder el avión a Salto; ahora tendría que esperar, casi una semana.

Un siglo entero separaba a estos hombres — formados en los Estados Unidos, con su visión a vuelo de pájaro de Méjico, su disciplina impuesta por ellos mismos—de los demás habitantes de Villahermosa; del jefe de policía, por ejemplo, a quien traté de volver a ver esa misma tarde. La cita era para las cuatro; me senté en un banco del patio de la comisaría, esperando; pasó una hora. Las paredes sucias y encaladas, las hamacas grasientas, y las caras de animales de los hombres; no se parecía tanto a la ley y al orden como al bandolerismo. La policía era la capa más baja de la población; para encontrar algo de honradez, había que escrutarla en las caras de los hombres y las mujeres que esperaban ser multados o insultados. Uno experimentaba una sensación abrumadora de brutalidad y de irresponsabilidad, mientras sacaban los rifles de sus apoyos, y se alejaban pesadamente en patrulla o atravesaban a paso tardío el patio, bajo el calor intenso, con los pantalones abiertos. Estos eran los hombres que algunas semanas más tarde dispararían contra una multitud de campesinos indefensos que trataban de orar en las ruinas de una iglesia. Al final me cansé de esperar, y designaron a uno de los policías para que buscara conmigo al jefe. Recorrimos el pueblo de un extremo a otro, durante toda la tarde caliginosa, mirando en todos los salones de billar, pero no pudimos encontrarlo.

Comí con el dentista; se sentía mejor, pero un poco acosado; su familia había vuelto al hotel, buscándolo. Pasó por allí un vendedor de billetes de lotería, y de pronto recordé el billete que había comprado en Veracruz; me parecía que ya hacía un mes de eso. Allí estaba, en la larga lista de premios menores; con mi primer billete había ganado veinte pesos. Con eso me engañó definitivamente la lotería: compré por lo menos un décimo de billete en cada ciudad que visité a partir de ese momento, pero nunca volví a ganar. Dimos un paseo con el dentista hasta la plaza, y nos sentamos. No se podía hablar del fresco de la noche; no hacía nada de fresco. Las ancianas se mecían, se mecían, y el desfile pasaba. Un joven dentista mejicano, llamado Graham, se nos acercó — había conocido a mi dentista cuando éste trabajaba en Villahermosa —, y luego pasaron por el desfile las señoritas Greene: cabello azabache, dientes de oro, y ojos negros y estúpidos de mejicana. Resultaba asombroso que algunas jóvenes del pueblo — un pueblo de cloacas abiertas y sin agua, salvo la del río — consiguieran presentarse con esa limpieza, esa frescura, ese esprit... El dentista canturreaba suavemente para sí: "No me gusta la comida, no me gusta la comida", y algo sobre "tus ojos azules", abanicándose con su sombrero de paja. Luego masticó un momento, escupió, y murmuró: "No tengo azúcar en la orina" (al parecer, había visto al médico, después de todo), y luego: "Lo único que importa es el estómago."

Por la noche me despertaron los cascarudos, que se golpeaban contra las paredes. Maté dos; uno en el mismo centro del amplio piso de baldosas, pero cuando me desperté no quedaban ni rastros. Era demasiado insólito. ¿Habría soñado? Entonces busqué el otro, y lo encontré rodeado de hormigas que aparecían en grandes destacamentos entre las baldosas. Deben de haberse comido completamente al primero. Había pasado una mala noche, rehaciendo una y otra vez, febrilmente, el comienzo de un cuento — durante toda la noche me quedé empantanado en la primera frase, como una púa en un disco rajado —, y me desperté con la garganta seca, lo que me impedía tragar: efecto del río verde y rancio que corría junto al hotel. Traté de escribir el cuento, pero el lápiz indeleble se me derretía en la mano.

Un aventurero victoriano

Es curioso cómo el lugar más tétrico empieza después de veinticuatro horas a parecernos nuestro hogar. Hasta el Ruiz Cano. Y ahora este pueblo. Por supuesto, es el temor de dar el próximo paso. "Envidiadme, envidiadme", observa un personaje de uno de los relatos de Stevenson, "soy un cobarde". Y ya es algo tener alguna emoción en un lugar como Villahermosa, aunque sólo sea el miedo. Empecé a aferrarme a lo que ya conocía: el gran cuarto embaldosado, el restaurante apestado de moscas, el paseo ascendente hacia la plaza, y también a la gente: el dentista y el doctor Roberto Fitzpatrick.

El doctor Fitzpatrick era un escocés de cierta edad, que no había salido nunca de Méjico; ni siquiera había estado en los Estados Unidos. Hablaba su lengua nativa lenta y trabajosamente, describiéndome esa mosca de Chiapas que enceguece a la gente, mostrándome horribles fotografías clínicas y un escorpión en una botellita de vidrio. Nadie, al ver a este hombre bajo, de barba grisácea y mal afeitada, movimientos rápidos y latinos, y anteojos de acero, lo hubiera tomado por un británico. Había sido absorbido casi tan completamente como los Greene y los Graham, y había en esto algo más bien espantoso y premonitor... para un Greene todavía no absorbido. El tiempo pasa tan lentamente; unos cuantos días eran como un mes en mi país. La señorita Greene daba vueltas a la plaza, en el paseo del anochecer; y uno se sentía perseguido por ciertas fantasías, como si el destino intentara apresar en sus tentáculos de pulpo a otro Greene ... El jefe de policía había mantenido — violentamente — su promesa, y había citado a un Greene más bien asustado al cuartel de policía, para que se encontrara conmigo ... Se llamaba De Witt Greene; tenía sangre holandesa, norteamericana, inglesa e india en sus venas, porque su abuelo, que había emigrado de Pennsylvania después de la Guerra de Secesión se había casado con la hija de un cacique. Su bisabuelo era inglés. Mientras cruzábamos juntos la plaza, me señaló: "Allí va otro Greene", un mísero mejicano, de sombrero caído y pistola en la cadera, que bajaba la escalinata de la Tesorería.

Pero el doctor Fitzpatrick se había salvado de la absorción total gracias a un inmenso orgullo familiar. Sentado en la sala victoriana de su casa, entre los muebles relucientes de caoba, las mesitas de salón, los pequeños adornos de porcelana y los marcos de los retratos, miré las viejas fotografías borrosas, testimonio de sus hermanos muertos, que se habían educado en los Estados Unidos: Tom, con una gran barba en forma de pala, y el brillante Cornelius, que había muerto joven, hacía muchísimo tiempo, tal vez por el noventa. Había una medalla de oro de Seton Hall, New Jersey, boletines de calificaciones escolares (era siempre el primero de la clase), una carta del bedel a su padre, recortes amarillentos de un diario local sobre los festejos de la colación de grados en Orange, y el nombre de Cornelius Fitzpatrick subrayado con vieja tinta descolorida... Pero el más notable de todos era el padre. Hay heroicos aventureros de los que nada sabe el mundo; diarios que registran proezas increíbles se pudren en los viejos cajones, las casas de los Midlands todavía revelan a veces asombrosos

secretos; pero uno no hubiera esperado encontrar en Villahermosa la documentación de semejante epopeya. El doctor Fitzpatrick sacó de un estante un cuadernito encuadernado en becerro, con hojas sueltas y desgarradas: el diario que escribió su padre cuando llegó a Méjico en 1863 buscando trabajo para mantener a su esposa Anna y a su hijo Tom de dos años de edad

Dejó a los dos en New Orleans, y su primera tentativa de establecerse sólidamente terminó muy mal en Tampico, que ahora es el gran puerto petrolero, feo y caluroso. Luego, ocurre su primera aventura estupenda, de la que se han perdido, por desgracia, todos los detalles. Sólo queda en el diario en cuestión una breve mención: "Hace un año salí de Tampico, con cuarenta y siete céntimos, para irme a pie a New Orleans", unas trescientas millas hasta la actual frontera mejicana, y más del doble de esa distancia a través de Tejas y de Luisiana. Se quedó sólo dos meses en New Orleans; obstinado y escocés, volvió a emprender viaje, esta vez a Panamá, donde por algún motivo desconocido, creía que un médico tenía más perspectivas. Desde este momento en adelante hay anotaciones diarias, que revelan su decepción y su lacónica desesperación.

Como católico escocés, las condiciones de la Iglesia en Panamá lo escandalizaron; como solitario joven de treinta y un años, que sabía muy poco español, se vio cada vez más necesitado del apoyo y la amistad del amable y escandaloso padre Rey. Sus breves anotaciones constituyen un cuadro patético de su desaprobación y de su desganada amistad con este curioso sacerdote que vivía con su mujer y su hija (decía para disculparse que se había casado antes de tomar el hábito) y criaba ratones bajo una campana de vidrio. Extraños relatos sobre el obispo de Panamá llegaban a oídos del doctor Fitzpatrick. Una muchacha estaba por dar a luz, y el doctor Fitzpatrick preguntó si los rumores eran ciertos, y si el obispo era el padre.

—Creo que esta vez no — dijo el padre Rey.

No era el tipo de catolicismo que Fitzpatrick había conocido en Escocia.

Y todo el tiempo se le acababa el dinero, y los pacientes no venían. El día de Navidad le quedaban solamente ocho dólares, y sentía una soledad insoportable, pensando en "mi amada Anna y mi queridito Tom". Mandaba cartas que probablemente ellos no recibían nunca, y él tampoco recibía nada. Por fin con ayuda del padre Rey, encontró un paciente y ganó bastante dinero para sacar un pasaje en un barco que iba a San Salvador; por los menos era un poco más cerca de los Estados Unidos.

Entonces empezó su segunda gran aventura. San Salvador estaba en guerra con Guatemala, pero a pesar de eso, sin dinero, sin armas y sin saber español, montó un caballo y cabalgó novecientas noventa y siete millas (siempre era exacto en sus cálculos) hasta el Atlántico, buscando en vano un lugar donde establecerse; atravesó San Salvador (lo arrestaron como espía y lo soltaron), atravesó Guatemala (encontrándose con el dictador indígena y sus soldados en el campo de batalla, y llegó a Méjico; atravesó todo el estado de Chiapas, ascendió ocho mil pies de montañas hasta la helada ciudad de Las Casas, luego descendió nuevamente hacia Tabasco y el calor tropical, y por fin llegó al mar. No hay nada en el diario que demuestre que se daba cuenta de la magnitud de su aventura; supersticiones indígenas, remedios nativos descritos con franqueza de médico, tantas millas recorridas; la mayor parte de las anotaciones son escocesas por su brevedad y su concreción. Sólo a veces, cuando piensa en Anna y en Tom (ni siquiera sabía si todavía estaban vivos; los había dejado en plena Guerra de Secesión) aparece en el diario la personalidad del joven que siente nostalgia de su hogar. En cierta ocasión cantó "God Save the Queen" para darse ánimos, mientras ascendía una montaña en Chiapas.

Es agradable descubrir que pudo abrirse paso sano y salvo hasta New Orleans, que su mujer y su hijito estaban bien, y que más tarde lograron cierta prosperidad, nada menos que en Villahermosa. Su reputación como médico se extendió hasta la ciudad de Méjico y a través del Golfo hasta Mérida; Porfirio Díaz lo mandó para que curara a su esposa; murió en 1905, en Campeche — una ciudad que siempre había odiado —, cuando iba a ver al gobernador de Yucatán. Hay fotografías en la sala mejicana donde este diario no publicado duerme en un estante: Anna, una mujer madura de crinolina, con una de esas caras victorianas tranquilas, que ocultan años de espantosas preocupaciones, "el queridito Tom", que parece un decano, con esa fiera barba en forma de pala; y el doctor Fitzpatrick en persona, viejo y austero, con una barba tan fiera como la de Tom, y un largo levitón. El joven escocés que había vagabundado de Tampico a New Orleans con cuarenta y siete céntimos, que había cabalgado esas mil millas hasta el Atlántico, durmiendo en chozas de indios donde su vida dependía de la calidad de un plato de frijoles y una taza de café nativo, se había convertido en esa figura imponente, un hombre que nunca usaba una camisa más de dos veces, y que cabalgaba por las calles de la ciudad tropical, entre los gavilanes y los mosquitos, con el largo levitón oscuro que habría usado de estar en Edimburgo.

De la vieja Villahermosa del doctor Fitzpatrick — de San Juan Bautista, como se llamaba entonces — no queda gran cosa: unas cuantas casas, como el Hotel Tabasquerio, que alguna vez debe de haber sido hermoso; una placita clásica de piedra rosada con columnas rotas; la pared posterior de una iglesia (lo que fue la nave es ahora un montón de escombros utilizados — no muy a menudo — para componer las calles). De la catedral ni siquiera eso queda — de ella se encargó Garrido —; sólo un antiestético campo de juegos de cemento señala el lugar donde se encontraba, con algunos lúgubres columpios de hierro tan calientes que no pueden usarse.

Dije al doctor Fitzpatrick, pequeño viudo amargado y exilado, enjaulado en su sala victoriana, bajo los gavilanes tumultuosos del techo:

—Pero supongo que algo bueno resultó de la persecución. Las escuelas...

Replicó que las escuelas de la Iglesia eran mucho mejores que las de ahora... hasta había mayor cantidad, y que los curas de Tabasco eran buenas personas. No había en este estado ninguna excusa para justificar la persecución, salvo alguna oscura neurosis personal, porque el mismo Garrido se había criado en el catolicismo: sus padres eran personas muy religiosas. Le pregunté por el cura de Chiapas que había huido.

— ¡Oh! — dijo —, ése era simplemente lo que llamamos un cura borracho (a whisky priest).

Una vez le había llevado uno de sus hijos para que lo bautizara, pero el cura estaba tan borracho que insistía en llamarlo Brígida. Pobre hombre, no se había perdido gran cosa, era una especie de padre Rey; pero ¿quién juzgará qué terrores y padecimientos y soledades pueden haberlo justificado ante los ojos de Dios?

Domingo tabascano

El anonimato del domingo parece especialmente antinatural en Méjico; un hombre que va de caza a los pantanos con su perro y su escopeta, una fiesta de muchachos, las tiendas que se cierran después del mediodía; nada más que distinga ese día de los demás días; ningún repique de campanas. Me senté en el rellano de la escalera, y me hice lustrar los zapatos por un pequeño lustrabotas rubio, una criatura cansada y delgada, de pantalones andrajosos, como un personaje de Dickens. Sólo sus ojos negros eran mejicanos; no su piel transparente y su

hermoso cabello rubio. Temía preguntarle cómo se llamaba, porque seguramente se llamaba Greene. Le di el doble de lo que les daba generalmente (veinte centavos, unos tres peniques) y me devolvió diez centavos de cambio, descendiendo fatigadamente la escalera, con su pesado cajón, hacia el calor tremendo del domingo.

Garrido huyó a Costa Rica, y sin embargo no se ha hecho nada. "Morimos como los perros". No hay misas secretas en las casas de los particulares, como en el estado vecino; sólo un horrible letargo, a medida que los católicos van muriendo lentamente, sin confesión, sin sacramentos, las criaturas sin bautizar, y los agonizantes sin absolver. Pensé en la frase de Rilke: "Un callejón vacío, horrible, un callejón en una ciudad extranjera, en una ciudad donde nada es perdonado."

Supongo que hay excusas geográficas y raciales que justifican este letargo. Tabasco es un estado de ríos y pantanos y calor intenso; en el norte de Chiapas los viajeros tienen que elegir entre la mula y los escasos aviones, y en Tabasco entre el avión y el barco. Pero la mula es una forma de transporte muy sociable: las noches pasadas con desconocidos, acurrucándose juntos en el frío aire de las montañas, la charla frente a los frijoles y las brasas; en cambio en un barco uno está aislado, entre los mosquitos, entre las plantaciones de bananas.

Y luego en Tabasco no hay indios, con sus salvajes supersticiones y su enorme aunque pervertida veneración, para avergonzar a los católicos e inducirlos a hacer algo. Demasiada sangre extranjera entró en Tabasco cuando era una región próspera; la fe de los Graham y de los Greene sólo data de unas pocas generaciones. No poseen la estabilidad de las viejas familias españolas de Chiapas.

En una ciudad tropical, nada puede reemplazar para los usos más mundanos a la iglesia; la iglesia es el único lugar de frescura bajo ese sol vertical, un lugar donde sentarse, un lugar donde los sentidos pueden reposar un momento, fatigados por la fealdad; ofrece al pobre lo que los ricos pueden encontrar en el teatro, aunque no en Tabasco. Ahora, en Villahermosa, en ese calor ennegrecedor y ese aire bullicioso de mosquitos, no hay vía de escape para nadie. Garrido se esmeró en su trabajo: sabía que las piedras claman, y no dejó ni las piedras. Hay una especie de garrapata que uno encuentra en Chiapas, que introduce la cabeza en la carne; hay que quemarla hasta destruirla, si no la cabeza se queda adentro y se pudre. Es una metáfora desagradable, pero es exacta: al norte de Chiapas las iglesias todavía están en pie, clausuradas con tablas y arruinadas y vacías, pero se pudren; el pueblo entero se pudre a partir de la puerta de la iglesia; la plaza es la que sucumbe primero.

Por lo tanto, no hay nada que hacer en Villahermosa durante los largos domingos, que se alargan y se alargan, sino sentarse en una mecedora victoriana, y mecerse incesantemente esperando el crepúsculo y los mosquitos. Los horribles gavilanes se apiñan en los techos como palomas; su cabecita diminuta de retardado, su cuello largo, su cara enmascarada, su plumaje polvoriento que espía atentamente aquí y allá, esperando alguna muerte. Conté veinte en un solo techo. Parecían domesticados, como si estuvieran por poner un huevo. Y supongo que hasta las aves de rapiña alguna vez ponen huevos.

Nada que hacer, salvo beber bebidas efervescentes, con gusto a fruta (ningún milagro en este estado sin Dios convertirá esta agua gaseosa en vino) y observar la horrorosa abundancia de la mera vida. No se puede abrir un libro sin que algún ser diminuto atraviese precipitadamente la página; los puestos están llenos de grandes frutas pulposas e insípidas, y cuando se encienden las luces, aparecen los insectos; la calle que corre junto al río verde y rancio está negra de bichos. Uno los mata en el piso de su cuarto, y por la mañana como ya dije, ya han sido utilizados en abreviar nuevas vidas; esas hordas de hormigas que aparecen

entre las baldosas al olor de la muerte o de los dulces. Una mañana compré un poco de azúcar para llevármelo conmigo a Chiapas, y cuando me acosté por la tarde un ejército de hormigas desfilaba por tres de los cuatro lados de mi cuarto.

El único lugar donde uno puede encontrar algún símbolo de su fe es el cementerio, situado en lo alto de una colina, detrás del pueblo; un gran pórtico clásico blanco, y la leyenda "Silencio", escrita en grandes letras negras; allí cerca, la pared donde Garrido hacía fusilar a sus prisioneros, y adentro las enormes bóvedas y sepulcros sobre el nivel de la tierra, pequeños invernáculos de flores, retratos e imágenes, cruces y ángeles plañideros, la sensación de una ciudad mucho mejor y más limpia que la de los vivos al pie de la colina

La vida de un dentista

Visité el cementerio con el dentista. Se sentía mucho mejor, aunque finalmente su familia lo había capturado. "Esa mujer, mi esposa" había llegado ya entrada la noche con las dos criaturas, y se había instalado para quedarse. No sé cómo se las arreglaron con las camas. Justo al salir del hotel lo abordó un hombre que se ofreció para venderle cualquier bebida que quisiera; no era un contrabandista, sino amigo de un amigo o pariente de un pariente del gobierno. Todas las oficinas del gobierno están como roídas por la irrealidad: en todas las paredes hay un retrato de Cárdenas. pero ese hombre que al parecer es un ejecutor de su política, a veces es católico..., a veces es un conservador... Bebimos una taza de chocolate en el mercado, una gran taza espumosa, que se obtiene batiendo una pastillita dura de chocolate — la única bebida aceptable de Tabasco —y luego ascendimos la colina hacia el cementerio. En las esquinas, el dentista se detenía para escupir; tenía la garganta siempre llena de flemas. Algo, quizá el calor, le había destruido la memoria. Cada tantos minutos sacaba a, colación el único hecho que había, logrado captar:

—Así que se va en avión, ¿no?

—En efecto.

— ¿Adónde? ¿A Frontera?

—No. Ya le dije. A Salto, y luego a Palenque. —No necesita ir a Salto. Tiene que ir a Zapata. —Pero ya le dije. En Zapata no podría conseguir guías de confianza para ir a Las Casas.

— ¿Las Casas? ¿Para qué quiere ir a Las Casas?

Se detenía durante momentos que parecían horas en las esquinas, incapaz de recordar, supongo, adónde iba; se quedaba plantado como una vaca que rumia.

Así que se va en avión, ¿eh?

—Sí.

— ¿A Frontera?

Y entonces empezaba nuevamente toda la historia. Era inevitablemente cansador.

Poco a poco supe algo más de su vida; supe cómo había ido a parar a Tabasco. Se detuvo en una esquina, rumiando y escupiendo y mirando distraídamente en torno:

—Mire, hace diez años esa casa era un consultorio de dentista.

Cuando joven había sido socio de una clínica odontológica de los Estados Unidos; luego tuvo la viruela, Después de la enfermedad todos lo eludían, porque durante meses se le

descascaraba la cara. La gente se bajaba de la acera para pasar al lado de él. Trató de entrar en su clínica, pero su socio lo conminó desde el rellano de la escalera, y le ordenó que se fuera.

"Espantarás a los clientes." Yo pensé, que se vaya al diablo, y me volví derecho a casa e hice las maletas.

Luego estuvo en Atlanta, Georgia; no tuvo suerte. Legó New Orleans... Houston, Texas ... San Antonio. Para esa época ya no se le descascaraba más la cara. En San Antonio conoció a un mejicano que le dijo que del otro lado de la frontera podría ganar mucho dinero... con los dientes de oro. Se fué a Monterrey, luego a Tampico, a la capital, y por fin a Tabasco. Era la época de Porfirio Díaz. De pronto estalló la revolución, el peso bajó y ya no pudo irse.

—De todos modos — dijo — me voy. Aquí va a pasar algo, ¿sabe? La noche anterior habían dicho por radio que los norteamericanos querían boicotear los artículos mejicanos. Existía el peligro de que la población empezara a desconfiar de los extranjeros. Entramos en el cementerio, y volvimos a salir.

Bueno — dijo — ¿así que se va en avión? —Sí.

¿A Frontera?

-No, no, a Salto, y de allí a Palenque.

—No necesita ir a Salto. Tiene que ir a Zapata —.

Y nuevamente empezaba toda la explicación, mientras el individuo rumeaba y miraba en torno y el calor cubría irremediabilmente hasta el deseo de recordar.

— ¿Las Casas? ¿Para qué quiere ir a Las Casas? Aquí va a pasar algo. No quisiera estar en un lugar donde no hubiera aeroplanos, ahora, ni por cien dólares.

Traté de distraerlo, señalando un monumento de piedra en la calle.

— ¿Qué es eso?

Lo miró distraídamente, masticando.

—Creo que es en honor de alguien que fusilaron.

Durante un momento su mente consiguió encarrilarse, porque en la puerta del restaurante dijo reflexivamente:

—Yo creo en la revolución. Hace que la gente sea más ambiciosa. Hace circular el dinero...

Y en ciertas ocasiones demostraba ser hombre de recursos. Bebía el aceite de oliva con una cuchara, durante el almuerzo. "Lo único que importa es el estómago", y una vez, después de tragarse una espina de pescado, vomitó sin un segundo de vacilación en el suelo. En cierto modo, era una proeza asombrosa. Merodeando distraídamente por la esquina del hotel, con los ojos bien abiertos por si venía su familia, escupiendo en las esquinas, repentinamente a mil millas del mundo con su goma de mascar, canturreando en la plaza: "No me gusta la comida, no me gusta la comida", sin recuerdos y sin esperanzas en ese calor inmenso, se convirtió para mí poco a poco en un vasto símbolo, no sé exactamente de qué, a menos que fuera de la calamidad original, "sin esperanza, y sin Dios en el mundo".

Trollope en Méjico

Ninguna esperanza en ninguna parte; nunca estuve en un país donde uno tenga más

conciencia, en todo momento, del odio. Aquí la amistad es a flor de piel, un gesto de protección. Ese ademán de saludo que uno y en todas partes en la calle, las manos tendidas para tomar los brazos del otro, el medio-abrazo, ¿qué es sino el ademán de abrazar al otro para impedirle que saque la pistola? Siempre imperó el odio en Méjico, supongo, pero ahora es la enseñanza oficial; ha desplazado al amor en los programas de las escuelas. El cinismo, la desconfianza en los motivos del ser humano, constituyen la ideología aceptada. Mirad por las ventanas del Sindicato de Obreros de Villahermosa, y veréis en la pared de la salita de conferencias unos cuadros, cuadros de odio y de cinismo: una mujer crucificada, con un cura lascivo que le besa los pies, un sacerdote que se emborracha con el vino de la Eucaristía, otro que recibe dinero de una pareja muerta de hambre, junto al altar. Están admirablemente dibujados, con grandes planos de colores vivos, como avisos, y uno recuerda sin querer la enseñanza pictórica de los padres agustinos. En ellos, por lo menos, la lección del castigo era seguida por la lección de amor. Pero este odio... uno no puede creer que nadie pueda seguirlo jamás: envenena los manantiales humanos; como ratas, nos quemamos por dentro, bebemos agua con una sed frenética, nos hinchamos morimos. Uno veía el símbolo de esto en todas partes, hasta en la mísera bandita militar que marchaba por la ciudad cuando había que leer alguna proclamación del gobernador; llevaban rifles, además de clarines y tambores.

Era mi última noche en Villahermosa, el avión partía para Salto a la mañana siguiente. Me senté en una mecedora en el rellano de la escalera, con el anciano dueño del hotel, meciéndonos lentamente, tratando de crear una ráfaga de aire. Era un anciano -le barba en punta y cara aristocrática de español; estaba en mangas de camisa, con un viejo par de tirantes y un cinturón, y se balanceaba sin cesar. También él, como el dentista de la ciudad de Méjico, recordaba con nostalgia los días de Porfirio Díaz. En esos tiempos hubo un gobernador de Tabasco que gobernó durante treinta años y al final murió en la indigencia. Ahora gobernaban tres o cuatro años y se retiraban ricos a la capital. La campaña electoral prosiguió — entre Bartlett y un hombre cuyo nombre no recuerdo —, pero a nadie le importaba nada, en realidad; habían matado a unas cuantas personas en Zapata; pero para Tabasco no tenía ninguna importancia que ganara uno u otro.

Era una noche espantosa. La acera frente al hotel estaba negra de insectos. Había cascarudos en cada escalón, desde la dínamo eléctrica hasta el primer piso; explotaban contra las lámparas y las paredes y caían con un ruidito de granizo. En alguna parte había tormenta, pero el aire de Villahermosa no se despejó nunca. Entré en mi cuarto y maté siete cascarudos; los cadáveres se movían tan rápidamente como en vida, arrastrados por las hordas de hormigas. Me recosté y leí un libro de Trollope, con nostalgia. De vez en cuando me levantaba y mataba otro cascarudo (doce en total). Sólo había traído conmigo Dr. Thorne y el primer volumen de los Paseos Rurales de Cobbett (mis demás libros estaban en la capital). Ya había terminado el Cobbett, y tuve que racionarme Dr. Thorne; sólo veinte páginas por día, incluyendo mi siesta por la tarde. Aun así no me alcanzaba para, toda la estada en Villahermosa, y fue un golpe cruel descubrir que los compaginadores se habían olvidado cuatro páginas — un quinto entero de ración — en el momento culminante. De algún modo, en esas cuatro páginas, la vida de Mary Thorne pasaba de la desdicha a la felicidad, pero yo no sabría jamás por qué ni cómo.

¿Qué libros llevarse en un viaje? Es un problema interesante, y también importante. En el África había cometido una vez el error de llevarme conmigo la Anatomía de la melancolía, con la idea de que en cierto modo haría juego con el ambiente. Hacía juego, perfectamente, pero lo que uno realmente necesita es un contraste, y por eso abandoné mi única esperanza quizá de leer jamás La Guerra y la Paz, a cambio de algo eminentemente nacional. Y en efecto,

descubrí que uno necesita un libro bien inglés en este país odioso y lleno de odio. No sé con certeza si el sentimentalismo de Dr. Thorne — de Frank Gresham separado de Mary por su nacimiento y por la necesidad de casarse con una heredera si quiere mantener la propiedad de Greshambury, y de la opulenta herencia que Mary recibe de su miserable tío cuando éste se mata a fuerza de alcohol — me habría caído muy bien en Inglaterra. Creo que antes de ceder a sus encantos, habría hecho algunas reservas mentales; pero aquí, en este caluroso y olvidado pueblito tropical, entre las hormigas y los cascarudos, la simplicidad de sus sentimientos me llenaban literalmente de lágrimas los ojos. Es una historia de amor, y en la literatura hay muy pocas historias de amor; en la novela el amor es generalmente — como lo expresa Hemingway — lo que cuelga detrás de la puerta del baño. Dr. Thorne, además, es la novela perfectamente "popular", y cuando uno está solo desea sentirse cerca de la gente simple y amiga que vuelve las páginas de sus Notas del Hogar. Con qué soberbia destreza Trollope mantiene una especie de suspenso ficticio. Sabemos perfectamente desde la primera página que Frank será fiel a Mary, que Sir Roger Scatcherd se morirá y le dejará una fortuna, que Lady Arabella será humillada y que el anciano doctor Thorne podrá reanudar su amistad con el caballero, que Frank y Mary se casarán y serán felices; pero cooperamos con el autor en su manejo del argumento, simulamos sentir el suspenso, y esa franca cooperación es un signo de la novela popular, porque al gran corazón popular y sentimental no le interesa el verdadero suspenso, ni dudar realmente del destino de los amantes. En Barchester Towers Trollope dice explícitamente que no quiere misterios en su relato; la viuda, confiesa, no se casará con el señor Slope, y por lo tanto el lector no tiene nada que temer en ese sentido. En esta novela más "popular", no niega su credo; el suspenso es patentemente irreal, pero nos permite simular que tememos, y a veces era para mí un verdadero esfuerzo suspender la lectura después de las veinte páginas y quedarme acostado y sudar en la cama de hierro y no saber.

Pero mucho peor fue haber terminado el libro, haber terminado con la orgullosa y deliciosa Mary Thorne, y no tener nada con qué entretenerme, sino el inútil dentista y el dueño del hotel que se mecía en su sillón y soñaba con Díaz. Había calculado muy mal en la capital; pensé que volvería en tres semanas, y ya se habían pasado casi la mitad de las tres semanas. Con qué lentitud, mientras los cascarudos entraban a raudales, devané el último párrafo. "Y ahora sólo nos queda una palabra para el doctor. «Si usted no viene a comer conmigo», le dijo el caballero, cuando se encontraron solos, «fíjese que iré yo a comer con usted». Y en base a este principio parecen conducirse ahora. El doctor Thorne sigue aumentando el número de sus clientes, para disgusto del doctor Fillgrave; y cuando Mary le sugirió que le convenía retirarse, casi le dio una bofetada. Sin embargo, sabe tan bien como siempre el camino a Boxall Hall, y está dispuesto a reconocer que el té de allí es casi tan bueno como lo era en Greshambury."

Así se disipó Inglaterra, y quedó Méjico. Nunca en mi vida sentí tanta nostalgia de mi país, y la culpa la tenía Trollope. Su Inglaterra no era la Inglaterra que yo conocía, y sin embargo... Me tendí en la cama y traté de proyectarme en mi país. Jules Romains escribió una vez una novela sobre esa posibilidad; construí cuidadosamente en mi imaginación lo familiar, silla por silla, libro por libro; las ventanas, y los ómnibus que pasaban, y los chillidos de las criaturas en el parque. Pero no era real: esto era real, el cuarto vacío y vasto, y el piso de baldosas bullente de vida, y el calor y el olor rancio del río.

CAPITULO VII

HACIA CHIAPAS

Salto de Agua

Cuando me levanté, tiré todo lo que no era esencial — como ser calcetines usados —, y me puse las botas de montar y los breeches; no habría de sacármelos muy a menudo durante los diez días subsiguientes. Todavía no sabía si iría a Palenque o no. Me había propuesto dos tareas: llegar a Villahermosa y atravesar el estado de Chiapas; Palenque sólo era una posibilidad lateral, una pantalla para los empleados del gobierno; y ahora, de pronto, descubría que se había apoderado de mi ruta; me veía empujado hacia allá, como una oveja por una tranquera. El gerente de la compañía de aviación me había dado una carta de recomendación para el comerciante de Salto, solicitándole que me proporcionara un guía de confianza... a Palenque. Yo no era arqueólogo. Sólo sentía una levísima curiosidad por esas ruinas, que según la poca gente que las había visitado eran más hermosas que las de Chichen Itzá. Consideraba que ya emprendía el viaje de regreso a mi patria, vía Chiapas, y no quería demorarme más; y mis amigos los aviadores, con quienes había comido la noche anterior, afirmaban que Palenque quedaba a dos días de Salto, a caballo. Esto hacía cinco días en total. Bueno, lo único que podía hacer era dejar que el destino decidiera.

El aeropuerto quedaba en lo alto de la colina, detrás del cementerio. El gran pórtico, las letras negras: "Silencio", y la pared donde fusilaban a los presos pasaron a nuestro lado, y unos cuantos gavilanes alzaron pesadamente el vuelo.

Un amigo mío, José Ortega, conducía el avión, un aparato rojo, un poco estrecho, de seis asientos. Yo iba sentado adelante, a su lado, y despejamos diez minutos antes de la hora. Abajo, muy lejos, se extendía Tabasco, el estado sin Dios, el paisaje del terror y del cautiverio de un hombre perseguido; bosque y agua, sin caminos, y en el horizonte las montañas de Chiapas, como el muro de una cárcel. Después de un cuarto de hora descendimos — ninguna señal de población — en un diminuto claro de la floresta. Un hombre a caballo nos miró aterrizar, y luego desapareció al paso por un estrecho sendero. Tres personas salieron del avión, una campesina con una canasta y dos hombres con portafolios de cuero y paraguas; se alejaron — como abonados— hacia la selva profunda. Volvimos a elevarnos, y el mismo paisaje siguió desarrollándose como un dibujo chino: una interminable repetición decorativa. Era la estación seca: se veían los bajos — como impresiones de un pulgar — que esperaban las lluvias para llenarse. Las montañas se acercaron — pesadas barras negras, una detrás de otra — y un resplandor plateado horizontal en el suelo era una catarata.

—Usted pensaba que Villahermosa era muy calurosa — dijo Ortega —. Espere un poco. Y los mosquitos...

No encontraba palabras para expresar lo que pensaba.

Salto quedaba al pie mismo de las montañas, sobre la barranca empinada de un río verde y rápido, que había que cruzar con una canoa tallada en un árbol, porque el campo de aterrizaje estaba del otro lado, diminuto y quebrado. Las montañas boscosas se alzaban abruptamente detrás del pueblo, cerrando la ventilación. Eran las nueve y media de la mañana; estábamos en Chiapas, y nadie hablaba una palabra de inglés. Un hombre me precedía, llevando mi valija y mi hamaca a lo largo del río; pasamos frente a unas chozas de techo de

lata, donde los hombres descansaban en sus hamacas, balanceándose tediosamente en la caligine, tratando de construirse una corriente privada de aire. El pequeño avión rojo de Ortega se alejó por el cielo implacable. Como un insecto en un espejo, hacia Villahermosa. Yo tenía la sensación de haber sido abandonado en una isla solitaria... hasta el dentista habría sido bienvenido. El hombre llevó mi valija hasta un almacén oscuro, cuyo fondo daba a la placita reseca, y allí la dejó; dijo algo que no pude comprender y desapareció. Había barriles de... algo, y algunos indios de sombreros de paja curiosamente puntiagudos miraban hacia adentro y volvían a irse. Me abrumó una sensación de inmensa irrealidad: ni siquiera podía reconocer mis piernas, con las botas de montar. ¿Qué demonios estaba haciendo allí?

Por primera vez me encontré totalmente perdido, porque ignoraba el idioma; hasta ese momento, siempre había habido alguien que hablara inglés; salvo en el Ruiz Cano, y mis necesidades habían sido pocas y mi destino claramente evidente. Ahora comprendía que un error podía llevarme quién sabe adónde. Y por supuesto, la carta de recomendación parecía condenada a llevarme a Palenque. Con mi mal español, tardé bastante en hacer comprender al almacenero que en realidad no tenía el más mísero interés en visitar las minas de Palenque: me interesaba mucho más llegar a Las Casas — esa ciudad "muy católica" — a comienzos de la Semana Santa. ¿No podría conseguirme un guía para Yajalón, en vez de Palenque? Dijo que lo intentaría; cada tantas horas, durante todo el curso del día, yo iba a verlo, para enterarme de que todavía no había encontrado un guía para ninguna parte. Me había encontrado, eso sí, alojamiento; una cama de cajones y encima un colchón de paja, en un cuarto dividido del resto de la casa por un tabique de madera terciada; era una casa de una sola habitación. Tenía que pagar dos pesos cincuenta por la pieza y la comida, y a la hora del almuerzo descubrí que la comida era inesperadamente buena. No quiero decir muy buena, en realidad; pero en Méjico el nivel de comparación desciende con una rapidez brutal.

No tenía nada que hacer durante todo el día, salvo beber cerveza, cara y caliente, en la — única cantina. La cerveza era cara porque tenían que traerla a lomo de mula del otro lado de las montañas. En la plaza no había ni señales de vida; dos bancos de madera, un puesto de agua mineral, algunos perros y moscas; nada de iglesia, por supuesto. Un caballo atado frente a la escuela golpeaba constantemente el suelo con los cascos; a veces pasaba un hato de mulas martillando la madera de un puentecito que conducía a las montañas, pero mucho antes de mediodía los indios habían desaparecido, y la vida se extinguió. En este pueblo no había ni siquiera un vendedor de billetes de lotería. Al anochecer me dirigí desesperado al almacén; no, no había podido encontrar un guía para Yajalón; tal vez dentro de dos o tres días... pero ahora no tenía ni siquiera Dr. Thorne para entretenerme. Sintíendome inevitablemente condenado, me resigné a Palenque... Ah, sí, para Palenque sí, podía encontrarme un guía, y cuando volviera ya habría tenido tiempo de encontrarme otro guía para Yajalón. Y en Palenque dijo para animarme, había un alemán-norteamericano con una hermosa finca y una hija muy simpática.

Este alemán, y su hija simpática, habían sido una leyenda, un espejismo que me había deslumbrado intermitentemente desde la ciudad de Méjico. Había oído hablar de ellos por primera vez en el vestíbulo del brillante y cromado hotel Reforma, pero en Villahermosa los aviadores me habían dicho que la muchacha no existía, ni su padre tampoco. Y como el almacenero no había estado nunca en Palenque, acepté su información con reservas. Quizá una vez, hacía muchos años, había existido un almacén con una hija simpática. De todos modos, las mulas y el guía vendrían a buscarme a las cinco de la mañana. ¿Cuántos días de viaje? Sólo un día hasta el pueblo, dijo el almacenero, quizá diez horas a lomo de mula, y temerariamente me conformé con su información — tenía tanta ansiedad por seguir viaje —, aunque los aviadores me habían dicho que era un viaje de dos días largos.

La oscuridad cayó puntualmente a las seis, y me senté frente a mi cuarto en una silla dura, fumando para espantar las moscas. El dueño de casa estaba sentado en otra silla, mudo de dolor — le dolían las muelas — y una vez más, inevitablemente, con el caer de la noche, el lugar adquirió los rasgos del hogar. Esto era lo que ya conocía bien; unas pocas horas bastaban para conocer un lugar tan diminuto y árido: la hilera de chozas junto al río, dos calles paralelas que desembocaban en la placita, las palmeras y la cantina de la esquina, el puente de madera sobre una pequeña quebrada, y una senda que se perdía en las estribaciones de las montañas. No se podía conocer mejor el lugar, aun después de haber vivido en él durante años. Las luciérnagas volaban como linternas de bolsillo, y un niño junto a la senda, con una madera llameante en la mano, emitía misteriosos ruidos de animal hacia la oscuridad.

A las ocho me trepé bajo mi mosquitero, y me puse el impermeable bajo la cabeza, como almohada. Aunque parezca raro, me dormí inmediatamente, beatíficamente. Una cama dura tiene sus ventajas: recuerdo cierta ocasión, en un compartimiento de tercera entre Tolouse y París, en que después de soñar con abundante sentimiento y suave sensualidad con la señorita Merle Oberon, me desperté en el asiento duro, angosto y vibrante, para descubrir el cielo gris sobre la piedra gris, los suburbios de París que ya desfilaban junto al tren. Esta vez, sobre los cajones, soñé con el señor Wang, también llamado señor Moon, que debía guiarme... a alguna parte. Estaba vestido con las ropas más extravagantes, todas de seda y bordados de oro y dragones, y cuando dije que prefería mucho más ir a pie que a caballo, dio inmediatamente por sentado que le había ofrecido mi caballo. Era obsequioso y de carácter difícil — otro guía, no tan bien vestido, se quejaba de que el señor Wang "le había ganado de mano"— pero no obstante el señor Wang, a lo largo de la dura noche, dejó una impresión de lujo, bienestar, y romance enormes. "Hace mucho que no veo al príncipe de Chang en mis sueños".

Luego alguien rascó mi puerta, y algo animal murmuró y golpeó el suelo con los cascos y resopló ruidosamente en la callejuela oscura. El señor Wang se evaporó con sus vestiduras de seda en el aire de Chiapas. Miré mi reloj: eran solamente las cuatro; grité, protesté, me volví a la cama y traté de encontrar nuevamente al señor Wang en mi sueño. Alguien, del otro lado del tabique de madera, gruñó y rezongó, y el animal golpeó el suelo con los cascos.

El largo viaje

Dejé en el pueblo la valija; como parecía absurdo pensar en lluvias, abandoné estúpidamente el impermeable y sólo me llevé el mosquitero, la hamaca y una mochila.

A las cuatro y cuarto me levanté y me vestí a la luz de mi linterna eléctrica, y doblé el enorme mosquitero, que parecía una carpa. Todo el mundo dormía en Salto, salvo mi guía — un joven cetrino, aliñado, de cierta educación, que había llegado de Las Casas por el lado de Yajalón — y su padre, que me había preparado café y galletitas en su casa. Este fue el fresco y tranquilo comienzo de uno de los peores días que pasé jamás. Sólo las primeras horas del viaje me proporcionarían cierto placer; al salir de Salto en la oscuridad, con un perro atorrante y adormilado que alzaba el hocico al oír el clip-clop de las mulas, el cruce del río a la luz del alba, las dos mulas que nadaban junto a la canoa, sólo con los belfos y los ojos fuera del agua, como un par de cabezas de caimán, y luego las largas plantaciones de bananas de la otra orilla, la fruta cosechada al pasar, que sabía deliciosamente y ácida al aire libre del amanecer.

El inconveniente era que el camino a Palenque atravesaba una meseta desnuda y descubierta, interrumpida sólo de vez en cuando por trozos de selva y de sombra, y a las nueve de la mañana el sol ya era enceguedor. A las diez, mi casco barato, comprado en Veracruz,

sólo era el cartón húmedo y caluroso que había simulado -no ser. Hacía diez años que yo no montaba a caballo; nunca había montado una mula, en mi vida. Su trote se parece al del camello, supongo: todo el lomo ondula y se agita. Es inútil levantarse sobre los estribos para adaptarse al ritmo, porque no hay ritmo; hay que someterse simplemente a los sacudones despiadados y desiguales. La fatiga dorsal del novicio es abrumadora: el cuello se endurece, la cabeza duele como si se hubiera insolado. Y todo el tiempo, la obstinación del animal destruye los nervios; el trote degenera en paso, el paso en medio paso, a menos que uno fustigue a la bestia continuamente; "Mula, mula, mula. Echa, mula"; el monótono lamento incesante.

Y Palenque se alejaba constantemente como un espejismo; por otra parte, mi guía no había estado nunca en dicho lugar: lo único que podía hacer en esa vasta llanura era mantener un rumbo aproximado. El almacenero había dicho diez horas de viaje, y después de cuatro pensé que llegaría con facilidad; pero cuando nos detuvimos en una choza de indios a eso de las once de la mañana (a seis horas de Salto), y los oímos hablar como si todavía no hubiéramos hecho la mitad del camino, se me cayó el alma a los pies. Un par de chozas de juncos, como las de los nativos del África occidental, gallinas y pavos que se revolcaban en el polvo del suelo, una manada de perros y unas cuantas vacas inmóviles en el calor, debajo de algunos árboles espinosos; era mejor que nada, en medio de esa meseta pelada, y más tarde lamenté que no nos hubiéramos quedado a pasar la noche. Colgaron una hamaca de sogas; me bajé de la mula con inmensa dificultad. Las seis horas de viaje me habían dejado totalmente endurecido. Nos dieron tortillas — esos panqueques grasosos y secos que en Méjico acompañan todo alimento —, un huevo a cada uno, en una tacita de lata, y café, un café delicioso. Descansamos media hora, y luego seguimos. Seis horas más, le dije al guía con disimulada jovialidad, pero éste descartó la posibilidad. Seis horas... oh no, tal vez ocho. Esa gente no sabía de qué hablaba.

Desde ese momento no recuerdo prácticamente nada de la cabalgata hasta el final; sé que temía haberme insolado, tanto me dolía la cabeza; a momentos me quitaba el sombrero, para refrescarme, pero luego volvía a ponérmelo, atemorizado; recuerdo que hablaba al guía de las cantinas que habría en Palenque, y de toda la cerveza y la tequila que beberíamos. Recuerdo que mi guía se achicaba cada vez más a la distancia, mientras yo hostigaba mi mula — "mula, mula, echa mula" — hasta alcanzarlo con un trote que me deshacía el espinazo. Recuerdo que pasamos junto a un hombre que llevaba el correo, montado en un petizo que galopaba cómodamente, y dijo que había salido de Palenque por la noche. Y de pronto, en algún lugar de esa inmensa llanura que se desplegaba sin cesar, en un prado donde la hierba era más alta, la mula se sentó. El guía estaba muy adelante; sentí que no conseguiría jamás volver a montar esa mula; me senté en el pasto; traté de vomitar y quise llorar. El guía volvió y esperó pacientemente que yo volviera a montar la mula, pero no me parecía posible; tenía el cuerpo demasiado entumecido. Había una pequeña arboleda, algunos monos se agitaban inquietivamente; la mula volvió a levantarse y empezó a comer el pasto.

¿No podríamos quedarnos a pasar la noche en alguna parte, pregunté, en alguna choza, y seguir mañana? Pero el guía dijo que no había una sola choza hasta llegar a Palenque. Eran las dos de la tarde; hacía nueve horas que cabalgábamos, con un descanso de media hora; Palenque quedaba a unas cinco horas de distancia, decía el hombre. ¿No podíamos colgar las hamacas de los árboles, y dormir allí? Pero él no tenía hamaca, y además, no había nada de comer, y montones de mosquitos, tal vez algún leopardo. Creo que se refería a un leopardo — en Chiapas los llaman tigres —; recuerdo que el victoriano doctor Fitzpatrick se había encontrado con uno, en su cabalgata por estas montañas, plantado en medio del camino. Es bastante aterrador pensar que uno no puede seguir adelante, y que sin embargo no queda otro

remedio...

Volví a montar, agradeciendo a Dios el pomo grande del arzón mejicano, donde uno puede aferrarse con las dos manos cuando falla todo lo demás; nuevamente la cabalgata se sumió en la tiniebla; ya no hablaba tanto de la cantina, me murmuraba a mí mismo que no podía de ningún modo llegar, y empecé a odiar el aliño de mi guía, sus breeches blancos, casi groseros; para él ese viaje no era nada; montaba con la misma tranquilidad con que se habría sentado en un sillón. Y de pronto la mula volvió a sentarse; ya se había sentado cuatro veces, y serían las cinco de la tarde, porque el sol declinaba, cuando vimos un poco de humo que se arrastraba por encima de la cresta de una colina. "Palenque", dijo mi guía. No le creí, y fue una suerte, porque no era Palenque; sólo un incendio de campo, que tuvimos que eludir, porque las mulas se inquietaban con el humo. Llegamos a una zona arbolada, y el camino se bifurcó: de un lado, dijo el guía — no sé con qué autoridad, ya que era la primera vez que pasaba por allí — se iba a la finca del alemán; del otro lado a Palenque. ¿Cuál tomaríamos? Elegí Palenque; era más cerca y el alojamiento más seguro, sobre todo la posibilidad de beber algo. En realidad, no creía en la existencia del alemán y de su simpática hija, y cuando después de un cuarto de hora vimos que el camino salía directamente al otro sendero, creí menos que nunca. A medida que bajaba el sol, las moscas emergían más numerosas que nunca; no se molestaban en atacarme: enormes, gordas, zumbantes se precipitaban sobre el cuello de la mula y se hundían en él como dirigibles; se aferraban bien, y chupaban hasta hacer correr un hilito de sangre. Yo trataba de desalojarlas con mi palo, pero se limitaban a cambiar de lugar. El olor a sangre y a mula era nauseabundo. Uno se convertía al final en una especie de autómata, un manojito de carne y huesos sin cerebro.

Y de pronto emergió de unos árboles un grupito de jinetes, a la última luz del día, y nos informó: Palenque estaba a media hora apenas de distancia. El resto del camino transcurrió en la oscuridad, primero la oscuridad de la selva y luego la oscuridad de la noche. Así empezamos, y así terminamos. Las estrellas brillaban cuando salimos de la selva, y allí, en lo alto de una larga pendiente de césped que parecía un parque, vimos un pobre cementerio abandonado, cruces que se pudrían inclinadas y caídas entre las altas hierbas, detrás de una pared rota, y al pie de la pendiente algunas luces que se movían oscuramente hacia una colección de chozas de barro redondas, techadas con hojas de bananero, tan pobres como lo más pobre que vi jamás en el África. Atravesamos las chozas y llegamos a una calle larga y amplia de chozas más grandes — estas eran cuadradas, edificadas a un pie del suelo para evitar las hormigas, algunas techadas de lata — y en el extremo de la calle, sobre una pequeña elevación, una gran iglesia, sencilla y ruinosa.

Mi guía, al parecer, sabía donde podíamos conseguir comida, si no alojamiento: la choza de una mujer, donde vivía el maestro; mientras preparaban la comida salimos con las piernas duras como zancos en busca de esas bebidas que nos habíamos prometido durante todo el largo y caluroso día. Pero Palenque no era Salto; la cantina de Salto adquiriría en el recuerdo las proporciones y el lujo de un bar norteamericano. En el almacén cercano a la iglesia tenían solamente tres botellas de cerveza, una cerveza caliente, gaseosa, insatisfactoria. Después bebimos un vaso cada uno de una tequila muy nueva y muy poco fermentada; apenas tocó nuestra sed. Había dos almacenes; el otro estaba en la otra punta del pueblo. Nos dirigimos hacia allá, ayudándonos con las linternas, para enterarnos de que no vendían cerveza; lo único que pudimos conseguir fue agua mineral, coloreada de rosado y dulcificada por alguna sustancia química. Bebimos una botella cada uno, y yo me llevé otra conmigo para tomar mi quinina. No nos quedaba más remedio que tratar de aplacar la sed con café, incesantemente; excelente bebida, pero mala para los nervios.

El maestro de escuela era un joven rollizo, afable y mestizo, de modales clericales y pedantes, y manos suaves y regordetas: eso era lo que había conseguido el pueblo a cambio del cura. Su ayudante era distinto: alerta, interesado en su trabajo por el trabajo en sí y no por el prestigio que le confería, bueno con los niños; esto me parecía indudable. Después de comer, nos acompañó por la calle hasta su habitación, donde pasaríamos la noche. Era un cuartito en una choza de techo de lata, junto a la iglesia en ruinas, que ahora oficiaba de escuela. Insistió en que yo ocupara su cama; mi guía durmió en la hamaca, y nuestro huésped colgó de las gruesas vigas otra hamaca para él.

Creo que esa choza había sido en un tiempo un establo; ahora parecía dividida por unos delgados tabiques en tres partes. En una parte dormíamos en la otra unas criaturitas lloraron toda la noche, y detrás de mi cabeza, en la tercera, se oían los movimientos pausados y a intervalos, uniformes, las toses de las vacas. Dormí muy mal, vestido; tenía los pies acalambrosos y un poco de fiebre, a causa del sol. A eso de medianoche se oyó afuera el ruido de un caballo, y un golpe en la ancha puerta atrancada, una puerta de granero. Nadie se movió, hasta que se oyó una voz: "Con amistad", y entonces dejaron entrar al desconocido. Encendí mi linterna eléctrica; el hombre se movía pesadamente por el cuartito; colgó una hamaca, luego se quitó la pistolera y se acostó; traté de conciliar nuevamente el sueño. Me parecía que una voz de mujer me urgía constantemente a volver la cara hacia la pared, porque así estaría más cerca de Tabasco, del Atlántico, de mi patria. Me sentía descompuesto, pero al mismo tiempo demasiado fatigado para salir a vomitar. Las hamacas crujián, algo susurraba en el techo, y una criatura chillaba. No había la menor ventilación.

Visitando las ruinas

El destino me había conducido de algún modo hasta Palenque, y por lo tanto decidí que ya que estaba me convenía ir a ver las ruinas; pero fue una estupidez, pues de esa larga cabalgata y de esa noche febril, ir a verlas a la mañana siguiente. Y también fue una estupidez salir tan tarde, a las siete, porque ya eran casi las nueve y media cuando llegamos, y el sol tropical ardía. No era tanto la rigidez muscular lo que ahora me incomodaba; era una sensación de fiebre, una náusea incontenible, sin energías para vomitar; un deseo de acostarme y no volver a levantarme nunca más, una sed continua. Traté de conseguir un poco de agua mineral para el viaje, pero nuestras compras del día anterior habían limpiado ya los almacenes, y sin embargo, aunque ni me lo imaginaba, estaba en uno de esos pocos lugares de Méjico donde el agua es potable. En todas partes había manantiales; cuando ascendíamos por la selva espesa y calurosa, los veíamos centellear entre los árboles, caer en diminutos torrentes, extenderse, como un arroyo del Devonshire, sobre las piedras de algún pequeño claro. Pero no la bebía; me reducía a contemplar con enfermiza envidia las mulas que se hartaban de agua, temiendo que los arroyos estuvieran contaminados aguas arriba por el ganado, como si alguna especie de ganado pudiera vivir en esa selva espesa; pasamos junto al esqueleto blanqueado de alguien, al lado del sendero. Así inicia siempre uno sus viajes por los países 'desconocidos: tomando demasiadas precauciones, hasta cansarse del esfuerzo y abandonar sus cuidados en el peor de todos. Cómo odiaba a mi mula que bebía donde o quería beber, y masticaba todo el tiempo, como el dentista norteamericano, deteniéndose a cada paso de su censo por la montaña para arrancar un bocado de hierbas.

Nadie había abierto todavía en forma el camino a Palenque; a veces el guía tenía que abrirse paso con el machete, y al final el sendero subía con una pendiente vertiginosa; no puede haber sido menos de sesenta grados. Yo me sostenía del pomo y dejaba que la mula se las arreglara como pudiera; de todos modos, ya no me portaba nada. Y luego, por fin, a dos

horas y media del pueblo, aparecieron las ruinas.

Yo no estuve nunca en Chichen Itzá, pero juzgando por las fotografías, las ruinas de Yucatán son inconmensurablemente más majestuosas que las de Palenque, aunque supongo que si a uno le gusta la naturaleza salvaje, el paisaje de Palenque es más hermoso; sobre una gran meseta circular, en la mitad de la ladera de la montaña, entre la selva que desciende vertiginosamente de un lado hacia la llanura y asciende casi vertical del otro; en el claro propiamente dicho no hay más que unas cuantas chozas de indios, malezas y piedras y grandes amontonamientos de cascajo coronados por unas ruinas de un solo piso, de roca gris, tan gastadas por el tiempo que ya tienen formas de líquenes y parecen más vegetales que minerales. Y nada de sombra, en ninguna parte, hasta que uno se trepa por las empinadas pendientes que se desmoronan, y se inclina para entrar en los oscuros y frescos cuartitos como letrinas donde se han formado algunas estalactitas, y donde sobre algunas piedras hay ciertos arañazos tenues que ellos llaman jeroglíficos. Al principio uno no advierte más que uno de esos templos o palacios, ubicado en medio del claro sobre su pirámide, que al parecer no es mucho más impresionante que una granja de piedra en ruinas en las proximidades de Oxford; pero luego uno mira en torno, y esforzando la mirada, empiezan a surgir, emergiendo oscuramente de la jungla, tres, cuatro cinco, seis, no sé cuantas de esas roídas reliquias. No hay obras de restauración de ningún tipo, y uno las ve a punto de ser nuevamente devoradas por la selva; se asomaron un minuto, con sus viejas caras arrugadas, y pronto volverán a desaparecer.

Bueno, yo había dicho a todo el mundo que estaba en Chiapas para ver las ruinas, y ya las había visitado; pero no sentía ninguna urgencia por verlas, y tampoco tenía fuerzas para subirme a todas esas montañitas y mirar el interior de esas cámaras frías y viperinas; sólo vi dos. Pensé que estaba a punto de desmayarme; me senté en una piedra y miré en torno: árboles, solamente árboles, uno tras otro hasta donde se perdía la vista. No me parecía un país donde se pudiera vivir, con ese calor y esa desolación; era un país donde sólo se podía morir, y dejar ruinas tras sí. El año pasado, hubo más de doscientos terremotos en la ciudad de México... Uno contemplaba el futuro, mientras contemplaba el pasado.

De alguna manera conseguí bajar hasta el pie de la elevación, y vi que mi guía se alejaba con el indio que cuida el lugar hacia otro palacio; no pude seguirlos. Con un esfuerzo que me parecía espantoso, conseguí mover las piernas y me volví a las chozas de los indios; una especie de obstinación me desbordó en medio de la fiebre: no visitaría las ruinas, no volvería a Palenque, simplemente me acostaría y esperaría, esperaría un milagro. La choza indígena no tenía paredes; era simplemente un techado de ramas, con una o dos gallinas que rascaban el polvo, y una hamaca y un cajón. Me acosté de espaldas en la hamaca, y me quedé mirando el techo; afuera, según afirmaban las autoridades estaban el Templo de las Leyes, el Templo del Sol, el Templo de la Cruz de Palenque. Yo ya sabía dónde podían meterse todos sus templos... Y más lejos, todavía, estaba Inglaterra. No tenía ninguna realidad. En unas pocas semanas uno se acostumbra a la idea de vivir en los ambientes más extravagantes. El hombre posee una adaptabilidad aterradora.

Supongo que me quedé dormido, porque de pronto vi que el indio y el guía me contemplaban. Advertí que el guía estaba preocupado. Se sentía responsable, y eso no le gusta nada a ningún mejicano. Es como un miembro útil, nunca usado, del que se han habituado a prescindir. Dijeron que si me trasladaba a la otra choza me conseguirían un poco de café. Sentí que era una trampa. Si lograban que me moviera, podrían hacerme montar nuevamente en esa mula, y entonces se repetirían las dos horas y media de cabalgata hasta Palenque. Una hora había perdido todo sentido para mí; era como una cifra, que expresaba una cantidad demasiado grande para la comprensión. Muy desganadamente, muy lentamente, me arrastré

unos cuatro metros hasta otra choza abierta, y otra hamaca. Una joven indígena, con grandes aros de plata y rostro feliz y sensual empezó a preparar café de maíz; un líquido claro y gris como una bebida de abstemios, que no hace mal. Sin mayor esperanza, propuse al guía.

— ¿Por qué no quedarnos a dormir aquí?

Ya sabía qué me contestaría: los mosquitos; era una persona habituada a las comodidades. Volvió a evocar el sueño del alemán y su hija simpática; yo seguía tendido de espaldas, incrédulo. La finca, decía, estaba a poca distancia de Palenque. Iríamos al anochecer, con el fresco. Seguí bebiendo café de maíz, taza tras taza. Supongo que tendría algún efecto tonificante, porque recuerdo muy vagamente que de pronto pensé: "Oh, demonios, si tengo que enfermarme gravemente, da lo mismo que me enferme en el pueblo, donde este maldito guía no me molestará..." Me trepé a la mula, y una vez encima resultaba tan fácil seguir allí sentado — casi— como estar tendido en la hamaca; me reduje a aferrarme del pomo, y dejar que la mula se encargara de lo demás. Nos deslizamos lentamente hacia la llanura, resbalando en las raíces de los árboles. Yo estaba demasiado exhausto para sentir temor.

Y cuando de algún modo llegamos, me caí de la mula y me dirigí directamente a la hamaca del maestro y me acosté. Lo único que deseaba era no moverme. El maestro regordete y afable se sentó en el umbral y sostuvo una conversación filosófica con un campesino que pasaba.

—El sol es el origen de la vida — decía, señalando hacia arriba con un dedo.

Yo me sentía demasiado mal para pensar en ese momento en los maestros de escuela de Rivera, vestidos de níveo blanco, que alzando dedos episcopales bendecían a los niños con esta clase de conocimientos.

—Es verdad. Sin el sol dejaríamos de existir.

Yo seguía acostado, bebiendo taza tras taza de café; los maestros de escuela almorzaban, pero yo no podía comer; me limité a seguir tomando café, para expelerlo nuevamente en forma de sudor. El líquido no tenía tiempo de digerirse; reaparecía por los poros, mucho antes de llegar al estómago. Durante cuatro horas estuve bañado de sudor; era bastante parecido a la felicidad. Afuera, por la calle, no pasaba nadie; hacía demasiado calor para vivir. Sólo se oía el aleteo de uno o dos gavilanes, y el relincho de un caballo en los campos.

Visión del paraíso

La finca existía. Cuando el sol bajó, me dejé persuadir y volví a montar la mula; y allí, del otro lado de una faja de árboles, estaba la finca, a un cuarto de hora apenas de Palenque; frente a un prado inclinado y un arroyo con un puentecito roto, entre vacas que pastaban; mientras vadeábamos el río divisábamos los naranjos de la entrada; un tulipanero en flor, y un hombre y una mujer sentados uno al lado del otro en la galería, en mecedoras; era como estar en los Estados Unidos: la mujer tejía y el hombre leía el diario. Era como el cielo.

No había ninguna hija hermosa, aunque creo que alguna vez debió haberla, según una fotografía que vi en la sala (supongo que se habrá casado y se habrá ido), ero en cambio había estos dos hermanos ya maduros, de mesurada y no sorprendente amabilidad, una gran jarra de barro de agua fresca. con un cucharón al lado, una cama blanda con sábanas, y —lujo más asombroso que todos los demás — un arroyito claro y arenoso donde bañarse, mientras los pececillos nos mordisqueaban las tetillas. Y había ejemplares de la revista Time y de los diarios de Nueva York, atrasados un mes y medio, y después de cenar nos sentamos en la galería, en la oscuridad, y el tulipanero esparcía sus flores y se preparaba

para volver a florecer con el día. Sólo una marca de bala en el porche revelaba la falla de ese paraíso: estábamos en Méjico. Eso, y las garrapatas que descubrí firmemente metidas en mis brazos y muslos cuando me fui a la cama.

Pasé el día siguiente en casa de Herr R.; un baño a las seis en el arroyo, y otro a las cinco de la tarde, y si no hubiera sido por el calor, me habría sentido espléndidamente. Estaban lavándome la camisa, y no tenía más que una chaqueta de cuero, forrada de gamuza; el sudor fue continuo, durante todo el día; el cuero olía, y la gamuza se me pegaba a la piel. Como la mayor parte de los artículos mejicanos, era una especie de imitación. Durante la cena, la lámpara sobre la mesa daba un calor casi intolerable; el sudor goteaba en la comida. Y luego los cascarudos se trepaban al porche. No, después de todo no era el paraíso, pero contenía esta lección muy valiosa para el novicio: no tomar demasiado en serio las cosas, no hacer demasiado caso de las advertencias de los demás. Uno no puede vivir en un país, esperando constantemente los peores cataclismos; era mejor beber el agua, e ir descalzo a bañarse al arroyito, a pesar de las víboras. Felices los que pueden aprender esa lección: pude atenerme a ella durante un par de días, y luego la olvidé, y volvió la cautela, ese esperar lo peor de la naturaleza humana, así como se espera lo peor de las víboras; el tedioso y desesperanzado fracaso del amor.

El señor R. había salido de Alemania cuando niño. Su padre quería mandarlo a un colegio militar, y el muchacho le contestó: "Si me mandas, me escapo." Se había escapado; con la ayuda de un burgomaestre amigo había obtenido los papeles necesarios y había llegado a Norteamérica. No había regresado nunca más a Alemania. Había venido a Méjico como agente de varias firmas, y luego se había establecido en su propia finca. Por supuesto, había habido revoluciones; había perdido algunas cosechas y algún ganado en manos de los soldados, y una vez le habían disparado unos cuantos tiros, en la galería. Pero tomaba esas cosas con un buen humor seco, cínico y luterano; mantenía un nivel moral que nadie en el lugar ni en sueños pretendía mantener, y los atacaba con sus propias armas. Cuando los agraristas le pidieron tierras, se las dio, unos cincuenta acres estériles, que no podía mejorar por falta de medios, y así se ahorró algunos impuestos. Supongo que en un tiempo había existido esa hermosa hija (su mujer había muerto) y también había dos hijos que estudiaban en Las Casas. Decía que Las Casas era "una ciudad muy moral". Le prometí sacarlos a pasear en cuanto llegara: mi arribo a Las Casas coincidiría con la gran Fería de Primavera.

Mientras íbamos a pie hasta el correo del pueblo hablamos de Garrido y de la Iglesia. Aunque R. era luterano, no podía decir una sola palabra contra ninguno de los curas que había conocido en la región, en otros tiempos. Palenque no tenía medios para mantener un cura permanente, y los sacerdotes que venían a decir misa en los días de guardar, se alojaban habitualmente en la finca de R. Este sentía una honrada repugnancia luterana por sus dogmas, que lo inducía a cometer actos bastante curiosos. Una vez un cura estaba tan enfermo y tan desnutrido que R. insistió en que no dijera misa sin haberse desayunado previamente. Para lograrlo, mientras su huésped dormía, lo encerró en su habitación, pero cuando fue a llamarlo descubrió que el cura se había escapado por la ventana y estaba en la iglesia. Uno sentía que el sacerdocio mejicano había sabido mostrarse a la altura de las circunstancias, en ese acto cortés que revelaba el deseo de no molestar al dueño de casa. Otro cura, uno que a veces iba a Palenque, era un viejo amigo de Garrido. Era muy diestro en obras de mampostería de ladrillos, y Garrido le ofreció un salvoconducto para que viniera a Tabasco y se encargara de una construcción. Pero ni la amistad ni el salvoconducto lo salvaron; cuando terminó la obra, lo asesinaron, aunque posiblemente los partidarios de Garrido obraron por su cuenta y quizá

el dictador no tuviera ninguna participación en la muerte de su amigo.

Las actividades de Garrido no se detenían en fronteras. Mandaba a sus hombres a Chiapas, y aunque en este estado las iglesias todavía están en pie, grandes caparazones blancas como esos cráneos blanqueados por el sol que uno encuentra junto a los senderos de la selva, todavía subsisten sus señales en los interiores saqueados y en los techos destruidos. Organizó un auto de fe en el pueblo de Palenque, y R. asistió al mismo. La destrucción no fue cumplida por los mismos pobladores. Garrido ordenó que todo habitante de Montecristo, en Tabasco, que fuera dueño de un caballo, cabalara los cincuenta y seis kilómetros hasta Palenque y supervisara el atentado, amenazándolos con una multa de veinticinco pesos en caso de desertión. Y un pariente de Garrido llegó con su mujer en avión paya comprobar que la gente hacía lo que les habían ordenado. Sacaron las estatuas de la iglesia, mientras los habitantes contemplaban todo como ovejas, y veían cómo alentaban a sus propios hijos a destruir y hachar las imágenes, a cambio de dulces y caramelos.

Noche en la llanura

Al día siguiente partimos a las seis y media; los baños en el arroyito habían disipado la dureza de mis miembros, y ya no tenía fiebre, de modo que viajamos mucho más rápido que al venir de Salto. En menos de cinco horas llegamos a las chozas indígenas donde habíamos comido en el viaje de ida. Después de detenernos para tomar café seguimos unas tres leguas más — en Chiapas las distancias se miden siempre en leguas —. Esta vez habíamos decidido hacer el viaje en dos etapas. Poco antes de llegar, una ráfaga repentina de viento me levantó el casco, mi mano al aferrarlo hizo crujir el cartón, y la mula se asustó. Inmediatamente se desbocó, y durante el breve pero furioso galope consiguiente perdí mi único par de anteojos. Menciono esto porque quizá la fatiga visual haya sido una de las causas de mi depresión creciente, el odio casi patológico que empecé a sentir hacia Méjico. En realidad, cuando trato de recordar esos días, los veo a las luz deformante de los encuentros casuales, de las pequeñas privaciones, de la falta de familiaridad, y ya no puedo imaginarme por qué en esa época me parecieron tan lúgubres y desesperantes.

La vieja india (no se puede medir la edad de los pobres en años: quizá no hubiera pasado los cuarenta) tenía la cara tostada y contraída, y el cabello seco como la cabeza momificada del local de San Antonio. Nos ofreció un mal café de maíz, y una fuente de gallina dura, que comimos con los dedos. Me quedé toda la tarde y después de la caída del sol en mi hamaca, colgada bajo la galería de fibras de palmera, meciéndome para crear una leve corriente de aire, contemplando fijamente un árbol amarillo en flor, y el borde de la selva, y la monótona llanura estéril que se extendía hacia Salto, alejando con un palo los cerdos y los pavos que venían a escarbar el polvo bajo mis piernas. Temía la noche. Para empezar, temía los mosquitos en campo abierto, y aunque disponía de mi mosquitero, carecía de coraje moral para oponerme a la opinión de los habitantes del lugar, que decían que no había absolutamente ningún mosquito. Y por otra parte, temía irracionalmente, pero con profundo temor supersticioso, los movimientos de los animales en la oscuridad; los magros cerdos, con sus hocicos puntiagudos de tapir, como los primitivos antepasados del cerdo inglés, las gallinas, sobre todo los pavos, esas horribles cabezas de Dalí, con esas papadas surrealistas de piel purpúrea, que debían echar a un lado para descubrirse el pico o los ojos. ¿Suponiendo que cuando cayera la noche decidieran refugiarse en mi hamaca? Cuando se trata de aves pierdo la razón, siento pánico. El pavo abría su cola, un raído abanico victoriano con las ballenas rotas, y silbaba con orgullo y odio de resentido, como un viejo y maligno pashá impotente. Uno se preguntaba qué parásitos pulularían bajo esas capas polvorientas de plumas negras. Los animales domésticos parecen

reflejar la prosperidad de sus dueños; sólo el granjero próspero posee esas aves y esos cerdos regordetes, afables, y convivientes; en cambio estos famélicos tapires escarbadores y esos pavos pertenecen a personas que viven al borde mismo de la subsistencia.

Y luego apareció una tormenta, que chisporroteaba por el horizonte sobre la tarde sofocante. Se desplazó en un círculo, inquietando a los animales. Aparecía precipitadamente a un costado de la choza; los pavos no podían quedarse quietos; corrían y silbaban y alzaban sus voces horribles e inquietas. Yo seguía tendido en la hamaca, y pensaba con nostalgia en Nueva York; el Rockefeller Plaza se erguía en estalagmitas de acero hacia un cielo frío; los patinadores giraban sobre el hielo en la pequeña pista cuadrada bajo las estrellas; recordaba el té en el Waldorf, los platitos con cerezas y palitos de cinamomo. Esto no parecía ser el mismo mundo. Lancé un golpe furioso contra un hocico puntiagudo.

Puntualmente, un poco antes del ocaso, las gallinas se recogieron en las ramas de un aromo. Los pavos se quedaron levantados un rato más, hasta que cayó la oscuridad, y luego se treparon con dificultad al árbol repleto. Dos criaturas encendieron un fuego en el otro extremo de un sendero que se alejaba hacia la selva, y luego golpearon el suelo con ramas encendidas. ¿Por qué? Quizá para alejar a los espíritus de los muertos, quizá para impedir el paso de los animales de presa de la jungla. Las chispas iluminaban el aromo con sus extraños frutos oscuros y emplumados. En alguna parte de la llanura ardía también un gran fuego; quemaban los matorrales para la cosecha próxima, y el relámpago aparecía al borde del horizonte; toda la noche estaba llena de llamas y de oscuridad. Empezaron a caer algunas gotas grandes y aisladas.

A las dos, todos dormían, salvo los cerdos y yo; seguían moviéndose inquietamente alrededor de la choza. Luego se oyó el galope de unos caballos por la llanura; éste es el atractivo romántico del campo mejicano, el desconocido armado que viaja de noche, y que puede ser un amigo o un enemigo. Cerraron con tranca la puerta de la cabaña. Un caballo resoplo, se oyó el tintineo de las espuelas de acero: cuando alumbró el relámpago, pude ver cuatro caballos, y un hombre que se apeaba. Avanzó tanteando hasta la galería, y golpeó la puerta: "Con amistad." El peso de la pistola le tiraba el cinturón hacia abajo. Parecía ser el que los dirigía: los otros tres se apearon y desensillaron los caballos, y durante un instante el tiempo se invirtió y me pareció asistir a una aventura stevensoniana.

La noche volvió a llenarse de rumores; los pavos se dejaron caer del árbol, silbaron y cloquearon; los dueños de casa encendieron las velas y sirvieron café. Hablaban de política, incomprensiblemente; colgaron hamacas. El hombre parecía poner ciertas objeciones ante la pistola del desconocido. Se enrolló el pantalón para mostrar unas cicatrices de bala en la pierna. El desconocido rió, se sacó el cinturón, y lo arrojó en su hamaca; las caras barbudas y arrogantes brillaban a la luz de las bujías. Mi guía seguía durmiendo; luego los demás lo imitaron. El que los dirigía se había hecho una cama sobre la mesa, y — más sensato que yo — se había envuelto en un mosquitero; los otros se envolvieron en sus sarapes y se tendieron en el suelo.

Y de pronto estalló la tormenta sobre nosotros, aterradora. El rayo caía a menos de cien varas de la casa; un ternero atado aparecía iluminado cada treinta segundos, más o menos, hasta que me aburrí de verlo. La noche era terriblemente fría, y la lluvia caía a baldes en la galería, mojándome la hamaca. Me puse la chaqueta de cuero, pero no tenía impermeable; me entré más hacia la pared, tratando de esquivar a los hombres acostados en el suelo; las gallinas dormían en el aromo. Yo estaba empapado y asustado. Me dije un ave maría y empecé a temblar de frío. ¿Por qué me asustaba esta tormenta y no me había asustado la de San Luis? Supongo que el amor a la vida, que periódicamente se aleja de los hombres, volvía en esos

momentos; como el deseo sexual, es cíclico. Por fin cesó la lluvia, y el relámpago se desplazó un poco más allá. Volví a la hamaca mojada y dormité hasta las cuatro. Soñé que había vuelto de Méjico a Brighton, por un día, y que luego tenía que partir inmediatamente para Veracruz. Como si Méjico fuera algo que no podía desprender de mí, un estado mental.

CAPITULO VIII

UNA ALDEA EN CHIAPAS

La exilada

A las cuatro y media desperté a mi guía; ensilló las mulas a la luz de una linterna eléctrica. Nuestros movimientos despertaron a los desconocidos y también ellos empezaron a ensillar sus cabalgaduras. Partimos a las cinco y diez; yo me sentía cansado y entumecido, y pronto los otros nos alcanzaron y siguieron un rato a nuestro lado; pero yo no podía mantener el paso (una mula contra un caballo) y nos quedamos atrás. Era un día frío y tético, de llovizna y neblina. Me pareció transcurrir una eternidad hasta que llegamos a las plantaciones de bananas; luego el río, el cruce en canoa... la bobina un poco enredada que se desenrollaba en sentido inverso. Poco antes de las nueve entramos en Salto, y para lucirme me permití un breve trote. En esta aldea mísera y sin vida, uno tenía la sensación de volver al hogar. Juré — en vano — que nunca volvería a montar en mula, mientras pudiera viajar de otro modo.

Las cosas cambian constantemente, sin embargo; la gente se muda y se va; aun en las aldeas más remotas y familiares, uno se decepciona, descubre cambios. También aquí; era como si hubiera estado ausente un año, en vez de cuatro días. La noche anterior había tenido lugar en mi alojamiento el casamiento de una hija; habían derribado todos los tabiques, y el cuarto donde yo dormía ya no existía; en su lugar había esqueletos llenos de botellas vacías de "gaseosa". Me cambié y fui a la cantina; estaba decidido a entregarme a la orgía soñada en Palenque. Bebí dos botellas de naranjada, y me sentí realmente muy descompuesto. Por lo tanto, escuché con satisfacción las excusas del almacenero. No había podido encontrar un guía que me llevara a Yajalón, esa aldea al pie de las montañas que era la primera etapa del viaje a Las Casas; al parecer, era la época mala del año; ya habían bajado todo el café de las montañas, y las mulas se habían vuelto. Pero por una suerte muy extraordinaria, esa misma tarde salía un aeroplano; debía de haber salido el día antes, de paso de Villahermosa, pero no había podido seguir viaje a causa de las nubes bajas; era dudoso que pudiera salir hoy. ¿Cuándo debía partir? A la una. Miré la línea de montañas detrás de Salto: las nubes se paseaban por la mitad de la ladera, y la llovizna caía continuamente. No parecía haber muchas esperanzas.

Almorcé temprano con el dueño de la casa donde me alojaba, su hija, y el novio, un individuo maduro, sin afeitar, de mala dentadura. El dueño de casa tenía un aire de tranquila dignidad, como un traje que se hubiera puesto durante mi ausencia; el almuerzo trascurrió decorosamente, con discreta jovialidad. Eran solamente las once, y mientras la novia buscaba el revólver de su prometido, me fui por la calle hacia la orilla del río, para pasar el tiempo de algún modo. En el pequeño campo de aterrizaje había un diminuto avión escarlata, y con ansiedad vi que el piloto hacía girar la hélice. Corrí en busca de una canoa, mandé buscar mi equipaje, y crucé precipitadamente el río; del otro lado me encontré con mi amigo Ortega. Pero también él había cambiado; tenía la nariz cubierta de tira emplástica, y en su cara se veían cicatrices frescas. Había probado un avión en Villahermosa, y el motor había fallado.

—Era un avión inglés — agregó con amable burla. Había otro pasajero para Yajalón, el señor Gómez, el almacenero principal del pueblo, para el cual me habían dado en la compañía de aviación una carta de recomendación. El aeroplano debía partir a la una, pero el pobre hombre todavía no había aparecido.

—Lo esperamos cinco minutos más — dijo Ortega —, y si no viene nos vamos.

Las nubes impedían ver la cima de la cadena de montañas.

—No sé si podremos pasar — dijo —, pero de todos modos iremos a dar una vuelta por ahí y ver qué pasa.

Llegó mi valija, y trepamos al estrecho avioncito; había apenas lugar para cuatro pasajeros.

—Si no podemos pasar — dijo — tendremos que volver.

El río descendió como un cuchillo, e inmediatamente fué cubierto por una nube de llovizna; se desplegó ante nosotros un magnífico paisaje de rocas y selvas y picos escarpados; las nubes bajas se abrían en los lugares más apropiados, y nos dejaban pasar; a la derecha, sobre la ladera de una montaña, había una nube de tormenta negra como tinta, como una amenaza. Ascendimos a unos tres mil cuatrocientos pies, y por encima de la hélice seguían apareciendo las montañas; no volábamos sobre ellas, sino entre ellas; a cada lado se erguían largas pendientes rocosas; el mundo se inclinaba en torno nuestro, como si nos sumergiéramos.

—Ya pasamos — me gritó en el oído.

Descendimos a los sacudones hacia una iglesia blanca en una pequeña meseta, completamente rodeada de montañas; parecíamos una bola de billar que caía en una bolsa. Aterrizamos muy bruscamente; Ortega tironeaba de la barra de control; cuando nos detuvimos, me dijo que no funcionaba bien, que había creído que tendríamos que volver a Villahermosa. Me alegró que no me lo hubiera dicho antes de salir. Y ahora, hablemos de la señora noruega... Un muchacho se hizo cargo de mi valija, y me mostró el camino; una gran iglesia cuadrada, desmantelada y clausurada, hierbas que crecían en los campanarios, donde se posaban los gavilanes; café puesto a secar a lo largo de todas las aceras de piedra de la plaza, como pedregullo amarillo; una callejuela de cantos redondos, entre casas blancas con galería, y las montañas al final de todo. El aire, después de Salto, parecía aun a mediodía deliciosamente fresco; la aldea estaba a dos mil pies de altura; desde Orizaba, no había pasado por un lugar tan elevado. Después de entrar por una puerta abierta en una de las casitas blancas me topé de pronto con una mujer alta y trágica, de hermosas facciones demacradas y boca extrañamente torcida — como una expresión de tormento — que hablaba rápidamente en español. Se interrumpió y me miró fijamente. Le pregunté, bastante estúpidamente, si podía recomendarme un hotel.

Por supuesto, en Yajalón no había hotel, pero se podía conseguir alojamiento — a veces — en casa de un tal señor López. Ordenó a sus hijas que me acompañaran, dos niñas rubias y delgadas, de catorce y once años, asombrosamente hermosas en un país donde uno se aburre de ver cabellos negros y aceitosos y ojos oscuros y sentimentales. La mayor me consideró antipático apenas me vio; yo era el forastero que interrumpía su estrecha vida familiar con mis exigencias de alojamiento, de conversación, de compañía. Ambas sabían hablar en español, y en un dialecto indígena — camacho, creo —, y algunas palabras de inglés. Conseguí una habitación: una cama de tablones en un almacén; detrás del mostrador había algunos paquetes de velas, algunas latas vacías, algunos sombreros de paja. Tenía que pagar dos pesos por día incluida la comida.

A la hora del té fui a visitar a Fru R. Había preparado café y una torta y bebimos incesantemente bajo el porche del patio, donde hacía secar su café. Una máquina separadora de granos zumbaba en un galpón, como una cosechadora en un otoño inglés. Durante una semana entera esa sería mi rutina diaria: el momento que esperaba desde el instante del

despertar. De algún modo tenía que pasar el día hasta las cinco, y luego todo iba bien durante unas dos horas. Era una amabilidad que no se podía pagar adecuadamente.

Pobre señora, su situación parecía bastante trágica. Tanto ella como su marido eran noruegos de nacimiento, y habían emigrado a los Estados Unidos en busca de trabajo. Su marido había comprado una plantación de café en las montañas cercanas a Yajalón, y allí habían prosperado, modestamente; habían vivido felices hasta que murió su hija mayor, y luego su marido, y su compadre le había robado todos sus ahorros mientras su marido agonizaba (el compadre es el padrino de los hijos, parentesco espiritual que en Méjico es considerado un vínculo muy fuerte). No le quedó prácticamente nada de dinero, sólo sus dos hijas y sus dos hijos. Habían enviado a los varones a los Estados Unidos, para que se educaran junto a la abuela; hacía cuatro años que no los veía, y era probable que nos les vería durante muchos años más. Se dedicaba a separar y secar café en grano, y con eso conseguía el dinero suficiente para pagarles los estudios secundarios; y uno de los hijos había entrado en un colegio de agricultura y pronto podría trabajar. Su sueño era que algún día ganara suficiente dinero para ir a buscarlas y llevárselas de una vez para siempre lejos de Méjico. Ella misma había enseñado las letras a sus hijas; la menor estaba aprendiendo "La Carga de la Brigada Ligera"; recibía sus lecciones por correo, desde los Estados Unidos, y periódicamente daba examen en la salita penumbrosa. Mientras tanto, la mayor crecía; dentro de un año ya estaría en edad de casarse, según la costumbre mejicana; es difícil imaginarse los sufrimientos y las preocupaciones de esta madre.

Era luterana, como mi huésped anterior, el alemán de Palenque, pero también ella había visto con malos ojos, el saqueo de la iglesia. Como en Palenque, habían venido unos hombres a caballo, que no eran de allí; el auto de fe había sido organizado por los hombres del gobierno, en Tuxtla. Habían quemado los santos y las estatuas. Había un gran ángel dorado... los aldeanos lloraban cuando lo quemaron. Allí todos eran católicos... salvo el maestro de escuela, con quien me encontraría en mi casa. Como todos los maestros de escuela de ahora, era un político. La noche anterior había habido una fiesta en la escuela, y el maestro había pronunciado un discurso apasionado sobre las expropiaciones del petróleo (las cuestiones de gobierno, que no habían cruzado todavía la llanura ardiente que las separaba de Palenque, ya me habían alcanzado aquí; pronto volvería a oír hablar de ellas). Había aconsejado al pueblo: "Eliminen a los gringos", y por supuesto, sentada en un banco del fondo, la señora lo había oído sabiendo que era la única gringa del pueblo, exceptuando un alemán que tenía un pequeño almacén y sacaba fotografías.

Le pregunté si aquí en Chiapas no había esperanzas de cambio (en Tabasco había encontrado una carencia tal de esperanzas en el ambiente), y le oí mencionar por primera vez el sueño bastante imposible que alienta a tanta gente de Chiapas: la esperanza de un levantamiento que separaría los estados de Chiapas, Tabasco, Yucatán y Quintana Roo del resto de Méjico y de una alianza en Guatemala, país católico. Todos los proyectos contra el gobierno de Méjico se confunden de algún modo con este sueño, hasta el punto de que esta dama hablaba como si Cedillo lo apoyara, y mencionaba a un general católico, Pineda, de quien oiría hablar más aún en Las Casas. Dijo que de noche introducían armas alemanas por la frontera de Guatemala, y que un aviador alemán las escondía en las montañas.

Volví a oscuras a mi hotel; en las aldeas mejicanas las calles no están iluminadas, y la oscuridad cae muy temprano y las noches son muy largas. Durante la cena vi por primera vez a mis vecinos de alojamiento; comimos en una mesa colocada en la galería, a la luz de una lámpara a kerosene; un maestro de escuela mestizo, grueso, de dientes muy blancos, con un aire de monótona cordialidad (y una palabra obscena en inglés que repetía, muy divertido, día

tras día) ; su mujer, embarazada, y su hijito de un año y medio, que iba y venía por el piso de la sala todas las mañanas, amonestando con los modales de su padre a la niñera que ocupaba con ellos una habitación contigua a la sala. Y había otros que sólo aparecían a la hora de comer; unos cuantos hombres cordiales y de cabello gris, un matrimonio joven, con una criatura, y un empleado que llegué a odiar, un mestizo de patillas rizadas, con un colmillo amarillo a cada lado de la boca. Su hilaridad era espantosa, y se reía como relinchando, mostrando las encías desdentadas. Usaba una camisa deportiva blanca, abierta en el pecho, y solía rascarse metiendo la mano por la abertura. La primera noche yo no sabía que tendría que quedarme en la aldea durante una semana entera; decían que tres días después saldría el avión para Las Casas; no podía prever hasta qué punto llegarían a serme familiares esas caras, que luego encontraría en todas partes adonde iba; el mestizo sentado frente a su máquina de escribir en la Presidencia, que alzaba la vista y mostraba los colmillos cada vez que yo pasaba; uno de los hombres de cabello gris que me saludaba con la mano desde la puerta de una casa; la voz poderosa y opulenta del maestro, que desde el aula inundaba toda la plaza, y el joven esposo que frenaba su caballo junto a la cantina. Uno tenía la sensación de estar constantemente vigilado.

No tenía absolutamente nada que hacer después de la cena, después de la gárgara ritual con el jarrito de lata y la escupida en el piso sucio; me reducía a mirar a los hombres que jugaban al rummy o me quedaba sentado en una mecedora en la sala, admirando a sus esposas y sus hijos. Un niño indígena de las montañas, que no pertenecía a nadie en particular, se sentaba en cuclillas en el umbral, contemplando atónito la civilización: el cuarto cuadrado con piso de baldosas y todas las sillas dispuestas contra la pared, y las paredes donde colgaban grandes fotografías de familia y monstruosos regalos de casamiento y claveles bordados de seda escarlata. Contra las paredes, en orden de sucesión, había un cajón, una máquina de coser, un sofá de madera, tres sillas duras, dos mecedoras, una mesa con una radio que no funcionaba, un gramófono y dos lámparas a kerosene. Aquí y allá colgaban adornos de terciopelo lila, anaranjado y blanco; y en la puerta, la carita del indiecito observaba con asombro toda esa magnificencia. Me acostaba, trataba de sacarme las garrapatas, cazaba una pulga, y me quedaba tendido a la luz de la vela, escuchando las corridas de las ratas por el techo. Me invadía una sensación de repugnancia; Las Casas, esa ciudad "moral", esa ciudad "muy católica", me parecía una promesa de limpieza. Bueno, pensaba yo, sólo dos días más de esto, y luego el avión y unas pocas horas de vuelo, y ya estoy, a tiempo para la Semana Santa y la Feria de Primavera.

¡Ay de Troya!

Pero por la mañana, naturalmente, la existencia del avión resultó mucho menos evidente. El señor Gómez no estaba en su negocio — acaso no lo habíamos dejado atrás en Salto —, y su hijo, un muchacho atildado y mogólico, no prometía nada concreto. "Probablemente el avión llegaría el miércoles, pero no se animaba a recibir el dinero del pasaje; con la compañía de Serrabia, de Tuxtla, no se podía estar seguro. A veces se atrasaba una semana, a veces una quincena.

Nada que hacer durante el día entero, hasta la caída del sol, salvo beber una cerveza pálida de imitación en la cantina — la cerveza verdadera era todavía tan cara como en Tabasco — y comer chocolate, el chocolate Wong, casi el único tipo de chocolate que se consigue en Méjico, el país del chocolate, una pobre e insípida imitación de los chocolates ingleses y suizos. Nada que hacer, salvo contemplar las casas bajas y encaladas y las nubes que pasaban casi imperceptiblemente sobre las montañas. Sobre las puertas cerradas se veían cañas atadas en cruz (¿algún símbolo religioso?) y en otras colgaban unas bolsas negras al revés

(¿superstición?). Los indios, con algunos pelos ralos en el bigote y en la barbilla, y caras tristes y reservadas, descendían de las montañas, cruzando por los puentecitos, y entraban en Yajalón, desnudos hasta la cintura, con sus sombreros de paja en punta, de aspecto oriental, encorvados bajo el peso de unas enormes canastas sostenidas con una correa que les pasaba por la frente; se arrastran lentamente con sus báculos pastorales hasta sentarse en cuclillas en las aceras de las calles, que aun en esta aldea se llamaban absurdamente Cinco de Mayo y Madero, para comer bananas que sacaban de una alforja. El maestro solía sentarse a mi lado en la sala, muy ancho y cordial y socialista y optimista, y relatarme como los españoles habían oprimido a los indios, tratándolos como "simples bestias de carga", y mientras me hablaba pasaba ante nosotros la triste y paciente procesión, hombres y mujeres, exactamente como lo había hecho durante siglos. Y después, una vez libres de sus cargas, venían a espiar el interior de la sala, como perros, ya que su ignorancia del español les impedía comunicarse. Habían echado a los curas, que generalmente aprendían los dialectos indígenas y servían de intérpretes entre una aldea y otra, y se interesaban por ellos como por cualquier ser humano. En cuanto al maestro, sus grandes ojos negros estaban llenos de compasión, hablaba con piedad del pasado indígena, pero no conocía ningún dialecto. Se dice que cuando el año es malo los indios se mueren de hambre a centenares, pero nadie lo sabe; se retiran como animales heridos a la selva y a las montañas, y comen frutas salvajes, tratando de resistir mientras pueden, pero sin buscar la compasión de nadie. Y en las montañas, como pude ver más tarde, tienen lo que la gente de Yajalón no posee, sus cruces, sus lugares de adoración; el cristianismo existe allí como ellos mismos, salvaje, aislado e incomprensible. Después del almuerzo el maestro tocaba la guitarra, cantando melosas canciones sentimentales, "Tengo una rosa en mi campo", mientras el sol abrumador aplastaba a los pobres descastados. En la letrina, al fondo del patio, algún alemán había escrito con letra cuidadosa y complacida unas líneas sobre "Wein, Weib und Gesang".

Y finalmente caía la tarde, y llegaban las sucesivas tazas de café en casa de Fru R., y las tristes conversaciones del ocaso. De algún modo, empezábamos a hablar, de parásitos; tal vez yo había mencionado los vientres hinchados de los niños mejicanos. Me dijo que su propia hija se había hinchado tanto una vez que apenas podía abrocharse el vestido, y le dio una purga y echó veinte gusanos; algunos medían cuarenta y cinco centímetros de largo. Sus hijas, siguió diciendo, hablando con ligereza de la inevitable enfermedad, siempre eran muy duras de vientre: pocas veces evacuaban más de seis gusanos por vez. Era como si la tumba, la tierra, empezara su obra antes de tiempo. Luego llegó el maestro y un amigo suyo, y la conversación se volvió cautelosa y poco interesante. Cuando cerró la noche, vimos flamear algunas llamas en la ladera de la montaña; quemaban los matorrales para plantar maíz. El maestro empezó a quejarse inesperadamente, porque los padres ya no sentían una verdadera responsabilidad por sus hijos, mientras recorría con la mirada la aldea de donde habían desterrado a Dios.

Esa noche hizo mucho frío, y las ratas se quedaron más tranquilas; me acosté con camiseta, calzoncillos de lana y pantalones, y también me puse la chaqueta de cuero; sin embargo, tenía frío. Soñé que visitaba una exposición de arte, para comprar un regalo a mi mujer. Yo había marcado en el catálogo "Las Troyanas", pero resultó que no era un cuadro, sino un objeto surrealista de goma negra, parecido a un aspirador de polvo, que se desplazaba sobre ruedas por el piso y decía "¡Ay de Troya!"

Elizabeth Bowen y la rata

Al día siguiente, seguían sin noticias del avión. Lo esperaban. Por lo tanto, había esperanzas. Bebiendo cerveza barata, comprando chocolate, paseándome por las dos calles paralelas, leyendo a Cobbett en la cama, conseguí pasar de algún modo el día; Cobbett

describía Tenterden, el más inglés de los mercados rurales: "Consiste en una calle que en algunos lugares tiene más de doscientos pies de ancho. De un lado de la calle las casas tienen un jardín al frente, de veinte a setenta pies de

186

profundidad. La ciudad está situada en una colina; la tarde era muy hermosa y justamente cuando ascendí la colina y entré en la calle la gente acababa de salir de la iglesia y volvía a sus casas. Era un hermoso espectáculo. La gente mal vestida no va a la iglesia. En resumen, vi ante mí expuesta toda la vestimenta y la belleza de la ciudad; y también vi muchas, muchísimas jóvenes bonitas; y además las vi con sus mejores galas." Por la puerta abierta, veía pasar a los indios bajo el sol insoportable. Ya me parecía conocer todo. Era como si hubiera vivido un año en ese lugar. No había en todo este país nada tan hermoso como una aldea inglesa, pero por otra parte la belleza sólo es una emoción del observador, y tal vez para alguien esas selvas y esas barrancas, esos indios reservados y suaves, esos hatos de mula que descendían de la colina podían producir una sensación de belleza. Yo sentía en mí algo que andaba mal; el cansancio y la preocupación y la nostalgia del hogar pueden volver de piedra el corazón, tan fácilmente como la crueldad, el pecado, los actos violentos, el repudio de Dios.

Esa tarde la dama noruega me pareció más demacrada que nunca, más distraída, más dada a los arrebatos de risa histérica, con los ojos más desmesuradamente abiertos. Una vez, me dijo, había estado en un salón de belleza norteamericano — los horribles e inimaginables cambios que la vida impone a nuestro destino —, y la forma extraña de su boca se debía a una intoxicación ptomaínica que la había paralizado en Ya-jalón durante ocho meses. Revisando sus estantes de libros medio arruinados por el clima tropical, encontré con alegría un ejemplar de *El Hotel de Elizabeth Bowen*, la única novela de dicha escritora que no había leído. Al parecer, el señor R. había pertenecido al "Club del Libro del Mes" de los Estados Unidos (nunca creí que bendeciría la existencia de semejantes clubes). Por lo tanto, me llevé el libro conmigo, y casi pisé una rata en la calle a oscuras; se deslizó bajo mis pies, como un conejo.

Mientras estaba sentado en la sala, después de comer, vi otra rata, negra, pequeña y alargada, que corrió por la pared como un lagarto y se metió por la puerta abierta de mi cuarto. No podía hacer nada para sacarla. Entré en la pieza y cerré la puerta; era mejor tener una sola rata conocida, que toda una familia, porque de noche las oía perseguirse por la sala. Las ratas me asustan, y pasé una noche absurda y horrible, con una vela pegada con cera a la silla, y el coñac que había traído de Veracruz (un verdadero veneno), leyendo el libro de Elizabeth Bowen y tratando de no pensar en la rata que se movía descontenta en la sombra. En la sala las oía saltar a las sillas y caerse de las mismas. Mi segunda vela me duró hasta las dos, más o menos, y luego encendí otra; pero Elizabeth Bowen era mejor que las velas y que el mal coñac. Describía un mundo familiar y reconocible, y su mundo, el mundo marchito de solteronas y de ingleses en un hotel italiano, imponía su ácida realidad. La rata, el coñac y la vela, la cama de tabloncillos en pleno estado de Chiapas no podían competir; la rata cesó de fastidiarme; no eran reales, eran fantásticos; ¿quién podía creer en ellos? Por fin me quedé dormido, y me encontré en una gran casa de estilo georgiano, rodeada por hierbas crecidas y descuidadas. Una dama llamada Madame Talleoni iba a abrir una escuela, pero cómo hacerlo si su pájaro favorito estaba suelto, y locamente furioso; un animal seco y tendinoso, con la anatomía de un pavo o de un pavo real, o un gavián. "El no tiene la culpa", decía la señora. "Me lo mandaron en una caja sin zapatos."

Bautismo en masa

Pero la noche siguiente no fue tan buena; sólo tenía Kristin Lavransdatter para luchar con las ratas. El aeroplano, por supuesto, no había llegado. Decían que llegaría al día siguiente, pero como no querían recibir el dinero del pasaje, yo temía lo peor. El pedestre relato de la Noruega medieval no era tan real como Chiapas, aunque me recordaba un poco a Méjico con sus arrebatos de violencia y su vida dura e indiferente. Recordé el relato que el alemán me había contado de sus hijos: habían ido a la selva cerca de Palenque, a matar un ciervo, y uno de ellos, al golpear el cuerpo con el machete, sintió que la hoja se resbalaba y se metía en la pierna de su hermano. Se las arregló como pudo para volver a caballo a su casa, y luego la larga espera del médico de Montecristo, que no llegó hasta la madrugada, porque se había perdido en el bosque. Esa era la vida de las sagas.

A la hora del café en casa de Fru R., ésta me contó que un cura había llegado subrepticamente a Yajalón el mes pasado; venía del sur. Había pasado la noche en casa del señor López, que era un católico ferviente, y había procedido a una especie de bautismo en masa de varios centenares de niños, incluyendo al hijo del alcalde, a dos pesos por cabeza. Fru R., que ofició de madrina de algunos de los niños, asistió al acto, y vio que una mujer se volvía, porque le faltaban cincuenta centavos, y le habían dicho que fuera a buscar el resto. Es un poco deprimente el hecho de que la persecución no produzca necesariamente una multiplicación de padres Pro. Los escasos sacerdotes que quedaban en Chiapas no obedecían a superior alguno; el obispo había sido desterrado; no había a quién apelar contra la corrupción de los sacerdotes, y ¿quién puede juzgar la tentación de un cura que se ve obligado a vivir en un estado sin Dios, contemplando cómo el mundo y la carne triunfan groseramente entre los petulantes pistoleros haraganes de Tuxtla, la tentación de juntar el dinero que se pueda, mientras se pueda? En cualquier momento vendrían a encarcelarlo, o a desterrarlo y sumarlo a la legión de curas medio muertos de hambre de la capital de Méjico, donde lo único que podía esperar era una buena muerte.

Durante el día, un hato de mulas trajo el correo, con el mensaje del presidente a su pueblo. Lo pegaron en la pared, y el mestizo lo leyó en voz alta — con gran elocuencia — adelante de toda la población. Desde ese momento, ya no conseguí eludir la cuestión petrolera. Por suerte, yo había llegado antes que el mensaje; ni siquiera un mejicano podía cambiar tan pronto de idea y empezar a considerarse como el Enemigo. Para eso tuve que esperar hasta Las Casas. Pero era imposible no admirar la organización que había permitido que el mensaje fuera impreso, llegara a Tabasco en el Ruiz Cano (que partió al día siguiente del decreto de expropiación), y penetrara aún en esta olvidada región del norte de Chiapas tan rápidamente.

Nacimiento profano

Al día siguiente, por supuesto, ni rastros de avión. Yo había llegado el domingo y ya era jueves. El telegrama de Tuxtla decía que el avión llegaría el sábado. La semana próxima era Semana Santa, y yo me había propuesto pasarla en Las Casas, ciudad católica, para ver cómo la festejaban en un lugar donde las iglesias todavía estaban abiertas — así me habían dicho —, pero donde no se permitía que los curas entraran en ellas. El viernes salía el correo, y si les sobraba una mula resultaría la manera más barata de llegar a Las Casas, pero al mismo tiempo era un viaje inefablemente lento: por lo menos demoraría cuatro o cinco días. Fui a ver al joven Gómez y le pregunté si no podía encontrarme un guía y dos mulas, para hacer el viaje en tres días. Dijo que haría lo posible, y nuevamente tuve que soportar otro largo día: cerveza falsificada en la cantina, el paseo hasta los aledaños del pueblo, hasta la barranca casi seca donde las mujeres lavaban la ropa, junto a la carnicería, construida sobre pilotes, donde

acudían los gavilanes dando aletazos al aire (conté veinticinco reunidos en el patio de la carnicería).

Además de la señora R., descubrí que había en la aldea otro gringo, Herr W., un alemán que tenía un pequeño estudio fotográfico. No hablaba inglés, y nos entendimos como pudimos, un poco en español y un poco en francés. Dios sabe cómo había ido a parar a esa aldea. Probablemente era representante de algo, pero no pude nunca saber de qué. La pared de madera de su diminuto local estaba cubierta de inocentes retratos de muchachas desnudas y de "Plaisirs de Paris" arrancados de las tapas de las revistas; entre ellas, rígida, la cara de Hitler. Media docena de libros y de cajas de cartón llenas de fotografías más bien malas, eso era todo. ¿Sería él el que habría escrito "Wein, Weib und Gesang" en el excusado del señor López? Era un hombrecito bajo y aliñado, con unos bigotitos rubios, de unos cuarenta y cinco años; una tras otra, revisé una multitud de fotografías amarillentas de Yajalón; casamientos, funerales y fiestas. Las películas habían sido demasiado mal reveladas, no podían durar, y de pronto comprendí que se suponía que yo compraría algunas, a un precio exorbitante. Decidimos de común acuerdo que Inglaterra y Alemania juntas podían gobernar a Europa; al parecer, no valía la pena ponerse a discutir en un lugar como Yajalón qué clase de Europa sería.

Café en casa de la noruega; recado de Gómez, que no se pueden obtener mulas, pero que el avión llegará casi indefectiblemente el sábado; ratas por la noche; todos los días iguales al anterior. Mientras leía Kristin Lavransdatter a la luz de la vela, al llegar a la narración del nacimiento primitivo, no pude dejar de pensar cuánto peor debía de ser aquí para los católicos el horror del nacimiento. Por lo menos en la Noruega medieval había curas. Pero en Chiapas, ahora, uno se ve privado de la única bendición permitida al padre, a cambio de ansiedades casi insostenibles: la santidad de la criatura. No le permiten que aloje la inocencia en su casa. Si uno tiene suerte, puede conseguir que la criatura sea bautizada — si todavía vive — algunos años después, cuando algún cura visite secretamente el pueblo; pero ese bautismo tardío ya no es lo mismo, el mundo ya se ha cobrado su cuenta de impurezas. Los niños no tienen ningún banco de santidad de donde sacar fondos — los años impolutos de cristianismo —, y no se sabe cuánto puede deber la naturaleza humana a ese fondo pasado la santidad. No es inconcebible que la peor maldad posible en el hombre natural aparezca dentro de unos años en Méjico.⁴

Claustrofobia

Al día siguiente me despertó la lluvia. Las nubes descansaban directamente sobre el techo; no se podía ver ni el pie de las montañas; no había ninguna esperanza de que ningún aeroplano llegara jamás a Yajalón, mientras siguiera este tiempo. Encorvados bajo la llovizna, los indios iban apareciendo, con su curioso andar automático, sus harapos tibetanos, arrastrándose como insectos en fila india, con sus largos báculos. Yo oía al señor López, al mestizo de los colmillos y al maestro de escuela, que bromeaban en voz alta. Es verdad lo que escriben de los mejicanos sus admiradores: que siempre están alegres, sean cuales fueren las circunstancias; pero hay algo horriblemente inmaduro en esa jovialidad; no hay ningún sentido de la responsabilidad humana; es una mera variación de la violencia de los pistoletazos.

En este pueblecito tan pequeño uno sentía una claustrofobia abrumadora, metido entre las montañas, alrededor de su iglesia clausurada y ruïnosa, mientras el tiempo se reducía a

⁴ Por supuesto, a falta de cura, cualquiera puede llevar a cabo el bautismo, pero no creo que en este estado aislado e ignorante se practiquen alguna vez estos bautismos de emergencia

pasar y el aeroplano siempre llegaba mañana. Esa noche, con el café, el joven Gómez trajo el temido telegrama de Serrabia: "No llegaré mañana. Luego avisaré cuando podré recoger pasajeros." Ni siquiera la promesa de una fecha futura. Sentí un deseo desesperado de escaparme. Imploré al joven Gómez que me encontrara unas mulas, y le ofrecí una suma exorbitante si conseguía organizarme la salida para la mañana siguiente. Me mandó un mensaje esa misma noche: ya todo estaba arreglado. Las mulas me esperarían a las seis. No dormí casi nada, entre la esperanza y las ratas, más ruidosas que nunca detrás del mostrador de mi cuarto.

La lluvia

Y por supuesto, a la mañana siguiente la lluvia caía a cántaros; llegaron las siete menos cuarto, y ni señales de mulas. Apenas se abrió el almacén, fui a ver a Gómez. Dijo que las mulas vendrían si cesaba la lluvia, pero que era imposible viajar por las montañas con esa lluvia. Y otra vez, como al pasar, volvió a mencionar el avión. Tal vez llegara el lunes, y cuánto tiempo habría perdido por no querer esperarlo. En casa de López me dijeron lo mismo, con otros argumentos. El maestro dijo que yo no me daba cuenta de lo malo que era el camino; muy empinado, espantoso; él, por su parte, no se atrevería nunca a ir por ese camino. Me mostró con las manos lo angosto que era el sendero en la ladera de las rocas. Tardaría cuatro, cinco días, y el aeroplano habría llegado mucho antes. Empecé a sentirme un poco atemorizado, y ya me resignaba a esperar. Y luego, de pronto, todo cambió, de una manera un poco aterradora. La niña rubia de la señora R. apareció en la lluvia torrencial con un desconocido, un hombrecito mal vestido, de barba revuelta. Esta persona estaba decidida a acompañarme a pesar de la lluvia, y por diez pesos menos que el arriero de Gómez. Tenía que ir hasta una finca a buscar las mulas, pero volvería a mediodía. Se desvaneció en la neblina.

En ese momento no pude menos que recordar lo que la gente me había dicho de los caminos, y también que los demás mozos de mulas no querían ni moverse con esta lluvia. ¿Cuánto duraba generalmente una lluvia como ésta? Se lo pregunté a todo el mundo, y todos me daban la misma respuesta: cuatro días.

Para pasar el tiempo me fui con el maestro a casa: del señor W., con la intención de jugar con él al ajedrez. Me dio mate en seis jugadas. Me distraía el señor W., que insistía detrás de mí en decirme que era totalmente imposible, que era fantástico soñar con un viaje bajo esa lluvia. No podría atravesar las montañas. Pero el guía..., dije. Ese guía no había ido nunca a Las Casas, dijo el señor W. Sólo conocía el camino de oídas. Empecé a desear que después de todo no volviera con las mulas. Y entonces llegó el joven Gómez. ¿Qué había oído decir, que yo me iba sin su arriero? "Bueno, dije yo, su arriero no había aparecido, y el otro había dicho que me llevaría, y ahora lo había mandado a buscar las mulas y difícilmente podía cambiar de idea después de darle tanto trabajo." Seguí dando explicaciones, anhelando que me contradijeran. Pero no quisieron contradecirme; sólo siguieron infundiéndome temores y desconfianza.

—No conoce el camino — dijo el joven Gómez —. Espere el avión, llegará el lunes o el martes; pienso viajar en él a Las Casas, yo también.

Y en eso apareció el arriero desconocido, y ya no había más nada que decir.

CAPITULO IX

HACIA LAS CASAS A TRAVES DE LAS MONTAÑAS

"La ventura del camino"

Una horrible sensación de irrealidad rodeó mi partida. La señora R. me empaquetó en la mochila una botella de una especie de licor casero, dos sandwiches de salchicha, algunas velas, un poco de queso, un sarape, y un gran terrón, del tamaño de una cabeza de muñeca, de azúcar cande. Resarciéndola pobrementemente de todas sus amabilidades, le dejé mi hamaca y mi mosquitero. Llovía a cántaros. Algunos hombres me miraban desde la puerta, sonriendo cruelmente. La lluvia se me metía bajo el cuello del impermeable, y las mulas pisaban lúgubrementemente los cantos de la calle, a un paso de funeral. Era la una de la tarde, una hora absurda para salir de viaje en los trópicos. Yo no podía creer que llegáramos a Las Casas en tres días; no podía realmente creer que alguna vez me alejaría de Yajalón. Me sentía abrumado por una sensación de impotencia y estupidez, mientras nos abríamos paso por la barranca en las afueras del pueblo. Dentro de unas horas volveríamos; ya habríamos hecho nuestro gesto de desafío, y tendría que esperar aeroplano, leyendo Kristin Lavransdatter y escuchando las ratas.

Había tres mulas, una para cada uno y una para mi valija; a veces el arriero trataba de arrastrar la tercera mula, a veces la hacía andar delante; durante --dos horas avanzamos muy lentamente, paso a paso, a través de la lluvia que nos empapaba, mientras el hombre fustigaba y tironeaba y fustigaba, gritando con voz muda e histérica: "Mula, oh, mula." Luego, casi inopinadamente, salimos de la lluvia (en Yajalón duró dos días más), pero el avance era todavía muy lento en esa arcilla embarrada; trepábamos y bajábamos por pendientes muy empinadas, y entre cada pendiente apenas encontrábamos quince o veinte metros de terreno liso. Descubrí que mis estribos eran excesivamente cortos; pronto llegó a ser para mí un esfuerzo doloroso mantener el pie estribado. Con un trote desganado y fatigado atravesamos la única aldea mejicana que veríamos hasta el mediodía del día siguiente, y empezamos a ascender seriamente, en largas espirales, hacia la cima de las montañas.

En una cresta, a unos mil pies sobre Yajalón, la mula de la valija se escapó. El arriero se había apeado para ajustar la carga, y la mula se largó tranquilamente, a un buen trote, montaña abajo, hacia Yajalón, que estaba a unas tres horas y media de distancia. Mi guía perdió la cabeza; en vez de perseguirla montado en su mula, la corrió a pie, gritando y rogando históricamente a la Madre de Dios, mientras bajaba por la ladera de la montaña. Pasó un tiempo; vi que la mula ascendía ágilmente por la ladera opuesta, del tamaño de un animal de juguete, y cincuenta varas atrás, un hombre de juguete. Luego ambos desaparecieron completamente, y empezó a caer el crepúsculo. Me había quedado solo con las dos mulas: al parecer, aquí terminaba este viaje.

En las montañas, el sol se pone temprano, porque el horizonte se encuentra muy alto, en medio del cielo. Esperé media hora; el sol desapareció, los bosques se ennegrecieron por debajo de las cimas doradas de los árboles. El mundo era todo acero y oro, como la guerra. La ladera opuesta se sumergió en la oscuridad, despoblada. Me pareció que me convenía volver, también yo, pero no sabía manejar dos mulas a la vez. Traté de arrastrar la otra, pero clavó los cascos y se empacó, y mi mula siguió sola; el arrastrado fui yo: la mula se quedaba, y me sacaba de la montura. Entonces traté, con mejor éxito, de hacerla caminar adelante. A veces, cuando

el sendero era tan estrecho entre las rocas que no podía mantener los pies en los estribos, y me veía obligado a levantarlos detrás de mí, y cuando al mismo tiempo el camino descendía desigual, a un ángulo de cuarenta y cinco grados, no era fácil evitar una colisión con la mula suelta de adelante. Más fácil resultó trepar del lado opuesto, y empezamos a avanzar lenta y uniformemente hacia Yajalón, en la oscuridad. Calculé que llegaríamos antes de medianoche, si las mulas no se equivocaban de camino (yo solo no lo encontraría nunca).

Pero las cosas no empeoraron hasta ese punto. Un cuarto de hora después me encontré con el arriero, que ajustaba las correas de la valija. Había una gran herida sangrienta en el cuello de la mulla; supongo que el hombre se había vengado rápida y violentamente, sin sentimentalismos. Habíamos perdido casi una hora, pero todavía tenía esperanzas de llegar a la finca de Santa Cruz — una estancia mejicana — para pasar la noche allí; pero en la oscuridad, en esa lúgubre selva teutónica de pinos, nos perdimos. Seguimos y seguimos adelante, ascendiendo y descendiendo, mientras las mulas se resbalaban en las raíces de los árboles, hasta que a eso de las siete subimos a un pequeño claro barrido por" el viento, donde se erguían, negros y silenciosos en la tiniebla sin luna, tres o cuatro ranchos de barro y paja.

Todo el cuadro — las chozas redondas, una mujer que iba de rancho en rancho llevando el fuego encendido, el bosque negro alrededor, arriba y abajo — era netamente africano, así como la cortesía del viejo harapiento que salió para saludarnos. No podía darnos de comer, no había comida — sus manos eran como las hojas secas del año pasado —, pero ordenó a un niño que hiciera hervir un poco de café oscuro y espeso, y cuando le pregunté si no había una hamaca donde pasar la noche, me contestó con amable y aristocrática cortesía:

—Ah, si quiere una hamaca el señor tiene que ir al pueblo. Aquí tiene que conformarse con la ventura del camino.

Y la ventura del camino no era demasiado calamitosa... por supuesto, no faltaban las ratas, porque la choza del viejo era un depósito de maíz, pero en cambio había lo que tan pocas veces se encuentra en Méjico, la sensación de la bondad humana. Nos pasamos mi botella de coñac, y encendimos una de las velas de Fru R.; la única luz era la lumbre de las brasas en el medio de la habitación, en el suelo. El viejo me cedió su cama, una tarima de tierra cubierta con un colchón de paja, al lado del montón de la pila de maíz donde las ratas se abrían corredores. Hacía un frío terrible, ni siquiera podía sacarme las botas; atrancaron la puerta; el viejo, el guía y el niño se acurrucaron en el suelo, y yo me acosté en la dura cama de tierra, casi feliz. El mestizo de los colmillos — leyendo el mensaje del presidente — se borró de mi mente, toda la adulación y la mala voluntad de los mejicanos, la iglesia ruinosa, los gavilanes, el cascajo de Villahermosa, "morimos como los perros"; lo único que quedaba era un anciano casi muerto de hambre, que vivía en una choza con las ratas, que daba la bienvenida a los desconocidos sin hablar una palabra de retribución, que charlaba suavemente en la oscuridad. Me sentí nuevamente entre los pobladores del cielo.

Noche ártica

¡Si por lo menos los mejicanos hubieran sido altos! La circunstancia de que los estribos de cuero eran tan cortos, resultó una verdadera tortura. A la mañana siguiente salimos a las seis, después de tomar una taza de café, y antes de una hora de viaje ya me dolían las piernas. Eran más de las nueve cuando pasamos por la finca donde debimos de haber dormido, pero el guía insistía en que igualmente debíamos atenernos a lo proyectado y llegar a Cancuk esa misma noche. Me pintaba Cancuk con los colores más deslumbrantes, aunque nunca había estado allí; había una Presidencia, por lo tanto debía de ser un pueblo importante, donde uno

podría conseguir camas, beber en una cantina ... Era muy parecido a la promesa de Palenque, aunque esta vez mucho más inexacto. Llegamos a eso de las once, a una aldea, donde comimos — unas tiritas secas de jamón y unas tortillas — y el guía trató de alargarme los estribos con un trocito de cuero que había encontrado por ahí. Fue inútil; después de una hora la tortura recommenzó. Arruinaba completamente lo que de otro modo pudo haber sido para mí un agradable espectáculo: la asombrosa belleza de la naturaleza. El paisaje del norte de Chiapas es muy semejante al de la región comprendida entre Veracruz y Orizaba: inmensas gargantas cubiertas de bosques, a veces abruptos muros grises de roca que ascienden como una cortina hasta quinientos pies de altura, árboles que tratan de hacer pie en las grietas, y que crecen hacia arriba, paralelos a las rocas. Tuvimos que subir siete mil pies antes de llegar a Las Casas, pero por cada mil pies que ascendíamos volvíamos a bajar seiscientos. Las mulas se resbalaban, se esforzaban por subir.

Después de nueve horas empecé a sentir que las palabras "mula, mula, echa, mula" se habían grabado para siempre en mi cerebro, que esto era todo lo que significaba para mí este perdido y magnífico paisaje: "mula, mula, echa, mula".

No había otras aldeas hasta llegar a Cancuk, sólo de vez en cuando algunos campamentos de indios, posados en alguna elevada meseta rocosa sobre el sendero; en uno había un pequeño mirador de juncos, desde el cual un indio nos observaba ascender fatigosamente la montaña. Después de diez horas empecé a protestar; no me importaba tanto un día más o menos, dije, lo importante era llegar a Las Casas. ¿No podíamos date-tenernos para pasar la noche en alguna de esas aldehuelas indígenas? Siempre obtenía la misma respuesta: si nos deteníamos no llegaríamos a Las Casas al día siguiente. Pero supongo que ésa no era la única razón. Los indios lo inquietaban un poco; representaban lo impredecible. Hombrecitos que apenas medían algo más de cinco pies, vestidos con unas sayas largas, con una mata de cabellos toscamente agrupados sobre la frente con una vincha, bajaban rápidamente por las rocas, con pies más seguros que los de las mulas, y un machete colgado de la cintura. Se decía que en cada aldea sólo había uno que supiera un poco de español, para poder comunicarse con la raza nueva; a los demás les estaba prohibido hablar con los blancos. Delante de ellos, el guía no podía simular esa fachada mejicana de falsa benevolencia — el abrazo, la finta, la broma — con la que se ocultan mutuamente la crueldad y la traición de sus vidas.

Y por lo tanto insistía en la necesidad de llegar a Cancuk, ese hermoso pueblo con sus cantinas y su Presidencia, y por fin, del otro lado de un valle, me señaló en la ladera opuesta una iglesia: algo que desde lejos parecía una gran catedral blanca, resplandeciente bajo el sol poniente, entre los oscuros árboles perennes, a leguas de distancia. Después de once horas de viaje, empecé a sentir una especie de vigor renovado; empezaba a refrescar, y mientras ascendíamos perezosamente por un bosque de pinos y veíamos el sol que se ponía a nuestra derecha y masticábamos un trozo de pan dulce que traíamos en las alforjas, sentí el roce de una debilísima impresión romántica. Años antes, sin duda, todo eso me habría parecido muy romántico: cabalgar lentamente en el ocaso, por las montañas, ir hacia el sur, hacia algo desconocido en un país extraño, el crujido y el paso afelpado de los pies lentos de las mulas sobre las piedras y el césped, y el inmenso desierto de las sierras, un país casi deshabitado, donde sólo se veía a leguas de distancia un mirador indígena.

Ese día ascendimos seguramente tres mil pies, y a seis mil pies de altura la noche caía con un viento y un frío crueles. Y yo había perdido el sarape. Se me había caído de la montura por la mañana, inadvertidamente. Pero todo se arreglaría en Cancuk, decía el guía; podríamos comprar un sarape nuevo en algún almacén. ¡Almacenes! De pronto, después de rodear un

peñasco, nos encontramos con la iglesia. Las luciérnagas revoloteaban alrededor de nosotros, grandes, brillantes y cercanas; se veía la luz de la cola que se encendía y se apagaba

como una linterna eléctrica; era casi la única luz de Cancuk. La gran catedral después de todo, sólo era una pequeña iglesia cuadrada y encalada, clausurada y abandonada, donde crecían las hierbas; un pobre y simple edificio con dos pequeños campanarios y unas placas ovaladas debajo, que contenían pequeñas coronas, como esas placas de los medallones victorianos donde escribían el nombre del dueño. En cuanto a Cancuk, con una sola mirada se lo abarcaba para siempre. Era como una aldea del África occidental, con su Presidencia de techo de lata y galería en lugar de la choza del jefe, sobre una pequeña meseta frente a la iglesia, mientras las cabañas de barro con techo de paja se dispersaban hacia arriba y hacia abajo por las laderas de la montaña. Una gran fogata ofrecía una especie de tosca bienvenida frente a la cantina; el viento helado agitaba las llamas. Y la cantina era simplemente un techado sin paredes, lleno de hombres; las camas colgaban de unos palos metidos en el suelo, y estaban cubiertas con sarapes. Un hombre alto, con cicatrices en la cara, como un moro, se paseaba orgullosamente alrededor del fuego con una frazada sobre la cabeza, y una mujer arrodillada junto a una ollita hacía café. Cuando llegamos, las camas se levantaron sobre sus pilotes, y varias hileras de ojos nos miraron con curiosidad desde la tiniebla, como una cueva de ratas; no había una pulgada de espacio libre en ese abrigo barrido por los vientos.

No teníamos suerte. Habíamos alcanzado el correo, y no había una sola cama libre en Cancuk. En la oficina del Presidente había dos camas, pero las dos estaban ocupadas. Teníamos que elegir entre el piso y un estrecho banco detrás de la mesa. Elegí el banco, pero antes abrí la valija y empecé a vestirme, para resistir el frío: una camiseta, dos camisas, dos pares de pantalones, mi chaqueta de cuero. Aun así tenía frío. Pero la comida me cayó muy bien, con el calor del fuego en la cara: frijoles y tortillas y un café admirable, trozos de panceta salada y huevos fritos (no es fácil comer un huevo frito con los dedos, aun con la ayuda de una tortilla). Todo esto, para los dos, y el maíz para las mulas nos costó unos dieciocho peniques.

Y luego, el banco duro, metido entre la pared y la mesa, en la amplia y desnuda oficina. Los hombres roncaban fuertemente en sus camas, y dormí con intermitencias. A eso de las once un puño que golpeaba la puerta atrancada nos despertó a todos. Encendí mi linterna y vi las caras barbudas e indecisas que se erguían en las camas; alguien llevó la mano hasta el revólver, y se oyó el santo y seña: "Con amistad." Era el alcalde. No demostró ninguna sorpresa al encontrar cuatro hombres dormidos en su oficina. Era un hombre joven y ágil, con sombrero de vaquero, como un sheriff del Lejano Oeste; venía de Las Casas, a caballo, y galopando rápido había hecho el viaje en doce horas. Una ráfaga helada entró con él, y su caballo relinchó en la oscuridad.

Una arboleda de cruces

Desperté al guía a las tres de la mañana; había que dar de comer a las mulas, y luego esperaba poder salir a las cuatro. Algunas personas decían que Las Casas quedaba a once leguas, y otras a catorce; no parece muy lejos, cuando uno piensa en caminos lisos y en las suaves colinas inglesas, pero en esas sendas toscas, abruptas, con sus subidas y sus bajadas, las distancias son casi dobles. Y no salimos a las cuatro, porque las mulas habían desaparecido totalmente. El arriero se alejó gimiendo por la oscuridad, con mi linterna en la mano; yo veía su luz que alumbraba la iglesia blanca como un hueso; el hombre rezaba, y estaba a punto de echarse a llorar, como el primer día, cuando se escapó la mula. Pobre, estaba demasiado preocupado; no tenía pasta de arriero. Lo único que se podía hacer era esperar el día, sobre el banco del alcalde. Volví a levantarme más tarde; todavía brillaban las estrellas, pero ya ardía

una gran fogata junto al rancho donde habíamos comido; las llamas se reflejaban en el fantasma encalado de la iglesia. Realmente, era un fantasma, donde no se había dicho misa durante los últimos diez años. El guía todavía buscaba; por fin, en la primera luz gris del alba encontró las mulas, en el fondo de la barranca, en las afueras de Cancuk, trescientos o cuatrocientos pies más abajo.

Nos desayunamos con café y bananas fritas; el montón de trapos que había sobre las camas de la cabaña-comedor se movió y se convirtió nuevamente en mujeres; algunos indios subieron cautelosamente por la barranca, y se quedaron en silencio alrededor del fuego, observándonos, como pequeñas siluetas primitivas de épocas olvidadas. Si Cancuk pertenecía a la Edad Media, éstos pertenecían a las cavernas. Luego partimos, con un inmenso camino en zigzag sobre el borde de la barranca, un sendero terriblemente difícil para las mulas porque estaba cortado en la roca viva; a cada paso se resbalaban dolorosamente. Tardamos más de dos horas en llegar al extremo de esa tremenda curva, y allí seguía Cancuk, muy cerca, del otro lado del abismo. El paisaje era magnífico; los grandes bosques de pinos descendían hasta nosotros, que nos esforzábamos a unos meros seis mil pies de altura; entre los pinos, se divisaban grandes precipicios rocosos, como murallas grises de castillos. En cierto lugar, tratando de pasar por una finca que, según creo, sólo existía en la imaginación del arriero, porque no la encontramos nunca, ascendimos por un asombroso atajo, un sendero de un pie de ancho a un ángulo de unos sesenta grados. No nos sirvió de nada — sólo sirvió para cansar a las mulas —, porque la finca no estaba allí. Después de las tres primeras horas, el viaje, como todos los demás, se convirtió en simple cansancio; una lucha de voluntades entre el guía y yo. El estaba decidido a llegar a Las Casas, aunque nos llevara todo el día y toda la noche; yo quería detenerme en un pueblo que imprudentemente él me había mencionado, llamado Tenahape. Por supuesto ganó él, y dejamos totalmente de lado Tenahape; sólo vimos una especie de juguetito lavado por el viento, que se extendía a unos quinientos pies por debajo de nuestro sendero. Un simple cansancio, de vez en cuando iluminado por destellos no exactamente de belleza, pero sí de conciencia, conciencia de algo elemental y extraño y nada complicado, una manera de vivir que ya hemos perdido lamentablemente, pero que no podemos olvidar del todo. En cierto momento, junto a un arroyito pardo lleno de guijarros, el guía sacó un tazón de su alforja y lo llenó de agua del arroyo, y se preparó una especie de papilla con una bola de maíz; las mulas bebían y yo me paré sobre una piedra y me lavé la cara y las manos y la sombra fluctuaba en el arroyo, y era como la paz, y la felicidad natural. Y luego la comida en una pequeña granja mejicana, aislada y pequeña, con el piso cubierto de agujas de pino perfumadas; tortilla, frijoles, gallina y arroz y café, las necesidades del cuerpo tan fácilmente calmadas.

También sentí una especie de renovado vigor al anoecer, cuando refrescó, al emerger del bosque sobre lo que por fin parecía ser la cumbre del mundo, a nueve mil pies de altura; una gran meseta de pastos amarillos, que atravesaban rebaños de ovejas y de cabras provenientes de las tres cuartas partes del globo; algunos ranchos de barro, algunos hombres que trotaban sobre mulas sin montura, un pastor indígena, con su túnica pastoral, el sonido de un cuerno, y la última luz dorada y pálida que cruzaba la llanura, cayendo del otro lado de la cresta que la limitaba, como si fuera el borde mismo del mundo; uno pensaba que la luz seguía y seguía, por espacios tranquilos y deshabitados. Era como una escena del pasado, antes de que la raza humana hubiera dado a luz a sus millones de seres; la Inglaterra de la Conquista, cuando no habían talado todavía los bosques, un pastor llamado Sweyn, las chozas de juncos, el mundo de Ivanhoe.

Y del otro lado de la cresta había otro mundo más antiguo aún; el terreno volvía a subir hasta una especie de arboleda de altas cruces negras, que se erguían a cualquier ángulo, como

árboles doblados por el viento, contra el cielo ennegrecido. Esta era la religión india; un culto oscuro, atormentado, mágico. Las ancianas señoras podían seguir meciéndose en las mecedoras de Villahermosa, los católicos podían seguir muriendo "como los perros", pero allí, en el extraño mundo montañoso del pueblo Las Casas, el cristianismo seguía su propio camino, un camino aterrador. Magia, sí, pero es verdad que solemos disminuir demasiado fácilmente el elemento mágico del cristianismo: el hombre resucitado, el exorcismo de los diablos, el agua convertida en vino. Las grandes cruces se inclinaban en su negra y ventosa soledad, a salvo de los pistoleros y los políticos, y uno pensaba en la saliva mezclada con arcilla, para curar al ciego, la resurrección del cuerpo, la religión de la tierra.

La ciudad escondida

Una hora antes un arriero nos había dicho que nos faltaba una legua y media para llegar a Las Casas, y nuevamente una hora después nos pasó otro hombre a caballo por el bosque, con la misma noticia: faltaba una legua y media. Eran las siete y media, y hacía casi doce horas que habíamos emprendido viaje. La ciudad escondida no se acercaba nunca; uno se reducía a cabalgar y cabalgar hacia el crepúsculo. El jinete conocía al 'dueño del Hotel Español de Las Casas, y parecía ansioso por llevarnos personalmente, pero después de doce horas de viaje resulta bastante difícil mantenerse a la par de un caballo cuando uno está montado en una mula que trota a los sacudones. De pronto emergimos del bosque y llegamos al borde de la montaña, y debajo de nosotros vimos las luces de la ciudad; las largas hileras de calles alumbradas con luz eléctrica. Resultaba extraordinariamente dramático llegar a una ciudad como ésta, a ocho mil pies de altura, sobre una senda de mulas; una ciudad de catorce mil habitantes con una veintena de iglesias, después de los zigzags en la ladera de las montañas, después de los precipicios y de las sendas de un pie de ancho, las subidas y las bajadas. Era como una aventura de Rider Haggard, salir tan inesperadamente del bosque frente a esta ciudad, antaño capital de Chiapas y hogar de Las Casas, una ciudad que sólo poseía una mala carretera, impracticable en la época de las lluvias, que descendía hacia Tuxtla y la costa, y sólo una senda de mulas para el viajero que llegaba del norte.

Yo no podía seguir el paso del caballo, y el jinete se alejó galopando. Las luces eran engañosas, todavía nos faltaban varias millas; teníamos que bordear un semicírculo de montañas, antes de que el sendero descendiera a la meseta; primero una larga aldea indígena, de puertas cerradas y ventanas cubiertas de postigos, luego la cúpula blanca de la iglesia de Guadalupe, sobre una colina en las afueras de la ciudad, y luego lo que parecía una interminable calle empedrada, que se prolongaba infinitamente bajo el ruido de los cascos. Hacía catorce horas que andábamos en mula, cuando entramos en el patiecito florido del hotel. Una habitación con cama y sábanas, una comida espléndida, bife y verduras y pan dulce, una botella de cerveza y la radio; yo me sentía ebrio y mareado de felicidad. Los demás estaban sentados alrededor de la radio, oyendo las noticias de España, buscando las aldeas arrasadas en un mapa colgado en la pared, observando con entusiasmo los avances de Franco. Alguien dijo:

—Pongan las noticias de Londres.

—Esta es la radio de Londres — anunció otro.

Era una voz española, que hablaba en español, pero venía de Londres. Surgía de ese edificio sólido y afable de Portland Place, pasaba sobre el Queen's Hall y Oxford Circus, sobre la curva de la tierra, el Atlántico y el Golfo y el trópico de Capricornio, sobre el cementerio donde decía "Silencio" en letras negras, sobre la pared donde Garrido fusilaba a sus prisioneros, sobre los pantanos y los ríos, las montañas y los bosques, donde el viejo dormía

con las ratas junto a su maíz y las llamas fluctuaban frente a la fachada de la iglesia clausurada.

—Esto es Londres — volvieron a afirmar, porque yo dudaba.

CAPITULO X

SEMANA SANTA

Primera visión de Las Casas

Era hermoso despertarse en esa ciudad, a la luz temprana del amanecer, mientras los burros pasaban pesadamente cargados con gaseosas químicas para las cantinas; casas bajas, de un solo piso, de techos pardos de tejas y patiecitos floridos; las montañas parecían echadas en torno, como enormes perros bondadosos; veintidós iglesias, de las cuales cinco estaban abiertas, aunque no dejaban entrar en ellas a los curas.

La iglesia más hermosa es la antigua iglesia colonial de Santo Domingo, que comparte una placita verde con La Caridad y la cárcel, en otro tiempo un presbiterio. Una larga escalinata da a la plaza; columnas de azúcar cande en la fachada, del color de la terracota clara; estatuas sin cabeza, hasta donde alcanzaban los soldados; adentro, habían dispuesto flores y cortinajes blancos para la Pascua; la iglesia estaba escrupulosamente limpia; frente al altar colgaba una pesada cortina, y Cristo yacía muerto entre flores.

Las paredes se veían abarrotadas de oscuros retratos del siglo dieciocho, obispos y santos enmarcados entre dorados pesados y barrocos. Producían una sensación de lleno, y al mismo tiempo de vacío, como una reunión cuando el dirigente se ha ido. Aquí nada significaba nada, ahora; esparcir esas flores y esos cortinajes era puro sentimentalismo; ya no estaba la Eucaristía. Ya no había motivo para quitarse el sombrero, como no lo había en una ruina, ni en la iglesia de la colina, junto a la ciudad, destruida y equívoca, con sus muros llenos de inscripciones amorosas y sus cámaras subrepticias. Santo Domingo, La Caridad, La Merced, con un cuartel de caballería en ruinas al lado, en lo que antaño era el presbiterio, y afuera una plaza rota, con un pabellón para la banda de música, medio podrido, en medio de un montón de basura; bueno, era Pascua, celebrábamos la muerte de Dios. Ese vacío y esa desolación eran en cierto sentido lo más adecuado.

Las Casas es una ciudad de artesanos. Sólo uno o dos locales en la plaza vendían artículos manufacturados. En toda la extensión de la calle de Guadalupe, que mide una milla de largo, se veían puestitos que vendían idénticamente las mismas cosas: alfarería, guitarras, sarapes, velas, ropa blanca, camisas, en parte traídas por los indígenas bajos y mudos que bajaban de los montes; todo lo demás era tejido o cincelado o cosido, según el caso, en los cuartitos que daban a la calle, como las agencias de cambio. En todas partes había sastres; niños que agitaban planchas abiertas en la calle, para conservar el carbón encendido.

Entré en una casa de fotografías, dispuesto a comprar algunas tarjetas. Era simplemente una casa particular, con unas cuantas fotografías adentro de un armario; las examiné sentado en una silla dura de vestíbulo, mientras una dama madura, de mantilla sostenía una conversación cortés. Una pequeña imagen de Cristo y algo en el estilo de la urbanidad, la suavidad y la resignación de la mujer me sugerían que me encontraba entre amigos. Le dije que yo era católico; era como abrir una puerta desconocida, en una ciudad extranjera, y encontrar del otro lado a un viejo amigo. Le pregunté dónde se podía oír misa, y mandó a su hijita para que me mostrara una casa donde dirían misa durante toda la Semana Santa; una casa cualquiera, en una calle lateral, una puerta cerrada, nada que indicara la presencia de Dios. Y a intervalos, durante todo el día las campanas de Guadalupe repicaban; la cúpula blanca, en forma de pompa de jabón, posada en la altura sobre una roca, con una escalinata de sesenta y

tres escalones, cada uno separado del otro por una vara de adoquines en declive, todos los símbolos de la presencia de Dios, y sin embargo nada, en absoluto; sólo flores y cortinajes y ángeles de papier maché que emergían de la pared con trompetas en las manos para no anunciar nada en honor de nadie. Oscurecía; abajo, chata, se extendía toda la ciudad; la noche viajaba por encima de las inmensas sierras; diminutas bombitas, como las luces de las hadas, se encendían a lo largo de las calles. En la plaza vendían los diarios mejicanos, con cuatro días de atraso; cuando cayó la noche, hacía un frío terrible, y las ráfagas de viento helado circulaban por la plaza y la catedral clausurada a unos ocho mil pies de altura en el aire.

La casa de la misa

Me levanté a las seis menos cuarto. Los dos niños que hacían todo el trabajo del hotel dormían vestidos sobre unos bancos junto a la puerta, cubiertos solamente con un sarape. Un cúmulo de nubes doradas cubría la iglesia de Guadalupe. En todas partes se veían mujeres que se dirigían hacia un lugar de la ciudad dormida, con chales sobre la cabeza. No había en realidad ninguna intención de ocultación. Supongo que la policía se había dejado sobornar; aunque a veces, me habían dicho, cuando el dinero era escaso, allanaban alguna casa donde se decía misa, multaban a toda la concurrencia, y se llevaban al cura a la cárcel, como rehén, para que pagaran el rescate.

La misa se celebraba en una pequeña habitación ornada de encajes blancos. La mitad de los fieles se encontraba afuera, en un balcón, que daba al patiecito lleno de flores. Habría unas ciento cincuenta personas, pero ésta era sólo una de las varias casas donde se decía misa en Las Casas. La mayoría de los asistentes eran mujeres; había pocos niños, algunos muchachos, y una cantidad de hombres maduros; un inválido envuelto hasta la boca en su sarape estaba sentado junto a la puerta.

El cura llegó con una chaqueta de motociclista y -una gorra de paño. Parches lilas desfiguraban horriblemente su cara, y tenía los ojos protegidos por unos anteojos ambarinos. Decían misa sin la campanilla del sanctus; el silencio era un recuerdo de los peores días de la persecución, cuando ser descubierto probablemente significaba la muerte; días que podían volver en cualquier momento, según el capricho de cualquier oficial de policía ... "Miró en torno y no encontré quién me ayudara; luchó, y no había quién me ayudara"; "El padeció por nuestros pecados, la disciplina de nuestra paz era con él"; el cura avanzó pisando cuidadosamente entre las mujeres arrodilladas, llevando el Cuerpo de Dios desde el altar hasta el balcón, ofreciendo a Cristo por encima de las cabezas inclinadas. Luego, la dueña de casa se ubicó junto a la puerta para despedirse de sus huéspedes (no había colecta: los católicos más importantes de la ciudad cargaban con los gastos de la misa). Uno podía descubrir en ella cierto matiz de orgullo, de condescendencia, porque había dado refugio a Dios en su casa. Por lo menos una persona sentiría cierta nostalgia y cierta decepción si alguna vez volvían a decir misa en las iglesias.

Fui a Santo Domingo. Un indio y su mujer se acercaron a encender sus cirios ante el Cristo postrado y crucificado. Traían ramitos verdes, ramas y hojas de limonero. Primero besaron los pies de Cristo, luego rezaron en voz alta, en un dúo quejumbroso, y luego, al final, el hombre encendió las bujías, dejó las ramas junto al cuerpo y le tocó los muslos de madera con ellas, para que las hojas de limón adquirieran virtudes medicinales. Después se alejaron suavemente, pequeños, negros y cabizbajos, y cruzaron la placita diminuta, para entrar en La Caridad. Habían orado en indio, no en español, y yo me preguntaba cuáles serían sus oraciones y qué respuestas podían esperar en este mundo de montañas, hambre e irresponsabilidad.

Política

Aparte de los hijos de R., sólo había dos extranjeros en Las Casas: un gerente de banco alemán y su mujer. Fui a verlos, para enterarme un poco del ambiente que rodeaba a esas iglesias cerradas y esas misas en las casas y esos indios que rezaban en Santo Domingo. Me pareció que en la plaza se veían demasiados pistoleros que no hacían nada durante el santo día, entre la catedral cerrada y atrancada y las oficinas con balcones del gobierno: no sé si era pura imaginación, pero cada mañana me parecía ver una cantidad mayor de esos hombres con míseros cascos de corcho que rodeaban la Presidencia. Había un ambiente de expectativa... como si de pronto estuviera por estallar algo. ¿Sería simplemente el resultado de la disputa petrolera? Inglaterra había enviado una nota al gobierno mejicano; una pizarra escrita con tiza exhortaba al pueblo: "¡Mejicanos! Preparaos a entregar vuestro óbolo patriótico para la reducción de la deuda petrolera... "; pero algo más que la disputa petrolera perturbaba a Las Casas. Unos panfletos rojos pasaban de mano en mano, y caían como grandes pétalos sobre los adoquines. Dirigidos a los obreros y a los campesinos, y firmados por los dirigentes de los diversos sindicatos, advertían al pueblo que el General Pineda se encaminaba hacia Las Casas. Recordé: Pineda era el general católico que, según me habían dicho en Yajalón, proyectaba una separación de Méjico. Esto, por supuesto, era un rumor; en cuanto a los hechos, quizá fueran tal como me los contó el gerente alemán; es imposible saberlo; parecería que todas las palabras, y aun los más simples actos de violencia o de amor se deforman en la caja de resonancia de las grandes barrancas.

Pineda era un rebelde conservador; había hecho frente a Carranza durante años, en las montañas de Chiapas. No habían conseguido conquistarlo, aunque sus fuerzas se habían reducido gradualmente hasta unos cuatrocientos hombres. Finalmente, logró que se les concediera una amnistía, les pagó, y se retiró a Guatemala, del otro lado de la frontera. Nunca había sido un militar de profesión; era un brillante aficionado, que conocía el país donde luchaba. Más tarde se le permitió volver, y le concedieron el título de general de la reserva.

—Es simplemente un hombre honrado —dijo el señor F., repudiando los rumores de insurrección —, y no le gusta que roben a la gente.

Había sido elegido Presidente de Las Casas, y bajo su administración habían logrado hacer algunas cosas — irrigación, obras sanitarias —, pero hacía un mes o dos habían venido los pistoleros de Tuxtla, lo habían echado de la Presidencia con la pistola en la espalda, y habían instalado en su lugar a un amigo del gobernador de Chiapas. Pineda se había dirigido a la ciudad de Méjico y había obtenido un "amparo", que le permitía volver a ocupar la Presidencia — con la ayuda de las tropas federales, si fuera necesario —, y hacía una quincena había anunciado a sus amigos que estaba dispuesto a volver. Lo esperaban en cualquier momento; los pistoleros lo acechaban. Cada vez que se divisaba un avión, todos se preparaban para la refriega. Tal vez quisiera darles una sorpresa para la Feria que empezaba el Sábado de Gloria... tal vez llegara el Jueves o el Viernes Santo, cuando la ciudad estaba llena de indios que bajaban de las montañas... tal vez esa misma noche, como me había dicho... La señora F. odiaba a la gente del lugar; ni ella ni su marido se sentaban nunca en la plaza en estos días, evitaban toda reunión de gente, porque temían que ocurriera algo. En cualquier momento algún borracho podía disparar un tiro, y los gringos eran muy poco populares. Hacía veinte años que estaban allí, pero no confiaban en nadie. "Negros", llamaba la señora F. a los pobladores; se escondían, eran hipócritas, y los vigilaban todo el tiempo. Hacía apenas unas horas que había oído misa en una casa particular, y ya tres personas le habían dicho que había llegado a la ciudad un gringo católico. El inconveniente era que Chiapas era un estado tan pobre. Los agraristas habían repartido todas las grandes estancias del sur, y los campos se convertían nuevamente en

desiertos. Sólo sobrevivían las granjas del norte, porque los caminos eran tan malos. En la capital nadie se acordaba de Chiapas; quedaba tan lejos que los mejicanos se olvidaban de su existencia. Cuando viera la Feria de Primavera comprendería hasta qué punto Chiapas estaba arruinado. Diez años antes era una fiesta muy importante; oh, los bailes y excursiones junto al río y los disfraces; pero ahora, ya vería. Ella ni pensaba acercarse. Uno nunca estaba seguro, podía ocurrir cualquier cosa.

— ¿Y el gobernador — pregunté —, el que mandó a los pistoleros? Supongo que será una mala persona.

En Méjico uno termina por hablar así; se dice de alguien que es bueno, que es malo, términos tan simples como el disparo de la pistola o el acto del perdón. Oh, no, me contestaron, no era exactamente malo. Había tenido mala suerte. Toda la gente sensata de Las Casas había votado por él. Esperaban mucho de su gobierno. Pero inmediatamente después de la elección se había visto obligado a pasar tres meses en la ciudad de Méjico, por asuntos de negocios. El resultado era de imaginar, y probablemente fue imaginado. Eran los meses importantes en que se cobran los impuestos a la cosecha del café. Cuando el gobernador volvió, no había un centavo en la tesorería, y durante nueve meses no se cobrarían más impuestos. Tenía que gobernar sin dinero, y eso implicaba empréstitos, transacciones con los opositores, con los bandoleros organizados que habían expoliado la región, y no se podía hacer absolutamente nada. Ahora, las mismas personas que lo habían elegido lo consideraban el peor gobernador que había tenido el estado.

Así es la política en Méjico...

Bueno, las últimas noticias sobre Pineda eran que llegaría a la Presidencia a las seis. Me despedí de los amables alemanes, y me dirigí hacia la plaza. También otros esperaban; se veían más revólveres que nunca. De vez en cuando algunos se asomaban al balcón de la Presidencia y miraban hacia la plaza con algo que tal vez era ansiedad. Junto a la entrada había un soldado sentado en una silla, con un rifle, y unos cuantos indios en cuclillas por la acera, que vendían cacharros pardos. Había más taxímetros decrepitos que de costumbre, y uno o dos automóviles daban vueltas y vueltas. Me senté en un banco, esperando, hasta las siete. Por supuesto, no llegó, ni esa ni ninguna otra noche. Lo único que ocurrió fue que la atmósfera de hostilidad se espesó, y se dirigió contra mí. Un grupo de borrachos pasó y volvió a pasar, burlándose de mí; cada uno tenía su revólver debajo del chaleco, de modo que lo único que podía hacer era quedarme sentado, como una solterona púdica, simulando que no los oía. Expiaba así los antiguos errores de los pioneros del petróleo, la fatigosa rectitud legal del gobierno inglés. Desde esa noche, la hostilidad no cesó nunca; ya no podía sentarme en la plaza unos minutos, sin recibir un insulto. Me ponía nervioso; era como ser el niño odiado de la escuela. Me alegré cuando llegó el joven Gómez en avión, alguien que no ponía reparos en hablar con un gringo, aunque de preferencia en privado. De paso, si hubiera esperado su avión, habría tenido que quedarme cuatro días más en Yajalón, extraño estado, donde se tarda más y se gasta menos viajando en avión que en lomo de mula.

Jueves Santo

Como era jueves, en todas partes había niñitos limpiando las calles, metiendo cuchillos entre los adoquines, arrancando los hierbajos. Los martes y los jueves los dueños de casa están obligados a limpiar las calles. Si encuentran un simple trozo de papel delante de la casa, el dueño paga una multa; y es imposible mantener limpias las aceras, porque los indios las utilizan para comer para lavar a sus criaturas... Siempre queda el problema de evacuar la basura

una vez barrida. En un tiempo, un camión de basura municipal recorría la ciudad, haciendo sonar una campana, pero luego la municipalidad se quedó sin combustible, y suspendió el servicio.

Oí misa a las ocho, en la misma casa. Habían colocado el altar en la galería de abajo; era un decorado de nacimiento. Cristo en el establo. Rosales en flor alrededor del aljibe, el arco blanco, la luz del sol y las montañas que se asomaban, y el cielo despejado. Entre las flores había una cantidad de familias indígenas sentadas sobre las caderas. La campanilla del sanctus sonó esta vez, suavemente, y un coro diminuto cantó con reserva acompañado por un armonio. Era una fiesta -demasiado importante para tomar tantas precauciones. El cura de la cara lila pronunció el sermón — sacrificio, sacrificio —, y luego transportaron en procesión el Cuerpo de Cristo alrededor del pozo y de los canteros de flores — los indios morenos se inclinaban entre las rosas —, y luego subió por la escalera de la galería hasta la habitación donde habían colocado el Altar de Reposo.

Cuando salí de oír misa, presencié una especie de invasión. Los indios bajaban a raudales de las monta-as, por la larga calle adoquinada de Guadalupe; se ataban en la escalinata de la catedral clausurada, comiendo tortillas; bordeaban las aceras de todas las caes; venían miles y miles solamente para ver al Cristo crucificado.

Con unos sombreritos de paja, de copa puntiaguda decorada con cintas colgantes, llegaban pesadamente, bajos, rollizos y morenos; los mujeres tenían trenzas largas y faldas informes; sus caras eran espantosas y mal formadas; pero los hombres eran a veces buenos mozos, una manera secreta y paciente. En Santo Domingo, una gran colgadura de seda verde ocultaba el santuario vacío; el altar estaba cubierto de flores y de cirios. Una larga fila de indios se acercaba lentamente a la baranda, con ramitos marchitos, flores secas y ocres de azahar. Entregaban sus ramos a un mestizo que se hallaba del otro lado de la baranda, y que los depositaba un momento sobre el altar y luego los devolvía. Entonces salían con sus hojas y sus flores, y se quedaban en el atrio de la puerta sur, de espaldas a la nave, frente a la placita y el blanco monumento a la revolución, con cúpula, y el sol que subía por el cielo, y rezaban, se persignaban trazando una especie de mosaico complicado, tocándose los ojos y la nariz y la boca y la barbilla. Una pareja junto a la baranda del altar se sacudió el polvo de la cabeza y de las manos y las piernas con el ramo que habían depositado sobre el altar. Las madres se sentaban en el suelo, con sus criaturas, debajo de los oscuros óleos españoles, las macizas paredes doradas. Las familias se saludaban a voces en la nave, y se quedaban riendo y charlando, de espaldas al altar, ya cumplido el rito mágico del día, bendecida la medicina; dichas las oraciones. Era una mezcla extraña de fervor, superstición, fiesta. No se veía un solo mejicano: las iglesias pertenecían hoy a esos pobladores bajitos de las montañas. Y afuera, alegres puestos vendían cirios, frutas, bebidas, tortas.

El hermano de Judas

En la iglesia de Guadalupe, Cristo avanzaba encadenado por dos diminutos soldados; los indios besaban la soga que lo ataba, y arriba, en el techo, entre los campanarios y junto a la cúpula blanca, colgaban a Judas en la cruz, una espantosa imagen con un sombrero de paja de alas anchas, con una cara de papel como las de los "Ugly Wugglies" del Castillo Encantado de la señorita Nesbit, esos seres hechos de papel y de ropa vieja y de paraguas, que hablaban horriblemente con las vocales, porque no tenían paladar en la boca. Colgaba como una bolsa gris de la cruz, una imagen de profana desesperación, y debajo, con grosera y horrible jovialidad, estaba sentada una imagen corpulenta y rellena, de pantalones blancos y camisa rosada, de cara escarlata; las piernas de paja colgaban del estante bajo la cruz, y oscilaban un

poco al viento Preguntó quién era. Me dijeron que era el hermano de Judas. Formaban un espantoso grupo familiar, allí en el techo de la iglesia, con su melancolía y su jovialidad, mientras los muchachos subidos al techo golpeaban una bandeja de lata y hacían sonar una castañuelas de madera, para anunciar a la ciudad que Judas y su alegre hermano habían sido colgados como correspondía.

242 afeminados

Día tras día se me hacía más desagradable mostrarme en la calle. No tenía nada que hacer y nada que leer; me vi obligado a escribir un artículo sobre Tabasco para The Tablet, sentado en el patio del Hotel Español. La presencia del joven Gómez resultó ser una dudosa bendición; es verdad que me gustaba encontrarme con alguien que no respetaba mi ostracismo, pero él insistía en hablar en inglés, idioma que conocía peor que yo el español, y por lo tanto solía contestar Yes a todas las preguntas que no entendía; más o menos lo que yo hacía en español. Sí, Pineda había llegado. Sí, Pineda llegaría hoy, mañana... Sí.

Los mendigos eran un gran consuelo, porque también para ellos uno no era gringo; el ciego y el rengo venían todas las mañanas al patio. Tenían esperanzas y se respetaban a sí mismos: daban algo a cambio de lo que recibían, una oración en la que ellos creían, y el donador también. Ocupaban un lugar en el mundo, no como esos pobres amargados que tocan el fonógrafo en los albañales de Londres. Todas las mañanas pasaba la Madre Superiora con una canasta, recogiendo limosnas para el hospital. Iba vestida como los demás, por supuesto, y el hospital ahora se llamaba Hospital Municipal; pero las enfermeras seguían siendo monjas, todavía tenían que depender de la caridad pública.

Conseguí que la señora F. me prestara algunas revistas femeninas norteamericanas, y me quedaba las horas en el patio leyéndolas. Parecía una estupidez haber hecho un viaje tan largo para eso; el cruce horrible en el Ruiz Cano, las fatigosas horas en mula, para leer lo que decía el general Ilugh Johnson sobre Roosevelt, y ejemplos de investigaciones norteamericanas. "Esta es la conclusión resultante de un estudio practicado sobre 242 muchachos, considerados por sus compañeros de juegos y de escuela como afeminados. Para obtener una imagen total de esos jovencitos, para averiguar qué cualidades poseían en común, qué es lo que determina a un muchacho como afeminado, se formuló una serie de preguntas a sus hermanos, hermanas, maestros, profesores, y otras personas mayores que los conocían bien. Las respuestas, tabuladas y clasificadas, son reveladoras."

Luego, cuando ya no podía soportarlo más, me iba con las estadísticas del afeminamiento en el cerebro a Santo Domingo o recorría la larga calle de Guadalupe, deteniéndome para beber un vaso de vino de membrillo o una gaseosa, siempre en movimiento, para evitar el insulto directo, que no se podía contestar.

Otra vez al hotel, para leer un "Diario de la Domesticidad" por Gladys Taylor. "Aunque parezca raro, esto me recuerda un epitafio que leí una vez en un libro, hace años. «Fueron hermosos y agradables en vida, y en la muerte no fueron separados.» Este es un epitafio mejor que el del coronel Byrd en Westover, Virginia, compuesto por él mismo y grabado en una columna de piedra, donde testimonia mil proezas y virtudes. A veces, en las horas grises, la brevedad de la vida me impresiona de pronto. Pienso entonces en la inmortalidad."

Una vez en un libro, hace años...

Viernes Santo

Era Viernes Santo. Durante el día entero se veían mujeres que se apresuraban con un aire secreto de aves, trucas hacia la casa de la callejuela lateral donde se reservaba el Cuerpo de Cristo en el cuartito que daba al balcón. En Santo Domingo, la imagen crucificada era el centro de una bulliciosa reunión pública. Los indios gritaban y se empujaban y se mantenían animadas conversaciones; las criaturas, sobre las espaldas de las madres, masticaban tortillas; y en el centro, donde debía estar la tribuna del orador, estaba el gran crucifijo. Los hombres traían más ramos y con ellos frotaban el raño y los muslos de madera. ¿Qué había en esas mentes secretas, con las que sólo los curas habían logrado un contacto verdadero? ¿Era una superstición convencional, como la de no pasar debajo de una escalera y la de arrojar sal por encima del hombro? ¿O habría allí una idolatría más oscura y más apasionada? Ahora que era imposible encontrar el Cuerpo de Dios en una iglesia de Chiapas, ¿no estaría adquiriendo la imagen de madera una importancia terrible y equivocada?

Herr F. me contó una historia sobre la reapertura las iglesias en la zona sur y centro de Chiapas. Sucedió hace unos seis meses, y se inició en un pueblo llamado Tinajón. La población se había reunido para mar al cobrador de los impuestos; éste lo supo, y no se cercó, y los campesinos esperaron en vano, con una sensación atroz de fracaso. "Tenemos que hacer algo", decían. "Abramos la iglesia." Por lo tanto, fueron a buscar a las mujeres y forzaron las puertas. La noticia se difundió tan rápidamente que al día siguiente forzaron las puertas de las iglesias a cientos de millas de distancia. En Las Casas el gobernador colocó un soldado en cada puerta, pero los soldados obraron con gran prudencia y se dejaron hacer a un lado sin disparar un tiro. Las iglesias actualmente abiertas en Las Casas demuestran la predilección popular: Santo Domingo, la más venerada de todas; La Caridad, La Merced, Guadalupe, y una iglesia oscura sobre el camino a Tuxtla, que no interesa a nadie salvo a sus parroquianos. Llegué cuando preparaban las decoraciones del Jueves Santo. Había muy pocas mujeres; un grupo de hombres hostiles, que observaban mis movimientos con desconfianza, se encargaban del arreglo y de la vigilancia.

¿Y qué ocurriría? pregunté a una cantidad de gente, si para la Semana Santa próxima los curas obraban con la misma rapidez y confianza que los laicos, y con toda tranquilidad entraban en Santo Domingo y empezaban a decir misa? ¿Volvería a ceder el gobierno? ¿Quién sabe?, me decían. Tal vez; o tal vez empezaran a los tiros. En Villahermosa, un mes después de mi visita, los campesinos decidieron obrar por su cuenta (no había curas). No tenían ninguna iglesia que abrir, pero colocaron un tosco altar contra la pared del fondo de una iglesia en ruinas y oraron entre los cascotes. Llegaron los soldados y abrieron fuego y mataron a unos cuantos, hombres, mujeres y niños. Pero es verdad que Tabasco tiene una tradición más austera, más disciplinada que Chiapas. No pude dejar de pensar en la gran oportunidad reservada a un sacerdote audaz, algún Jueves Santo, cuando la ciudad está llena de indios.

El Viernes Santo por la tarde los indios empezaron a evacuar Las Casas. Un viejo se había sentado en el suelo, totalmente borracho, cerca de Guadalupe, y no quería irse; con triste dignidad indicaba a sus compañeros que se fueran, pero estos insistían, urgiéndolo a volver a las montañas, llevándole los bultos, ayudándolo a incorporarse, susurrándole amable, secretamente... En Santo Domingo hubo una especie de servicio, esta vez para los mejicanos; ya había pasado el turno de los indios. El sacristán dirigía las oraciones; se oían cantos inseguros, y un órgano fluctuante.

En la plaza, las mismas miradas insolentes y los insultos velados. Volví al patio y seguí leyendo las revistas femeninas. Había un aviso de una Biblioteca de Referencia para

subdebutantes. "Una cita que usted no olvidará. Cómo llamar la atención de los muchachos, de modo que no la olviden nunca más." Tres céntimos de dólar. "Tablas para damas. ¿Cómo se cotiza usted entre los muchachos? Este es un test de talentos para usted." Tres céntimos de dólar. "Cotizaciones son invitaciones. La famosa tabla para subdebutantes: cómo hay que portarse con los muchachos." Tres céntimos de dólar.

Odiaba a Méjico, pero en ciertos momentos me parecía que había lugares peores. "Una vez en un libro... "Aquí había violencia y opresión, hambre e idolatría, pero uno vivía bajo la sombra de la religión, una religión, de Dios o del Diablo. "Cotizaciones son invitaciones", eso no era el mal, eso no era absolutamente nada, era simplemente el drugstore y la Coca-Cola, el sandwich de lechuga, el mundo cromado, vacío, sin gracia, sin pecado.

San Miguelito

Herr F. me condujo hasta las rocas en las afueras de la ciudad, para mostrarme ejemplos de ingeniería mejicana. Primero el embalse, casi terminado, abandonado, para que durante el invierno se rajara definitivamente, porque no había más dinero: todo el dinero se iba ahora a Tampico y a los yacimientos petrolíferos.

El río, un chorrito de agua, desaparecía en una hendidura de las montañas; reaparecía del otro lado, a veinte kilómetros de allí. Pero cuando llovía se convertía en un torrente; un tronco de árbol caído, una mata suelta podía obstruir la salida y siete años antes había habido una inundación desastrosa. Herr F. se había encargado de las operaciones de salvamento; me mostró el canal abandonado y lleno de maleza que había tenido que construir, con un costo de doscientos cincuenta dólares solamente. Luego Cárdenas visitó Las Casas; todavía no era presidente, se trataba de una gira electoral, y había prometido que si lo elegían mandaría obreos y dinero. Mantuvo su promesa: el dinero llegaba a raudales. Los ingenieros federales reiniciaron las obras, desde el principio, obras complicadas y vistosas. Las miramos: las paredes estaban hechas de rocas sueltas, metidas entre el cemento rajado; para la próxima época de las lluvias estos muros ayudarían a bloquear el canal. Luego, como contraste, me mostró lo que habían construido los españoles ochenta años antes. La excelente mampostería del general Turrillo seguía intacta; sólo la alteración del nivel del terreno hacía que sus obras no sirvieran más. Un poco más allá del canal del señor F., había una casa y un galpón abandonado.

—Ese galpón — dijo — era una capilla, hasta que llegaron los ingenieros del gobierno.

Herr F. no era católico, sino luterano, pero hablaba con amargura. La iglesia había sido construida por los dueños de la casa, una vez que el jefe de la familia se curó de una enfermedad. Situada justamente en el lugar donde el río desaparecía dentro de su lecho subterráneo, en el lugar más peligroso para Las Casas, la capilla se había convertido en un lugar de peregrinación popular. Cuando empezaban las grandes lluvias, los hombres, las mujeres y los niños se dirigían de rodillas, algunos arrastrando una cruz, hacia el río. Debe de haber sido un trayecto terriblemente doloroso. por las matas espinosas y las rocas y las bajadas casi verticales; nosotros apenas conseguíamos no caer. Cuando llegaban al río, vertían agua sobre la cruz y la traían de vuelta. Herr F., cuando construyó el canal, había tenido mucho cuidado con la iglesia, pero los ingenieros federales derribaron la cruz y convirtieron la capilla en galpón de herramientas.

—Por supuesto — dijo — tenían miedo. Miedo del gobierno, quiero decir.

Esto debe de haberle suscitado una serie de asociaciones, mientras trepábamos por las rocas y mirábamos hacia abajo el fondo de la barranca seca, de unos: diez pies de altura, donde

solían ir de rodillas, bajo el peso de la cruz.

--El gobierno está muy inquieto por San Migue- observó de pronto.

Las montañas de Chiapas se erguían abruptas, rodeando la ciudad, posada en su meseta a ocho mil pies de altura, calcinada y helada alternativamente cada día y cada noche. Las veinticuatro iglesias se elevaban como globos cautivos sobre las casas bajas; las sendas de mulas descendían del norte, y la única carretera se alejaba hacia el sur, hacia Tuxtla y las oficinas del gobierno y los pistoleros ociosos. Parecía raro que personas como esas se inquietaran por un santo. — ¿San Miguelito? — pregunté.

Se asombró al descubrir que yo no había oído hablar -de San Miguelito. La noticia había llegado hasta Tabasco, a cien millas de distancia. El señor F. era dueño de una finca de café en la frontera entre Tabasco y Chiapas, y los indios pasaban todos los días frente al portón de la entrada para ir a visitar a San Miguelito. El asunto estaba provocando un renacimiento religioso; el gobierno estaba tan preocupado que había mandado algunos soldados para apoderarse del santo, pero no habían conseguido capturarlo.

— ¿Qué hace? — pregunté.

—Recomienda remedios; algunos son remedios indígenas, y otros los más modernos específicos de la capital. — ¿Es una estatua?

—No sé. No me imagino cómo es; es muy chico. A veces parecería que no es más que una tarjeta postal. supuesto, a mí no me dejarían verlo.

La historia era esta: un pobre labrador mejicano ha-fa guardado durante años el San Miguelito (fuera lo e fuera) en una caja. Un día, hacía de eso unos dieciocho meses, había abierto la caja y San Miguelito le la hablado con voz aguda y clara. El hombre se ató tanto que se fue corriendo sin detenerse hasta pueblo de Bochil, con su caja, y allí se encontró con cuatro amigos suyos reunidos en una habitación. Dejó caja sobre la mesa, y les contó la historia. Por supuesto, no le creyeron; luego uno abrió la caja y se oyó la vocecita aguda que surgía del interior. Poco después de su asombroso descubrimiento el labrador murió, y ahora su mujer y su hijo guardaban a San Miguelito en el pueblito de Sandio.

Este alemán, como ya dije, era protestante; no sabía qué pensar del asunto; en realidad tenía un poco de fe en la historia; conocía personalmente a uno de los cuatro hombres que estaban en la habitación cuando llegó el labrador con su caja; había oído lo que contaba el peregrino. No podía ser que se hipnotizaran a sí mismos; algunos de los específicos eran tan especializados que ningún indio podía haberlos oído nombrar en las soledades de Chiapas. No había alambres; al parecer, uno podía tener la caja en la mano mientras San Miguelito hablaba. Se decía que sabía hablar en alemán, en francés y en inglés, además del español y de los dialectos indígenas. Un abogado de Las Casas lo había visitado y se había convencido; pero por otra parte ese abogado solía beber demasiado. ¿Qué podía creer uno, cuando era ingeniero, gerente de banco y por añadidura protestante?

Volvímos a Las Casas y pasamos por la cantina para beber algo. Yo no podía apartar el pensamiento del milagro. Estaba dispuesto a correr con cualquier gasto... ¿cómo seguir viviendo, si uno sabía que por cincuenta pesos no había querido ponerse en contacto con, bueno, alguna especie de revelación, divina o diabólica, si la voz hablaba? y entonces llegó el golpe. El hombre de la cantina dijo que San Miguelito ya no estaba en Sanoyo; habían mandado a un médico de Tuxtla, que dijo que todo el asunto era una cuestión de autosugestión, y se habían llevado el santo a un museo de la ciudad de Méjico. Pero en Méjico uno no puede enterarse de nada correctamente; en el hotel, el dueño, que era un ferviente

católico, me dijo que el santo todavía estaba en Sanoyo, y entonces salí y alquilé un automóvil.

Feria de primavera

Esa tarde debía empezar la feria, a las cuatro de la tarde, si decían verdad los ornados programas de las festividades de la semana; pero a las cuatro no había ni señales de feria, salvo un galpón de tiro al blanco y una calesita para los niños en la plaza. "A las cuatro de la tarde magníficos carros alegóricos precedidos por bandas de músicos, de entusiastas estudiantes, de atletas y de sindicatos de obreros desfilarán por las calles y avenidas principales de la ciudad para anunciar la apertura del festival. Por la noche, en el Teatro Zebadúa se llevará a cabo la elección de la Señorita Las Casas 1938, y luego se desarrollará un programa especial." Mirando hacia la parte baja del programa, se veía con tipo destacado "SELECTA FUNCIÓN CINEMATOGRAFICA", un conjunto de tocadores de marimba, un "sensacional encuentro de basketball", algunos bailes, un torneo de tenis (dobles, y mixtos), un match de box. Evidentemente, la grande e histórica Feria de Primavera de las Casas había caído en una mala época; en los primeros programas anunciaban una corrida de toros, pero habían conseguido reunir dinero suficiente para atraer toreros hasta esta ciudad tan abandonada.

Eran casi las seis; la gente esperaba en la plaza a Pineda, que no llegaba; algunos niños tiraban al blanco el galponcito; no había otras señales de feria. De pronto estalló un cohete, y apareció la procesión; un mísero automóvil de remisse, con media docena de jóvenes ¿estudiantes, atletas, obreros? —, un carro alegórico e representaba la primavera, y un cochecito abierto una gran kodak de cartón. Alguien hizo sonar una trompeta y estallaron los cohetes y los tres cochecitos guiaron su paseo sombrío, tranquilo y sin jovialidad. La Feria había empezado. Uno de los hijos del señor R., de Palenque, vino a conmigo; su hermano mayor, dijo, tenía jaqueca, lamentaba... pero adiviné lo que quería decir. Ya veían obligados a evitarme en público. Yo era un paria; no convenía ser visto por ahí conmigo. Probablemente; habían echado suertes para elegir la víctima y sentí una enorme simpatía por este pequeño y rubio perdedor.: de quince años. Me dijo que la atmósfera del colegio era espantosa; la gente se mostraba cortés delante de ellos, pero a sus espaldas los consideraban meramente como gringos. Unos días antes les habían mandado un dólar de regalo, desde los Estados Unidos. Estaban tratando de cambiarlo en el banco, cuando entró un hombre.

El hombre le dijo al empleado: "Yo no aceptaría un pedazo de papel roñoso como ese, todo lleno de microbios." Y el empleado no quería darnos el cambio justa.

La baja del peso mejicano, por supuesto, había lamentado el odio: como si creyeran que la diferencia presentaba dinero que les robaban los gringos.

Se suponía que el programa cinematográfico empezaría a las nueve, pero media hora después seguíamos expuestos a las miradas hostiles de los estudiantes en los palcos adyacentes. Yo compadecía al joven R. con toda mi alma: pero ¿cómo decírselo sin echar una sombra sobre su cortesía y su valentía? Más tarde tendría que pagarlo; tendría que pagar el hecho de haber sido visto en compañía de un gringo cuya presencia en la ciudad todos conocían y muchos consideraban sospecho: Por fin la Reina ascendió al escenario, con sus doncellas y cortesanos, regordeta, de ojos negros y diera de oro. Las muchachas se sentaron sobre unas sillas rectas y duras, en frente de una absurda sala anticuada, hecha de mesas de cartón y helechos recortados y al lado de cada silla había un hombre de pie, morocho e incómodo. Un poeta leyó una oda ante el micrófono, los hermanos Esto-o-Aquello tocaron interminablemente la marimba, y alguien pronunció un discurso sobre la situación petrolera. Hasta los extranjeros, claro, debían contribuir a la deuda en pago de la hospitalidad mejicana;

pero ¿dónde está la hospitalidad?, me preguntaba yo, advirtiendo las miradas oscuras y hostiles de los estudiantes alineados junto a la pared. Luego siguió otro discurso, y más marimba, y una rifa de asientos gratis en el cinematógrafo, que duró media hora, al fin la gran película, especialmente traída a Las Casas para la gran Feria de Primavera: Warner Baxter y Alice Faye en una vieja comedia musical de segunda categoría. Incomprensibles situaciones atravesaban una pantalla vacilante, las luces de Broadway, complicados renunciamientos. Traducidos al español, se volvían más fantásticos que nunca. El auditorio escuchaba silencio; no se rieron ni una sola vez. Sólo la Reina la Feria sonreía a veces, con la barbilla apoyada en mano enguantada, sofisticada y con dientes de oro, da de lila. La cara bonita y amorfa de Alice Faye aparecía proyectada en enormes primeros planos, lloran-enormes lágrimas; su novio había fracasado, se ha-dado a la bebida, mientras ella veía su nombre en `grandes letreros de Broadway y lloraba el amor perdido. Era un estigma que no podían comprender, pero me sentía agradecido por la oscuridad y escuchaba canciones melancólicas de amor, lejos de las mira-hostiles.

En busca de un milagro

A la mañana siguiente salimos a las seis y media, la única carretera. Sanoyo quedaba solamente a cita kilómetros de Las Casas, pero el coche tardó unas cuatro horas. El camino era muy malo; era más camino de mulas que una carretera, interrumpido grietas de dos pies de ancho, llenas de piedras. En la época de las lluvias era intransitable; sólo los aeroplanos llegaban en ese período a Las Casas, y por supuesto, las mulas del norte; sólo la necesidad, en las mejores épocas, obligaba a ese viaje. Sin embargo, el a Sanoyo por la carretera era en realidad peor. que descender seis mil pies, girando alrededor de una montaña durante cuarenta minutos, dando barquinazos y vueltas y vueltas al borde del precipicio, viendo constantemente el mismo paisaje en la ladera de la montaña opuesta, como una púa en un disco roto, que vuelve constantemente al mismo surco. Algunos pájaros de vivos colores azules se burlaban de uno, como felicidades ajenas, y el paisaje — los grandes bosques de pinos que caían como telones — era magnífico, supongo, pero yo me sentía demasiado mareado y zarandeado para fijarme en él.

Era Domingo de Gloria, pero las únicas señales del festival en la mísera aldehuela de Sanoyo se advertían en la casa del santo. Algunos estandartes de papel en colores pendían del frente, y cuando atravesamos el patio, con algunas gallinas y cerdos que escarbaban el polvo de toda la estación seca, nos encontramos en la salita con un altar ornado en honor de San Antonio. La anciana dueña de casa se paseaba por la casa con sus antiguas zapatillas de gimnasia, atándose el cabello blanco con una cinta rosada, y el chófer y yo nos sentamos en un banco, y nos quedamos mirando otro banco frente a nosotros, donde esperaban pacientemente, algunos aldeanos. De una habitación interior — por la puerta se divisaba la punta de una cama, una revista femenina barata, y un estandarte de papel — salió un grupo de indias, diminutas y encorvadas, viejas y horribles-a los veinte años. Con sus caras cavernícolas y sus largos báculos parecían seres de la edad de piedra que emergían de sus olvidadas cavernas para rendir tributo-al Redentor en el día de la Resurrección. Una de ellas lloraba y lloraba, y una máquina de escribir tecleaba con extraño modernismo en el dormitorio. Una marimba empezó a tocar en el patio, entre las gallinas, y un cohete estalló en cada esquina de la casa, por turno; era impresionante, un poco hipnótico, esa musiquita tintineante y patética que aumentaba de caudal en cada explosión y volvía a tranquilizarse; era corno la preparación para un gran acontecimiento; sentí que mi incredulidad tambaleaba. Suponiendo que hubiera un milagro, suponiendo que realmente surgiera una voz de una caja... era horrible pensar que la vida ya nunca podría seguir siendo igual que antes; uno no podría se-ir viviendo como había

vivido hasta ese momento. , ¿Qué ocurre después con la gente que ha presenciado un verdadero milagro?

Pero éste no era el caso. La música se prolongó demasiado; vislumbré en el interior de la habitación pequeñas conferencias; la vieja entraba y salía, atándose la cinta rosada del pelo. Había en la habitación un joven que me inspiró mucha desconfianza; tenía una boca jovial; parecía más educado que los demás, como un mecánico de garaje o experto de taller de radios. ¿Radios...?

Luego, después de media hora, emergió el hijo. Llevaba una camisa rosada, fuera del pantalón; cuando movía las manos las mangas se agitaban clericalmente; tenía ojos evasivos. Preguntó si yo era médico; no le gustaban los médicos, desde que el encargado de Salud Pública de Tuxtla había venido con unos soldados a apoderarse del santo. El santo se había escondido en los rosques, y los soldados, decepcionados, habían disparado contra la casa; me mostró las marcas de las balas a cada lado de la sala. Le pregunté si podría ver al santo; agitó sus mangas rosadas y dijo que estaba en Villahermosa. Nos quedamos sentados. Trajo un libro de .visitantes; había doce mil nombres; trajo una pila de Certificados de curaciones. Era siempre la misma fórmula, escrita a máquina: "Yo, Pedro López, certifico que habla perdido la razón" (o que tenía ataques o gusanos en la cabeza o cualquier cosa) " y consulté a dos médicos de mi pueblo que dijeron que mi enfermedad era incurable. Vine a Sanoyo y vi al señor... "(no acuerdo su nombre) "que me dio remedios y ahora estoy perfectamente curado". Luego seguían la firma del enfermo y las de los testigos y una fotografía de pasaporte con una cara brutal de mestizo; ni se menciona-el santo.

-El chófer se levantó e inició un largo discurso. Dijo e sabíamos que el santo estaba en el dormitorio; el señor no tenía confianza en nosotros, y sin embargo q dignos éramos de su confianza. Yo no era un médico... Era un extranjero que había venido de Inglaterra para ver el santo. Yo era católico y "muy religioso". T. do esto no pareció surtir mucho efecto; detuve a una criaturita que salía del dormitorio y le regalé un rosario: en una cajita de vidrio.

Pasó otra hora; la música había cesado, y los cohetes; entró un viejo indígena, para ver las estatua de` San Antonio, y oró y la tocó con hojas do limón y volvió a salir. La gente del pueblo entraba a ratos, no contemplaba, miraba los certificados y volvía a salir bajo el terrible sol de mediodía. Una mujer gruesa, de cara grosera y manchada, nos mostró una especie de cha levo de fuerza primitivo, y las cicatrices de sus muñecas; habían curado su demencia. El hombre de la camisa rosada deposité en mi regazo una botella de gusanos salidos de la nariz de un hombre⁵. La atmósfera se volvía insoportablemente clínica.

Por fin, después de dos horas, los vencimos. De pronto su resistencia se derrumbó. El santo no podía hablar porque era domingo, pero en cambio podríamos verle. Si volvíamos el jueves, el santo hablaría. Entramos el dormitorio y el joven bajó de un estante, sin darle mayor importancia, como si estuviera a cargo de un almacén y no de un milagro, una de esas cajas de té victorianas divididas en dos compartimientos. Uno de compartimientos, estaba vacío; en el otro habían pegado una capillita tallada, y en el fondo una estampita de San Miguel; la imagen habitual del arcángel q mata al dragón. La caja de té estaba llena de bolita; de papel plateado en colores, y entre éstas asomaba un clavo, y en la punta del clavo una cabecita hueca. Hecha, su pongo, de plomo, como un soldado de juguete. Evidente, no era la cabeza de San Miguel; era

⁵ Estos gusanos son depositados directamente — y no mediante huevos — por una masca grande que ataca a los borrachos cuando está tendidos sin sentido en la calle. Los gusanos a veces llegan al cerebro no se ha descubierto ninguna cura de este mal.

la de una mujer; de cabello ondulado a la griega, cabeza de camafeo. Esta cabeza era la que hablaría no el domingo, sino el próximo jueves, aunque supongo que si yo hubiera podido volver el jueves, también habría sido un día poco propicio. No era el decorado de un milagro; había en todo esto algo de astuto, aficionado... Dejamos una ofrenda en la caja — como los enfermos a quienes no se cobraba ni un centavo y nos despedimos.

Cuando volvíamos nos detuvimos para comer en la cantina de una india, en Istapa, y allí oímos hablar de un nuevo San Miguelito, que también vivía en una caja, cuatro leguas de allí; hablaba hasta los domingos, porque la mujer lo había oído. De modo que a esta hora no me sorprendería saber que hay media docena de san. Miguelitos en Chiapas. El santo aparece en todas partes, como una infección ¿y qué otra cosa podría esperarse? Está prohibido decir misa en las iglesias; sólo la reclusión de una casa particular puede llevarse cabo ordinariamente el verdadero milagro; pero la religión tiende a salir a la superficie, y cuando se la suprime emerge y se abre paso bajo formas extrañas veces ponzoñosas.

Últimos días en Chiapas

El largo e incómodo viaje desde Veracruz tocaba a fin; al día siguiente partía para Tuxtla, y de allí la ciudad de Méjico. La capital ya me parecía ciudad de lujo infinito; soñaba con ir al "S t. Regis" más una Coca-Cola; soñaba con los cocktails de coñac en el bar de Mac, con los periodistas que bebían café en el Café París. Pero quizá San Miguelito se había ofendido por mi falta de fe. Méjico me remató con un golpe final.

Esa tarde, mientras describía mi visita al señor F. casi me desmayé; cuando volvía al hotel me sorprendió una violenta tormenta. La ropa mojada fue el golpe de gracia: no pude cenar. Esa noche tuve fiebre. Las noches no me habían parecido nunca tan frías como esa, mientras vomitaba o me arrastraba a través del patio. Lluvioso hasta la letrina tapada. Diarrea, vómito, fiebre, ¿sería eso lo que llamaban disentería? Me habían advertido que me fijara si había sangre, que era el síntoma de la disentería amebiana, y a veces me pareció verla. Y todo el tiempo me perseguía la idea del viaje del día siguiente. El viaje a Sanoyo había sido bastante desagradable, pero sólo había durado cuatro horas de ida y cuatro de vuelta, y había alquilado un automóvil. Pero mañana decían que tendría que viajar durante ocho horas, hasta Tuxtla, en un diminuto ómnibus del correo. Me parecía una imposibilidad; pero yo había reservado pasaje en un avión que al día siguiente partía de Tuxtla hacia Oaxaca, y si lo perdía, Dios sabía cuánto tendría que esperar hasta encontrar otro. Y tenía miedo. Quería estar donde hubiera médicos. Durante los últimos cuatro o cinco días había bebido agua, lo que en Las Casas era una verdadera imprudencia o quizá estupidez.

Y cuando uno no tiene más remedio, tiene que seguir adelante. Al día siguiente la diarrea continuaba, sin disminuir, los vómitos habían cesado, y la fiebre me ayudaba un poco, confundiendo las asperezas de la realidad. El ómnibus era viejo y pequeño, con un techo de madera a unas pocas pulgadas de nuestras cabezas, y cuatro bancos de madera frente a las bolsas de correo. El vehículo no tenía una pulgada libre. Tres de nosotros estábamos sentados junto al conductor, donde en realidad había lugar para uno solo. Dos iban en el estribo, agarrados a la ventanilla. Parecíamos un fósil en proliferación, recorriendo a los barquinazos, a las siete de la mañana, la espantosa y conocida carretera a Istapa. En un pueblo llamado San Lorenzo nos bajamos para desayunarnos, y descargar un ataúd; yo me alejé hasta un pedregal para descargar mi malestar y mi disentería. Luego, nuevamente el interminable descenso en espiral, 'hacia el trópico. Habíamos salido del frío terrible de las «montañas, y a medida que bajábamos nos quitábamos la ropa. A unas cuantas millas de Istapa — que en este Ómnibus decrepito quedaba a unas cinco, horas y media de Las Casas — empezaba realmente la

carretera a Tuxtla, en un desierto de chozas de barro y de excavadoras abandonadas (todo suspendido por la disputa petrolera), una buena carretera por la que podíamos abrasarnos a unos cincuenta kilómetros por hora, descendiendo por la ladera de la montaña hacia la llanura del Pacífico. Al borde de un inmenso precipicio sobre el camino, de cara al sol de mediodía, un grupo de indios oraba, con las manos levantadas sobre la cabeza, junto a una excavadora oxidada, pero cuando subimos hasta su nivel ya habían desaparecido. Era como la frontera de la fe; dejábamos detrás de nosotros la salvaje región de las grandes cruces inclinadas, de las caras cavernícolas reverentes ante el Cristo crucificado, del santo que hablaba. Volvíamos y bajábamos al Méjico pintoresco del pistolero y del monasterio en ruinas, atravesando Chiapa de Corzo, toda de pintura rosada y palmeras y frutas tropicales y viejas iglesias ruinosas y polvorienta desolación. Esto era el trópico, y el chófer detuvo el ómnibus para comprar algunas frutas que se llevaría de vuelta a la helada ciudad de Las Casas, siete mil pies más arriba.

Tuxtla no es un lugar para extranjeros; la nueva y fea capital de Chiapas, sin atractivos. El ferrocarril todavía no llega hasta Tuxtla, pero los aeroplanos de Serrabia la unen al resto de Méjico, y hay agua corriente en el hotel, y una ducha, aunque el baño tiene pérdidas de agua en el piso y las telas metálicas contra los mosquitos terminan una pulgada antes de llegar al borde de la ventana, y las cerraduras de las puertas no funcionan y en los marcos de las ventanas quedan restos de masilla. Es como una innecesaria posdata de Chiapas, que debería ser solamente montañas salvajes e iglesias antiguas y ruinas en la maleza y esos indios que caminan pesadamente o vigilan desde sus miradores barro las sendas de mula del norte. En Tuxtla sólo hay pistoleros --- aunque la mayoría estaba en Las Casas esperando al general Pineda, vendedores de billete de lotería, y odio hacia el extranjero, y en el mercado horribles y pobres muñecas de madera .y trapos pintados, con perversas caras de viuda, hechas en casa.

CAPITULO XI

REGRESO A LA CIUDAD

Aviador Mexicano

La disentería seguía tan intensa como siempre yo buscaba ansiosamente esa sangre que significaba el hospital y semanas de cárcel en este país odiado. Volé de Tuxtla a Oaxaca en un UASP diminuto y abarrotado, lleno de moscas que lentamente morían sobre las ventanillas, a los saltos sobre las inmensas montañas pardas, con una madre y tres niños pequeñísimos y dos gansos atados en unos sombreros de paja. A veces, muy abajo, una iglesia se deshacía en ruinas, entre algunos anchos, frente a una plaza abandonada; algún camino serpenteaba durante una docena de millas y expiraba entre las rocas, como un río.

Serrabia no manejaba personalmente el avión. Esto me decepcionó, porque tenía muchos deseos de conocer a un hombre que tanto me habían mentado en Chiapas. Hacía unos pocos años había empezado a trabajar con un aparato viejo, a crédito. Lo único que poseía en el ando era el trapo con que limpiaba su avión. Ahora poseía una compañía con un capital de doscientos mil pesos (más o menos unos cincuenta mil dólares; no parece mucho, pero es bastante para las provincias en Méjico). Un avión vuela diariamente con el correo, de Tuxtla a la capital, los martes hay otro que va a Oaxaca, y. de vez en cuando un avión visita Las Casas y Yajalón; un viejo aeroplano que avanza meneándose lentamente entre las montañas, no por encima.

Serrabia, por su parte, es un aviador de nacimiento. algunos dicen que el misterioso avión que se oye de noche, y que se supone ser un conspirador alemán de Guatemala, es en realidad Serrabia que se pasea de noche para no perder la mano; que se pasea sobre las montañas de Chiapas. Un aviador norteamericano visitó una vez al señor F. en Las Casas. Todavía temblaba, pensando en el viaje; dijo que sólo un loco o un genio podía mantener un servicio continuo en semejante zona. De vez en cuando, Serrabia inaugura un nuevo distrito.- Una vez tenía que llevar al señor F. de vuelta a Las Casas, desde Tuxtla, cuando se le ocurrió visitar un pueblito nuevo, un poco apartado del camino, donde el, alcalde le había prometido preparar un campo de aterrizaje. Mandó un telegrama y recibió una respuesta satisfactoria: el campo estaba preparado. Pero cuando llegaron al pueblo descubrieron que no habían cortado el pasto; era imposible ver las diferencias de nivel. Sin embargo, Serrabia decidió aterrizar, trazando una gran curva sobre el campo. El único inconveniente, decía, era volver a levantar el vuelo; tendría que retroceder peor la huella que había dejado al aterrizar Cuando ya estaban en los aires, empezaron a balancearse de una manera curiosa. El señor F. dirigió una mirada hacia atrás, y vio que la cola estaba suelta, y colgaba. Serrabia no se desconcertó; aterrizó en la orilla de un río, y se fue a pie hasta una finca en busca de un trozo de cordel. No tenían cordeles, pero consiguió atar la cola con hilo de pescar, y dijo que tal vez les convenía más ir a Villahermosa, en vez de Las Casas; en Villahermosa había talleres. Por lo tanto atravesaron todo Chiapas y aterrizaron en Tabasco; era un buen rodeo para el señor F. En ese pequeño campo de aterrizaje encontraron otro avión mejicano, de dos motores, que acababa de llegar de Guatemala, después de perder uno de los motores a principios del viaje. Esos pilotos tienen poco temor como sentido de la mecánica. Yo siempre me alegraba de llegar, ya fuera Salto,

Yajalón, Oaxaca ⁶1.

Oaxaca

Oaxaca era hermosa, a su manera, pero yo estaba demasiado enfermo y cansado para fijarme en cualquier hermosura, que en este caso consistía en unas pequeñas manzanas arboladas, de intensa actividad. Horrible alfarería aldeana en las tiendas; sobre la entrada de la catedral, un hermoso grupo en piedra de La Reina del Cielo coronada. Era extraño volver a entrar en una iglesia y ver encendida la luz del santuario, y la gente arrodillada ante la Eucaristía, y avisos de misas y bendiciones. Una ciudad oriental, de techos chatos, bajo las sierras leoninas y arrugadas, con torres que parecían cúpulas de mezquitas emergiendo un poco sobre el nivel uniforme; desde el aire tiene el aspecto de ser una plaza pavimentada, donde la vida se desarrolla subterráneamente. Había regresado donde a veces anhelaba estar, en la zona turística; en cualquier momento esperaba encontrarme con mi anciano amigo de Wisconsin, al volver una esquina, ansioso por presentarme a algún Portero o criada que lo había atendido bien. Era una ciudad escrita en las guías, donde uno podía alquilar un taxímetro y ver los lugares interesantes.

Primero la catedral, iniciada en el siglo dieciséis. El interior parecía curiosamente reducido por las ornamentadas capillas laterales. Toda de terciopelo rojo y oro daba la sensación de estar acolchada, como a veces lo están los libros de misa. Era un lugar para prelado, no para la oración. Luego el famoso Santo Domingo, terminado a fines del siglo diecisiete. Algunos dicen que es una de las más hermosas iglesias del mundo, pero no sé por qué no me produjo la menor impresión; prefería su humilde tocayo de Las Casas con los indios _ apiñados en el interior. Aquí están orgullosos del árbol genealógico, un ornamentado follaje que se extiende por el techo en altorrelieve, y florecen en imágenes coronas, entre ramas con uvas, llegando por fin a un rostro pálido y aristocrático. Pero no es hermoso; es demasiado bajo, demasiado oprimente; ¿suponiendo que se espera una corona? Uno se agacha bajo el peso de la monstruosa dinastía española. El exterior es hermoso — dos los exteriores de Oaxaca lo son —, sólido, simple donde la talla se somete a la forma, no como en San Luis Potosí donde prorrumpe locamente, ocultando la forma de la iglesia. También es hermoso el convento adjunto a Santo Domingo, por lo menos lo que, queda de él; el patio roto, con una fuente clásica, destruido en tiempos de Suárez, el indio nativo de este estado que conquistó a Maximiliano y empezó por primera vez lo que según se esperaba sería la destrucción de la Iglesia y lo que demostró ser su salvación. La mitad es ahora un cuartel de caballería: un soldado dormido con polainas, sobre una piedra caída, como un gato: las partes de un caballo, pintadas sobre un muro, en lugar de la Virgen; un clarín que suena. Pero para mí, la iglesia más humana de Oaxaca es La Soledad, nada recargada de magnificencias; situada en una placita en forma de terrazas, contiene la imagen quizá segunda en importancia de Méjico, la de la Virgen de la Soledad, que apareció milagrosamente. Es la patrona del estado de Oaxaca. y de todos los marinos; del tamaño de una muñeca: grande, con una corona y unas vestiduras muy ornadas, y una flor en la mano, está colocada sobre el altar, encima de la Eucaristía. Es española en todo sentido, una virgen de Velázquez, y la soledad en que se solazaba, uno piensa, era la soledad española de esos hombres con nostalgia de Castilla. No tiene nada en común con el estado salvaje donde impera, donde esa misma semana los indios de una aldea organizaron una pequeña. matanza.

⁶ Poco después Serrabia pagó el precio habitual de la temeridad aérea.

Mitla

Ya estaba harto; quería volver a mi patria, no demorarme ni siquiera en la más agradable de las ciudades mejicanas; y Oaxaca era realmente agradable. La comida tratándose de Méjico, era buena, pero yo no podía pasarla; la disentería me vaciaba; no podía quedarme en pie mucho rato. Esa tarde tomé un coche y fui a Mitla

El deseo de ver Palenque, si puede decirse que lo vi, había requerido cuatro días en mula, y me había dejado completamente exhausto. En cambio el viaje a Mitla me llevó apenas seis horas, por un camino bastante bueno, y con un costo de unos quince chelines; y en verdad, para el profano, estas ruinas mixtecas son mucho más hermosas que las de Palenque.

Uno llegaba a ellas atravesando otras ruinas, las modernas ruinas de las granjas. Las columnas clásicas los pórticos se convertían nuevamente en barro, porque habían sido hechos simplemente de barro, así como Las casas, con una capa apenas de revoque. No había desperdicio, y poco desorden; nada de esos feos restos de tejas o de chapa galvanizada. Aquí se encontraba uno nuevamente en la tierra de los cactus. Todos los demás árboles se agitaban frescamente en la leve brisa vespertina, pero no esos tubos verdes y rígidos. Las langostas se posaban sobre ellos, con un aire de caballo en el horizonte; las carretas de bueyes pasaban a su lado, los hombres separaban el grano con pala, arrojando la semilla amarilla contra el ocaso. Nos detuvimos en una cantina, y tomamos un poco de mescal; el chófer me dijo que era bueno para la disentería. No creo que lo fuera, pero era muy bueno para darse ánimos.

Las ruinas en sí, bajo la mirada vigilante de una iglesia colonial, consisten esencialmente en una serie de patios largos y estrechos ornamentados con mosaicos de ladrillos; cada dibujo es levemente distinto del anterior, una especie de punto cruz en piedra. Huxley lo ha descrito muy adecuadamente como "tejido petrificado". En algunas paredes quedan restos de frescos, como ilustraciones de alguna horrible novela de Wells: máscaras de gases, tanques, y armas de un horror todavía no inventado, un mundo mecanístico. Fuera cual fuere la ferocidad con que lucharon los conquistadores, la fe que trajeron consigo -- la virgen de Guadalupe y la Virgen de la Soledad — era más humana que esto. En las cámaras sepulcrales subterráneas alumbramos con bujías leves rastros de pintura roja como la sangre. Una gran columna, la Columna de la Muerte, sostiene el techo. El guía solicita a los visitantes que la abracen, y por el espacio que queda entre los dedos, predice cuántos años--de vida les resta. Parece ser más favorable o desfavorable, como queráis considerarlo, para los que tienen brazos largos: a mí me quedaban siete años más.

Volví a Oaxaca, y mientras descansaba en la cama pensé qué extraño era el ruido de los taxímetros en la noche. No los había oído desde que partí de Veracruz.

Viaje en tren

Tampoco había viajado en tren desde aquel otro siglo, cuando bajé de la capital a Veracruz. El viaje de Oaxaca a Puebla es menos agradable e interminablemente lento. Sin embargo, yo me sentía tan feliz como me lo permitía la disentería. Cada vez que partía, de Villahermosa para Palenque, de Yajalón para Las Casas, de Las Casas para Tuxtla, me decía que por fin volvía a mí. casa, que la aguja del reloj ya bajaba, que ya había girado la curva del globo. Pero esta vez, por fin, lo creía.

No tenía nada que leer; hacía mucho que había terminado con Cobbett. Nada que hacer mientras el tren se arrastraba por el desierto, sino apuntar algunas notas, los pensamientos deshilvanados de un hombre aburrido.

"Cómo llega uno a odiar a esa gente, la intensa lentitud de esa vieja monolítica de ropas negras, con su cabello gris desordenado; se saca una garrapata, se suena la nariz, trata de subir la persiana de una ventanilla o de abrir una botella de naranjada, muge con la boca abierta, fija la mirada en la gente, sin sentido, durante largos minutos, desplaza lentamente su cuerpo negro, todo junto, como una mula. Y ese niño de clase media, con pantalones cortos de terciopelo negro, tricota rayada, camisa rayada de jersey, y gorra de jockey de colores vivos. La espantosa falta de expresión de los ojos negros. La gente no parece ayudarse nunca entre sí en las cosas pequeñas, no quitan los paquetes de los asientos, no dejan lugar con las piernas. Se quedan simplemente sentadas. Si España es así, comprendo bien la tentación de hacer una matanza.

"Nos detenemos en un espantoso pueblito minero, peor que lo peor del África. Chozas de barro y techadas de lata, que se amontonan una tras otra, sobre la misma barranca, a lo largo de un arroyito diminuto y sucio. Un mendigo ciego recorre a tientas el tren.

"Uno siempre desea para sus hijos — de algún modo — una vida mejor. ¡Qué horrible será estar desterrado con ellos, como la señora R., en este país!

"La madre del niño odioso de la gorra de jockey conoce a todos los empleados de ferrocarril de la línea. Le ofrecen pequeñas recepciones en cada estación, y hasta se da la mano con el maquinista de un tren que pasa. Lee El Crimen Sexual y lo presta, a la vieja lenta y a su hermana menor y al niño. Espera otra criatura, o si no, tiene parásitos.

"En... (perdí mi horario) una manada entera de perras sube al tren, corre por el pasillo del centro, recogiendo las migas y los huesos que dejaron caer los pasajeros. Cuando terminan de lamer el vagón, hasta dejarlo limpio, se van, con un aire de hambrienta rutina. El tren sigue viaje.

"Se aconseja al turista no tomar este tren, hay un servicio rápido nocturno. Uno empieza a comprender por qué.

. "La limpieza y la suciedad de esta gente; siempre se lavan las manos en una palangana antes de comer, y se enjuagan la boca con un vaso cuando terminan; y luego escupen en el suelo.

"Quizá en los tiempos de Porfirio Díaz hubiera muchas crueldades en las haciendas, pero uno se pregunta si la suma total de padecimientos sobrepasaba la bomba en el correo de Juárez, los tiros en la Cantina ópera, los asesinatos que se leen todos los días en los diarios.

"Los sostenedores de la revolución proletaria se jugaron la vida por una filosofía. Es la única razón que tienen para continuar la lúgubre tare. de vivir. Uno no puede esperar que reconozcan, ni siquiera ante ellos mismos, que Rusia ha demostrado ser un fracaso — o Méjico—, sin el consuelo de una dramática conversión a alguna otra religión. Nadie puede soportar la vida sin una filosofía.

"Algunas horas antes de llegar a Puebla, surge un horrible paisaje polvoriento, gris blancuzco. Chato y sien. cultivar. Luego, como un oasis, el pueblo de Tehuacán, de donde proviene el agua mineral, Garci Crespo. Botellas de agua mineral expuestas para la venta en el andén, antes de empezar nuevamente el desierto. Un tuberculoso que viaja en el vagón pide que abran la ventanilla. Se señala el pecho, como explicación. Lleva un sombrero mejicano de alas anchas y una camisa de jersey y un pañuelo escarlata al cuello; una barba negra estilo Lawrence. Emerge de él una vocecita imperceptible, como el ruido que hacen los pitos infantiles de los crackers. Bebe un poco de agua y se deja caer nuevamente en el asiento. No queda casi nada de él, salvo la barba negra y el sombrero ancho. Tiene la piel como un papel;

ya no debe de tener pulmones.

"El niño odioso saca todos los vasitos de papel del grifo de agua junto a la letrina, y los destruye uno por uno. Nadie se lo impide. El polvo blanco de la llanura abrumadora sopla contra el vidrio. El calor, con las ventanas cerradas, es sofocante.

"La llanura empieza a cubrirse de iglesias, como peñascos. Cae la noche. Oscuridad, y excéntricas cúpulas sobre las nubes negras y las estrellas."

Puebla

Puebla es la única ciudad mejicana donde me pare-posible vivir con cierta felicidad. Tenía algo más que acostumbrada belleza ruinoso: tenía gracia. Algo francés parecía demorarse en ella, resto de las épocas de Maximiliano. Uno podía comprar cristales antiguos franceses, y retratos de Carlota en un pisapapel; hasta las artes y oficios de Puebla eran más civilizados, en un estilo victoriano, europeo; vidrio como el vidrio de Bristol, y deliciosos palitos de turrón de frutas, juguetes de paja como las pinturas de Tchelichew. Y yo no me había imaginado que las iglesias con mosaicos pudieran tener colores tan delicados, porque las mayólicas pueden ser horribles aun en Puebla, donde los fabricantes han regalado bancos de mosaicos a los jardines públicos, en los cuales anuncian con mayólicas lilas y verdes sus cigarrillos y sus aguas minerales. Recuerdo una iglesia recortada en una línea delicada color narciso sobre el cielo. El aire era claro y sin humo, pero no tan enrarecido como en la capital, y las mujeres hermosas y bien vestidas. Una especie de catolicismo de sociedad subsistía aquí, distinto de la fe de San Luis, al borde de la violencia, de la inanición de Orizaba, del paciente "Seguir en la brecha" de la capital, de las salvajes supersticiones de Chiapas. Me propuse volver, cuando estuviera mejor de salud, pero por supuesto no volví nunca.

El convento escondido

Lo que más me interesó en Puebla fue el convento secreto de Santa Mónica, donde el notario norteamericano había creído encontrar los esqueletos de los hijos de las monjas. Es un lugar lúgubre y extraño; si tiene alguna belleza, es una belleza incomprendible para el mundo. El convento fue fundado en 1678, pero en la época de Suárez, cuando empezó la persecución religiosa, dejó tranquilamente de dar señales de existencia para el mundo, y sólo fue descubierto por los detectives en 1935. Había subsistido durante un siglo; en él se admitían novicias, que luego tomaban las órdenes y los hábitos y vivían y morían sin que las autoridades se enteraran jamás de su existencia. Un convento cerrado tiene tan poco contacto con el mundo, que resultó fácil cortar todos los vínculos — menos uno — que lo unían a la vida de Puebla. Ese vínculo era una criada, que se peleó con su ama en el domicilio privado que constituía la fachada del convento.

Se encuentra casi en las afueras de la ciudad, en una calle que conoció mejores épocas; las altas casas grises se desmoronan socialmente barranca abajo, hasta la casa de inquilinato. La puerta está siempre abierta, como la de un hotel de mala fama; una escalera de piedra angosta asciende a un cuartito donde unos hombres decrepitos esperan a las visitas. Su aspecto es el aspecto regordete y dominador de los políticos en los balcones, pero están peor vestidos; no son parásitos de algo tan bueno, como los otros. Toda la casa depende ahora de los masones, que la exponen como una especie de museo contra Dios. Un guía — de aspecto tan mísero y político como todos los demás — consintió en mostrarme la casa de inmediato, sin esperar que llegara un grupo de turistas; más tarde, cuando entrábamos a cuatro patas por una escotilla, nos dimos casi de cabeza con un grupo, y conseguí por algunas frases, algunas burlas

oficiales contra la santidad. Mi guía sorprendentemente, no se burlaba; simplemente se reducía a relatar, llevándome primero al pequeño comedor donde la familia que ocupaba la casa solía comer. Por allí había entrado el detective, tres años antes, basado en la declaración de la criada despedida. Todo lo que ésta podía decirles era que el convento se encontraba allí; que compraban comida y de algún modo la hacían entrar — pero ¿por dónde? — y que del convento en cambio emergían — pero ¿cómo? — bordados que luego eran vendidos. Era una casita que apenas tenía la profundidad de una habitación, y este comedor contenía una mesa y un florero, algunas sillas rectas, dos estantes en un nicho, en lugar de aparador, otro florero sobre el piso, junto a la pared. Los sabuesos casi se retiraban de la casa, decepcionados, cuando uno de ellos desplazó el florero y encontró un botón de campanilla. Lo apretó, y toda la pared de-tras de los estantes se abrió, y del otro lado encontraron una escalera que bajaba directamente al estudio de la Madre Superiora. Hallaron a unas cuarenta mujeres en el convento, todas mujeres maduras: hacía algunos años que no entraba ninguna novicia.

— ¿Qué fue de ellas?

—Oh, las dispersaron — dijo mi guía sin animosidad —. Ahora tratan de mantener su vocación en casas particulares.

Descendimos al pequeño estudio, horrible y piadoso: dos bibliotecas de vitrina, una mesa con un mantel polvoriento, una silla, cuadros oscurecidos de antiguos santos, una imagen española admonitoria, un crucifijo. Al lado del estudio, el dormitorio de la Madre Superiora: una tabla de madera como cama, y sobre esta cama la cara fea y malherida de Dios. Aun después de entrar, el asunto no había sido fácil para los detectives; encontraron fácilmente los dormitorios, pero ¿dónde estaba la capilla? Más tarde la descubrieron; levantaron una losa del fondo del único baño, y pasaron arrastrándose — como lo hicimos nosotros — a una capilla con asientos alineados. Sobre cada uno pendía una cuerda y una corona de espinas, y en el extremo había un gran altar. En una caja de vidrio, dentro de un relicario, estaba el corazón arrugado del fundador, del color de la sangre mucho tiempo seca. Había más reliquias en una capilla más antigua, detrás de la anterior, donde unos orificios en la pared permitían a las monjas observar la misa en el altar de una iglesia contigua. Una cantidad de corazones y de lenguas habían sido retirados de sus relicarios, y expuestos por ahí, algunos en tarros de vidrio con alcohol, otros simplemente amontonados en una bandeja, como pedazos de hígado; restos y recortes sin interés de personas muertas hacía tanto tiempo ¿De quién? nadie lo sabía. Otra puerta falsa daba a un oscuro retiro, donde las monjas podían aislarse para la contemplación, y al lugar donde las enterraban. Primero empalaban los cuerpos con ladrillos, y cuando la carne se había disgregado arrojaban los huesos a la fosa común; ahora había sido abierta, y habían dejado algunas cráneos, por razones de propaganda.

Subimos nuevamente a un cuarto lleno de pinturas sobre terciopelo, imágenes terriblemente idealizadas de las corteses agonías de Carlo Dolci. Los políticos se sentían orgullosos de estas pinturas; no encontraban ninguna belleza en el pozo oscuro, pero estos valían por lo menos un millón de pesos, me dijo el guía. Yo hice alguna observación tonta y frívola. No me escuchaban. Cuando salíamos, dijo distraídamente:

—Sí, le han robado todo a la Iglesia.

Me asombró; era realmente un traidor en el campo de los masones. Le dije que yo era católico, y me contestó suave y tristemente:

—Entonces simpatizará con esas pobres mujeres, y con la lucha que debieron sostener.

Me condujo por una ancha escalinata colonial, baja canastas de helechos, hasta el patio,

lleno de árboles y de rosas; un jardín para las novicias otro más gran de para las monjas. Estaban llenos de pe Mames y sol y quietud y abandono; en el centro de una pared se veía una cruz, y los arbustos crecían por ella, como una rosa y me la dio, "para que recordara a esas pobres mujeres". El otro día volví a encontrarla metida al azar entre las páginas de Barchester Towers; el perfume marchito ascendía de la propuesta del señor Arabin: "Contésteme esto — dijo el señor Arabin, deteniéndose de pronto en medio de su paseo, y dando un paso hacia adelante, para encarar a su acompañante —. Contésteme esta sola pregunta: ¿No ama usted al señor Slope? ¿No tiene la intención de ser su esposa?" Parece que hubiera tanta distancia entre Barchester y Puebla, hasta oscuro cuarto sepulcral y el pozo de los cráneos, donde masones se arrastran a cuatro patas a través de la pared del baño para entrar en la capilla desierta muchísimo más lejos que unos cuantos miles de millas, a la inconmensurable distancia entre dos mentes humanas.

De vuelta

Resulta más rápido ir de Puebla a la capital en ómnibus que en tren, y lo que yo deseaba sobre todo era velocidad. Hacía cinco semanas justas que no tenía ningún contacto con mis corresponsales y mi familia. pueden ocurrir tantas cosas, y uno nunca espera recibir buenas noticias. Junto a la oficina de los ómnibus había una mendiga que a causa de alguna espantosa enfermedad se había quedado doblada en dos: sólo podía. pedir limosna a los zapatos de la gente. Mientras giraba rápidamente hacia otros pares de zapatos, resbaló y se cayó. Se quedó allí donde había caído, con la nariz apretada contra el suelo, sin poder moverse ni respirar hasta que la levantaron.

Yo me sentía demasiado mal para poder apreciar el viaje de descanso a la meseta mejicana; un camino magnífico, a lo largo de una montaña. Por primera vez desde mi llegada a Méjico pude ver el gran volcán Popocatepetl, un cono de hielo que asoma entre los bosques y los picos, sobre las iglesias ruinosas, como la luna que sobrevive a todo. Era hermoso, pero más me importaba la incompetencia del chófer. Estos ómnibus viajan cada tres horas, todos los días de la semana, entre Puebla y la capital; y sin embargo, antes de haber trascendido los tres cuartos del viaje el chófer se quedó sin una gota de nafta. Muy infantil y jovial, no descubrió durante un buen rato cuál era la falla; le pareció la cosa mas divertida del mundo, y así les pareció a todos _los mejicanos, pero yo tenía los nervios a punto de estallar, mientras esperábamos a un costado del camino que pasara un coche que pudiera prestarnos un poco de nafta, y la tarde avanzaba, y yo pensaba constantemente que la oficina donde las cartas me esperaban se cerraba a las seis.

Al final llegamos a tiempo, y conseguí mis cartas. Como me imaginaba, no eran muy buenas. Una cuenta de un abogado, una cantidad de recortes de diario sobre un pleito en Londres, y qué había dicho Sir Patrick Hastings y qué había dicho el Lord Chief Justice ⁷. Todo eso me parecía raro, ficticio y más bien tonto. Compré un remedio, lo tomé y me acosté. Mi cuarto, en el mismo hotel pobre y oscuro, se encontraba ahora en otro piso, y mi equipaje seguía en el depósito del techo y yo no podía encontrar mi sobretodo. Algunas pruebas de una novela que habían salido de New York el 7 de abril todavía no habían llegado, y estábamos a 21. Todas las preocupaciones e irritaciones y responsabilidades de la vida ordinaria volvían precipitadamente; y yo me había imaginado durante esa interminable cabalgata en mula a

⁷ Un pleito por calumnias que me entabló la señorita Shirley Temple.

Palenque que una vez llegado a la capital la vida volvería a ser tan agradable, fácil y lujosa, toda de cocktails de coñac y whisky y Coca-Cola. Bueno, ahora tenía que buscarme un barco para volver a Inglaterra, pero no tenía bastante dinero para pagar el pasaje, hasta que me devolvieran mi depósito en la oficina de inmigración; y por supuesto el valor del peso desde mi cruce de la frontera se había venido abajo. Las preocupaciones de dinero empezaban a acumularse, cosas que había que prever... y pensar que en Las Casas me había sentido desdichado porque no tenía nada que hacer.

Me acosté en la cama, a leer lo que habían dicho otra cosa para leer, porque mis libros estaban en el depósito del techo. Al parecer el proceso, no sé por qué asunto era demasiado raro me miraba maliciosamente, con su boca abierta. Uno no se acostumbra nunca al silencio del teléfono en una ciudad donde se es un forastero. Aumenta la soledad. Tal vez podía llamar a alguien, pero ¿a quién? En la ciudad de Méjico existe siempre el problema de que hay dos compañías telefónicas. A menos que el teléfono de uno sea del mismo tipo que el del otro, no es posible comunicarse.

Al final llamé al secretario de la Legación y fui a verlo y tomamos unas copas y me enteré de las últimas noticias de Cedillo; cómo lo habían nombrado comandante militar de Michoacán, y cómo alegaba estar enfermo y se quedaba en Las Palomas. Nadie se imaginaba todavía que se vería obligado a tomar las armas. Luego volví a pie por el Paseo, bajo las luces fosforescentes del Reforma. Los coches se llevaban por delante entre sí, y los mecánicos indios de los garajes, de mameluco, abrazaban inocentemente a sus novias en los bancos de piedra, una especie de procesión de mujeres pasó a mi lado, con banderas (nuevamente la disputa petrolera); la Avenida Juárez, por supuesto, olía a dulces. El coñac me había entonado un poco, y traté de comer algo a la hora de cenar.

El camarero que me servía había cambiado desde mi partida; el nuevo era delgado y morocho, con una sonrisa demasiado confidencial. Me preguntó si estaba solo, y le dije que sí. Pensé que quería saber si estaba dispuesto a comer, o si esperaba a alguien. Le pedí una Garci Crespo, para llevármela a mi habitación; volvió a sonreír confidencialmente, y no me la trajo. Tuve que pedírsela varias veces antes de conseguir que me la diera, y cada vez asentía más seductora, más oscura, más comprensivamente, como si yo insistiera demasiado en una letra de un código cifrado. Cuando empezaba a desvestirme, el vidrio de la puerta se oscureció: era el camarero. Le pregunté qué quería; simplemente se redujo a sonreír, mostrando los dientes, y me dijo que acaso no había pedido una Garci Crespo. Le cerré la puerta de un golpe; un rato después volvió a pasar por el corredor y me rascó el vidrio. Le grité que se fuera, y apagué la luz, pero durante largo rato la pequeña sombra viciosa esperó, con la paciencia de una víbora, del otro lado del vidrio.

al lado del teléfono, y volví el juez y el fiscal. No tenía mis libros estaban en el de-había amenazas de continuar ni en base a qué. Todo el para ser cierto. El teléfono

Era una mala noche. En el piso de abajo una mujer histérica chillaba y sollozaba y un hombre hablaba en todos los tonos, en vano; con paciencia, con grosería, con amor y con odio. Dios sabe qué relaciones terminaban así públicamente en ese cuarto de hotel. Al día siguiente observé a las parejas en el salón y en el ascensor; con sus ojos negros impasibles, sentimentales de mejicanos. Alguna señal de esa noche atroz habría quedado en alguna cara, pero no se veía. Y el camarero se acercó seductoramente para tomar mi pedido, y sonrió perdonándose cuando le dije: "Una Garci Crespo." Por supuesto, los gritos de la mujer y el camarero que insistía detrás de la puerta, podían encontrarse en cualquier parte, pero aquí, en esta ciudad, la noche misma de lo que yo imaginaba un regreso tan feliz, parecían más que nunca simbólicos de un país de decepciones y desesperación.

Viejos vínculos

Era como empezar todo de nuevo. En Chiapas había olvidado lo odiosa que era la capital de Méjico; las tiendas llenas de chucherías — sarapes ordinarios y porcelana ordinaria y espantosas y rebuscadas filigranas de plata —; los taxímetros que todo el tiempo tocan bocina. Lo que me había agotado, en Chiapas era simplemente el esfuerzo físico, la hostilidad, el tedio; la vida entre las oscuras arboledas de cruces inclinadas tenía por lo menos cierta relación con los valores eternos.

Reanudé viejos vínculos; primero con el dentista, ya que no pude eludirlo en la Avenida Francisco Madero. No había vuelto a ver a la muchacha. Parecía más que nunca un individuo insoportablemente aburrido. No podía olvidar que su familia había sido en un tiempo una rica familia de terratenientes en Yucatán. Insistía llevarme allí y allá, para que conociera a su mujer, Su madre, a su tío. Subíamos y bajábamos las escaleras; llamaba imperiosamente a los taxímetros, y yo pagaba. Una presentación, y otra vez a bajar las escaleras, y otro taxi.

--Quiero presentarle a mi primo.

.En las calles había carteles sobre una elección en alisto. "Cuatro razones por las cuales no apoyamos la candidatura de Silvano Barbo González. Silvano Barbo González es un imbécil, un aventurero, un ingrato, un traidor contumaz. Es un imbécil porque... un aventurero porque... "

No me alejaba de la oficina de correos, esperando mis pruebas. Por fin había dado con la pista: estaban allí; pero no me las darían hasta después de tres días. Para retirar una encomienda se requiere recibir primero una notificación oficial, que debe ser presentada a ciertas horas en una ventanilla determinada; siempre hay una cola. Luego hay que firmar otro papel. Luego y que llevar este papel a otra ventanilla, donde uno paga un derecho arbitrario, calculado supongamos en base al peso. Luego, a otra ventanilla. En la cuarta ven-finilla, me parece (ya empieza a fallarme la memoria), no recibe su paquete. Como en cada ventanilla cola, es imposible cumplir con toda esta rutina antes de la hora del cierre. Hay que volver y empezar donde uno dejó la vez anterior...

Artes y oficios

El remedio me hizo bien. Redujo la disentería dentro de los límites bastante acomodados. La conciencia me decía que yo no había ido a visitar ninguno de los lugares importantes. Por lo tanto, tomé un ómnibus hasta Taco, cuatro horas después de Cuernavaca.

Taxco es el punto fuerte del turismo mejicano; el Méjico cuidadosamente conservado por una sociedad de comerciantes y de artistas norteamericanos, denominada "Amigos de Taxco". Es el Greenwich Village de Méjico (el señor Spratling fabrica allí su orfebrería), con un aire de Capri, y ha sido adecuadamente descrito por la señorita Frances Toor en su inapreciable guía de la zona turística: "Taxco (en azteca, «Juego de Pelota»); ciudad minera, fundada por Borda. Pob. 3.500. Alt. 5.000 pies. Hermosa y pintoresca. De aspecto colonial y europeo. Clima uniforme y agradable, noches frescas. Buenos lugares de natación."

Supongo que Taco sería un lugar bastante agradable, ya que asciende en todas direcciones por una colina empinada hacia una placita boscosa y una iglesia grotesca y encantadora, toda de adornos incrustados y oros retorcidos, si no se hubiera convertido en una colonia norteamericana, una colonia de escapistas, con su sexualidad pervertida y su desesperada libertad. El pueblo se ha podrido; de noche los soldados se acuestan en las calles con sus mujeres, como perros. Todas las tiendas están llenas de ejemplos de artes y oficios.

Apenas uno baja del ómnibus, las criaturas lo rodean, con sus pocas palabras de inglés. "¿Se afeitó, señor?" "¿Hotel, señor?" "Esta es la calle Guadalupe, señor." Casi todos los hoteles — desde el gran barracón de lujo en la cima de la colina hasta abajo — son dirigidos por norteamericanos. El maestro de escuela local estaba sentado en la plaza, haciéndose lustrar los zapatos; joven, regordete y nada maduro, de pelo luciente, trataba de representar el papel que en otros tiempos habría representado el cura. Se mostraba benévolo y protector, conocía a todo el mundo, pero a diferencia del cura, no sabía nada. Se quedaba allí sentado, como un cartel que anuncia algo que no le importa a nadie.

Cuernavaca tiene por lo menos lo que no tiene Taxco, el interés histórico; aunque no tiene mucho más, salvo algunos excelentes hoteles, las casas de campo de los diplomáticos, lo que antaño fue el palacio de Cortés, (entregado a los políticos y a los frescos sentimentales de Rivera), y pequeños hombrecitos obscenos de hueso, con falos móviles, vendidos subrepticamente por los niñitos cerca de la estación del ómnibus. Es la capital de Morelos, en un tiempo uno de los estados más ricos de México, arrasado y arruinado por la inútil insurrección de Zapata. Lugar de fin de semana para los habitantes de la capital, se encuentra a unos dos mil pies o más debajo de la cresta montañosa que separa el estado de Morelos de la meseta mejicana, y nadie que haya leído el relato de la señorita Rosa King de sus vicisitudes cuando la insurrección de Zapata puede ascender a la meseta por esa larga colina serpenteante, entre la maleza y los arbustos espinosos, sin recordar a los refugiados que se apiñaban allí, las mujeres y los niños aplastados en esa huida provocada por el pánico, pisoteándose entre sí hora tras hora mientras los hombres de Zapata apuntaban cuidadosamente a la retaguardia. No hace mucho más de veinte años de eso; ahora se pueden ir en taxímetro de Cuernavaca a la capital — unas sesenta millas — por dos chelines. Pero en México la historia tiene que ser muy antigua, para que uno se sienta a salvo de su influencia; cualquier día, esta carretera nueva puede volver a oír los mismos tiros, y en verdad, a

lo largo de todo el camino entre Taxco y México, uno se encuentra con pequeños destacamentos militares que vigilan la carretera para que el turista pueda recorrerla a salvo, o casi a salvo. Una amiga mía — con su padre, senador norteamericano — fue apresada por los bandoleros cerca de Taxco hace apenas dieciocho meses. El día que yo pasé, las pobres cabañas de los soldados — ranchos de barro y paja, como nidos de pájaros, sobre la orilla — estaban adornadas con roídas banderas, a causa del Día del Soldado, en que el Presidente rendiría honores especiales a su ejército, con la mirada puesta en Cedillo, allá en San Luis. La capital estaba adornada en todas partes con carteles en honor de los heroicos defensores de la República, y aquí, a lo largo de esa carretera para millonarios, los héroes se asomaban a las puertas de sus míseros ranchos, bajo las banderas baratas, con el cuello del abrigo levantado para protegerse las orejas del aire helado del crepúsculo.

En la cresta de la sierra que bordea la llanura mejicana, uno emergía muy por encima del ocaso, que se derramaba entre las montañas; una luz verde y pálida de fondo marino, que se convertía en oro sobre la llanura mejicana hacia las nieves volcánicas, sobre mis iglesias que las que uno podía contar, iglesias de piedra rosada, sobre haciendas como juguetes rotos, y sobre las sierras arrugadas, a lo largo de cientos de mi lías luminosas. En la cumbre de una colina, una hoja de afeitar gigantesca, que anunciaba la afeitada perfecta de no sé quién, reflejaba las últimas luces del día.

Calma

El padre Q. vino a verme, y llamó por teléfono al-obispo de Tulancingo. Por el aparato lo llamaba señor: "Sí, señor; no, señor." Luego fuimos juntos a verlo. Era un tipo de hombre

muy distinto del obispo de Chiapas; atezado, rollizo y joven, me recordaba un poco a un diplomático italiano. El ambiente en que vivía parecía más práctico y menos piadoso que el del anciano exilado. Estaba vestido de negro, de civil — sólo su anillo revelaba su rango —, y tenía un aire agradable de autoridad y buen humor. Era como un general en el campo de batalla, y su campo no era solamente su diócesis, sino toda la zona de la persecución. Era él quien, con seis muchachas, había organizado el colegio de aprendizaje ya mencionado, en la época de las peores persecuciones. Cuando fusilaron a Pro, él se encontraba en la cárcel. Pero Pro no era la única víctima; contó varios otros que él había conocido, mientras íbamos a dar un paseo por Chapultepec; erguido en su asiento, hablaba con inmensa satisfacción de la muerte.

—La Iglesia necesitaba sangre — decía —. Siempre necesita sangre.

Morir era el deber de los obispos y de los sacerdotes; no sentía ninguna simpatía por las lamentaciones y el espanto de los fieles.

Ve ese hombre que maneja? — dijo —. Es hermano de María de la Luz Camacho, la niña que mataron en Coyoacán.

Coyoacán es el suburbio donde Trotsky vivía con Rica, en la residencia de los focos encendidos.

Se ha escrito una biografía — dentro de la peor tradición de las obras religiosas sin ninguna autocrítica — María de la Luz⁸. De sus páginas fervorosas, emerge una especie de patetismo, el patetismo de las reuniones piadosas a la hora del té, de los círculos de estudio, de las ligas de esto y de aquello, frente al despiadado Garrido. Yo ya había visto los resultados de la tica de Garrido en Tabasco. Aquí, cuando era ministro de Agricultura, organizó a fines de 1934 un ataque a la iglesia de Coyoacán, durante la misa. En la municipalidad distribuyeron revólveres a los Camisas Rojas; María Camacho se enteró del peligro que corrían, se dirigió a la iglesia, vestida con sus mejores ropas, y esperó el ataque en la entrada. Su coraje dio ánimos a demás, y cuando empezó el ataque fue la primera _caer. El padre Dragon exhuma con fervor ejemplar a datos sobre reuniones vespertinas, representaciones teatrales de aficionados; la verdad es que en Méjico a Esas sociedades católicas que en Inglaterra miramos de reojo, con desconfianza, llenas de cintas y medallas y pequeñas reuniones después de la Bendición, les ha sido conferida la dignidad de la muerte.

El obispo, repantigado en su excelente y cómodo automóvil, manejado por el hermano de una mártir, dijo: —Lamento que no haya conocido al obispo de Veracruz. Ese sí es un hombre.

En medio de la ciudad moderna, entre las confiterías norteamericanas, los avisos de hojitas de afeitar, los night-clubs elegantes, subsistía, además de la violencia medieval, la santidad medieval. Los carteles eléctricos de propaganda se encendían y apagaban; el obispo hablaba de otro obispo que en esos momentos agonizaba en el hospital; su misión en La Habana, el peor lugar del mundo para una misión, donde los despiadados gangsters de los burdeles y de los salones de baile y de los despachos de licores derramaban lágrimas; cómo yacía anónimamente en una cama de un hospital colombiano, inmovilizado por la ciática, junto a un agonizante que solicitaba un cura: "Yo soy cura"; su caridad. Todas las semanas, cuando estaba en la capital, después de haber sido echado de su diócesis, repartía cuatrocientos pesos

⁸ María de la Luz: Protomártir de la Acción Católica, por Antonio axone. S. J.

de alimentos entre los pobres. Cargaba las provisiones en una canasta y esperaba hasta encontrar algún viejo taxímetro decrepito, el tipo de taxímetro que difícilmente consigue pasajeros. Entonces empezaba a regatear furiosamente con el chófer, hasta conseguir una gran rebaja, y luego le preguntaba si era casado y cuántos hijos tenía y al final del viaje le daba un peso para la mujer, además del precio convenido, y uno para cada hijo. Iba por las calles más pobres de la ciudad, y eligiendo las casas que le parecían más miserables ordenaba al chófer que llevara la canasta "Golpee y cuando salga la mujer dígame que Dios le manda esto..."

Adiós

A la noche siguiente asistí con el padre Q. a una fiestita privada donde se celebraba el jubileo del arzobispo Ruiz y Flores, el delegado apostólico que había sido deportado de Méjico por Calles, y que ahora era arzobispo de Morelia. Estaba sentado en la primera fila del saloncito del Club Alemán, en una incómoda silla de respaldo derecho, un anciano bajito, con una cara de Pickwick, si es posible imaginarse a un Pickwick un poco amargado por la violencia y la injusticia del mundo; había sido testigo de los peores días. El padre Q. me llevó y me presentó. Charlamos un rato de Tabasco y de Chiapas; hizo algunas observaciones infinitamente corteses sobre Inglaterra; algunos hombres vestidos de negro, que podían ser o no ser sacerdotes, nos rodeaban, de pie, con urbana paciencia. El anciano, recordé mientras hablaba con él, había luchado con Calles, había llegado a un acuerdo, había visto el acuerdo violado, había proseguido pacientemente con su tarea. En él, uno contemplaba la historia. Volví a sentarme junto al padre Q., en mi sillita dorada.

Era una reunión de gente muy cortés, tiesa, de clase media, madura, sentada en sillas duras, dispuestas a escuchar un programa de música y de poesía; para mí era la despedida de Méjico, porque ya había cerrado las valijas y sacado el pasaje. Fuera, los tambores redoblaban la víspera del Día del Soldado; el sonido de los clarines se mezclaba con la música suave, decorosa y profesoral de Debussy. Era como un sueño; casi todas las personas que había conocido en Méjico estaban en esa habitación. Estaba el historiador, el doctor C., que me había llevado a ver al obispo de Chiapas, oh, hacía años de eso. Estaba el obispo en persona, en la primera fila. Y estaba el sacerdote de San Luis, con su cara ancha y amable, con ese aire de erudición disimulada para no molestar a los humildes y a los obreros. Y estaba la anciana y aristocrática escéptica que había orado a mi lado en Guadalupe; pero cuando volvió la cabeza vi que era otra, vaciada en el mismo molde de educación y de propiedades perdidas de paciencia. Miré en torno, casi esperando encontrar a todos, al dentista con su amiga del "Waikiki", al maestro de escuela socialista de Yajalón, a la viuda noruega con su boca paralizada y sus tremendos problemas, a mi arriero, preocupado e histérico, rezando a la Madre de Dios, al dentista norteamericano que perdía el hilo de todas las conversaciones, escupiendo y pensando desesperadamente en los Estados Unidos, al cura de la gorra de paño y la chaqueta de motociclista y las manchas lilas en la piel, al viejo profesor alemán que arrastraba su paraguas y decía: "La vida es movimiento", al muchacho ciego Tomás.

—Mire, mire — dije con entusiasmo al padre Q. --, se ha puesto el alzacuellos romano.

Un cura había empuñado la batuta, y ordenaba coro, en su mayoría muchachas feas, piadosas, con granitos en la cara, vestidas decorosamente con los brazos y cuellos cubiertos. En Méjico no se podía usar alzacuellos; significaba quinientos pesos de multa si era la primera infracción. Fuera, seguían los tambores y los clarines... pies que marchaban..., los heroicos defensores de la República se preparaban para atacar San Luis y Las Palomas. ¿Dónde estaba el hombre que había perdido el sentido junto al sifón azul? ¿Y el hombre que había llegado a caballo en la oscuridad, cuando estallaba la tormenta cerca de Palenque, "con amistad? ¿Y el

anciano hotelero que recordaba con nostalgia los días de Porfirio Díaz? Luego empezó Debussy, *assez vif et' bien rythmé*, y después alguien pronunció un discurso. Lleno de tortuosos elogios españoles al anciano bajito de la primera fila. La gente aplaudía, cortésmente. Por supuesto, esos otros no estaban presentes; estaban allá, en el mundo violento de afuera; ésta era la oficina central, donde se sacaban copias de planos — interminablemente — de un mundo pacífico y santo.

El Regina Coeli, de Lotti, y luego un discurso de un jesuita. También él, en este día de jubileo, se había puesto su alzacuellos romano. Cincuenta años de sacerdocio... más Debussy, tres modéré... El señor Alfonso Sunco, un importante poeta católico, leyó un poema, sin rimas, estatuario, helado ... Ave María ... Se hacía tarde, y cada vez hacía más frío... otro discurso, esta vez de un abogado muy conocido y popular, lleno de bromas que yo no podía comprender. Observé las espaldas de los obispos — Tulancingo, Chiapas, Méjico, Morelia —, y pensé en la arboleda de cruces en lo alto de Las Casas, bajo el sol poniente. Esto debía ser el final del programa, pero otro poeta, un hombre corpulento, violento, con un traje de etiqueta que no le quedaba bien y cabello negro rizado, ascendió a la plataforma. Había escrito algo especial para la ocasión, llamado "Noche en Michoacán". Lo mugió estruendosamente — grandes estrofas estilo Lepanto llenas de furia y dramatismo y mentalismo —; los obispos seguían sentados. Un último trozo de música y terminó el acto. Me despedí del historiador, del padre Q. y del cura de San Luis; también había terminado Méjico para mí. Los obispos descendieron la escalera, en rebaño; los sacerdotes se levantaban el cuello de las chaquetas, para ocultar sus alza-los; la gente se arrodillaba torpemente en la escale-ante el anciano arzobispo, que desde hacía cincuenta años repartía el milagro de la Eucaristía. El anciano descendió suavemente, amargo, amable, parecido a Pickwick era el hombre peligroso. En 1932 lo habían metido en un avión, rodeado de policías — no le permitieron elevarse nada más que su breviario — y lo habían dejado otro lado de la frontera.

"Aquí había estado, recordadlo, el general en jefe, durante toda una campaña de la vida y la muerte del mundo, ejecutando las obras del Rey durante el día opaco, su viejo abrigo y metido hasta las rodillas en el barro."

EPILOGO

1. EL OJO CIEGO

Otra vez el viaje a Veracruz, en el mismo tren: todo se repetía. Hasta los muchachos cantores subieron en la misma estación y cantaron los mismos cantos y se alejaron bamboleantes hacia el mismo pullman. La misma comida y los mismos trofeos turísticos en las estaciones. Pero esta vez figuraban los volcanes, que se desplazaban semisumergidos como icebergs sobre el horizonte; esta vez no me bajé en Orizaba. Nada resultaba tan eficaz la segunda vez; hasta las gardenias parecían un poco manchadas.

A la mañana siguiente llovía a cántaros; el tiempo empezaba a cambiar. Parecía no haber manera de defenderse de la lluvia; las calles se inundaban inmediatamente. No se podía cruzar de una acera a otra. ¿Cómo proseguirá la vida durante la estación lluviosa? No había nada que hacer, sino subir a bordo del trasatlántico alemán donde ya había reservado un pasaje de tercera; quedarme asomado a la barandilla, contemplando cómo cargaban el barco, esperando la noche. Mi último contacto con Méjico fue un soborno de cinco pesos que entregué al hombre de la aduana para que no me abriera las valijas; en Méjico hay que pagar impuestos tanto para entrar como para salir. Parecía haber a bordo una cantidad de españoles — se distinguían por el acento — pero los camareros los separaban cuidadosamente a la hora de la comida: un

servicio para los latinos y otro para los nórdicos. Entre los latinos incluían a unas cuantas sirias, con cara de halcón, que se dirigían a Palestina.

La sombra de la guerra española se extendía a través del Atlántico Sur y del Golfo; se asomaba en Las Casas, de noche, por la radio; uno no podía esperar eludirla en un barco alemán con destino a Lisboa.

En mi camarote cabían seis, pero al principio sólo -éramos cinco: un viejo que no decía nunca una palabra, "Un mejicano obeso que escupía toda la noche en el suelo y decía: "No se puede dormir", porque él no podía dormir, y un joven español de cara dura, bien formada, idealista, y su hijito, al que imponía una disciplina de cuartel. Adónde iba, era indudable, y cuando volví al camarote, momentos antes de partir, encontré un desconocido de boina, vestido con un traje viejo que no parecía natural: se notaba que estaba acostumbrado a usar ropa mejor cortada. Había otras personas en el camarote, además; cuando entré, obstruyeron la puerta; llevaban boina, como parte de un uniforme, y cada uno de ellos tenía una cadenita de oro en el cuello, de donde colgaba una medalla religiosa bajo la camisa. Al principio no pude entender el castellano que hablaban; parecían preocupados, querían saber quién era yo. La palabra "inglés" no los tranquilizó, pero cuando dije "católico" y les mostré mi amuleto, parecieron menos inquietos. El desconocido era un polizón, iba a "combatir a los rojos"; dijeron que yo debía prometer que no se lo repetiría a nadie, hasta que saliéramos de La Habana; todo esto, cerrándome el paso. Cuando salimos de Veracruz, por la noche, nos cruzamos con un barco español que había sido confiscado al estallar la guerra civil; toda la tercera se volcó sobre cubierta, y ofreció al barco oscuro y silencioso una ruidosa despedida, "arriba España", "viva Franco". Los camareros sonreían amablemente, mientras servían la ensalada, sin oír nada.

Después de La Habana los voluntarios empezaron a revelarse; había más de dos docenas. Muchos de ellos traían consigo a sus mujeres y sus hijos; una vez en alta mar, vestían abiertamente el uniforme, gorras negras cintos con tirantes sobre el hombro, camisas azules con el emblema falangista bordado en el bolsillo. Eran bulliciosos y despreocupados, sin ostentación de bravura; uno sentía que ir a la guerra era una de las funciones naturales del hombre. Además, había algo amablemente aficionado en su fascismo. Creo que los alemanes los miraban un poco de reojo, cuando veían que alzaban brazo para saludar por cualquier motivo insignificante por algún viejo estúpido, por una broma. Los gritos de arriba España" y "viva Franco" estallaban estrepitosamente y sin motivo en la cubierta calurosa y sin todos, con un matiz de burla. Matar a los rojos, ésa es una preocupación de hombres; pero todos estos disfraces que se ponían para hacerlo, sólo era una broma, un juego Gozaban con él, pero no al estilo serio de los alemanes. Oh, las consultas sobre cubierta, la entrega de sobres, las conspiraciones a la luz del día. Había un formulario impreso, que despertó mi curiosidad; ¿serían instrucciones de Burgos? Supe lo que era cuando llegó el domingo.

El ojo ciego de la no-intervención era realmente muy ciego, y el oído alemán muy sordo. El domingo hubo un desfile religioso; los voluntarios marcharon a oír misa en primera; eran veinticinco, y se alinearon de uniforme contra la pared; a cada lado del altar había uno, en actitud de firme; era imponente, como lo es un funeral. Un cura predicó (yo ya lo había visto jugar al ajedrez, jovial y sin afeitarse, con una camisa vieja a rayas y sin corbata). Predicó sobre el sufrimiento y el sacrificio y el ofrecimiento de nuestra agonía a Dios. Cuando terminó la misa, antes de que el cura tuviera tiempo de retirarse del altar, los voluntarios prorrumpieron en el himno falangista: eso era lo que habían estado ascendiendo: durante toda la semana, en los formularios impresos. Y luego, inevitablemente, el saludo fascista, "Arriba España, viva Franco"; todos levantaron el brazo, menos yo, y sin embargo nadie se fijó en lo más mínimo.

Eran españoles, no alemanes.

Resultaba curioso compararlos con sus aliados; el joven granjero alemán, por ejemplo, de Chiapas, que se sumaba encantado a los vítores correctos, y que odiaba el cristianismo. Traté de inducirlo a discutir delante de los voluntarios. "Este es vuestro aliado", trataba yo de indicarles. Lo escuchaban con leve asombro; las medallas santas oscilaban, colgadas del cuello, mientras el re se abalanzaba como un toro en su ataque contra el cristianismo.

Pero usted reconocerá que el nacionalismo — hasta ahora—, no ha producido ningún arte, ni literatura, ni fía, comparables con las de los cristianos.

Veo que usted no conoce las obras de Ludendorff. Escúcheme. Los cristianos sólo consiguieron imponerse que mataron todo lo que no era cristiano. Antes no teníamos nada para dar al pueblo, excepto la religión. a le damos la Nación. Pero no somos ateos, como rojos. Tenemos un Dios, el único Dios. ¿El viejo Jehová judío?

—No, no. Una Fuerza. No pretendemos saber qué es. un Principio.

Los voluntarios escuchaban cortésmente a la Nueva Alemania, pero uno de los cocineros se tiró al agua; hace diez años que no volvía a su país; tal vez no podía soportar la idea de encontrarlo así.

Durante más de cuatro horas navegamos en círculo, buscándolo; en la cubierta los hombres permanecían apostándonos,- sin llamar la atención; todo el mundo estaba mareado. Entre los nórdicos se hizo evidente una nota de irritación, una especie de odio leve y mezquino hacia el que provocaba esas molestias. En cuanto a los latinos, no les importaba nada. Luego el barco enderezó rumbo y siguió viaje. Con terrible rapidez se olvidó del individuo desesperadamente ahogado; todos consiguieron recuperar el apetito para la hora de comer.

Atlántico

y algo descorazonadamente universal en un barco que sale de las aguas territoriales. Cada nación su propia violencia privada, y después de un tiempo uno consigue encontrarse cómodo y protegido dentro cualquier línea de fronteras; uno se acostumbra a todo. Pero en un barco las fronteras se disuelven, las nacionalidades se confunden — la violencia española, la estupidez alemana, la incongruencia anglosajona—, el mundo entero se exhibe en una especie de "montaje" alocado.

El mundo; por ejemplo la siria. No se lavaba nunca; sus ropas ocultaban lamentables secretos de suciedad; su cara amarillenta, como un pico de pájaro, con su cabello gris y polvoriento y su ojo falso, no disimulaba nunca ninguna envidia, ningún odio hacia el mundo occidental. Cuando terminaba de comer, se paseaba como agazapada detrás de nuestra mesa, observando cada bocado que ingeríamos. Robaba cucharas, y estallaban violentas escenas, repentinas y horribles, entre ella y la camarera alemana, junto al aparador. Concentraba especialmente su odio en una norteamericana madura, que hubiera debido viajar en otra clase; en cierta ocasión se le acercó subrepticamente y escupió en el bolso abierto de la norteamericana, mientras todas sus amigas se reían a gritos.

El ex oficial alemán: cuando no bebía era encantador; bajo y rubio, con un secreto encanto de rata. Durante la guerra del 14 le habían pegado un tiro en el estómago, y ahora bebía y bebía y bebía. De noche ya no podía ni hablar ni moverse. En las primeras horas de la mañana, se lo veía sentado en el comedor, solo, con la cabeza gacha y un cigarrillo que se le escurría entre los dedos; como una muñeca que ha perdido el aserrín por un agujero.

El escapista

Luego venía Kruger, un hombre alto y pálido, de ropas muy sueltas, como si se hubiera encogido, que subía a bordo entre dos policías. Había estado en una cárcel mejicana, en Tapechula, estado de Chiapas, cerca de la frontera guatemalteca; no se había imaginado nunca que saldría con vida, y ahora, de una manera tranquila y suave, jugando con las criaturas, urgiéndome a no beber otra copa, demostraba una atónita gratitud por el hecho de estar vivo. Atendía la finca de un sueco, y un día decidió ir hasta la ciudad. Dio un paseo por el caluroso pueblito al borde del Pacífico, escuchó las marimbas, se sentó en la plaza. Dos policías de civil se acercaron y le apuntaron con revólveres a la cabeza. No tenía documentos, por lo tanto lo metieron en la cárcel y le dijeron que hasta que no los consiguiera no saldría. Durante ocho días, en ese calor tropical, no le dieron ni agua ni comida; el suelo pululaba de gusanos y de otras cosas; el único ejercicio consistía en ir y venir por la celda común. Los otros presos trataron de pelearse con él — aun en la cárcel uno es un gringo —, pero de un puñetazo dejó a uno de sus atacantes sin conocimiento, y allí terminaron las cosas. Me mostró su mano grande, amable y vendada; se la había roto. Un individuo encarcelado por ebriedad le dijo que le llevaría una carta al cónsul alemán, y el cónsul le trajo dinero para comprar comida, pero le dijo que no podía hacer nada por él, ya que no tenía documentos. Durante tres meses, Kruger se quedó allí adentro, medio muerto de hambre. La mayor parte de sus compañeros de calabozo eran asesinos; uno que no era exactamente un asesino (había pagado a algún otro para que cometiera el crimen) le sugirió que escribiera al gobierno mejicano. Consiguió mandar la carta, de contrabando, y el gobierno mandó un agente a Tapechula y se lo llevaron a Veracruz. Allí lo retuvieron dos meses más en la cárcel —no estaba mucho mejor que en Tapechula—, y por fin lo embarcaron en el trasatlántico alemán, con destino a Hamburgo.

¿Y por qué no tenía usted documentos?

Oh — contestó —, me los robaron en un hotel. Al lado de la frontera estadounidense. En Suárez. Una ciudad muy mala. Todo el tiempo hay asesinatos, nada más. Se quedaba interminablemente asomado a la borda, mirando fijamente el mar, sintiéndose vivo, sonriendo. ..Suárez era sólo una etapa de un curioso viaje que había durado un cuarto de siglo; Kruger era lo que ahora se llama un escapista. Me lo relató fragmentariamente, durante los quince días del viaje, pero sin orden cronológico, como una novela de Conrad, pero cuando uno juntaba loas: fragmentos coincidían. Una extraordinaria sensación de bondad lo rodeaba; acababa de salir de una cárcel y probablemente se dirigía a otra, porque una vez había desertado de un barco alemán, y en ningún momento ocultaba su opinión del nazismo. "No tengo miedo de nada", solía decir suavemente cuando uno se lo reprochaba; sin' jactarse lo enunciaba como un hecho, un mero hecho como su mano rota. Hasta los oficiales alemanes del barco reconocían esa cualidad de bondad, y le extendían los privilegios de que sólo gozaban algunos escasos elegidos de la tercera clase. Y siempre en conversación disperse. volvía a su única ambición: establecerse en el Amazonas. Una vez había pasado seis meses en esa región, bien arriba, del otro lado de la frontera peruana, sobre un afluente; y quería volver. Nadie podía detenerlo. Se metía como polizón en un barco, se escapaba de otro. Cuando hablaba de su ambición era como un enamorado, y como un enamorado introducía el nombre amado en cualquier conversación. Hablaba de Hitler, o de su otro tema preferido, que el dinero no tenía importancia, o si no de libros o mujeres, y de pronto surgía en su voz una mayor ternura, y decía: "Los indios comen arañas; para ellos es un plato muy delicado", y uno comprendía que estaba lejos, en un país donde una persona podía vivir de nada, sin violencia y sin odio, donde lo que uno plantaba crecía siempre y donde el agua era buena y el clima agradable — excepto para los gordos —, y donde ya no había que preocuparse nunca más por nada. Por supuesto,

si uno quería oro, decía con compasión, siempre podía conseguirlo, cambiándoselo a los indígenas por dinamita y por cartuchos. Había montones de viejas minas, que los indios conocían. El nunca se había molestado en conseguirlo, aunque una vez tuvo una botellita llena, que valdría unos sesenta marcos, pero pronto se le... había ido en un hotel donde le cobraban siete marcos por día. Qué buenos eran los indígenas, decía con cariño; no como los mejicanos (si alguna vez volvía a ver a un mexicano, lo mataría). Al principio se escapaban, pero veían que uno no quería hacerles daño, pronto llegaban, arrastrándose... También Paraguay le gustaba, muy-buena gente; uno podía tener hasta diez mujeres si le gustaban las mujeres. En cuanto a él, podía estarse diez años sin ver a una mujer... lo único que necesitaba para ser feliz era volver allá, junto al Ama-48...

Apoyado en la baranda de borda, mirando con desaprobación a La Habana — sólo alcohol y mujeres —,

Véngase conmigo al Amazonas.

Le dije que iría por unos meses.

-Oh, no — replicó —, una vez que esté allí no que-volver nunca a su casa, nunca más. Puede comprar una casa por cincuenta marcos. Vea, en Iquitos, en dudad, el Ejército de Salvación compró toda una mansión sobre la plaza, con un cinematógrafo, por dos mil marcos.

Le dije que yo tenía mujer e hijos.

No importa — dijo —; no querrá volver nunca a casa, nunca más. Allí puede conseguir fácilmente otra mujer.

Había salido de Alemania en 1913, cuando tenía diecinueve años, porque preveía una guerra. Era marinero, dijeron: "Este es su último viaje; la próxima vez pasará a la armada." Por lo tanto se escapó del barco en Nueva York, y consiguió trabajo como botero en el Hudson, pero su patrón quiso que se casara; de inmediato, dejó ese empleo y entró en un circo. Como había sido marinero, su trabajo consistía en probar la seguridad los mástiles del toldo. También estuvo en Alabama, bajando en una cuadrilla de construcción. Después de guerra se embarcó en un carguero inglés de Norfolk, o y ruinoso, con pésimas calderas. Toda la tripulación había desertado, y en consecuencia tomaban a cualquiera al que encontraran en la calle, a veinticinco libras por cabeza hasta Liverpool. Tardaron catorce días. En Liverpool la oficina de inmigración repatrió a los tripulantes, se guardó los documentos de trabajo de Kruger, y lo mandó de vuelta a Alemania. Allí consiguió un barco que iba a Oriente, pero el capitán era un ex oficial naval que trataba a los marineros como un perro. Kruger perdió la paciencia y amenazó matar al capitán con una pala; el capitán llamó al jefe, y también amenazó al jefe. Entonces le dijeron: "Espere un poco; ya lo arreglaremos cuando vuelva." En Alejandría no quisieron darle nada de dinero cuando bajó a tierra, hasta que amenazó con desertar, y lo mismo ocurrió en Barcelona. En esta ciudad se encontró con un panadero alemán. Se compraron un gran barril de vino (en esa época bebía); después de un rato se quedaron dormidos junto al barril, y cuando despertó el barco se había ido y él, se había gastado todo su dinero. Entonces fue a ver al cónsul alemán, que le dijo: "Ya sé muy bien quién es usted, Kruger. Usted es un amotinado y un desertor. No le daré un céntimo." Kruger dijo que estaba muy bien, y se alistó en la Legión Extranjera. Allí sirvió durante dos años; no había posibilidades de escaparse. Después de ese período, podía elegir como residencia cualquier ciudad española y eligió Vigo, sin saber por qué. Creo que aquí se insertaba un oscuro episodio con un pintor alemán, que tenía dos esposas en diferentes barrios de la ciudad. Este también quería que Kruger se casara; pero en cambio consiguió un barco que iba a Lima y así llegó al

Amazonas. Allí su patrón era un sueco. "Los indios", decía con una sonrisa amable, al considerar lo insólita que es la vida, "le comieron la primera mujer". Y de ese modo concertamos una cita en Iquitos, para dos años después; Kruger calculaba que eso era lo que tardaría en volver al Paraíso. Se acercó suavemente por detrás de mi sillón en la ventosa cubierta de tercera; las Azores pasaban a nuestro lado, en medio de una leve neblina lluviosa; acantilados a pique, una cascada, la gran iglesia blanca de Flores, y las olas que rompían contra los acantilados; me dijo:

—Usted se preocupa demasiado. No hay que preocuparse. Hay que contemplar, nada más.

— ¿Qué cosa? — le dije —. ¿Mi ombligo?

—No, no — contestó —. Simplemente, no pensar en nada. Quedarse tranquilo.

—Tal vez eso sea fácil en el Amazonas.

—Así es — dijo —, allí no necesita llevar nada consigo. Quizá un poco de dinamita. Apenas un par de pantanales y dos camisas y un casco de corcho. Un mosquitero y una canoa, tal vez; pero en Iquitos puede conseguirlo. por nada. Cuando llegue, pregunte por mí. Ya le dirán dónde estoy.

Pensaba quizá que se escaparía del barco en Lisboa pero no le ofrecieron la oportunidad. Se lo llevaron sin remordimientos hacia Hamburgo, hacia la cárcel. La gente era amable con él, como se es amable con alguien que pronto será operado; pero él se pasaba la tarde en teta jugando con los niños, y no estaba asustado. Era completamente una cosa más de la que tendría que escapar porque los escapistas se acostumbran a la cárcel, al hambre, a la enfermedad. A veces uno se pregunta de que y con tantas dificultades — se escapan.

Etcétera

No era un barco muy afortunado. Un día antes de la caída al mar del cocinero, se descompuso una máquina y tuvimos que avanzar a media velocidad casi todo el día; y luego una pasajera de primera se quedó dormida con un cigarrillo encendido en la mano, y se le ir encendió la cama y ella se quedó. Hacía muchísimo calor: y de pronto hacía mucho frío, como si atravesáramos diversas estaciones. Méjico se alejaba a veinte nudos por hora, del otro lado del borde del mundo. En alguna parte, supongo, el Ruiz Cano se balanceaba entre Veracruz y Villahermosa y viceversa, y los marineros se remendaban los pantalones sobre cubierta; el dentista habría vuelto a Frontera; y la dama noruega esperaba con desesperado optimismo que volviera su hijo. Es horrible cómo siguen las cosas cuando uno no está.

El día antes de llegar a Lisboa el silencio invadió la tercera. En toda la tarde no se oyó ningún "Arriba España." El padre austero iba y venía, iba y venía, con - el chico colgado del brazo, iba y venía; ahogado, era fácil verlo, en una mar de irrealidad durante diez días` había participado en un crucero de placer, y ahora el tren para Salamanca partía a las nueve. Hubo una cena de despedida, quizá la última vez que comía antes de llegar a las trincheras; en el menú habían impreso dentro de un corazoncito escarlata Auf Wiedersehen, y hubo un discurso sobre "nuestra gran aliada", y Austria que acababa de ser anexada ... y el sacrificio. No sólo los alemanes habían tratado de cerrar los ojos durante todos estos días; pero los ojos ciegos de los voluntarios españoles empezaban ahora a abrirse, como los ojos de los recién nacidos que se abren ante el paisaje lunar de la lucha humana.

2. UN ESTADO MENTAL

Los carteles de la A.R.P. eran nuevos, mientras uno avanzaba a las sacudidas por el horrible túnel de hierro de Vauxhall Bridge, bajo el depósito de Nine Elms y el cartel luminoso de la cerveza Meux's. Siempre hay olor a gas en la estación de empalme donde termina el viaje y esperan los tranvías; en el cartel de noticias de Watney, un crimen violento, la Final de Captain Coe. ¿Cómo podría terminar un mundo semejante, sino en la guerra? Yo me preguntaba por qué Méjico me había desagradado tanto esto era mi país. no siempre espera algo distinto.

"Durante el invierno clamamos por la primavera, y durante la primavera clamamos por el verano, y cuando los setos son más abundantes

declaramos que el invierno es la mejor época; y después de eso no hay nada bueno

porque la primavera no ha llegado;

ni comprendemos que lo que turba nuestra sangre es el anhelo de la tumba."

En la arenilla de la tarde londinense, entre los vías, en el largo desierto de Clapham Road; una capilla baptista, casas victorianas que inician su decrepitud en sus pequeños cementerios de piedra y de hierbas, la ventana de un carbonero, con algunos trozos de carbón dispuestos en una canasta de hierro, una exposición de zainas a gas, y una escuela secundaria de niñas; yo 'trababa de recordar mi odio. Pero los malos momentos, una vez pasados, siempre dejan cierta nostalgia. Hasta podía recordar con nostalgia la oscura cancha de croquet junto al rascacielos de ladrillos rojos de las aulas;' es como si en todas partes uno perdiera algo que esperaba conservar. La muchacha y el maestro socialista

cían sobre sus cuchetas en la celda oscilante del Ruiz

ano y se tarareaban mutuamente canciones leídas en una revista barata. ¿Por qué, allá en el Golfo, aquello me había parecido malo y esto bueno? Ya no podía recordarlo.

La misa en Chelsea parecía curiosamente ficticia; ningún peón se arrodillaba con los brazos abiertos come en la cruz, ninguna mujer se arrastraba por la nave de rodillas. Habría resultado chocante, como la misma Agonía. No nos mortificamos. Quizá necesitemos cierta violencia.

La violencia se acercaba; Méjico es un estado mental. Uno se quedaba sentado en el horrible gimnasio de pequeño convento, mientras caía la lluvia y las campanas llamaban fuera a la oración vespertina, y un hombre explicaba cómo debíamos evacuar a nuestras criaturas. Un avión volaba sobre nosotros, muy bajo, y los comerciantes vestían sus mejores y anodinas ropas domingueras, y una mujer gritaba dramáticamente. La Madres Superiora, de cara blanca como un hueso y labio superior tembloroso, tomaba notas con lápiz. Los teléfono no funcionaban; ya colocaban los cañones antiaéreos el la plaza contigua, y cavaban las trincheras. Y después de todo, no ocurrió absolutamente nada; la gran oportunidad de la muerte fue postergada. Los automóviles volvieron en fila por Spaniards Road y a través de Hyde Park; la pobreza y la lujuria se llamaron como de costumbre, en el crepúsculo temprano de invierno.

Y en Chiapas las iglesias blancas se deshacían en ruinas, mirando fijamente los aviones de Serrabia que volaban sobre ellas, como caras que el mundo ha corrompido, que esperan siempre, durante los meses de sequía y los meses de lluvia, el paso, la voz: "¿Es más fácil decir que vuestros pecados sean perdonados...?"

NOTA PARA LA TERCERA EDICION INGLESA **4**

PROLOGO **6**

1. LOS ANARQUISTAS	6
2. LA FE	9
3	11

CAPITULO I **12**

LA FRONTERA	12
DEL OTRO LADO DEL RÍO	12
BIOGRAFÍA	13
SAN ANTONIO	14
ACCIÓN CATÓLICA	15
EXPOSICIÓN DE FENÓMENOS	16
LAREDO	17

CAPITULO II **20**

EL ESTADO REBELDE	20
UN BUEN ANCIANO	20
MONTERREY	21
SAN LUIS POTOSÍ	24
ALMUERZO DOMINICAL	26
RIÑA DE GALLOS	27
VISITA A LAS CATACUMBAS	29
EL FILÓSOFO	30
UN DÍA EN CASA DEL GENERAL	30
LOS POLÍTICOS.	34
HACIA LA CAPITAL	36

CAPITULO III **39**

NOTAS SOBRE LA CIUDAD DE MEJICO	39
ANATOMÍA	39
PLANES	40
CINEMATÓGRAFO	41
TODOS SE SIENTEN NIÑOS	41
LOS HIJOS DE LAS MONJAS	41
FRESCOS	42
"DEJAD QUE LOS NIÑOS"	43
DIVERSIÓN NOCTURNA	45
DOMINGO	48

NINGUNA VAMPIRESA	49
EL VIEJO AMIGO	49
GIRA COOK	50
OBISPO MEJICANO	51
1997	52
GUADALUPE	52

CAPITULO IV **56**

HACIA LA COSTA	56
MONTAÑA ABAJO	56
ORIZABA	57
LA NOCHE DEL SANTO	59
HACIA VERACRUZ	60

CAPITULO V **61**

VIAJE EN LA OSCURIDAD	61
"TAN VALIENTE..."	61
EL GOLFO	64
FRONTERA	65
EL RÍO	67

CAPITULO VI **70**

EL ESTADO SIN DIOS	70
LA CAPITAL DE GARRIDO	70
UN DÍA EN VILLAHERMOSA	71
UN AVENTURERO VICTORIANO	74
DOMINGO TABASCANO	76
LA VIDA DE UN DENTISTA	78
TROLLOPE EN MÉJICO	79

CAPITULO VII **82**

HACIA CHIAPAS	82
SALTO DE AGUA	82
EL LARGO VIAJE	84
VISITANDO LAS RUINAS	87
VISIÓN DEL PARAÍSO	89
NOCHE EN LA LLANURA	91

CAPITULO VIII **94**

UNA ALDEA EN CHIAPAS	94
LA EXILADA	94
¡AY DE TROYA!	97
ELIZABETH BOWEN Y LA RATA	98

BAUTISMO EN MASA	100
NACIMIENTO PROFANO	100
CLAUSTROFOBIA	101
LA LLUVIA	102

CAPITULO IX **103**

HACIA LAS CASAS A TRAVES DE LAS MONTAÑAS	103
"LA VENTURA DEL CAMINO"	103
NOCHE ÁRTICA	104
UNA ARBOLEDA DE CRUCES	106
LA CIUDAD ESCONDIDA	108

CAPITULO X **110**

SEMANA SANTA	110
PRIMERA VISIÓN DE LAS CASAS	110
LA CASA DE LA MISA	111
POLÍTICA	112
JUEVES SANTO	113
EL HERMANO DE JUDAS	114
242 AFEMINADOS	115
VIERNES SANTO	116
SAN MIGUELITO	117
FERIA DE PRIMAVERA	119
EN BUSCA DE UN MILAGRO	120
ÚLTIMOS DÍAS EN CHIAPAS	122

CAPITULO XI **124**

REGRESO A LA CIUDAD	124
AVIADOR MEXICANO	124
MITLA	126
VIAJE EN TREN	126
PUEBLA	128
EL CONVENTO ESCONDIDO	128
DE VUELTA	130
VIEJOS VÍNCULOS	132
ARTES Y OFICIOS	132
CALMA	133
ADIÓS	135
EPILOGO	136
1. EL OJO CIEGO	136
ATLÁNTICO	138
EL ESCAPISTA	139
ETCÉTERA	141
2. UN ESTADO MENTAL	142

SE IMPRIMIO EN LOS TALLERES DE CASA JACOBO PEUSER S. A. C. e I.
PATRICIOS 567, BUENOS AIRES, DURANTE LA PRIMERA QUINCENA DEL MES
DE ABRIL DE 1962.